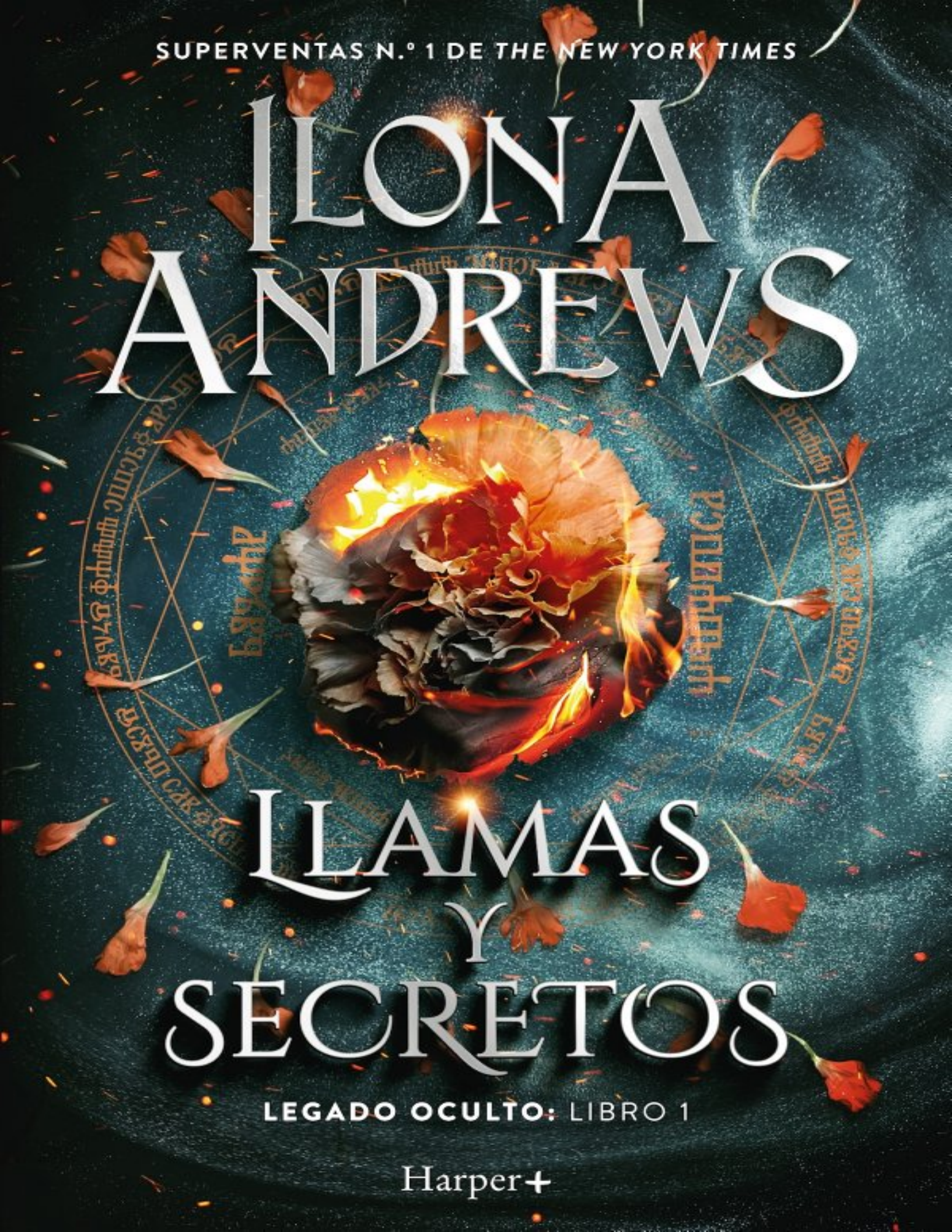
SUPERVENTAS N.º 1 DE *THE NEW YORK TIMES*

ILONA ANDREWS



LLAMAS Y SECRETOS

LEGADO OCULTO: LIBRO 1

Harper+

Portadilla

ILONA ANDREWS

LLAMAS Y SECRETOS

LEGADO OCULTO: LIBRO 1

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid
www.harpercollinsiberica.com

Llamas y secretos
Título original: Burn for me
© 2014, Ilona Gordon y Andrew Gordon.
© 2025, para esta edición HarperCollins Ibérica, S. A.
Publicado por HarperCollins Publishers LLC, New York, U.S.A.
© De la traducción del inglés, María Romero Valiña

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.
Esta edición ha sido publicada con autorización de HarperCollins Publishers LLC, New York, U.S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.
Sin limitar los derechos exclusivos del autor y del editor, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta edición para entrenar a tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa.

Diseño de cubierta: Damonza
Imagen de cubierta: © Shutterstock

ISBN: 9788410641600

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Dedicatoria
Agradecimientos
Prefacio
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Epílogo
Sobre los autores
Si te ha gustado este libro…

Dedicatoria

A nuestras increíbles hijas

Agradecimientos

Escribir un manuscrito es una tarea solitaria, pero crear un libro no lo es. Nos gustaría agradecer a las siguientes personas por ayudarnos a escribir esta historia.

Damos las gracias a:

Erika Tsang, por su firme e ingeniosa guía editorial. Muchas gracias por mejorar este libro y por soportar extrañas llamadas telefónicas preguntando si deberíamos «cortar esta parte».

Nancy Yost, nuestra agente, por su inquebrantable fe en nuestros modestos talentos y su apoyo. Sabemos lo difíciles que podemos ser y apreciamos tu experiencia profesional y tu amistad.

Sarah, Adrienne y al personal de NYLA, por todo su arduo trabajo.

Jeanne Reina, la directora de arte, y Amy Halperin, la diseñadora de portada, por su fantástico trabajo en la cubierta del libro.

Brittani DiMare y Robin Barletta, en producción, por transformar un manuscrito en un hermoso libro.

Judy Gelman Myers, por su atención al detalle y ayuda en la eliminación de errores e inconsistencias.

Shannon Daigle, Denise Gray, Cindy Wilkinson, Nicole Clement, Amanda Ferry y otros, por el generoso regalo de su tiempo y experiencia al revisar el manuscrito. Cualquier error de documentación o gramática se debe a nuestras propias limitaciones.

Jeaniene Frost y Jessica Claire, por su amistad y guía. Y a J. S. Tienes razón. Es mucho mejor cuando hay una familia.

Bien, aquí está, nuestro nuevo libro. Gracias, queridos lectores, por darle una oportunidad. Esperamos que os guste.

Prefacio

En 1863, en un mundo muy similar al nuestro, científicos europeos descubrieron el suero de Osiris, una pócima que despertaba los talentos mágicos. Estos eran numerosos y variados. Algunas personas adquirieron la capacidad de controlar animales, otras aprendieron a detectar agua a kilómetros de distancia y otras descubrieron que podían matar a sus enemigos generando una descarga eléctrica entre sus manos. El suero se extendió por todo el mundo. Se administró a los soldados con la esperanza de hacer más letales a las fuerzas militares. Lo obtuvieron miembros de la aristocracia en decadencia, desesperados por aferrarse al poder. Lo compraron los ricos, que deseaban enriquecerse aún más.

Con el tiempo, el mundo se dio cuenta de las consecuencias de despertar poderes divinos en personas corrientes. El suero se guardó bajo llave, pero ya era demasiado tarde. Los talentos mágicos se transmitieron de padres a hijos y cambiaron el curso de la historia humana para siempre. El futuro de naciones enteras cambió en el transcurso de unas pocas décadas. Quienes antes se casaban por estatus, dinero y poder, ahora lo hacían por la magia, porque una magia poderosa les proporcionaría todo lo demás.

Ahora, siglo y medio después, las familias con una fuerte magia hereditaria han evolucionado hasta convertirse en dinastías. Estas familias —las Casas, como se hacen llamar— poseen corporaciones, tienen sus propios territorios dentro de las ciudades e influyen en la política. Tienen ejércitos privados, se enfrentan entre sí y sus disputas son mortales. Es un mundo donde cuanta más magia

posees, más poderoso, rico y relevante eres. Algunos talentos mágicos son destructivos. Otros son sutiles. Pero ningún poseedor de magia debe ser subestimado.

Prólogo

—No puedo permitir que lo hagas. No puedo. Kelly, ese hombre está loco.

Kelly Waller extendió el brazo y tocó la mano de su marido con intención de tranquilizarlo. Él apartó la mano del volante y le apretó los dedos. Resultaba curioso lo íntimo que podía llegar a ser un simple roce, pensó ella. Ese contacto, alimentado por veinte años de amor, había sido su sostén en la aterradora pesadilla de las últimas cuarenta y ocho horas. Sin él, se habría derrumbado.

—No me hará daño. Somos familia.

—Tú misma me dijiste que odia a su familia.

—Tengo que intentarlo —dijo Kelly—. Matarán a nuestro hijo.

Tom miró al frente con ojos vidriosos mientras conducía por la curva del camino de entrada. Viejos robles de Texas extendían sus amplias ramas sobre el césped salpicado de dientes de león amarillos y ranúnculos rosados. Connor no se ocupaba del jardín. Su padre habría mandado envenenar las malas hierbas…

Se le revolvió el estómago. Una parte de ella quería volver atrás y deshacer los acontecimientos de los últimos dos días. La otra quería dar la vuelta con el coche. Era demasiado tarde, se dijo a sí misma. Demasiado tarde para lamentarse. Tenía que enfrentarse a la realidad, por aterradora que fuera. Tenía que actuar como una madre.

El camino los llevó hasta un alto muro de estuco. Hurgó en su memoria. Dieciséis años era mucho tiempo, pero estaba segura de que antes no había ningún muro.

Una verja de hierro forjado bloqueaba la entrada arqueada. Era el momento. No había vuelta atrás. Si Connor decidía que la quería muerta, su magia, la poca que tenía, no sería suficiente para detenerlo.

Connor era la culminación de tres generaciones de matrimonios cuidadosamente concertados destinados a reforzar la magia y las conexiones familiares. Se suponía que debía haber sido un digno sucesor de la fortuna de la Casa Rogan. Sin embargo, al igual que ella, no había resultado como sus padres habían planeado.

Tom aparcó el coche.

—No tienes por qué hacer esto.

—Sí tengo que hacerlo. —El pavor que la envolvía la asaltó, desencadenando una oleada de ansiedad abrumadora. Le temblaban las manos. Tragó saliva, intentando aclararse la garganta—. Es la única opción.

—Al menos déjame ir contigo.

—No. Él me conoce. Podría verte como una amenaza. —Volvió a tragar saliva, pero el nudo en la garganta se negaba a desaparecer.

Nunca había sabido si Connor podía leer los pensamientos de la gente, pero siempre era consciente de las emociones. No tenía duda de que los estaban observando y probablemente escuchando.

—Tom, no creo que vaya a pasar nada malo. Si algo ocurre, si no salgo, quiero que te vayas. Quiero que vuelvas a casa. Hay una carpeta azul en el armario sobre el escritorio pequeño, el de la cocina. En el segundo estante. Ahí están nuestras pólizas de seguro de vida y el testamento…

Tom arrancó el motor.

—Se acabó. Nos vamos a casa. Nos ocuparemos de esto nosotros mismos.

Ella abrió la puerta del coche de un empujón, saltó fuera y corrió hacia la verja, con los tacones repiqueteando contra el pavimento.

—¡Kelly! ¡No lo hagas!

—Soy Kelly —anunció tras llamar al timbre junto a la verja de hierro—. Connor, por favor, déjame entrar.

La verja se deslizó para abrirse. Kelly alzó la cabeza y entró. La verja se cerró tras ella. Cruzó el arco y subió por el sendero de

piedra que serpenteaba entre el pintoresco bosquecillo de robles, ciclamores y laureles. El camino hizo un giro y ella se detuvo, paralizada.

La enorme y colonial casa con paredes blancas y distinguidas columnatas había desaparecido. En su lugar se alzaba una mansión mediterránea de dos pisos, con paredes color crema y tejado rojo oscuro. ¿Se habría equivocado de propiedad?

—¿Dónde está la casa? —se preguntó en voz alta.

—La he demolido.

Kelly se volvió. Él estaba a su lado. Recordaba a un chico delgado de impactantes ojos de color azul claro. Dieciséis años después, él era más alto que ella. Su pelo, castaño claro cuando era joven, se había vuelto marrón oscuro, casi negro. Su rostro, antes anguloso, había adquirido una mandíbula cuadrada y marcadas líneas masculinas que lo hacían cautivadoramente atractivo. Ese semblante, impregnado de autoridad, severo pero casi majestuoso, era la clase de rostro que imponía sumisión. Podría haber gobernado el mundo con esa apariencia.

Kelly lo miró a los ojos y al instante deseó no haberlo hecho. La vida había congelado aquellos hermosos iris azules. El poder se agitaba en sus profundidades. Podía sentirlo justo bajo la superficie, como una corriente salvaje y violenta. Se encabritaba y bullía, un poder impactante y aterrador que prometía violencia y destrucción, encerrado en una jaula de voluntad férrea.

Un escalofrío recorrió la nuca de Kelly hasta la base de la columna.

Tenía que decir algo. Lo que fuera.

—Por Dios, Connor, era una casa de diez millones de dólares.

Él se encogió de hombros.

—Me resultó catártico. ¿Te apetece un café?

—Sí. Gracias.

La guio a través de las puertas hacia un vestíbulo, subieron una escalera de madera con una ornamentada barandilla de forja hasta un balcón cubierto. Lo siguió, ligeramente aturdida, notando el entorno difuminado, y se sentó en un sillón mullido. Más allá de la barandilla del balcón se extendía un huerto, con árboles alrededor

de estanques y un pintoresco arroyo. En el horizonte, las colinas azuladas ondulaban como olas lejanas.

Olió el café. Connor estaba de espaldas a ella, esperando a que la cafetera llenara sus tazas.

«Establece una base en común. Recuérdale quién eres».

—¿Dónde está el columpio? —le preguntó.

Había sido el lugar favorito de los niños Rogan. Allí iban cuando él necesitaba pedirle consejo, cuando tenía doce años y ella era la prima Kelly, la mayor y guay, la inteligente y sabia en todos los asuntos adolescentes.

—Sigue ahí. Los robles han crecido y no se puede ver desde el balcón. —Connor se volvió, colocó la taza frente a ella y se sentó.

—Hubo un tiempo en que habrías hecho flotar las tazas —comentó ella.

—Ya no juego. Al menos no a los juegos que recuerdas. ¿Por qué estás aquí?

La taza de café le quemaba los dedos. La dejó sobre la mesa. Ni siquiera se había dado cuenta de que la había cogido.

—¿Has visto las noticias?

—Sí.

—Entonces, sabes lo del incendio provocado en el First National Bank.

—Sí.

—Un guardia de seguridad murió quemado. Su esposa y sus dos hijos estaban visitándolo. Los tres se encuentran en el hospital. El guardia era un policía fuera de servicio. Las cámaras de seguridad identificaron a dos pirómanos: Adam Pierce y Gavin Waller.

Él permaneció callado.

—Gavin Waller es mi hijo —continúo ella. Las palabras sonaron huecas—. Mi hijo es un asesino.

—Lo sé.

—Quiero a mi hijo. Quiero a Gavin con todo mi corazón. Si tuviera que elegir entre mi vida y la suya, moriría por él sin dudarlo. No es una mala persona. Es un niño de dieciséis años. Estaba tratando de encontrarse a sí mismo, pero encontró a Adam Pierce. Tienes que entender que los chicos idealizan a Pierce. Es su antihéroe: el

hombre que abandonó a su familia y formó una banda de moteros. El rebelde carismático y chico malo. —Su voz se tornó amarga y furiosa, pero no pudo evitarlo—. Utilizó a Gavin para cometer esa atrocidad, y ahora un policía está muerto. La esposa del agente y sus dos hijos sufrieron graves quemaduras. Matarán a Gavin, Connor. Aunque mi hijo salga con las manos en alto, los policías le dispararán. Es un asesino de policías.

Connor bebió del café. Su rostro permanecía impasible. Ella no podía interpretarlo.

—No me debes nada. No hemos hablado en veinte años, no desde que la familia me repudió. —Ella tragó saliva de nuevo.

Se había negado a seguir sus instrucciones de casarse con un desconocido con la combinación genética adecuada. Les había dicho que quería tener el control de su propia vida. Ellos accedieron, pero la echaron como si fuera basura… Pero no debía pensar en eso. Debía pensar en Gavin.

—Si hubiera otra manera, no te molestaría. Pero Tom no tiene contactos. No tenemos poder, ni dinero, ni una gran magia. A nadie le importa lo que nos pase. Todo lo que me queda ahora son nuestros recuerdos de la infancia. Siempre estuve ahí para ti cuando te metías en problemas. Por favor, ayúdame.

—¿Qué quieres que haga? ¿Esperas evitar su arresto?

Kelly detectó un deje de desaprobación cínica en su voz.

—No. Quiero que arresten a mi hijo. Quiero un juicio. Quiero que sea televisado, porque sé que, en cuanto Gavin pase diez minutos en el estrado, todos reconocerán exactamente lo que es: un niño confundido y necio. Sus amigos merecen saber que no es un monstruo. Conozco a mi hijo. Sé que lo que ha hecho lo está destrozando. No quiero que muera abatido como un animal, sin tener la oportunidad de decirle a la familia de las personas que mató lo profundamente arrepentido que está. —Las lágrimas mojaban sus mejillas. No le importaba—. Por favor, Connor. Te estoy suplicando por la vida de mi hijo.

Connor bebió su café.

—Mi nombre es Mad Rogan. También me llaman el Carnicero y el Azote, pero Mad es el apodo más utilizado.

—Te conozco…

—No, no me conoces. Me conociste antes de la guerra, cuando era un niño. Dime, ¿qué soy ahora?

La presión de su mirada la aplastaba.

Sus labios temblaron y dijo lo primero que le vino a la mente:

—Eres un asesino en serie.

Él sonrió, con el rostro frío. Sin humor, sin calidez, solo era un depredador vicioso mostrando los dientes.

—Han pasado cuarenta y ocho horas desde el incendio provocado, y ahora vienes a mí. Debes de estar realmente desesperada. ¿Fuiste primero a ver a todos los demás? ¿Soy tu última opción?

—Sí —admitió ella.

Sus iris destellaron con un azul eléctrico y brillante. Lo miró a los ojos y, por una fracción de segundo, vislumbró el verdadero poder que había dentro de él. Era como mirar el rostro de una avalancha antes de que te tragara por completo. En ese momento, supo que todas las historias eran ciertas. Era un asesino y un demente.

—No me importa si eres el diablo en persona. Por favor, tráeme a Gavin de vuelta.

—De acuerdo —aceptó él.

Cinco minutos después, Kelly bajó trastabillando por el camino de entrada. Los ojos le lagrimeaban. Intentó dejar de llorar, pero no pudo. Había logrado lo que había ido a hacer. El alivio la desbordaba.

—¡Kelly, cariño! —Tom la abrazó.

—Lo hará —susurró, conmocionada—. Me ha prometido que encontrará a Gavin.

Capítulo 1

Todos los hombres son mentirosos. También todas las mujeres. Lo aprendí cuando tenía dos años y mi abuela me dijo que, si me portaba bien y me quedaba quieta, la inyección que el médico estaba a punto de ponerme no me dolería. Fue la primera vez que mi mente infantil asoció la inquietante sensación de mi talento mágico detectando una mentira con las acciones de otras personas.

La gente miente por muchas razones: para salvarse, para salir de problemas, para evitar herir los sentimientos de alguien. Los manipuladores mienten para conseguir lo que quieren. Los narcisistas mienten para parecer grandiosos ante los demás y ante sí mismos. Los alcohólicos en recuperación mienten para proteger su maltrecha reputación. Y quienes más nos aman son los que más nos mienten, porque la vida es un viaje lleno de baches y quieren suavizarlo tanto como sea posible.

John Rutger mentía porque era un canalla.

Nada en su apariencia decía: «Eh, soy un ser humano despreciable». Cuando salió del ascensor del hotel, parecía un hombre agradable. Alto y en forma, tenía el pelo castaño, ligeramente ondulado, con suficientes canas en las sienes para darle un aire distinguido. Su rostro era como el que esperarías ver en un hombre atlético y exitoso de cuarenta años: masculino, bien afeitado y seguro de sí mismo. Era ese padre apuesto y bien vestido de la liga juvenil de fútbol americano que anima a gritos a su hijo. Era el corredor de bolsa de confianza que nunca aconsejará mal a sus

clientes. Inteligente, exitoso, sólido como una roca. Y la hermosa pelirroja que le cogía de la mano no era su esposa.

La esposa de John se llamaba Liz, y hacía dos días que me había contratado para averiguar si él la engañaba. Lo había descubierto siendo infiel antes, hacía diez meses, y le había advertido que la próxima vez sería la última.

John y la pelirroja avanzaron por el vestíbulo del hotel.

Me senté en la zona del salón, medio oculta tras una planta frondosa, y fingí estar absorta en mi teléfono móvil mientras la pequeña cámara digital escondida en mi bolso negro de ganchillo grababa a los tortolitos. Había elegido el bolso precisamente por sus agujeros decorativos.

Rutger y su cita se detuvieron a unos metros de mí. Disparé furiosa pájaros contra los burlones cerdos verdes en mi pantalla. Sigan su camino, aquí no hay nada que ver, solo una joven rubia jugando con su teléfono junto a unos arbustos.

—Te quiero —dijo la pelirroja.

Era verdad. Qué ilusa.

Los cerdos se rieron de mí. Era realmente mala en aquel juego.

—Yo también te quiero —le respondió él, mirándola a los ojos.

Una irritación familiar creció dentro de mí, como si una mosca invisible zumbara alrededor de mi cabeza. Mi magia hizo clic. John estaba mintiendo. Vaya sorpresa.

Sentí tanta lástima por Liz. Nueve años casados y dos hijos, un niño de ocho años y una niña de cuatro. Me mostró las fotos cuando me contrató. Ahora su matrimonio estaba a punto de hundirse como el Titanic, y yo estaba observando cómo se acercaba el iceberg.

—¿Lo dices en serio? —preguntó la pelirroja, mirándolo con total adoración.

—Sí. Sabes que sí.

La magia volvió a zumbar. Mentira.

La mayoría de la gente encontraba estresante mentir. Distorsionar la verdad y crear una versión alternativa y plausible de la realidad requería buena memoria y una mente ágil. Cuando John Rutger mentía, lo hacía mirándote directamente a los ojos. Y resultaba muy convincente.

—Ojalá pudiéramos estar juntos —dijo la pelirroja—. Estoy cansada de escondernos.

—Lo sé. Pero ahora no es el momento adecuado. Estoy en ello. No te preocupes.

Mis primos habían investigado su linaje. John no tenía conexión con ninguna de las importantes familias mágicas cuyas corporaciones eran dueñas de Houston. No tenía antecedentes penales, pero algo en su forma de comportarse me ponía en alerta. Mis instintos me decían que era peligroso, y yo confiaba en mis instintos.

También hicimos una comprobación de crédito. John no podía permitirse un divorcio. Su historial como corredor de bolsa era aceptable, pero no brillante. Estaba hipotecado hasta el cuello. Su riqueza estaba ligada a acciones, y dividirlas sería costoso. Él también lo sabía y se esforzaba por cubrir sus huellas. La pelirroja y él habían llegado en coches separados con veinte minutos de diferencia. Probablemente la dejaría salir primero y, a juzgar por la tensión en su espalda, aquella muestra pública de afecto en el vestíbulo no formaba parte de su plan.

La pelirroja abrió la boca y John se inclinó para besarla con obediencia.

Liz nos pagaría mil dólares cuando le llevara la prueba. Era todo lo que podía conseguir sin que John lo supiera. No era mucho, pero no estábamos en posición de rechazar trabajos; y, en cuanto a trabajos, este era sencillo. Una vez que salieran del hotel, yo me iría por la salida lateral, avisaría a Liz y cobraría nuestros honorarios.

Las puertas del hotel se abrieron y Liz Rutger entró en el vestíbulo.

Todos mis nervios se pusieron en alerta. ¿Por qué? ¿Por qué la gente nunca me escucha? Habíamos acordado expresamente que no haría ninguna investigación por su cuenta. Nunca salía nada bueno de eso.

Liz los vio besándose y se quedó blanca como el papel. John soltó a su amante, con el rostro conmocionado. La pelirroja miró a Liz, horrorizada.

—Esto no es lo que parece —dijo John.

Era exactamente lo que parecía.

—¡Hola! —exclamó Liz, con un tono de voz sorprendentemente alto y frágil—. ¿Y tú quién eres? ¡Porque yo soy su esposa!

La pelirroja se dio la vuelta y huyó hacia el interior del hotel.

Liz se volvió hacia su marido:

—Tú.

—No hagamos esto aquí.

—¿Ahora te preocupan las apariencias? ¿Ahora?

—Elizabeth. —Su voz vibró con autoridad.

Oh, oh.

—Lo has arruinado todo. Lo has arruinado todo.

—Escucha…

Ella abrió la boca. Las palabras tardaron un segundo en salir, como si tuviera que forzarlas:

—Quiero el divorcio.

He trabajado en el negocio familiar desde los diecisiete años, y vi el momento preciso en que la adrenalina invadió el sistema de John. Algunos tipos se ponen rojos y empiezan a gritar. Otros podrían quedarse paralizados; esos son los que muerden por miedo. Si los presionas demasiado, se vuelven impredecibles. John Rutger se quedó inexpresivo. Todas las emociones se esfumaron de su rostro. Sus ojos se abrieron de par en par, y detrás de ellos una mente fuerte y calculadora evaluaba la situación con precisión gélida.

—De acuerdo —dijo John en voz baja—. Hablémoslo. No se trata solo de nosotros. También están los niños. Ven, te llevaré a casa. —Intentó cogerla del brazo.

—No me toques —siseó ella.

—Liz —insistió él, con un tono de voz moderado, pero con sus ojos fijos y depredadores, como la mirada dura de un francotirador apuntando a su objetivo—. Esta no es una conversación para tener en el vestíbulo de un hotel. No montes una escena. Somos mejores que esto. Yo conduciré.

No podía permitir que Liz subiera a su coche. Los ojos de él me decían que, si le permitía tomar el control sobre ella, nunca volvería a verla.

Me moví deprisa y me interpuse entre ambos.

—¿Nevada? —Liz parpadeó, desconcertada.

—Aléjate —le pedí.

—¿Quién es esta? —John centró su atención en mí.

Eso es, mírame a mí, no a ella. «Soy una amenaza mayor». Me coloqué frente a Liz, manteniéndome entre ellos.

—Liz, ve a tu coche. No vayas a casa. Ve a la de algún familiar. Ahora.

Los músculos de la mandíbula de John se tensaron mientras apretaba los dientes.

—¿Qué? —Liz me miró fijamente.

—La contrataste para espiarme. —John se encogió de hombros y giró el cuello como un luchador preparándose para el combate—. La metiste en nuestra vida privada.

—¡Ahora! —grité.

Liz dio media vuelta y huyó.

Levanté las manos y retrocedí hacia la salida, asegurándome de que la cámara del vestíbulo del hotel me tuviera a la vista. A mi espalda, el sonido de la puerta cerrándose tras la huida de Liz.

—Se acabó, señor Rutger. No soy una amenaza.

—Zorra entrometida. Tú y esa arpía estáis compinchadas.

En la recepción, el conserje presionaba frenéticamente las teclas del teléfono.

Si hubiera estado sola, habría dado media vuelta y habría echado a correr. Hay personas que plantan cara pase lo que pase. En una situación como la mía, pensar en pasar una temporada en el hospital junto con una factura que no puedes pagar porque no estás trabajando te quita rápido esa idea. Si tuviera la oportunidad, correría como un conejo, pero tenía que darle tiempo a Liz para que llegara a su coche.

John levantó los brazos, doblados por los codos, palmas hacia arriba, dedos separados, como si sostuviera dos pelotas de béisbol invisibles. La pose del mago. Mierda.

—Señor Rutger, no lo haga. El adulterio no es ilegal. Todavía no ha cometido ningún delito. Por favor, no lo haga.

Sus ojos me miraron, fríos y duros.

—Aún puede alejarse de todo esto.

—Creíste que podías humillarme. Pensaste que me avergonzarías. —Su rostro se oscureció mientras sombras fantasmales de magia se deslizaban por su piel. Pequeñas chispas rojas se encendieron sobre sus palmas y destellaron. Relámpagos carmesí danzaron, extendiéndose hasta las puntas de sus dedos.

¿Dónde diablos estaba la seguridad del hotel? No podía ser la primera en atacar —sería una agresión y no podíamos permitirnos una demanda—, pero ellos sí podían.

—Déjame mostrarte lo que les sucede a quienes intentan humillarme.

Me lancé hacia un lado.

Un trueno retumbó. Las puertas de cristal del hotel se hicieron añicos. La onda expansiva me levantó del suelo. Vi una silla del salón volar hacia mí y alcé las manos, encogiéndome en el aire. La pared golpeó mi hombro derecho. La silla impactó contra mi costado y mi cara. Ay.

Caí junto a los fragmentos de una maceta que había contenido una planta dos segundos antes, y me puse en pie de un salto.

Las chispas rojas se encendieron de nuevo. Él se estaba preparando para el segundo asalto.

Dicen que una mujer de sesenta kilos no tiene ninguna posibilidad contra un hombre atlético de noventa kilos. Es mentira. Solo tienes que tomar la decisión de hacerle daño y llevarlo a cabo.

Agarré un tiesto y se lo lancé. Se estrelló contra su pecho, haciéndole perder el equilibrio. Corrí hacia él, sacando una pistola eléctrica de mi bolsillo. Él me golpeó. Fue duro y rápido, y me alcanzó justo en el estómago. Las lágrimas me brotaron de los ojos. Me abalancé hacia delante y presioné la pistola eléctrica contra su cuello. La descarga lo atravesó. Sus ojos se desorbitaron.

«Por favor, que caiga. Por favor».

Tenía la boca abierta. John se puso rígido y se desplomó como un tronco.

Me arrodillé sobre su cuello, cogí una brida de plástico del bolsillo y le até las manos después de forcejear con él.

John gruñó.

Me senté a su lado en el suelo. Me dolía la cara.

Dos hombres irrumpieron por las puertas laterales y corrieron hacia nosotros. Sus chaquetas ponían «Seguridad». Vaya, ahora aparecen. Gracias a Dios por la caballería.

A lo lejos, sonaron las sirenas de la policía.

El sargento Muñoz, un hombre robusto que me doblaba la edad, examinaba la grabación de seguridad. Ya la había visto dos veces.

—No podía permitir que la metiera en el coche —dije desde mi asiento.

Me dolía el hombro y las esposas me impedían frotarlo. Estar cerca de policías me llenaba de ansiedad. Quería moverme, pero eso me haría parecer nerviosa.

—Hizo lo correcto. —Muñoz señaló la pantalla, deteniéndola en el momento en que John Rutger intentaba coger a su esposa—. Justo ahí está la prueba definitiva. Pillan a este tipo con las manos en la masa y no dice: «Lo siento, la he cagado». No suplica perdón ni se enfada. Se vuelve frío e intenta sacar a su mujer de escena.

—No le provoqué. Tampoco le toqué hasta que intentó matarme.

—Ya lo veo. —Se volvió hacia mí—: Es una Taser C2. ¿Sabe que el alcance de esos aparatos es de cuatro metros?

—No quería arriesgarme. Su magia me pareció eléctrica y pensé que podría bloquear la corriente.

Muñoz negó con la cabeza.

—No, era energiquinético. Energía mágica pura, y entrenado para usarla, cortesía del Ejército estadounidense. Es un veterano.

—Ah. —Eso explicaba por qué Rutger se había mostrado tan frío.

La adrenalina no era nada nuevo para él. También tenía sentido que fuera energiquinético. Los piroquinéticos manipulaban el fuego, los acuaquinéticos el agua y los energiquinéticos manipulaban la energía mágica pura. Nadie estaba seguro de la naturaleza exacta de esa energía, pero era una magia relativamente común. «¿Cómo diablos pudo Bern pasar por alto todo eso en la investigación de antecedentes?». Cuando llegara a casa, mi primo y yo íbamos a tener una conversación.

Un policía uniformado asomó la cabeza por la puerta y le devolvió mi licencia a Muñoz.

—Todo en orden.

Muñoz me quitó las esposas y me devolvió el bolso y la cámara. Mi móvil y mi cartera llegaron después.

—Tenemos su declaración y nos quedamos con la tarjeta de memoria. Se la devolveremos más tarde. Vaya a casa y póngase hielo en el cuello.

Le sonreí:

—¿Va a decirme que no salga de la ciudad, sargento?

Muñoz me dirigió una mirada de «otra listilla».

—No. Se enfrentó a un mago de nivel militar por mil dólares. Si tan necesitada está de dinero, probablemente no pueda permitirse la gasolina.

Tres minutos más tarde, subía a mi Mazda familiar de cinco años. Los papeles describían el color del Mazda como «dorado». Los demás decían que era «champán» o incluso «beis». Junto con las inconfundibles líneas de coche familiar, la furgoneta era el vehículo perfecto para la vigilancia. Nadie le prestaba atención. Una vez seguí a un tipo durante dos horas en una carretera casi desierta, y cuando la compañía de seguros le mostró después las imágenes que demostraban que su rodilla funcionaba perfectamente mientras cambiaba las marchas en su camioneta, se quedó muy sorprendido.

Giré el espejo. Una gran marca roja que cambiaría hasta convertirse en un impresionante moretón púrpura florecía en mi cuello y la parte superior de mi hombro derecho, como si alguien hubiera cogido un puñado de arándanos y me los hubiera restregado por encima. Una mancha igual de roja marcaba mi mandíbula en el lado izquierdo. Suspiré, reajusté el espejo y me dirigí a casa.

Menudo trabajo fácil había resultado ser. Al menos no había tenido que ir al hospital. Hice una mueca. La marca decidió que no le gustaba que hiciera muecas. Ay.

La Agencia de Investigación Baylor había comenzado como un negocio familiar. Y aún lo seguíamos siendo. Técnicamente, ahora pertenecíamos a otra persona, pero nos dejaban manejar nuestros asuntos como mejor nos pareciera. Solo teníamos tres reglas. Regla

n.º 1: Éramos leales. Una vez que un cliente nos contrataba, éramos fieles a él. Regla n.º 2: No infringíamos la ley. Era una buena regla. Nos mantenía fuera de la cárcel y a salvo de litigios. Y la regla n.º 3, la más importante de todas: Al final del día, teníamos que ser capaces de mirarnos al espejo. Archivé el día bajo la regla n.º 3. Era posible que estuviera equivocada y que John Rutger hubiera llevado a su esposa a casa y le hubiera suplicado perdón de rodillas. Pero, al final del día, no me arrepentí de nada y no tuve que preocuparme de si había hecho lo correcto o de si los dos hijos de Liz volverían a ver a su madre.

Su padre era otra historia, pero ya no era mi problema. Él mismo se había metido en ese lío.

Sorteé el tráfico vespertino en la I-290, dirigiéndome al noroeste, y giré hacia el sur. Unos minutos después, me detuve frente a nuestro local. El destartalado Civic negro de Bern estaba en el aparcamiento, junto al Honda Element azul de mamá. Qué bien. Todos estaban en casa.

Aparqué, me acerqué a la puerta e introduje el código en el sistema de seguridad. La puerta se abrió con un clic, entré y me detuve un segundo para escuchar el tranquilizador sonido del cerrojo al encajar a mi espalda.

Cuando entrabas al local por esa puerta, parecía una oficina normal. Habíamos construido paredes, instalado algunos paneles de vidrio y colocado una alfombra beis de alto tránsito. Eso nos daba tres despachos en el lado izquierdo y una sala de descanso y una sala de conferencias grande a la derecha. El techo suspendido completaba la ilusión.

Entré en mi oficina, dejé el bolso y la cámara sobre el escritorio y me senté en la silla. Debería escribir un informe, pero no tenía ganas. Lo haría más tarde.

La oficina estaba insonorizada. A mi alrededor todo estaba en silencio. Un aroma familiar y tenue de aceite de pomelo llegaba desde el difusor. Los aceites eran mi pequeño lujo favorito. Inhalé la fragancia. Estaba en casa.

Había sobrevivido. Si me hubiera golpeado la cabeza contra la pared cuando Rutger me lanzó, podría no haberlo contado. Ahora

mismo podría estar muerta en lugar de sentada aquí en mi oficina, a seis metros de mi casa. Mi madre podría estar en la morgue, identificándome sobre una mesa. El corazón me latía con fuerza en el pecho. La náusea se abrió paso, oprimiéndome la garganta.

Me incliné hacia delante y me concentré en respirar. Respiraciones profundas y tranquilas. Solo tenía que dejar que pasara.

Inspirar y espirar. Inspirar y espirar.

Lentamente, la ansiedad retrocedió.

Inspirar y espirar.

De acuerdo.

Me levanté, crucé la oficina hasta la sala de descanso, abrí la puerta del fondo y entré en el almacén. Un pasillo amplio se extendía a izquierda y derecha, su suelo de hormigón pulido reflejaba suavemente la luz. Sobre mí se alzaban techos de nueve metros. Después de que tuviéramos que vender la casa y mudarnos al local, mamá y papá se plantearon hacer que el interior pareciera una casa real. En cambio, terminamos construyendo una gran pared que separaba esta sección —nuestro espacio habitable— del garaje de mi abuela para no tener que calentar o climatizar los dos mil metros cuadrados de la nave. El resto de las paredes habían surgido orgánicamente, lo que era un suave eufemismo para decir que las levantamos según fue necesario con cualquier material que tuviéramos a mano.

Si mamá me veía, no me libraría de un exhaustivo examen médico. Solo quería darme una ducha y comer algo. A esta hora solía estar con mi abuela, ayudándola con el trabajo. Si era lo suficientemente silenciosa, podría escabullirme hasta mi habitación. Avancé de puntillas por el pasillo. «Piensa en ser sigilosa… Sé invisible… Con suerte, no habrá nada que llame la atención».

—¡Te voy a matar! —aulló una voz aguda familiar desde la derecha.

Maldita sea. Arabella, por supuesto. Mi hermana pequeña estaba en plena forma, a juzgar por el tono.

—¡Qué madura eres! —Y esa era Catalina, la de diecisiete años. Dos años mayor que Arabella y ocho menor que yo.

Tenía que detenerlas antes de que mamá viniera a investigar. Aceleré por el pasillo hacia la sala multimedia.

—¡Al menos yo tengo amigos!

—¡Al menos yo no soy una llorica!

—¡Al menos yo no soy una reina del drama!

Las dos eran auténticas reinas del drama y, si no paraba ese alboroto rápido, mamá estaría sobre nosotras en segundos.

—¡Te odio!

Entré en la sala multimedia. Catalina, delgada y morena, estaba a la derecha, con los brazos cruzados sobre el pecho. A la izquierda, Bern sujetaba con cuidado a la rubia Arabella por la cintura, manteniéndola en el aire. Arabella era muy fuerte, pero Bern había practicado lucha libre en el instituto y acudía a un club de judo dos veces por semana. Con diecinueve años y aún en edad de crecer, medía más de metro ochenta y pesaba unos noventa kilos, en su mayoría músculo poderoso y flexible. Sujetar a una Arabella de cuarenta y cinco kilos no era un problema.

—¡Suéltame! —gruñó Arabella.

—Piensa en lo que estás haciendo —dijo Bern, con voz profunda y paciente—. Acordamos que nada de violencia.

—¿Qué pasa esta vez? —pregunté.

Catalina señaló con el dedo a Arabella:

—¡No puso el tapón a mi base de maquillaje líquido! ¡Ahora está seca!

Como era de esperar. Nunca peleaban por nada importante. Nunca se robaban entre ellas, nunca intentaban sabotear sus relaciones y, si alguien se atrevía a mirar mal a una de ellas, la otra sería la primera en saltar en su defensa. Pero si una cogía el cepillo de la otra y no lo limpiaba, estallaba la Tercera Guerra Mundial.

—Eso no es cierto… —Arabella se quedó paralizada—. Nevada, ¿qué le ha pasado a tu cara?

Todo se detuvo. Entonces, todos hablaron a la vez y muy alto.

—¡Silencio! Calma, no es nada. Solo necesito una ducha. Además, dejad de pelear. Si no lo hacéis, mamá vendrá y no quiero que ella…

—¿Que no quieres qué? —Mamá entró por la puerta, cojeando un poco. Su pierna le molestaba otra vez. De estatura media, solía ser

delgada y musculosa, pero la lesión la había limitado. Ahora estaba más débil, con el rostro más redondo. Tenía los ojos oscuros como yo, pero su cabello era castaño.

Abuela Frida la seguía. Era de mi altura, delgada, con un halo de rizos plateados manchados de grasa de motor. El familiar y reconfortante olor a aceite de motor, goma y pólvora se extendió por la habitación. Abuela Frida me vio y sus ojos azules se agrandaron. Oh, no.

—Penelope, ¿por qué está herida la niña?

La mejor defensa es un buen ataque.

—No soy una niña. Tengo veinticinco años. —Era la primera nieta de mi abuela. Aunque viviera hasta que yo cumpliera cincuenta años y tuviera mis propios nietos, seguiría siendo «la niña».

—¿Cómo ha pasado? —preguntó mamá.

Maldita se.

—Una onda expansiva mágica, una pared y una silla.

—¿Una onda expansiva? —preguntó Bern.

—El caso Rutger.

—Pensé que era un fracasado.

Negué con la cabeza.

—Posee magia energética. Era veterinario.

El rostro de Bern se descompuso. Frunció el ceño y salió de la habitación.

—Arabella, trae el botiquín —pidió mamá—. Nevada, túmbate. Puede que tengas una conmoción cerebral.

Arabella salió corriendo.

—¡No es para tanto! No tengo ninguna conmoción.

Mi madre se volvió y me miró. Conocía esa mirada. Era la mirada de la sargento Baylor. No había escapatoria.

—¿Te ha examinado algún médico?

—Sí.

—¿Y qué te dijeron?

No tenía sentido mentir.

—Dijeron que debería ir al hospital por si acaso.

Mi madre me clavó la mirada.

—¿Has ido?

—No.
—Túmbate.
Suspiré y me rendí a mi destino.

A la mañana siguiente, me senté en la sala multimedia para comer las crepes y las salchichas que mamá me había preparado. El cuello aún me dolía. El costado me dolía más.

Mamá se sentó al otro extremo del sofá modular, bebiendo su café mientras peinaba el cabello de Arabella. Al parecer, la última moda entre las estudiantes de secundaria incluía trenzas elaboradas, y Arabella había logrado convencer a mamá para que la ayudara.

En el lado izquierdo de la pantalla, una presentadora de noticias con un peinado imposiblemente perfecto informaba sobre el reciente incendio provocado en el First National y en el lado derecho se mostraba un tornado de fuego envolviendo el edificio. Las llamas anaranjadas salían por las ventanas.

—Es terrible —comentó mamá.

—¿Ha muerto alguien?

—Un guardia de seguridad. Su esposa y sus dos hijos, que habían ido a llevarle la cena, también sufrieron quemaduras, pero sobrevivieron. Al parecer, Adam Pierce estuvo involucrado.

Todo Houston sabía quién era Adam Pierce. Los portadores de magia se dividían en cinco rangos: menor, medio, notable, significativo y principal. Nacido con un raro talento piroquinético, Pierce tenía clasificación de Acero Inoxidable. Un piroquinético se consideraba medio si podía derretir un metro cúbico de hielo en menos de un minuto. En la misma cantidad de tiempo, Adam Pierce podía provocar un fuego que derretiría un metro cúbico de acero inoxidable. Eso lo convertía en un principal, el rango más alto de usuario de magia. Todos lo querían: el Ejército, la Defensa Nacional y el sector privado.

Los Pierce, una familia adinerada y asentada, eran dueños de Firebug Inc., el principal proveedor de productos de forja industrial. Adam, apuesto y mágicamente espectacular, era el orgullo de la Casa Pierce. Se había criado rodeado de lujo, asistido a las mejores

escuelas, vestido con la mejor ropa y su futuro brillaba por todas partes. Había sido una estrella en ascenso y el soltero más codiciado. Pero a los veinte años les había hecho un gesto obsceno a todos, se había declarado radical y se había marchado para formar una banda de moteros.

Desde entonces, Pierce aparecía en las noticias por una cosa u otra, generalmente relacionadas con policías, crímenes y declaraciones contra el sistema. Los medios lo adoraban porque su nombre atraía audiencia.

Como si fuera una señal, el retrato de Pierce llenó el lado derecho de la pantalla. Llevaba sus característicos vaqueros negros y una cazadora de cuero negra sin cerrar mostrando su torso musculoso y desnudo. Un tatuaje de nudos celtas le cubría el pectoral izquierdo y una pantera rugiente con cuernos decoraba el lado derecho de su abdomen marcado. El cabello castaño, un poco largo, le caía sobre el hermoso rostro, resaltando los mejores pómulos del mundo y una mandíbula perfecta con la cantidad justa de barba incipiente para darle un aspecto rudo. Si lo afeitaran, parecería casi angelical. Ahora era un ángel impostor turbio, con las alas artísticamente chamuscadas, pensando en la toma perfecta de la cámara.

Había visto a muchos moteros pandilleros de verdad. No los motociclistas de fin de semana, que eran médicos y abogados en la vida real, sino los auténticos, los que vivían en la carretera. Eran duros, no muy bien cuidados y sus ojos eran de plomo. Pierce era más como el protagonista interpretando a un tipo duro en una película de acción. Por suerte para él, podía crear su propio fondo de pantalla con llamas ondulantes.

—¡Está buenísimo! —exclamó Arabella.

—Ya basta —la reprendió mamá.

Abuela Frida entró en la habitación.

—Oh, aquí está mi hombre.

—Madre —gruñó mamá.

—¿Qué? No puedo evitarlo. Son sus ojos de demonio.

Sí, Pierce tenía ojos de demonio. Profundos y oscuros, del rico marrón del café molido, eran impredecibles y completamente salvajes. Era muy agradable a la vista, pero todas sus poses

parecían preparadas. Siempre parecía saber dónde estaba la cámara. Y si llegaba a verlo en persona, correría en dirección contraria como si me persiguiera el fuego.

—Mató a un hombre —dijo mamá.

—Lo inculparon —la corrigió abuela Frida.

—Ni siquiera conoces la historia —respondió mamá.

Mi abuela se encogió de hombros.

—Lo inculparon. Un hombre tan guapo no puede ser un asesino.

Mi madre la miró fijamente de manera reprobatoria.

—Penelope, tengo setenta y dos años. Déjame disfrutar de mi fantasía.

—¡Así se habla, abuela! —Arabella levantó el puño en el aire.

—Si insistes en ser la pequeña cómplice de mi madre, que ella te peine.

—*Volveremos a la investigación sobre el incendio provocado después de la pausa* —anunció la presentadora—. *Además, el emblemático parque del centro está infestado de ratas.*

La imagen del parque Bridge apareció en la pantalla, con su estatua de bronce a tamaño natural de un vaquero sobre un caballo galopante en primer plano.

—¿Deberían las autoridades del condado de Harris recurrir a medidas drásticas? Más información después de la pausa.

Bern entró en la habitación.

—Oye, Nevada, ¿puedo robarte un momento?

Me levanté y lo seguí. Sin decir palabra, recorrimos el pasillo hasta la cocina. Era el lugar más cercano donde mamá y mi abuela no podrían escucharnos.

—¿Qué ocurre?

Bern se pasó la mano por su corto cabello castaño claro y me tendió una carpeta. La abrí y la examiné. El linaje, la biografía y los antecedentes de John Rutger. Una línea resaltada en amarillo destacaba: «Baja honorable, expediente clasificado».

Levanté el dedo.

—¡Ajá!

—Ajá —confirmó Bern.

Por lo general, a los empresarios les gustaba contratar a exmilitares. Eran puntuales, disciplinados, educados y capaces de tomar decisiones rápidas cuando era necesario. Pero los magos de combate hacían huir en dirección contraria a cualquier responsable típico de Recursos Humanos. Nadie quería a alguien estresado en su oficina cuando tenía la capacidad de invocar un ejército de sanguijuelas. Para evitar ese problema, el Departamento de Defensa comenzó a clasificar los expedientes de algunos miembros del personal de nivel de combate. Un expediente clasificado no siempre significaba magia de nivel de combate, aunque me habría dado una buena pista. Me habría acercado a la situación de Rutger desde un ángulo completamente diferente.

—La he fastidiado. —Bern se apoyó en la encimera. Sus ojos grises estaban llenos de remordimiento—. Tenía un examen de Historia Moderna. No es la asignatura que mejor llevo y necesitaba al menos un notable para mantener la beca, así que tuve que estudiar a fondo. Se lo di a Leon. Él investigó el linaje y los antecedentes, pero olvidó acceder a la base de datos del Departamento de Defensa.

—No pasa nada —le dije.

Leon tenía dieciséis años. Conseguir que se quedara quieto más de treinta segundos era como intentar meter gatos en la bañera.

Bern se frotó el puente de la nariz.

—No. No está bien. Me pediste que lo hiciera. Debería haberlo hecho yo. Te hiciste daño. No volverá a suceder.

—No te preocupes. A mí también se me han pasado cosas por alto antes. A veces ocurre. Solo asegúrate de comprobar el Departamento de Defensa a partir de ahora. ¿Sacaste el notable?

Él asintió con la cabeza.

—De hecho, es bastante interesante. ¿Conoces la historia de la vaca de la señora O'Leary?

Antes me gustaba mucho la historia. Incluso pensé en especializarme en ella, pero la vida real se interpuso.

—¿No tiró una lámpara en el granero y provocó el Gran Incendio de Chicago en algún momento de la década de 1860?

—En octubre de 1871 —aclaró Bern—. Mi profesor no cree que fuera la vaca. Cree que fue un mago.

—¿En 1871? Apenas se había descubierto el suero de Osiris.

—Es una teoría muy interesante. —Bern se encogió de hombros—. Deberías hablar con él alguna vez. Es un tipo bastante interesante.

Sonreí. Me había llevado cuatro años, incluidos todos los veranos, arrastrarme hasta conseguir el título en Justicia Criminal, porque había tenido que trabajar a la vez. Bern consiguió una beca académica porque era más listo que todos nosotros juntos, y ahora le iba bien. Incluso le gustaba al menos una de sus clases fuera de su especialidad.

—Hay más —continuó Bern—. Montgomery quiere vernos.

El estómago me dio una pirueta. La Casa Montgomery era nuestra dueña. Cuando los ahorros y el dinero de la venta de nuestra casa no fueron suficientes para cubrir las facturas médicas de papá, vendimos la empresa a Montgomery. Técnicamente, estaba hipotecada. Teníamos un plazo de amortización de treinta años y cada mes nos las arreglábamos para hacer el pago mínimo. Las condiciones de nuestra hipoteca prácticamente nos convertían en una filial de Montgomery International Investigations.

Montgomery había mostrado muy poco interés en nosotros hasta el momento. Éramos demasiado pequeños para serles de utilidad y no tenían motivos para molestarnos mientras el cheque se cobrase. Y nuestros cheques siempre se cobraban. Me aseguraba de ello.

—Dijeron que lo antes posible —añadió Bern.

—¿Sonaba como algo rutinario?

—No.

Maldita sea.

—No se lo digas a mamá ni a mi abuela.

—Solo se preocuparían —afirmó Bern asintiendo con la cabeza.

—Te llamaré en cuanto averigüe de qué se trata. Con suerte, solo habremos olvidado rellenar algún formulario o algo así.

Ya casi había llegado a la puerta cuando él me llamó:

—¿Nevada? La mujer de John Rutger ha transferido el dinero. Mil dólares, como acordamos.

—Bien.

Después seguí mi camino. Necesitaba peinarme, ponerme presentable y salir pitando al otro lado de la ciudad, a las torres de cristal. ¿Qué podría haber de malo?

Capítulo 2

La torre asimétrica de cristal de Montgomery International Investigations se alzaba por encima de los edificios de oficinas colindantes como una aleta de tiburón de cristal azul. Con sus veinticinco pisos de altura, resplandecía con cientos de ventanas de cobalto tintado. Estaba diseñada para impresionar y llenarte de asombro ante la magnificencia de la Casa Montgomery. Me esforcé por sentir algo de admiración, aunque solo conseguí sentir angustia.

Caminé hacia el ascensor, pasando antes por un detector de metales. El mensaje de Montgomery decía que debía dirigirme al decimoséptimo piso, así que entré en el ascensor cuando las puertas se abrieron, pulsé el botón con el número diecisiete y esperé en silencio mientras la cabina subía.

«¿Qué demonios podrían querer?».

Las puertas se abrieron para revelar un amplio espacio presidido por un mostrador de recepción hecho de tubos de acero inoxidable pulido. Al menos siete metros separaban el brillante suelo azul oscuro del techo blanco. Salí antes de que el ascensor se cerrara. Las paredes eran de un blanco puro, pero el enorme muro de ventanas de cristal cobalto detrás de la recepcionista teñía la luz del día de un azul pálido, como si estuviéramos bajo el agua. Todo parecía ultramoderno, original y sin alma. Ni siquiera las orquídeas de color blanco nieve sobre el mostrador de la recepcionista conseguían aportar calidez al espacio. Podrían haber empapelado aquel lugar con dinero directamente.

La recepcionista me miró. Su rostro era impecable, de piel pálida, con grandes ojos azules y labios en tono rosa claro artísticamente contorneados. Su pelo rojo tomate estaba recogido en un impecable moño francés. Podía ver cada una de sus largas pestañas, y ninguna tenía ni un atisbo de grumo. Llevaba un vestido blanco que ansiaba ser una manga.

Ella parpadeó al verme el rostro magullado.

—¿Puedo ayudarla?

—Tengo una cita con Augustine Montgomery. Me llamo Nevada Baylor —sonreí.

La recepcionista se levantó.

—Acompáñeme.

La seguí. Probablemente tenía mi misma altura descalza, pero sus tacones le añadían unos quince centímetros. Avanzó por la pared curva haciendo ruido con sus zapatos.

—¿Cuánto tiempo le lleva? —pregunté.

—¿Disculpe?

—¿Cuánto tiempo tarda en arreglarse para el trabajo por la mañana?

—Dos horas y media.

—¿Le pagan horas extra por eso?

Se detuvo ante una pared de cristal esmerilado y se quedó mirándolo embobada; el jefe le resultaba hipnótico.

Una sección de la pared se deslizó a un lado. La recepcionista me miró. Atravesé la abertura hacia una oficina inmensa. Debíamos de estar en una esquina de la aleta, porque la pared de la izquierda y la del frente eran de cristal azul. Un escritorio blanco ultramoderno surgía del suelo. Detrás de él había un hombre con traje. Tenía la cabeza inclinada mientras leía algo en una pequeña *tablet*, y lo único que podía ver de él era una espesa cabellera de color rubio oscuro peinada con un corte de pelo corto y sin duda caro.

Me acerqué y me quedé junto a una silla blanca frente al escritorio. Buen traje, de ese color entre gris y negro que algunos llaman gris metalizado.

El hombre levantó la mirada hacia mí. A veces, las personas con talento para la ilusión minimizaban sus defectos físicos con su

magia. A juzgar por su rostro, Augustine Montgomery era un principal. Sus rasgos eran perfectos, de la misma forma en que lo eran las estatuas griegas; las líneas de su rostro masculinas y definidas, pero no rudas. Bien afeitado, con una nariz fuerte y una boca firme, tenía ese tipo de belleza que te hacía quedarte mirando. La piel casi le brillaba y sus ojos verdes te atravesaban con aguda inteligencia tras unas gafas casi invisibles. Probablemente necesitaba protección cuando salía del edificio para defenderse de todos los escultores que querían inmortalizarlo en mármol.

Las gafas eran un toque magistral. Sin ellas, sería un dios en una nube, pero la montura finísima le permitía mantener un pie en la tierra junto a los simples mortales.

—Señor Montgomery. Me llamo Nevada Baylor. ¿Quería verme?

Él ignoró el tono púrpura de los moretones en mi rostro.

—Siéntese, por favor. —Señaló la silla.

Me senté.

—Tengo un encargo para usted.

En los cinco años desde que nos habían adquirido, nunca nos habían dado un encargo. «Por favor, que sea algo menor…».

—Nos gustaría que capturara a este hombre. —Deslizó una fotografía sobre el escritorio y yo me incliné hacia delante.

Adam Pierce me devolvió la mirada con sus ojos demoniacos.

—¿Es una broma?

—No.

Me quedé mirando a Montgomery.

—A la luz de los acontecimientos recientes, la familia Pierce está preocupada por el bienestar de Adam. Quieren que lo traigamos. Ileso. Como su empresa es subsidiaria de la nuestra, consideramos que son perfectos para esta tarea. Su parte de los honorarios ascenderá a cincuenta mil dólares.

No podía creerlo.

—Somos una pequeña empresa familiar. Mire nuestros registros. No somos cazarrecompensas. Nos dedicamos a investigar pequeños fraudes de seguros y casos de cónyuges infieles.

—Es hora de ampliar su repertorio. Muestran un noventa por ciento de éxito en sus casos. Cuentan nuestra plena confianza.

Teníamos un noventa por ciento de éxito porque no aceptaba un caso a menos que supiera que podíamos manejarlo.

—Es un principal piroquinético. No tenemos el personal suficiente.

Montgomery frunció levemente el ceño, como si algo le molestara.

—Veo que tienen un empleado a tiempo completo y cinco a tiempo parcial. Llame a su gente y concéntrense en ello.

—¿Ha comprobado las fechas de nacimiento de esos empleados a tiempo parcial? Déjeme ahorrarle el trabajo: tres de ellos son menores de dieciocho años y uno apenas tiene diecinueve. Son mis hermanas y primos. Me está pidiendo que persiga a Adam Pierce con niños.

Montgomery tecleó en el teclado.

—Aquí dice que su madre es una veterana condecorada del ejército.

—Mi madre sufrió heridas graves hace años durante operaciones en Bosnia. La capturaron y la metieron en un agujero en el suelo durante dos meses con otros dos soldados. La dieron por muerta y la rescataron por pura casualidad, pero sufrió daños permanentes en la pierna izquierda. Su velocidad máxima es de ocho kilómetros por hora.

Montgomery se reclinó.

—Su talento mágico está en la coordinación mano-ojo —continué —. Puede disparar a la gente en la cabeza desde muy lejos, lo que no servirá absolutamente de nada, ya que quiere a Pierce vivo. Y mi propia magia…

Montgomery me miró fijamente.

—¿Su magia?

«Mierda». Sus registros decían que era un fracaso.

—… es inexistente. Esto es un suicidio. Tienen veinte veces más recursos y personal que nosotros. ¿Por qué nos hace esto? ¿Cree que tenemos alguna posibilidad?

—Sí.

Mi magia zumbó. Acababa de mentir. La revelación me golpeó como si me hubieran arrojado una carga de ladrillos sobre la cabeza.

—Eso es todo, ¿verdad? Sabe que traer a Pierce será costoso y difícil. Perderá gente, personal capacitado y especializado en el que

ha invertido tiempo y dinero, y al final costará más que lo que la familia le está pagando. Pero probablemente no puede rechazar a la Casa Pierce, así que nos lo va a asignar a nosotros, y cuando termine en desastre, podrá mostrarles nuestros registros. Podrá decirle a los Pierce que se lo asignó a su mejor equipo, con seis empleados y un noventa por ciento de tasa de éxito. Ha hecho todo lo posible. Espera que fracasemos y posiblemente muramos para preservar sus beneficios y salvar las apariencias.

—No hay necesidad de ser tan dramática.

—No lo haré. —No podía. Era imposible.

Montgomery presionó un par de teclas y giró su monitor hacia mí. Un documento con una sección resaltada en amarillo llenaba la pantalla.

—Este es su contrato. La sección resaltada establece que rechazar una asignación de Montgomery International Investigations constituye un incumplimiento de contrato, con el pago total adeudado.

Apreté los dientes.

—¿Puede pagar el saldo del préstamo en su totalidad?

Deseé poder estirar el brazo por encima de la mesa y estrangularlo.

—Señorita Baylor —habló despacio, como si yo tuviera problemas de audición—. ¿Puede pagar el saldo completo?

Destensé la mandíbula.

—No.

Montgomery extendió los brazos.

—Permítame ser claro: o hace esto o nos quedaremos con su negocio.

—No me está dando opción.

—Por supuesto que tiene opción. Puede aceptar el caso o desalojar sus instalaciones.

Lo perderíamos todo. El almacén era propiedad de la empresa. Los coches eran propiedad de la empresa. Nos quedaríamos sin hogar.

—Siempre hemos estado al día con los pagos. Nunca le causamos ningún problema. —Saqué mi billetera del bolso, extraje la foto de mi familia y la puse sobre el escritorio. La habíamos hecho hacía un

par de meses, y apenas cabíamos todos en la imagen—. Soy todo lo que tienen. Nuestro padre está muerto, nuestra madre tiene una discapacidad. Si algo me sucede, no tienen medios de subsistencia.

La miró. Una sombra de algo cruzó su rostro, luego volvió a quedar inexpresivo.

—Necesito una respuesta, señorita Baylor.

Tal vez podría hacerlo a medias. Iba en contra de mis principios, pero tenía que hacer lo que pudiera para sobrevivir.

—¿Y si la policía lo atrapa primero?

—Su negocio quedará confiscado. Tiene que traerlo, vivo y antes de que las autoridades lo atrapen.

Maldita sea.

—¿Qué sucederá si muero?

Augustine levantó la mano, moviendo el documento en su pantalla.

—Usted es la investigadora con licencia de la empresa. Cuando compramos el negocio, invertimos en su capacidad para generar ingresos. Sin usted, no tenemos interés en su empresa. Según los términos de su contrato, sus activos se registrarán como pérdida. Confiscaremos cualquier efectivo y activos líquidos, es decir, las acciones, instrumentos del mercado monetario y demás que posea el negocio, y cancelaremos el préstamo.

—¿Qué hay del nombre de la agencia?

Él se encogió de hombros.

—Estoy seguro de que podemos llegar a un acuerdo.

Tenía un seguro personal de un millón de dólares. Lo pagaba de mi propio sueldo, porque era paranoica pensando que, si algo me sucedía, la familia acabaría en la indigencia. A corto plazo, valía más muerta que viva. Con un millón de dólares, Bern podría seguir en la universidad, nadie sería desalojado y, si lo fueran, habría suficiente dinero para mantener a la familia a flote. Mamá podría comprar el nombre y contratar a un investigador.

—¿Sí o no? —preguntó Augustine.

En un extremo de la balanza, mi familia; en el otro, posiblemente mi vida.

—Sí —acepté—. Es usted una persona horrible.

—Tendré que vivir con ello.

—Sí, tendrá que hacerlo. Escriba un anexo al contrato que establezca que, en caso de mi muerte, mi familia podrá comprar el nombre de la agencia por un dólar, y entonces iré tras Pierce.

—¿Un dólar?

—Si muero, mi familia recuperará la empresa. O lo toma o lo deja.

—Muy bien. —Los dedos de Montgomery volaron sobre el teclado.

Una hoja de papel salió de la impresora. La leí, firmé en la línea correspondiente y observé cómo escribía su nombre con una elegante caligrafía.

Montgomery tocó en su *tablet*.

—Le he enviado por correo electrónico el expediente de Pierce. Insisto, debe detener a Adam Pierce antes de que la policía lo ponga bajo custodia o perderá el préstamo.

Me levanté y me marché, dejando la fotografía de la familia sobre su escritorio. Quería que la mirara. Me temblaban las manos. Quería darme la vuelta, regresar y golpearlo.

Seguí caminando hasta salir del edificio. Fuera, el viento me azotaba, tirando de mi ropa. Saqué el móvil del bolsillo y llamé a Bern.

—Deja lo que estés haciendo. Necesito todo sobre Adam Pierce.

—¿Vamos tras Pierce? ¿Hablas en serio?

—Mira nuestra bandeja de entrada.

—Mierda.

—Necesito su linaje, sus antecedentes completos, su historial criminal, con quién fue al colegio… Todo. Cada fragmento de información que puedas encontrar. Cuanto más sepamos, mejor.

—¿Quieres que se lo diga a tía Pen?

Oh, mamá estaría encantada.

—No. Lo haré yo. Llama a Mateus por mí.

Cuando dije que todos nuestros empleados a tiempo parcial eran niños, no mentía. Pero ocasionalmente, cuando necesitábamos músculo, contratábamos agentes libres para trabajos específicos.

Tenía la sensación de que ninguno de ellos aceptaría un trabajo que involucrara a Pierce, pero valía la pena intentarlo.

—¿Cuánto debería ofrecer? —preguntó Bern al teléfono.

—Diez mil. —Era aproximadamente el triple de lo que normalmente ofrecíamos. También era la totalidad de nuestro fondo para emergencias. Podríamos pedir un préstamo si fuera necesario.

—No podemos pagar tanto.

—Podemos si capturamos a Pierce. Dile que el pago es contra entrega.

El teléfono hizo clic cuando Bern me puso en espera. Caminé hacia el coche. ¿Por dónde demonios iba a empezar?

Otro clic.

—Se ha reído.

En su lugar, yo también me habría reído.

—Prueba con el Vaquero.

Clic. Clic.

—No. Y eso es textual.

—¿Asli? Sube a quince.

Asli era cara como el infierno, aunque valía cada centavo, y no la había visto echarse atrás nunca.

Llegué al Mazda y me apoyé contra él.

—Dice que está ocupada con otra cosa.

Uf. Esos eran mis tres mejores. ¿Por qué tenía la visión de todos nuestros agentes independientes huyendo de nosotros como una manada de conejos asustados?

—Vale. Empieza a investigar los antecedentes de Pierce, por favor. —Y colgué.

El pánico que primero había surgido dentro de mí en la oficina de Augustine alcanzó su punto máximo y me ahogó. Dejé que me arrastrara.

Si fallábamos, Montgomery International Investigations ejecutaría el préstamo y se llevaría todo. Literalmente saldríamos de nuestra casa sin nada más que una bolsa negra de plástico llena de ropa y los artículos de aseo que cada uno pudiera llevar. Mi abuela no tendría lugar para dirigir su negocio. Yo no tendría negocio en absoluto. Podría empezar de nuevo, pero eso llevaría tiempo y

dinero. Había construido sobre el nombre y los cimientos que mis padres habían creado. Las referencias personales representaban el noventa por ciento de nuestros trabajos. Estaríamos en la calle, los siete. Perderíamos nuestro seguro médico. Todavía tendríamos nuestras otras deudas. Nuestros ahorros podrían darnos techo y comida durante un mes o dos, pero ¿después qué?

Bern abandonaría los estudios. No había manera de que no lo hiciera. Abandonaría y cogería cualquier trabajo que pudiera conseguir, lo que fuera que nos pagara otra semana en un motel barato u otra comida. Vi su futuro, y se estaba consumiendo en llamas.

Y mis hermanas… Acabábamos de volver a la normalidad después del caos de la enfermedad de papá. Nos acabábamos de estabilizar. La terapia funcionaba, todos estaban de nuevo encaminados y finalmente tenían una rutina. Si eso sucediera… Era como si alguien hubiera cogido un cuchillo helado y me lo hubiera clavado en el estómago para destriparme.

No. Eso no iba a suceder. No le harían eso a mi familia. No se llevarían todo por lo que había trabajado tan duro. No. Simplemente no.

Respiré hondo, exhalando ira.

Tenía que pensar. Era una búsqueda de fugitivos. Había hecho búsquedas de fugitivos antes. No era mi primera vez.

Los investigadores privados tendían a especializarse. Algunos desarrollaban perfiles financieros y se ocupaban de búsquedas de activos. Algunos aceptaban casos de vigilancia. Otros realizaban verificaciones de antecedentes. Nosotros hacíamos un poco de todo, y yo había hecho una buena cantidad de búsquedas de fugitivos.

Era solo otra búsqueda más. Excepto que, si lo encontraba, mi objetivo me quemaría la carne hasta los huesos. Y mi familia podría terminar en la calle de todos modos, cuando Montgomery International Investigations se hiciera con nuestra casa. Al menos recuperarían el nombre del negocio.

Probablemente esa no era la línea de pensamiento más productiva. Aquel lío, como solía decir mi padre, estaba muy por encima de mi categoría salarial. Ni siquiera sabía por dónde

empezar. Podría ir al First National y examinar los restos calcinados. Solo había llevado cuatro casos de incendio provocado antes, todos relacionados con seguros, y sabía que la escena realmente no me diría nada. No necesitaba determinar si Pierce había provocado el incendio. Solo tenía que encontrarlo.

Pierce había matado a un policía y herido a su familia. Todos los policías del área metropolitana de Houston estaban ansiosos por poner una bala en su hermosa cabeza. Apostaba a que la policía tenía un expediente sobre Pierce de un kilómetro de grosor. Ese expediente sería un excelente punto de partida, el problema era que no me dejarían verlo. Primero, era civil; segundo, competía con la policía. En las novelas policiacas, un investigador privado es o bien un expolicía o tiene amigos policías que le deben favores y que le proporcionan alegremente los archivos del departamento, mientras se quejan de que podría costarles el trabajo. Yo no tenía amigos policías. Trataba de evitarlos tanto como fuera posible. Mi padre había sido amigo de un par de efectivos, pero ambos trabajaban en la Unidad de Delitos Financieros, no en Homicidios. Además, los únicos que sabían que estaba buscando a Pierce éramos Montgomery, Bern y yo. Si me ponía en el radar de la policía, empezarían a prestar atención a lo que yo hacía, lo que dificultaría la búsqueda.

A mi alrededor, el centro de Houston bullía de vida. Los rascacielos, algunos de cristal y acero, otros monolitos de piedra que se alzaban a mi alrededor. El edificio cobalto de Montgomery International Investigations se erguía a la izquierda, pareciendo aún más una aleta de tiburón. Casi podía imaginar el pavimento agrietándose, abriéndose en enormes losas, y una colosal cabeza de tiburón llena de dientes de cristal afilados emergiendo para tragarme entera. Frente a mí, el tráfico circulaba lentamente por la concurrida calle. Un Maserati descapotable rojo avanzó por las vías del Metrorail hacia el hospital. El conductor, un joven con camiseta negra, se estaba poniendo colonia. Idiota.

Sobre él, una gran pantalla plana montada en la pared de una torre de piedra destellaba con anuncios. Apareció un apartado de noticias y la imagen de una mujer con traje de ejecutiva llenó la

pantalla. Tendría unos treinta y tantos, atlética, atractiva, con piel morena clara y una abundante melena rizada oscura, recogida hacia atrás en un moño. Todo Houston conocía su nombre: Lenora Jordan, fiscal del distrito del condado de Harris. Cuando yo tenía catorce años, ella había salido a la calle para enfrentarse a George Kolter. Acababa de graduarse en la Facultad de Derecho y él era un experimentado principal fulgurquinético. Podía lanzar rayos desde quince metros de distancia, estaba acusado de abusos a menores y había decidido en el último momento que no iría a juicio. Lenora Jordan bajó las escaleras del juzgado, como una pistolera del salvaje Oeste, invocó cadenas del aire y ató a George Kolter al pavimento. Todo quedó grabado y fue transmitido por todos los medios. Fue épico. Todas las chicas de mi curso querían ser Lenora cuando fueran mayores. Era incorruptible, poderosa e inteligente, no tenía miedo y no aguantaba tonterías de nadie. No tenía duda de que, si Pierce era detenido y llegaba a juicio, ella lo destruiría mientras se aseguraba de que sus derechos constitucionales fueran perfectamente respetados.

Yo no era Lenora Jordan, por mucho que quisiera. Si por casualidad me encontraba con Pierce, no podría atarlo. Tampoco podría obligarlo a hacer nada contra su voluntad. Tendría que convencerlo de alguna manera de que le convenía venir conmigo.

Cogí mi teléfono, descargué el archivo de antecedentes de Pierce y lo abrí. La mayoría de la gente acumulaba identificadores: fecha de nacimiento, número de la Seguridad Social, última dirección conocida, número de carnet de conducir, lugar de trabajo, todas las cosas que los atan y los hacen relativamente fáciles de rastrear. Cerca del setenta y cinco por ciento de las veces, su idea de estar fuera del sistema significaba esconderse en casa de algún primo. Y el noventa por ciento de las veces, su madre, sin importar lo que dijera, podía contactarlos en cuestión de minutos.

El expediente de Pierce me proporcionaba fecha y lugar de nacimiento, número de la Seguridad Social, nombres y dirección de sus padres y su educación. Escuela primaria, secundaria, Universidad de Stanford, licenciatura en Ciencias Arcanas con especialización en Ciencia e Ingeniería de Materiales. Asignatura optativa de Filosofía,

con una nota media de 3,9. Solicitó y fue aceptado en un programa de posgrado para un máster en Ciencia e Ingeniería de Materiales, lo abandonó a los dos meses. Residencia actual: desconocida. Trabajo actual: ninguno. Fantástico.

Antecedentes penales. Ajá. Adam Pierce había sido arrestado seis veces en los últimos dieciséis meses. Menudo elemento. Embriaguez pública, vandalismo, resistencia a la autoridad —qué sorpresa—, indigencia… ¿Indigencia? Ese policía debía de estar muy enfadado.

Ahora, Facebook. Me desplacé por media docena de Adam Pierce. Ninguno parecía auténtico. No importaba, probablemente era de los que usaban las redes sociales de forma esporádica. Pasé a la aplicación de Twitter y busqué a Adam Pierce. Su cuenta había estado inactiva durante las últimas cuarenta y ocho horas. Lo seguí y revisé sus fotos. Adam en una moto. Adam sin camiseta. Adam y un grupo de atractivos moteros frente a un taller de motos. La foto mostraba un trozo de un letrero: «…aves Custom Cycles».

Guardé la foto en mi teléfono.

Abrí una aplicación de notas y empecé a escribir lo que sabía sobre Pierce.

«Vanidoso». Miedo a las camisetas o cualquier otra prenda que pudiera cubrirle los pectorales.

«Letal». No dudaba en matar. Apuntarle con un arma tendría como resultado acabar carbonizada. Genial.

«Le gusta quemar cosas». Menudo eufemismo. Buena información, pero inútil para encontrarlo.

«Antigubernamental». Ni fu ni fa.

Mmm. Hasta el momento, mi mejor plan sería construir una montaña de bidones de gasolina y explosivos, ponerle un cartel de «Propiedad del Gobierno de los Estados Unidos» y lanzarle una camiseta a la cabeza cuando apareciera para hacerlo explotar. Sí, eso funcionaría. Ya, ojalá.

«Le gusta que lo arresten». Probablemente lo hacía sentirse duro. Adam Pierce, el rebelde. Aunque no le gustaba la cárcel. Su primer arresto fue un domingo y pasó la noche en prisión. En las cinco detenciones posteriores pagaron la fianza pocas horas después del ingreso.

«Famoso». Eso jugaba tanto a mi favor como en contra. Ser famoso dificultaría esconderse, pero si lo reconocían, las centralitas del 911 se iluminarían como fuegos artificiales y los policías estarían sobre él antes de que pudiera parpadear. Pero ser famoso también significaría muchos avistamientos falsos. Especialmente si la policía ofrecía una recompensa. La gente lo vería aquí, allá y en todas partes.

«Atractivo». Con el bonus de ojos diabólicos.

«Rico».

Rico. Adam Pierce nadaba en dinero. Por la mañana, cuando lo había visto en televisión, llevaba una cazadora de diseñador y posaba junto a una moto que parecía sacada de una película de ciencia ficción y que probablemente costaba mucho más que mi coche. Era un niño rico mimado, y los niños ricos mimados no se llevan bien con la falta de dinero. Pueden vivir en la miseria por un tiempo, pero les gustan sus juguetes y sus comodidades. El concepto clave para dirigir cualquier tipo de empresa, criminal o civil, era el trabajo. Dado el historial de Adam Pierce, el trabajo era algo que detestaba. Alguien había pagado esas fianzas por él. ¿De dónde venía su dinero?

Volví al expediente. Pierce tenía un fondo fiduciario con incentivos. Solo podía retirar dinero mientras estuviera en la universidad cursando un máster o después de obtenerlo. Según el expediente, la familia le había cortado el grifo por completo. Una nota marcada como A. J. M. —probablemente Augustine J Montgomery— ponía: «Confirmado con la familia. Se ha enfatizado la importancia del incentivo económico como medio para conseguir su captura».

Llamé a Bern.

—Oye, ¿has conseguido el expediente de Pierce?

—¿El hielo flota? —La voz de Bern tenía una cadencia pausada, lo que normalmente significaba que estaba haciendo otras seis cosas en las pantallas del ordenador mientras hablaba.

—¿Quién pagó su fianza?

—Uno de sus amigos de la universidad. Cornelius Maddox Harrison.

Menudo nombre. Los padres de alguien tenían ambiciones.

—Te estoy enviando su dirección por correo. Puedes encontrarlo en casa. Según su declaración de impuestos, es un padre que se dedica a su hogar.

—Gracias. Me pasaré por su casa ahora.

—Espera —la frenó Bern, con la voz repentinamente seria.

«Ay, no».

—¿Puedes venir antes a casa? Necesito mostrarte algo.

—Eso no suena nada bien.

—Así es —confirmó Bern.

¿Qué más podría pasar para que empeoraran las cosas?

Encontré a Bern en la Cabaña del Mal, también conocida como nuestra sala de ordenadores. Insonorizada y equipada con su propia unidad de aire acondicionado, la sala ocupaba el espacio al norte del local, justo detrás de las oficinas. Estaba elevada metro y medio del suelo, como una casa sobre pilotes, porque a Bern le resultaba más fácil manipular el cableado por debajo. Solíamos bromear diciendo que, si el local se inundaba, todos correríamos a la Cabaña del Mal para mantenernos secos. Desde fuera, parecía una pequeña casa independiente dentro del espacio más amplio del almacén, con una escalera de diez peldaños que conducía a ella. Al principio la llamábamos la Casa del Mal, pero con los años se convirtió en la Cabaña del Mal.

Subí las escaleras y llamé a la puerta.

—Adelante —dijo Bern.

Entré y cerré la puerta. El aire allí dentro estaba al menos tres grados más frío. Bern se encontraba atrincherado entre cuatro monitores diferentes sobre soportes giratorios. Tres torres de ordenador parpadeaban con luces rojas, blancas y verdes. Frente a él, la estación de Leon, un escritorio más pequeño con triple monitor, estaba vacía. Él y las chicas estaban en la escuela.

Bern se volvió hacia mí, su atractivo rostro teñido de azul por el resplandor del monitor más grande. Siempre había algo un poco cómico en ver su corpulencia junto a las pantallas de ordenador. Los teclados y monitores parecían demasiado pequeños para él.

—¿Qué has encontrado? —pregunté.

—Mientras hablaba contigo, ejecuté la verificación de antecedentes del chico implicado en el incendio.

—Gavin Waller.

Bern asintió.

—Investigué su linaje.

En nuestro mundo, el linaje lo era todo. Las familias mágicas eran dueñas de corporaciones, y la mayoría de las grandes ciudades estaban divididas en territorios familiares. Algunas familias influían solo en unas pocas manzanas, otras controlaban barrios enteros. Tu apellido y tu árbol genealógico podían abrirte puertas o hacer que te mataran. Si la familia se volvía lo suficientemente importante, se la consideraba una casa. Casa Montgomery. Casa Pierce.

—El padre de Gavin es Thomas Waller. Su madre es Kelly Waller. Ninguno posee una magia significativa. —Bern hizo una pausa.

Esperé. Bern almacenaba la información en cadenas ordenadas. Cuando se le preguntaba algo, comenzaba por el principio de la cadena y la desentrañaba eslabón por eslabón hasta que finalmente emergía la información relevante. Si la casa estuviera en llamas, Bern comenzaría describiendo cómo fue a buscar la caja de cerillas para encender la vela que lo inició. Intentar acelerar el proceso no solo era inútil, sino contraproducente. Las interrupciones lo descarrilaban. Volvería a encauzarse a su manera metódica, y no podía entender por qué uno saltaba y echaba espuma por la boca de pura frustración mientras él se tomaba su tiempo.

—El apellido de soltera de Kelly Waller era Lancey.

Ajá.

—Su padre era William Lancey.

Ajá.

—Su madre era Carolina Rogan.

Ajá. Espera, ¿qué?

—¿Rogan? ¿Como la Casa Rogan?

Bern asintió:

—Mad Rogan es primo de Kelly Waller. Eso lo convierte en primo segundo de Gavin.

Mis piernas decidieron que aquel era un buen momento para declararse en huelga. Me desplomé en una silla.

Los Estados Unidos no habían declarado oficialmente una guerra en los últimos setenta años. En su lugar, se había involucrado en conflictos armados, acciones de mantenimiento de la paz e intervenciones armadas que, a todos los efectos, eran guerras sin una etiqueta aterradora: Europa, Oriente Medio y las llamadas Guerras Sudamericanas, que estallaron cuando el descubrimiento de depósitos minerales mágicamente potentes en Belice desestabilizó la región vecina. México, ya una potencia mágica, invadió el pequeño Belice. Honduras, Nicaragua y Brasil formaron una coalición para oponerse a la invasión. Tanto los Estados Unidos como las Tribus Nativas Unidas se unieron a la coalición antimexicana, a pesar de que los territorios de las Dakotas, Wyoming y Montana no estaban cerca de la frontera y aunque las TNU solían oponerse a los Estados Unidos en casi todas las decisiones políticas. Todos alababan a los valientes soldados de Belice, pero la verdadera razón era clara: nadie quería que México, el gigante mágico, fuera más poderoso de lo que ya era.

La guerra fue terrible. Al final, México renunció a su control sobre Belice, pero las ondas de esa invasión se extendieron por Sudamérica. Los conflictos armados estallaron y se apagaron en media docena de naciones. Mad Rogan se hizo un nombre en esos conflictos. Estaba fuera de toda escala incluso para los principales. Nadie sabía exactamente de qué era capaz, pero todos conocían su nombre. Mad Rogan. El Carnicero de Mérida. El Huracán.

Las posibilidades de que tuviéramos éxito en la detención de Adam Pierce ya eran casi nulas. Si Mad Rogan decidía interesarse, nos hundiría en números negativos.

—¿Qué sabemos sobre Mad Rogan?

Bern presionó una tecla en su teclado. Un vídeo de poco calidad llenó el monitor. Recordaba haberlo visto una vez, hacía mucho tiempo, cuando aún estaba en el instituto. Me había aburrido entonces, porque no pasaba nada realmente en los primeros dos minutos, y no lo había terminado.

Un joven con pelo oscuro algo largo y ojos claros, con el rostro desdibujado por la interferencia eléctrica, de pie en medio de una carretera vacía de cuatro carriles, con la silueta perfilada contra un cielo nublado, cubierto de nubes grises.

—*… Carla te respaldará* —dijo una voz femenina en la grabación —. *No te preocupes. Sabemos que puedes hacerlo.*

—Esto fue grabado en algún lugar de México —informó Bern—. La mayoría está de acuerdo en que probablemente fue en Chetumal. Puedes ver un destello del océano en uno de los fotogramas.

Rebusqué en mi mente, tratando de encontrar algo sobre Chetumal. Una ciudad portuaria en la punta de Yucatán, uno de los centros del robusto comercio internacional de México. Una economía próspera, pero que sufrió durante la guerra.

—Esta fue su prueba inicial. Ni siquiera estaba comisionado todavía. Este vídeo fue el único que se filtró a Internet. Después de eso, aplicaron medidas estrictas.

El hombre se encogió de hombros. Era pálido y muy joven, más joven que Bern. Podría ser por la mala calidad del vídeo, pero parecía asustado. La cámara hizo *zoom* en su rostro. Sus ojos azules estaban tan tristes, casi melancólicos y llenos de poder.

—¿Qué edad tiene?

—Es su último año de universidad. Tiene diecinueve. Se graduó en el instituto antes de tiempo e hizo su licenciatura en tres años. Era brillante.

—También tuvo los mejores tutores que el dinero podía comprar.

La Casa Rogan era rica. No estaba segura de a qué se dedicaban exactamente, pero Mad Rogan era un principal de cuarta generación.

—*Es la hora* —dijo la voz de la mujer—. *Recuerda, todo este sector ha sido evacuado. Solo son daños materiales. No dudes, Connor. Estás haciendo lo correcto.*

Seguro que sí. Alguien debió de hablar con él en la universidad, alguien del Ejército con muchas condecoraciones en el pecho, y debió de escuchar, porque lo llevaron en avión a Chetumal para ver qué podía hacer.

Rogan empezó a caminar por la carretera, una figura solitaria con sudadera gris, avanzando por la línea amarilla hacia los rascacielos. Treinta metros. Sesenta metros. Rogan seguía moviéndose. Ya casi llegaba a los edificios.

—*¿Está a medio kilómetro?* —preguntó una voz masculina fuera de cámara.

—*Nos está dando espacio de seguridad* —dijo la mujer.

—*¿Cuánto espacio de seguridad necesita?*

—*Todo el que quiera.*

Rogan siguió avanzando.

—*¿Sigue al alcance?* —preguntó la mujer.

—*Puedo levitarlo desde aquí, señora* —dijo una segunda mujer con voz más aguda—. *Pero si camina más lejos tendremos que acercarnos.*

Levitar a una persona sin causarle lesiones internas graves era una rama muy específica de la telequinesis. Los levitadores eran muy valorados, y una vez que se hacía evidente que un niño tenía ese tipo de magia, era lo único que hacían. Un telequinético normal podía levantar o lanzar a una persona, pero probablemente estaría muerta antes de aterrizar.

Rogan se detuvo. Estaba a dos edificios dentro de la manzana. A su izquierda, un enorme complejo rectangular de piedra oscura se alzaba ocho pisos. A su derecha, una torre blanca se elevaba en espiral hacia el cielo tormentoso.

—*Por fin* —dijo la voz masculina.

Rogan contempló las torres de cristal y piedra. Permaneció inmóvil, como abrumado por el tamaño de los edificios.

Los minutos pasaron.

—*Vamos ya* —habló impaciente el hombre.

Rogan se echó hacia atrás. El viento agitó su largo cabello oscuro.

—*Déjalo ir* —murmuró la primera mujer.

El vídeo se fue a negro por un momento. Contuve la respiración.

Nada.

—*¿Y?* —preguntó la voz masculina—. *Me dijiste que era una especie de…*

La torre blanca de la derecha se ladeó hacia un lado como un árbol cortado.

Aquello no podía estar sucediendo. Nadie podía cortar un edificio.

Las grietas subieron por la torre. A la izquierda, finas nubes de polvo gris salieron disparadas de las ventanas del complejo de oficinas. El edificio resistió durante un largo y tortuoso segundo. La fachada se hundió y se desplomó, toneladas de ladrillos y estuco cayendo como las aguas de las cataratas del Niágara. Un trueno retumbó cuando miles de toneladas de roca, acero y hormigón se estrellaron contra la calle.

«Dios mío». Se me heló el interior. Semejante poder. Un ser humano no podía contener tanto poder.

Fuera de cámara, la gente gritaba. Sus gritos no tenían palabras, solo los sonidos primitivos y crudos del terror humano intenso.

La torre se derrumbó. Un humo denso, agitándose con polvo gris y negro, se elevó como un tsunami desde ambos edificios, chocando en medio de la calle justo sobre Mad Rogan. A dos metros a ambos lados, las ondas expansivas se rompieron, retrocediendo como si rebotaran en una pared invisible. Los escombros chocaban contra la barrera y rebotaban hacia la calle. Él permaneció envuelto en un embudo de aire claro y tranquilo.

El viento arremolinaba el cabello oscuro de Rogan. Volvió las palmas hacia arriba.

La grabación se difuminó. A izquierda y derecha, los edificios adyacentes a los escombros, una torre roja y un rascacielos marrón de apartamentos, se fracturaron y cayeron. El sonido era ensordecedor.

—*¡Deténganlo!* —gritó el hombre.

—*No se le puede detener* —aulló la mujer por encima del estruendo de los edificios que se derrumbaban—. *¡No puede oírnos ni vernos! ¡Tenemos que esperar a que pase!*

Los pies de Mad Rogan se despegaron del suelo. Se elevó medio metro por encima del pavimento.

—*¡No soy yo!* —gritó el levitador—. *¡No soy yo, no puedo alcanzarlo!*

La grabación se volvió borrosa.

La cámara tembló. El pesado camión aparcado a la izquierda se deslizó hacia ella.

—*¡Dios mío!* —gritó un hombre.

La grabación se interrumpió de forma abrupta.

Bern y yo nos quedamos mirando la pantalla oscura. Me senté, conmocionada, sin saber qué hacer a continuación. Había estudiado a muchos principales. Nunca había visto a uno que pudiera hacer aquello. Era inhumano.

—Creo que deberíamos reconsiderar nuestra participación —opinó Bern.

—Es demasiado tarde —le dije con voz apagada—. Acepté el trabajo.

Seguimos mirando la pantalla un rato más.

—No podemos contárselo a mamá —añadí.

—No, no. No podemos. —Bern cerró el vídeo y procedió a borrar el historial del navegador.

—¿Lo borras por Leon?

—Ajá. Le gusta husmear y nos descubriría.

El vídeo desapareció, pero mi temor no.

—¿Qué tipo de magia era esa?

—El consenso es que es un telequinético inorgánico.

—Los telequinéticos mueven cosas. No parten edificios por la mitad.

—Él sí —afirmó Bern.

—¿Qué hace Mad Rogan ahora?

—Dejó el ejército hace cuatro años y ocho meses. Nadie lo ha visto desde entonces. Por lo que parece, se convirtió en un recluso. Los rumores en los foros de fans de las Casas dicen que quedó muy marcado en la guerra.

—Sí, y está esperando a la mujer adecuada que lo quiera tal como es.

Bern me dedicó una pequeña sonrisa. Los principales, como cualquier famoso, tenían sus admiradores, especialmente los que eran jóvenes, apuestos y estaban solteros. Habían generado toda una subcultura en Instagram, Tumblr y TikTok. Incluso tenían su propia red social: Herald. La mayoría del contenido consistía en fotos

de principales, *fanart* y *fanfiction*, a menudo con un giro romántico, y especulaciones descabelladas sobre quién se casaría con quién y qué tipo de poderes podrían tener sus hijos. Normalmente, los poderes se transmitían de generación en generación, pero cuando se mezclaban dos líneas mágicas diferentes, siempre existía la posibilidad de que ocurriera algo caótico.

—¿Aprecia a su prima? —pregunté.

—Los Lancey repudiaron a Kelly Waller cuando cumplió veintidós años.

Vaya. Ser expulsado de la familia era el peor castigo posible. Perder el apoyo económico ya era bastante duro, pero ser repudiado también te cortaba todos los contactos y conexiones familiares. Te convertía en un paria. No podías acudir ni a los amigos ni a los enemigos de tu familia, porque ninguno confiaría en ti. Los miembros de las Casas casi nunca sufrían el repudio, incluso cuando eran unos completos desastres. Como prueba de ello, Adam Pierce probablemente había asesinado a un hombre y herido a una mujer y dos niños, y su Casa se deshacía en esfuerzos por traerlo de vuelta al redil. Los integrantes de una Casa resultaban demasiado valiosos. Los Lancey no constituían la línea sucesoria principal de la Casa Rogan, pero eso no les restaba importancia.

—¿Por qué harían eso?

—No lo sé —contestó Bern—. Pero ella no ha tenido ningún contacto con los Rogan ni con los Lancey. Su panadería quebró hace tres años.

Rogan había salido casi dos años antes.

—¿No la ayudó?

Bern negó con la cabeza.

—Además, ella y su marido, Thomas, pidieron varios préstamos sobre su casa para pagar la matrícula de Gavin. Han estado al borde del abismo durante los últimos dos años.

—¿Cuánto necesitaba para mantener la panadería abierta?

—Según su declaración de bancarrota, ochenta y siete mil dólares habrían saldado sus deudas.

Ochenta y siete mil dólares habrían sido calderilla para Mad Rogan. Era el cabeza de la Casa. Pobre Kelly Waller. Durante toda mi

vida he sabido que mis padres me querían incondicionalmente. Me dejaron sufrir las consecuencias de mis errores, aunque siempre me amaron. Podría iniciar un tiroteo y asesinar a una docena de personas, y mi madre y mi abuela estarían horrorizadas, pero lucharían por mí hasta el final. Estarían confundidas, pero seguirían queriéndome. Me conseguirían el mejor abogado y llorarían cuando me sentara en la silla. Si mi padre siguiera vivo, habría hecho lo mismo. La familia de la señora Waller la había expulsado y no movieron un dedo para ayudarla por muy desesperada que estuviera. Era trágico y doloroso para ella, pero alentador para nosotros.

Formulé mi pregunta con cuidado. Necesitaría a Bern de mi lado en esta investigación.

—¿Has visto algún indicio de que Mad Rogan esté interesado en lo que le suceda a Gavin?

—No.

—Montgomery tampoco, o estaría en el expediente. Mira, no la rescató durante la bancarrota, cuando le habría costado casi nada. Este incendio huele tan mal que todos huyen de él lo más rápido posible. Nadie quiere ser amigo de Adam Pierce ahora mismo, y menos ayudar a Gavin Waller. Podríamos estar a salvo.

Bern suspiró:

—¿Qué ocurrirá si nos retiramos?

—Que Montgomery International Investigations reclamará nuestro préstamo. Entraremos en situación de impago. Se apoderarán de todos nuestros activos profesionales, incluido el local y cualquier equipo que hayamos declarado como exenciones en nuestras declaraciones de impuestos, lo que incluye dos de los coches, las armas, el material de oficina y todo lo que hay en esta habitación.

—Nos quedaríamos sin hogar y sin dinero —resumió él.

—Así es.

Las cejas de Bern se juntaron. El rostro se le endureció, sus ojos grises se volvieron de acero y, por un segundo, vislumbré en qué tipo de hombre se convertiría mi primo en unos años: determinado e imperturbable, como uno de esos caballeros medievales con armadura.

—Esto es una mierda.

—Sí.

—¿Tú…?

—Les expliqué nuestra situación. No les importa. No quieren ofender a la Casa Pierce, y sobre el papel parecemos buenos, así que nos lo están dando a sabiendas de que fracasaremos. Somos la opción más barata para ellos.

—Lo haremos —dijo Bern—. Atraparemos a Pierce, y luego se lo meteremos por la garganta hasta que se atraganten con él.

Sí.

—Gracias.

—No hay de qué. —Sonrió Bern—. Somos familia.

Capítulo 3

Cornelius Maddox Harrison vivía en Royal Oaks, lo cual era un poco extraño. Hubiera esperado una dirección dentro del Loop.

Houston estaba definida por tres carreteras que la rodeaban en anillos. La primera, la más cercana al centro de la ciudad, se conocía como el Loop. Dentro de él, se encontraban los distritos comerciales centrales —el *downtown*— y los codiciados barrios de moda como River Oaks, University Towne y una parte de Bellaire. Si te alejabas unos ocho kilómetros del Loop, te encontrabas con el Beltway, el segundo anillo. Dieciséis kilómetros más y llegarías a un tramo de la vía Grand, el tercer anillo, que aún estaba en construcción. Royal Oaks se encontraba justo fuera del Beltway, en el lado oeste.

Houston era una ciudad peculiar, que tenía la costumbre de devorar pueblos más pequeños y convertirlos en barrios. No había leyes de zonificación, así que los centros comerciales surgían de forma natural donde se necesitaban, con áreas residenciales agrupándose a su alrededor. La mayor parte de la ciudad estaba dividida en territorios de esta o aquella Casa. No afectaba mucho a la gente normal. Los miembros de las Casas se interesaban por otros miembros de las Casas. Nosotros éramos peces pequeños.

La Casa Harrison no era lo suficientemente grande o poderosa para reclamar su propio territorio, pero eran ricos. Cornelius Harrison era el segundo hijo de Rupert y Martha Harrison. Su hermana mayor y su hermano probablemente heredarían los negocios de la familia. Su hermana vivía en University Towne, su hermano vivía cerca de sus padres, en River Oaks, pero Cornelius se había mudado fuera del

Beltway. Aunque tampoco es que viviera en la miseria, reflexioné mientras conducía por la larga calle. Enormes casas se alzaban aquí y allá en generosos terrenos artísticamente ajardinados junto a un inmaculado campo de golf. El ruido de la ciudad había quedado atrás. Aquello era como un complejo turístico a kilómetros de la ciudad. Cualquiera de aquellas pequeñas mansiones costaba por encima de los dos millones. Qué maravilla ser rico.

El GPS emitió un sonido. Me detuve frente a una gran mansión. De dos plantas y un tejado de tejas de arcilla, la casa parecía un decorado de película: las paredes perfectamente limpias, los escalones de piedra amarilla sin rastro de suciedad y la vegetación que flanqueaba el camino podada con una precisión generalmente reservada para los bonsáis. Aparqué en la entrada, caminé hasta la puerta, saqué mi identificación y llamé el timbre.

Unos segundos después, la puerta se abrió y un hombre bajo y delgado de veintitantos años me observó con solemnes ojos azules. Su cabello rubio oscuro era corto, su mandíbula bien afeitada y su rostro tenía una expresión ligeramente distraída, como si estuviera pensando en algo cuando lo había interrumpido y ahora luchara por recordar qué era.

Sonreí, intentando proyectar confianza y ausencia de amenaza.

—¿Señor Harrison?

—¿Sí?

Le entregué la identificación. Mi nombre por sí solo no me llevaría a ninguna parte, así que decidí disparar con la artillería pesada.

—Me llamo Nevada Baylor. Trabajo para Montgomery International Investigations. La Casa Pierce me ha contratado para localizar a Adam Pierce.

Cornelius Harrison hizo una mueca y me devolvió la identificación.

—¿Puedo hacerle algunas preguntas?

Él se encogió de hombros.

—Claro. Pase.

Lo seguí hasta un gran vestíbulo. El suelo de mármol pulido con mosaicos incrustados brillaba. Una escalera curva llevaba al piso superior a la izquierda, protegida por una ornamentada barandilla de hierro forjado.

Cornelius se volvió hacia mí:

—¿Vestíbulo, biblioteca o cocina?

—En la cocina, por favor.

La gente se sentía cómoda y relajada en la cocina, y cuanto más relajado estuviera Cornelius, más información podría obtener de él.

Atravesamos el comedor formal hasta una amplia cocina con armarios de cerezo y encimeras de granito. La cocina se abría a una luminosa sala familiar. Junto a la ventana, sobre una mesa, había esparcidos lápices de colores y páginas de un libro para colorear con gallos de grandes colas. Los gallos estaban decorados con un arcoíris de colores.

Cornelius recogió las hojas, las ordenó en una pila ordenada y las apartó.

—¿Algo de beber?

—No, gracias.

Se aprende rápidamente a no comer ni beber en casa de un usuario de magia que no conoces. No me apetecía que me salieran plumas o que me convirtieran en cabra.

Nos sentamos a la mesa. Coloqué la grabadora digital sobre esta, pulsé el botón de grabación y dije:

—Jueves, veinticuatro de octubre, entrevista con Cornelius Harrison.

Él me observó. Tenía ojos inteligentes, tranquilos y mordaces. Me concentré.

—Para que conste —intervino él—, en realidad no quiero responder a sus preguntas, pero ya me he enfrentado antes a Christina Pierce y no tengo ningún deseo de repetir la experiencia.

Esperé a que mi magia hiciera efecto. No sentí nada. Cornelius decía la verdad. No había amor perdido entre él y la madre de Adam Pierce. Tomé nota mental por si la necesitaba más tarde.

—¿Desde cuándo conoce a Adam?

—Desde que éramos muy pequeños —afirmó Cornelius—. Cuatro o cinco años.

Decía la verdad.

—¿Es usted su amigo?

Cornelius rio en voz baja, un sonido seco y sin humor:

—¿Es usted miembro de la Casa Pierce?

—No —respondí.

—Entonces, ¿la han contratado?

—Sí.

—¿Está haciendo este trabajo bajo coacción?

—Sí. ¿Cómo lo ha sabido?

Cornelius sonrió:

—Porque nadie en su sano juicio iría tras Adam a menos que no tuviera otra opción. También porque así es como opera la Casa Pierce. Usan tanto el palo como la zanahoria al mismo tiempo. Usted es personal contratado, y supongo que en algún momento le pagarán. Yo fui personal contratado, pero no recibí compensación alguna. Todo lo contrario. Mi madre y Christina Pierce fueron juntas a la universidad. En algún momento decidieron que Adam necesitaba un compañero. —Había toneladas de sarcasmo en sus palabras—. Me ofrecieron voluntario para el trabajo. Nadie nos preguntó a Adam ni a mí si estábamos contentos con el acuerdo.

—¿Estaba contento con ello?

Cornelius se inclinó un poco hacia delante y dijo, pronunciando la palabra con exactitud precisa:

—No.

Verdad.

—¿Por qué no?

—Porque tenía el papel designado de cuidador de Adam, aunque teníamos más o menos la misma edad. Yo era el amigo feo que lograba que una mujer pareciera más atractiva en una reunión social: menos poderoso, menos rico, menos importante. Cuando Adam se metía en problemas, se suponía que yo debía dar un paso al frente y asumir la responsabilidad del acto. Sin embargo, Adam se deleitaba restregando en la cara de la gente las cosas que hacía. Si rompía algo, daba un paso al frente y lo reclamaba como si fuera una hazaña digna. Entonces yo recibía la mayor parte del castigo porque «no le ayudé a tomar buenas decisiones». El acuerdo continuó hasta la universidad, donde finalmente tomamos caminos separados. No cuento a Adam entre mis amigos. Tan solo es un conocido de hace tiempo.

—Aun así, pagó su fianza seis veces.

Cornelius suspiró:

—Después de la universidad, tomé algunas medidas para separarme de mi familia. Los quiero, pero tienden a utilizarme, y he decidido que no me gusta que me utilicen. Cuando mi abuelo murió, me dejó algo de dinero, que usé para comprar esta casa. Para mi hermana, esta sería una residencia secundaria, una de varias. Para mi esposa y para mí, este es nuestro hogar. Es muy probable que sea la única casa que tengamos, y planeamos pasársela a nuestros hijos.

Su tono de voz me hizo saber que estaba orgulloso de ella. Seguramente pensaba que su casa era modesta. Para mí, era un palacio. Todo dependía del marco de referencia.

—Tomé medidas para independizarme de mi familia —continuó él —. Sin embargo, cuando se produjo el primer arresto de Adam, su madre estaba en posición de influir en el empleo de mi esposa. Me dieron fondos y me pidieron que pagara su fianza.

—¿Por qué tomarse tantas molestias? ¿Por qué la Casa Pierce no pagó la fianza?

—Porque él les dio la espalda públicamente. —Cornelius hizo una mueca—. Su imagen de chico malo habría sufrido un golpe irreparable si se hubiera sabido que mamá y papá habían puesto el dinero para sacarlo de la cárcel.

—Pero usted, siendo su amigo «de la infancia», era seguro.

Cornelius asintió.

Aquello empezaba a parecer un callejón sin salida.

Un movimiento en las escaleras me hizo volverme. Un gato himalayo, de pelaje crema y chocolate, bajó corriendo las escaleras, seguido por un mapache y un hurón blanco.

—Disculpe —dijo Cornelius.

Los tres animales corrieron hasta sus pies y se sentaron, mirándolo.

—Supongo que Matilda está despierta.

Las tres cabezas se movieron a la vez.

Cornelius se levantó, cogió un vaso para niños con una tapa roja brillante de la nevera y lo lavó bajo el grifo. El mapache se puso de

pie sobre sus patas traseras. Cornelius le tendió el vaso.

—Llévale el zumo y entretenla hasta que suba.

El mapache sujetó el zumo con sus oscuras patas delanteras y subió las escaleras sobre las traseras. El gato y el hurón lo siguieron.

—Es un mago animal. —Eran tan raros que solo había conocido a uno antes.

—Sí. No soy un principal, así que no debería preocuparse de que convoque a una manada de lobos salvajes para que la haga pedazos.

—¿Por qué ha lavado el vaso?

—Porque, si no lo hago, Edwina lo lavará por mí. Es su instinto y no puede evitarlo. Desafortunadamente, no distingue entre el agua del fregadero y el agua del inodoro, ya que ambas le huelen limpias. ¿Hemos terminado?

—Solo unas preguntas básicas. ¿Sabe dónde está Adam Pierce?

—No.

Verdad.

—¿Tiene alguna forma de contactar con él?

—No.

Verdad.

—¿Tiene amigos o conocidos con los que mantenga contacto?

—No de su antigua vida. Soy su único vínculo. No era impopular, era demasiado guapo y rico, pero no formó ninguna amistad duradera.

—¿Tiene alguna información que pueda ayudarme a encontrarlo?

—Información objetiva y precisa, no. Pero puedo decirle que Christina nunca permitiría que su niño sufriera incomodidades. De una forma u otra, lo está apoyando. Mi consejo es que siga el dinero.

—Fin de la entrevista. —Apagué la grabadora y le di una de mis tarjetas de visita—. Muchas gracias, señor Harrison. Si llega a hablar con Adam Pierce, por favor, dele mi número. Supuestamente, asesinó a un policía. Su familia está preocupada por él, y soy su mejor oportunidad de sobrevivir a este lío.

—¿No va a preguntarme si creo que lo hizo? —preguntó Cornelius.

—Sinceramente, no me importa. Mi trabajo no es demostrar que es inocente. Solo tengo que encontrarlo de una pieza.

—Muy bien. —Me acompañó hasta la puerta, la abrió y dudó unos segundos antes de decir—: Señorita Baylor, si habla con la Casa Pierce, afirmarán que Adam era un ser humano ejemplar hasta que fue a la universidad, donde de alguna manera se le metieron todas esas ideas radicales en la cabeza. Han convencido a la mayoría de la gente de ello. —Se aclaró la garganta—: Nuestro colegio de primaria estaba a menos de cinco manzanas de mi casa. Cuando estábamos en tercero, nos dieron permiso para volver a casa caminando, con nuestro guardaespaldas siguiéndonos a una distancia discreta. Nos parábamos en una tienda por el camino. Las tres primeras veces que lo hicimos, Adam robó. Nada importante, una chocolatina, una bebida. No era nada sutil. Simplemente cogía las cosas y salía de la tienda, como si estuviera orgulloso de hacerlo. La cuarta vez, un familiar del dueño lo agarró de la mano y le quitó la chocolatina. Adam lo quemó. Lo quemó tan gravemente que, cuando llegó el guardaespaldas, la piel de la cara del hombre estaba llena de ampollas. Todavía recuerdo el olor. Ese hedor acre y terrible a carne humana cocinándose. La Casa Pierce intentó decir que Adam era un niño que estaba completamente aterrorizado y que había reaccionado por instinto. Le dieron un montón de dinero a la familia y todo el asunto quedó enterrado. Pero yo estaba allí y vi su cara. Adam no estaba asustado. Estaba furioso. Estaba castigando al hombre porque se había atrevido a impedirle robar. —Cornelius se inclinó ligeramente hacia mí, con expresión seria—: Habría quemado a ese hombre hasta la muerte por una barra de chocolatina. Adam toma lo que quiere y, si le dices que no, te hará daño. Ese es el tipo de persona con la que está tratando. No le desearé suerte, pero sí que tenga cuidado.

Cuando salí del modesto palacio de Cornelius, el sol se había acercado al horizonte. Me quedé un rato sentada en el coche navegando por Internet. Una rápida búsqueda en mi bandeja de entrada no reveló novedades, pero al buscar negocios relacionados

con motocicletas dentro de los límites de Houston, encontré Gustave's Custom Cycles. La foto del negocio se parecía mucho al fondo de la imagen de Twitter de Pierce.

Gustave's Custom Cycles estaba al otro lado de la ciudad. Cuando llegara allí, ya estaría a punto de oscurecer.

A ver qué más había por allí… Steel Steed Bar and Grill a un lado del taller, Rattlesnake Body Art al otro. Si los moteros tuvieran un centro comercial, sería este. Eso significaba que el taller de Gustave abría después del anochecer y tendría un flujo constante de clientes y visitantes que iban allí a socializar. Si me acercaba ahora, tendría público. Todos se conocían y yo llegaría como una extraña, pidiéndoles que delataran a alguien que consideraban un amigo. Podría hablar con los mismos tipos a solas en sus trabajos durante el día y serían educados y tranquilos. Pero si se juntaban todos, después de un par de cervezas, el machismo grupal se activaría. Buscarían problemas, y si los problemas aparecían en forma de una mujer joven con preguntas incómodas, aceptarían el desafío. En el mejor de los casos, me acosarían y me echarían. En el peor de los casos, alguien saldría herido. No había necesidad de eso. Podría hablar con el dueño de Gustave's por la mañana temprano, cuando todos estuvieran sobrios.

Arranqué el motor y me fui a casa. Adam Pierce se había librado de ser capturado durante veinticuatro horas. Y así seguiría algunas horas más.

El tráfico era infernal. A diferencia de las predicciones de los meteorólogos y analistas de mercado, el famoso tráfico de Houston era cien por cien fiable: nunca fallaba en aparecer y colapsar las carreteras. Me desplacé con lentitud y esquivando a los conductores que se aventuraban a cambiar de carril en aquel muro de coches, y pensé en Adam Pierce. No se había entregado. Nada en Twitter. Bern estaba rastreando Internet en busca de cualquier pista sobre él y Gavin Waller, y Bern era excepcional en lo que hacía. Hasta el momento no había encontrado nada.

¿Por qué incendiar el banco? ¿Fue un intento de robo fallido? No era una declaración política, de lo contrario, Adam habría dejado algún tipo de mensaje. «Que os jodan, opresores», o algo así. ¿Fue

una broma de borrachos que se les fue de las manos? ¿Cuál era el papel de Gavin en todo aquello? Realmente esperaba que el chico saliera vivo de ese lío, si no por él, por su madre. El historial financiero de Kelly Waller mostraba una vida de sacrificio por sus hijos. Independientemente de los pecados de Gavin, Adam Pierce le llevaba más de diez años. Él era el cabecilla.

¿Cómo diablos iba a convencer a Pierce de que se entregara? John Rutger ni siquiera se acercaba a ser un principal, y me había lanzado contra una pared. Lástima que no pudiera escupir fuego. Un momento, eso no me ayudaría. ¿Lástima que no pudiera escupir hielo? Teóricamente, si escupiera hielo, no podría escupir mucho. El cuerpo humano solo contiene cierta cantidad de agua. Sin embargo, si pudiera invocar cadenas… Aunque Pierce probablemente las derretiría. ¿El metal fundido le quemaría si era él quien lo derretía?

La imagen de Mad Rogan apareció en mi mente. Había algo en esos ojos azules mirando a la cámara. No exactamente tristeza, sino una especie de autoconciencia, subrayada por una sonrisa ligeramente amarga. Casi como si supiera que era un huracán humano y lo lamentara, pero no se detendría. Probablemente estaba interpretando demasiado. ¿Cómo lo contenían en el ejército? Había visto de primera mano el daño que la guerra hacía a las personas. Si un principal se descontrolaba, cientos de soldados morirían.

Cuarenta y cinco minutos después, cuando por fin aparqué frente al almacén, estaba cansada de hacerme preguntas y de pensar en círculos. Además, tenía mucha hambre. En cuanto entré en el pasillo, el aroma de galletas recién horneadas, salsa barbacoa y carne especiada me envolvió. Canela, ajo, comino… Mmm. Me quité los zapatos y dejé que el aroma me llevara a la cocina. Una nota y dos platos con cerdo desmigado y galletas me esperaban en la isla. La nota decía: «Nevada, me he acostado temprano. Sírvete y, por favor, llévale un plato a tu abuela o se olvidará de comer otra vez».

Mi madre se retiraba temprano cuando echaba de menos a papá y no quería que la viéramos llorar. Lo entendía. Habían pasado cinco años, pero yo también lo echaba de menos. Podía cerrar los ojos e imaginarlo hurgando en la despensa, quejándose de que alguien se había comido el filete que había estado guardando y se veía

obligado a comer cosas antinaturales como ensalada y picatostes. Mamá siempre había sido la dura. Cuando papá estaba cerca, ella reía. Y aún reía. Solo que no tan a menudo.

Devoré mi comida, enjuagué el plato, lo metí en el lavavajillas y llevé el segundo plato y un vaso de té helado a la parte trasera del almacén. Una vez que atravesabas la pared principal, no quedaba rastro de nuestro espacio habitable. Todo era garaje: suelo de hormigón pulido, herramientas en las paredes, vehículos blindados, algunos con armas pequeñas, otros con cañones como tanques, agazapados en la penumbra, y el olor de mi abuela: gasolina, aceite de motor y pólvora.

Un vehículo blindado mediano descansaba en medio del suelo, bañado por el resplandor de los focos. Las delgadas piernas enfundadas en unos vaqueros de abuela Frida sobresalían por debajo del vehículo. A la derecha, Arabella holgazaneaba sobre el armazón desmantelado de un Humvee cubierto por una lona verde oscura. Yo había crecido así. Cuando llegaba a casa después de la escuela, mamá y papá todavía no habían vuelto, así que tomaba un bocadillo e iba a pasar el rato con mi abuela en su taller. A mi abuela se le podía contar cualquier cosa. Decía que los vehículos le hablaban si los dejaba. Los niños también. Nunca juzgaba, e incluso si maldecías o admitías haber hecho algo rematadamente estúpido, nunca se lo diría a mamá y papá. Allí desahogaba la mayoría de mis miedos y preocupaciones. Luego fue el turno de Bern y Catalina, después de Arabella y Leon. Ahora todos estábamos ocupados, así que no la visitábamos tanto, pero al menos una vez a la semana uno de nosotros acababa allí, desahogándose y agitando los puños.

—¡La cena! —anuncié.

Arabella se movió sobre la lona. Parecía abatida. Algo no había ido bien en la escuela.

Mi abuela se deslizó desde debajo del vehículo y se sentó.

—Comida. Sí. Estoy hambrienta.

Le entregué el plato y señalé el vehículo.

—¿Cómo se llama?

—Thiago. —Mi abuela tocó el metal. Sus ojos se volvieron distantes por un segundo, su magia estableciendo la conexión con el

funcionamiento interno del motor del vehículo—. Clase lobo-araña.

Los magos mecánicos como mi abuela eran raros. Algunos fabricaban armas, otros trabajaban en ingeniería civil, pero todos compartían una conexión mágica con las cosas de metal y las partes móviles. Para abuela Frida, eran las cosas blindadas que se movían. No importaba si rodaban, se arrastraban o flotaban. Vivía y respiraba el retumbar de voz profunda de sus motores y el olor a humo de sus armas. Tanques, vehículos de artillería de campo, de transporte de personal, los amaba a todos. Por suerte, muchas de las Casas mantenían fuerzas de seguridad privadas, y ella tenía una fluidez constante de clientes.

—¿Tu madre está bien? —preguntó mi abuela—. Estaba deprimida antes.

—Está bien —le dije—. Solo echa de menos a papá, eso es todo. Tengo una pregunta para ti.

—¡Dispara!

—En el ejército, ¿cómo mantienen a los magos bajo control? Si uno de ellos pierde el control, ¿no destruiría a toda su unidad?

—Paralizadores —dijo abuela Frida—. También conocidos como agitadores o espasmos de calamar.

—¿Espasmos de calamar?

—Un calamar es un marinero raso —aclaró mi abuela—. La Marina fue la primera en usar los paralizadores, porque descubrió rápidamente que los magos y los barcos no siempre eran una buena mezcla.

Tenía sentido. Si prendías fuego al barco o convocabas un enjambre de moscas venenosas, no había a dónde ir.

—Es una especie de dispositivo que te implantan en los brazos. Completamente invisible desde el exterior, pero te permite dar una descarga a cualquiera con magia. Te duele como el infierno, pero le duele aún más a quien agarras. Aparatos realmente desagradables. La gente solía morir por ellos.

—¿Gente que recibió descargas? —Me pregunté si Mad Rogan habría recibido alguna descarga… Bien, necesitaba dejar de obsesionarme con esos ojos. Yo estaba en primer año de instituto cuando se hizo esa grabación. Probablemente no se parecería al de

entonces. Ya no era el mismo chico de diecinueve años. Había pasado por seis años de guerra. La guerra masticaba a la gente y escupía el cartílago. Si seguía por ese camino, acabaría en Herald, buscando *fanfics* de Mad Rogan. «Hicimos el amor mientras la ciudad se derrumbaba a nuestro alrededor, lloviendo hormigón en pedazos de desesperación…». Sí, claro.

Mi abuela asintió.

—Los que recibían las descargas y los que las provocaban. Una descarga funciona de dos maneras. Primero, tienes que cargarla con tu propia magia, y solo entonces golpea al otro cuando haces contacto. Consume una buena parte. Si toma demasiada magia, tu cuerpo se rinde y se acabó. La primera generación de pruebas tuvo una tasa de mortalidad de más del treinta por ciento. Cuando Penelope se alistó, lo habían mejorado mucho. No te creerías las cosas que tienen ahora. Conozco a alguien que puede implantar uno.

Eso no me sorprendió.

—¿Es ilegal?

—Oh, sí. —Sonrió mi abuela—. Y podrías morir en el intento. ¿Quieres uno?

—No, gracias.

—¿Segura? —Mi abuela le guiñó un ojo a Arabella—. Ya no necesitarías una pistola táser.

—No, estoy bien. Además, el plan es evitar situaciones en las que tenga que usar la pistola eléctrica.

—Ajá.

—Por ejemplo, tuve la opción de interrogar al dueño de una tienda de motocicletas por la noche, pero decidí que era mejor volver a casa.

Abuela Frida dejó el plato y tomó la palanca de metro y medio que se usaba para desarmar piezas de los vehículos. En las manos adecuadas, podía inutilizar un tanque, y abuela Frida era una experta.

—No te entiendo, Nevada. Tienes veinticinco años. ¿Dónde está tu sentido de la aventura? Cuando yo tenía tu edad, estaba a medio planeta de donde nací. Eres tan… sensata.

Arabella se animó, oliendo sangre en el agua. Tenía que cortar aquello de raíz o las burlas no terminarían nunca. Quien mostraba debilidad ante los adolescentes era acosado hasta la muerte. Un hecho real de la vida.

—Nuestra familia está plagada de gente excéntrica. Alguien tiene que ser sensato para que todos vosotros podáis seguir siendo extravagantes e imprudentes.

—Tienes que vivir un poco. —Mi abuela encajó la palanca en el engranaje—. Sal con un chico malo. Lánzate de cabeza a una pelea. Emborráchate. ¡Algo!

Chantaje emocional. Desafortunadamente para mi abuela, me crie con cuatro hermanos menores. El chantaje emocional era a veces el único modo de que se mantuviera ordenada nuestra casa.

—Abuela, ¿por qué no te dedicas a tejer?

—¿Qué?

—¿Por qué no tejes? Todas las abuelas tejen.

Mi abuela se apoyó en la palanca. El engranaje se separó y se estrelló contra el suelo con un fuerte estruendo. Me miró con sus grandes ojos azules.

—¿Quieres que teja?

Arabella soltó una risita.

—Si buscas en el diccionario «abuela», verás a una ancianita con dos agujas de tejer y una madeja de lana. —Fingí remover espaguetis imaginarios con dos palillos también imaginarios—. A veces me siento y pienso, si mi abuela me hubiera tejido un gorro o una bufanda…

—¡Vivimos en Houston, Texas! —Mi abuela se limpió las manos con un trapo—. Te daría un golpe de calor.

—O un peluche. Me habría acurrucado con él por las noches. —Suspiré profundamente—. En fin. Supongo que eso nunca sucederá.

Arabella rio. Mi abuela la apuntó con la palanca.

—Silencio en la galería.

Les mostré una sonrisa dulce y agradable.

—Bueno, me voy. Que os divirtáis. Mañana tengo que trabajar.

Capítulo 4

Gustave's Custom Cycles ocupaba un edificio rectangular de acero con paredes de metal corrugado. Medía exactamente sesenta metros de ancho y doscientos cuarenta de largo, fabricado por Olympia Steel Buildings, entregado y ensamblado en el sitio hacía cuatro años y siete meses. Bern me había conseguido la documentación de los permisos municipales.

Antes de acostarme, pasé horas leyendo el expediente sobre Adam Pierce y todo lo que Bern había podido encontrar durante el día. Leí entrevistas con los padres y profesores de Adam Pierce, artículos de prensa sensacionalista, rumores creíbles en Herald y lo poco que los amigos universitarios de Adam decían sobre él. Leí sus discursos. A Adam le gustaba dar discursos, especialmente después de hacerle la peineta a su familia, y el mensaje no era tanto de anarquía, sino del derecho del más fuerte. Si podías coger lo que querías, deberías poder hacerlo, y el Gobierno y las fuerzas del orden no deberían poder impedirlo porque no tenían derecho a existir. Usaba términos como «libertad negativa» y citaba a Hobbes.

Solo conocía a Hobbes porque mi carrera requería algunos cursos de Ciencias Políticas. Hobbes era un filósofo inglés del siglo XVII conocido por su creencia de que, sin comunidad política, la vida del hombre era solitaria, pobre, desagradable, brutal y corta. Adam manifestó un punto de vista distinto al de Hobbes: «Un hombre libre es aquel que, en aquellas cosas que por su fuerza e ingenio es capaz de hacer, no se ve impedido de hacer lo que tiene voluntad de hacer». Lo repitió en al menos tres ocasiones. Adam sentía que la

sociedad obstaculizaba su libertad al no dejarlo hacer lo que quería. Desafortunadamente para él, si lo que quería hacer era prender fuego a la gente, no tendría suerte. El resto de los humanos no lo permitiríamos.

Sabía más sobre Adam Pierce de lo que me hubiera gustado. Era inteligente, a veces cruel, y se aburría con facilidad. Sería muy difícil que confiara en mí. Establecer algún tipo de amistad era algo impensable. Si intentaba ser sincera y honesta, se reiría; si intentaba usar la razón, bostezaría. Mi única oportunidad era ser cautivadora. Tenía que captar su atención y mantenerla.

La foto de Twitter de él frente al taller de motos seguía molestándome. Un motero de verdad no dejaba que cualquier mecánico tocara su moto. No, los moteros reales elegían a sus mecánicos cuidadosamente. Había mucha confianza involucrada. Investigué un poco sobre Gustave's Custom Cycles y, cuando surgieron algunas señales de alarma, le pedí ayuda a Bern. Encontró varias cosas interesantes.

Esa mañana desayuné, me puse unos vaqueros y unas zapatillas cómodas para correr por si tenía que huir por mi vida y conduje hasta el taller. Adam quería diversión en la vida. Estaba a punto de darle un toque en el hombro. Solo tenía que hacerlo lo suficientemente fuerte para que se diera la vuelta.

El edificio parecía más viejo que cualquiera de los que había alrededor. Las paredes corrugadas habían sufrido algunas abolladuras a lo largo de los años. Alguien había pintado la fachada delantera completamente de negro y había aerografiado una moto infernal: enorme, brillante y enmarcada con llamas llenas de calaveras rojas sonrientes.

En el aparcamiento había dos camionetas Dodge, una blanca y otra negra. Bien. No tendría que hacer mi presentación frente a toda la clase. Aparqué junto a la camioneta blanca, cogí mi carpeta de cuero sintético y entré en la oficina. No había nadie atendiendo la recepción, así que toqué la campanilla y esperé.

La puerta se abrió y un hombre de unos treinta y pocos años apareció. Alto y delgado, bastante enjuto; no desnutrido, sino más bien como carne seca al sol. Llevaba una camiseta manchada de

aceite y unos vaqueros desgastados. Su piel era de un tono marrón oliváceo, uno o dos tonos más oscuro que el mío. Se había afeitado la cabeza, pero una barba corta y bien perfilada le enmarcaba la mandíbula. Lo reconocí por la imagen que Bern había encontrado durante su investigación: Gustave Peralta, el dueño.

Me vio y parpadeó. Claramente no era quien esperaba.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Me llamo Nevada Baylor. Busco a Gustave Peralta.

—Prefiero Gus. ¿Qué puedo hacer por usted?

Le entregué mi tarjeta de visita.

—Investigadora privada —dijo él, frunciendo el ceño—. Qué sorpresa.

—Me ha contratado la Casa Pierce para encontrar a Adam Pierce.

—No puedo ayudarla. No lo he visto en los últimos seis meses.

Un molesto clic mágico. Una mentira.

—¿No ha visitado el taller en la última semana? —La foto de Twitter se había subido este lunes.

—No.

Otra mentira.

—Gus…

—Señor Peralta —me interrumpió de manera cortante—. No tengo nada que decirle. Puede marcharse. —Se dio la vuelta para irse.

Abrí la carpeta y saqué un papel.

—Este es el registro de sus pagos recibidos.

Se detuvo y se giró hacia mí.

Puse un segundo papel sobre el mostrador.

—Este es el registro de sus pagos salientes. Y esta es su nómina.

Cogió el papel del mostrador.

—¿De dónde ha sacado esto?

—Hackeamos su ordenador de la oficina.

—¡Eso es ilegal!

Me encogí de hombros.

—Ya le he dicho que no soy de la policía.

Cogió su teléfono móvil.

—¿Qué tal si marco el 911 ahora mismo y denuncio esto?

Sonreí.

—Déjeme llegar al final y, si aún quiere llamar a la policía, no lo detendré. Si mira aquí donde he dibujado una pequeña estrella, verá un pago por valor de nueve mil novecientos noventa dólares etiquetado como «Reparaciones de motocicleta».

La indignación se apagó un poco en los ojos de Gus.

—¿Y qué?

—Este es un pago recurrente que sale de la cuenta personal de Christina Pierce.

Decir que era de la señora Pierce era una suposición arriesgada. La mejor conclusión a la que habíamos llegado para explicar el pago que se había realizado desde una cuenta propiedad de alguien dentro de la Casa Pierce. La madre de Adam parecía una apuesta segura.

—¿Y qué? Hice algunos trabajos para Adam en esa época, y él andaba escaso de efectivo. Su familia hace los pagos.

—No, señor Peralta. Usted y yo hacemos pagos. Adam Pierce entra y dice: «Me llevo uno de cada color». Después saca su Visa Black Card. Si mira aquí, en su nómina, verá a un caballero llamado Blake Harrison listado como contratista independiente. También verá que a Blake Harrison se le pagan nueve mil novecientos noventa dólares en efectivo. El número nueve mil novecientos noventa es muy interesante porque el IRS[1] presta atención a cualquier transacción en efectivo por valor de diez mil dólares o más.

—¿Y qué? Blake trabaja para mí.

Mentira.

—El patrimonio neto de Blake Harrison ronda los veinte millones de dólares, así que lo dudo mucho. Tiene un hermano menor, Cornelius Harrison, un hombre muy agradable, que resulta ser amigo de la infancia de Adam Pierce. Está blanqueando el dinero de Adam. Su familia hace un pago y usted se lo pasa a Adam en efectivo mientras Blake lo declara en sus impuestos. Recibe quinientos dólares de compensación mediante un segundo pago, dos días después, una vez que Adam recibe su dinero.

Gus se cruzó de brazos.

—Los pagos se realizan el día siete de cada mes. Eso significa que el próximo pago es en dos días y Adam Pierce vendrá para recoger

el dinero. Me imagino que no mencionó nada de esto a los amables detectives que le entrevistaron.

Si hubiera tenido el personal suficiente y si hubiera estado segura de que la policía de Houston no encontraría a Adam en dos días más, habría tendido una bonita trampa. Pero Adam quemaría cualquier cosa que pudiera lanzarle y la búsqueda había alcanzado niveles histéricos. Convencer a Adam para que se entregara a su Casa seguía siendo mi mejor y única estrategia. Para lograrlo, tenía que demostrar que no mentía.

—Él no lo hizo —aseguró Gus—. Adam es un tipo íntegro.

—No me importa —respondí—. Ahora mismo la mayoría de la fuerza policial de la ciudad está echando espuma por la boca esperando esparcir sus sesos por la acera más cercana. Usted parece un hombre razonable. Sinceramente, ¿qué posibilidades cree que tiene de salir vivo de esta?

Gus hizo una mueca.

—Mire, no sé dónde está.

Cierto.

—Solo quiero llevarlo a casa sano y salvo con su madre. Ella lo quiere. Es su niño. No quiere perderlo por culpa de algún francotirador del SWAT[2] con el gatillo fácil. —Deslicé mi tarjeta sobre el mostrador—. Dígale que me he pasado por aquí. Es lo único que le pido.

La aleta de tiburón de Montgomery International Investigations se alzaba entre las torres del centro de Houston, tan amenazante como siempre. Le saqué la lengua. No pareció impresionarse.

Aparqué y me dirigí a la oficina de Augustine Montgomery. La inmaculada recepcionista habló por su auricular y me indicó que la siguiera.

—¿Cuánto tiempo le ha llevado averiguar qué tono de base de maquillaje cubriría su moretón? —me preguntó.

—Cerca de media hora. ¿Ha funcionado?

—No.

Touché.

Augustine Montgomery, cuyo atractivo seguía siendo imposible, levantó la vista de su *tablet*.

—No soy una persona horrible.

—Sí lo es. La nota en el expediente dice que la Casa Pierce cortó el apoyo financiero a Adam. Todavía le están dando dinero. Probablemente sea su madre la culpable.

Augustine se reclinó y entrelazó sus largos dedos. Si su trituradora dejara de funcionar, podría arrojar un papel sobre su cabeza y sus pómulos de mármol perfecto lo haría tiras al caer.

—Me aseguraron que todos los vínculos financieros estaban cortados.

Puse las impresiones de los tejemanejes comerciales de Gustave sobre el escritorio de Augustine. Las estudió durante un largo momento.

—¿Quiero saber cómo ha conseguido esto?

—No.

Augustine me hizo un gesto.

—Póngase aquí.

Me acerqué y me coloqué junto a él.

—No diga nada —me pidió—. Quiero que entienda que, si esta información es errónea, las consecuencias para usted serán graves.

Sus dedos volaron sobre el teclado. Un monitor grande se encendió, mostrando el fondo de una oficina y a un hombre delgado con traje de negocios en un escritorio. Peter Pierce, el hermano mayor de Adam. Los rastros de la belleza de Adam se podían ver claramente en él. En los ojos oscuros, la nariz y la forma de la boca, aunque Peter carecía del atractivo de chico guapo que convertía a Adam en el favorito de los medios de comunicación. Peter era al menos diez años mayor e irradiaba respetabilidad de la misma manera que su hermano menor irradiaba rebeldía.

—Augustine —dijo Peter—. ¿Ya lo has encontrado?

—Estamos trabajando en ello. —«Estamos» significaba yo, y Peter vio mi rostro. Ahora estaba irrevocablemente conectada a la búsqueda de Adam.

Augustine se reclinó.

—Tengo razones para creer que la Casa Pierce sigue complementando sus ingresos. No puedo enfatizar lo importante que es el incentivo financiero para traerlo de vuelta a salvo. Si siguen dándole dinero para jugar, seguirá arriesgándose.

Peter agitó la mano.

—Sí, sí, debemos hacérselo lo más desagradable posible. Recuerdo la charla. Te aseguro que no se le han hecho pagos.

Augustine le mostró la transferencia.

—Dame el número de cuenta —pidió Peter.

Augustine lo tecleó. Un ordenador sonó del lado de Peter. Miró otro monitor a su izquierda y negó con la cabeza, con expresión sombría. Presionó algunas teclas.

—¿Madre?

—¿Sí? —respondió una voz femenina mayor al otro lado de la línea.

—Tienes que dejar de enviarle dinero a Adam.

—Oh, por favor, es una cantidad insignificante.

—No puede tener dinero, madre. Ya hemos hablado de esto.

—Pero entonces será pobre. Esto es ridículo. ¿Quieres que tu hermano sea pobre, Peter? ¿Por qué todos quieren ponerlo en una situación tan desagradable?

Augustine mantuvo una expresión neutral.

«Desagradable». Era una buena palabra, especialmente considerando que en ese momento una viuda con dos hijos se preparaba para enterrar el cadáver carbonizado de su marido.

—¿Quizá prefieres que sea como esos sucios inmigrantes que piden un dólar en los semáforos?

Qué mujer tan encantadora. Si no volvía a encontrarme nunca con Christina Pierce, sería demasiado pronto.

—Sí —dijo Peter—. Quiero que sea pobre y que esté desesperado. Tan desesperado que venga a nosotros pidiendo ayuda.

—Eso es absolutamen…

Peter nos hizo un gesto y pulsó una tecla en su teclado. La transmisión se detuvo. Ambos miramos la pantalla durante un instante.

—Entonces, si gano menos de nueve mil novecientos noventa dólares al mes, ¿significa que puedo mendigar de manera legítima en algún cruce de carreteras? —No pude evitarlo.

Augustine se quitó las gafas y se frotó el puente de la nariz.

—¿Sus clientes saben que contrata a inmigrantes ilegales?

—Basta —dijo Augustine—. Christina Pierce es una principal de tercera generación. No ha sido pobre ni un solo día de su vida. Eso condiciona su mentalidad.

—Si localizo a Adam Pierce, ¿me proporcionará apoyo?

—Depende de la situación.

Mentira.

—Me mantengo en lo dicho. Tendrá que vivir con su conciencia. —Salí de su oficina.

El teléfono móvil me sonó a mitad del vestíbulo. Un número desconocido. Contesté:

—Nevada Baylor.

—Adam Pierce —dijo una voz masculina. Sonaba justo como había imaginado, con un tono ligeramente sarcástico, que encajaba a la perfección con el de un niño rico y malcriado.

Tenía que preparar el anzuelo con cuidado. El corazón me latía demasiado rápido. Respiración profunda. Podía hacerlo.

—Gustave me ha dicho que has descarrilado mi tren del dinero.

—Sí, lo he hecho. Tu hermano y tu madre están teniendo una conversación sobre eso ahora mismo. ¿Tienen algo en contra de los trabajadores inmigrantes?

Él rio entre dientes.

—Probablemente se refería a vagabundos. ¿Así que quieres encontrarme?

—Querer no es la palabra correcta. Me obligan a encontrarte. No es algo que desee.

—¿Quién te obliga?

Ya le tenía.

—¿Qué probabilidades hay de que te entregues?

Volvió a reír, una clara risa masculina.

—Ven a verme y hablaremos de ello.

Punto para mí.

—De acuerdo. ¿Dónde?

—En el Jardín Botánico Mercer Arboretum. En media hora. —Y colgó.

Media hora. Mercer estaba a treinta kilómetros al norte del centro. Treinta kilómetros en el tráfico de Houston era como recorrer cien. Malnacido.

Me apresuré hacia el coche, enviando un mensaje a Bern por el camino. Todavía estaría en clase.

«Adam Pierce acaba de llamarme al móvil. Reunión en media hora, en Mercer Arboretum».

Sin respuesta.

Bern podía rastrear mi teléfono en cualquier lugar, pero el rastreo no me serviría de nada si Adam me convertía en cenizas. Media hora me daría apenas el tiempo justo para llegar a Mercer Arboretum. No el suficiente para conseguir refuerzos. Además, los refuerzos no me servirían de nada.

Salté a mi Mazda y salí del aparcamiento como si mis ruedas estuvieran en llamas. «Sé interesante. Convéncelo de que se entregue. No mueras».

Llegué a Mercer Arboretum justo veintinueve minutos después de la llamada. Aquel jardín botánico, de unas cien hectáreas, era un agradable lugar muy popular entre los pesos pesados mágicos. Había algo en ellos, y especialmente en las flores, que atraía a los usuarios de magia incluso si esta no tenía nada que ver con las plantas. Yo también lo sentía. A mi alrededor las flores florecían, los árboles extendían sus vastas copas, los insectos revoloteaban de hoja en hoja, los pájaros cantaban… Era como estar envuelto en un capullo de vida, donde una sentía felicidad tan solo por existir.

Perdí veinte segundos en un puesto de regalos, giré hacia el norte y me apresuré por el sendero, con mi compra doblada en la mano. Hombres y mujeres pasaban junto a mí, algunos hablando en voz baja, otros sumidos en sus pensamientos. Ropa cara, rostros bonitos, algunos tan perfectos que tenía que haber magia ilusoria involucrada. Había un punto en el que un ser humano se volvía

demasiado perfecto y perdía cualquier atractivo sexual con el que hubiera nacido. Se volvían intocables y casi estériles, como maniquíes de plástico en escaparates. Muchos principales lo entendían y dejaban algunas imperfecciones, como Augustine Montgomery, pero muchos magos de menor calibre no. Considerando cuántos usuarios de magia me había cruzado, aquello podría resultar una búsqueda inútil. Adam Pierce era demasiado conocido y aquel lugar demasiado público.

El sendero serpenteante se convirtió en una pasarela flanqueada por una barandilla de hierro negro. Los extremos de esta se curvaban hacia la naturaleza en arcos, como si las líneas rectas y artificiales no tuvieran cabida en ese lugar.

Los árboles se apiñaban. El aire olía a humedad, ese inconfundible aroma a barro y plantas acuáticas de los humedales. Un pantano se extendía a ambos lados del sendero, unos centímetros de agua color té rodeados de exuberantes plantas verdes e iris de un rojo brillante. El camino se desvió ligeramente, cruzando el pantano, y me llevó hasta un banco. Un muro bajo de piedra flanqueaba el banco por ambos lados. Sobre el muro estaba sentado Adam Pierce.

Tenía las piernas cruzadas, tensando el cuero negro de sus pantalones. Llevaba una chaqueta sobre una camiseta negra. El pelo le caía sobre el rostro en una onda desigual. Un complicado círculo mágico, dibujado con tiza negra y blanca, marcaba la pasarela y el muro a su alrededor. Tres anillos, uno dentro del otro, tres semicírculos mirando hacia fuera, sus espaldas tocando el anillo del medio. Líneas finas como telarañas perfectamente rectas se cruzaban de un lado a otro dentro de los círculos, formando un elaborado patrón. Los semicírculos hacia fuera significaban contención. Estaba conteniendo su poder.

Años atrás, cuando se esperaba que los aristócratas sirvieran en el ejército, comenzaban a practicar con espadas tan pronto como podían caminar. Ahora los principales practicaban dibujando símbolos arcanos. Si tuviera que duplicar lo que él había dibujado, necesitaría una imagen de referencia, una regla, un compás para hacer esos círculos y un par de horas. Probablemente él lo había dibujado a mano alzada en unos minutos. Parecía perfecto.

Era capaz de una precisión y control increíbles. Pensándolo bien, la forma en que se sentaba, cómo posaba durante las entrevistas con su mejor ángulo hacia la cámara, indicaba que había practicado frente al espejo. Tal vez Adam el Rebelde Caótico era solo una fachada. Tal vez todo lo que hacía estaba calculado. ¿No sería eso la guinda del pastel de aquella tarta de horror? Tendría que pisar con mucho cuidado aquellas aguas traicioneras.

Adam alzó la vista. Sus ojos marrones me estudiaron. Se parecía a todas esas fotografías. Bien. Solo tenía que evitar que me carbonizara mientras lo convencía de que se entregara.

Me acerqué al banco. Al pasar junto a él, una oleada de calor me envolvió, como si me hubiera acercado demasiado a una hoguera. Había creado el círculo de contención y lo había llenado de calor. Tenía la pistola eléctrica en el bolso. Probablemente podría dispararle desde donde me encontraba, pero incluso si le alcanzara y cayera, acercarse a él estaba descartado. El calor me pelaría la piel de los dedos. Luego el efecto de la descarga pasaría a mí y estaría muerta.

Me senté.

Adam Pierce sonrió. El rostro se le iluminó, repentinamente juvenil y encantador, aunque con un toque malicioso. Por eso su madre le daba todo lo que quería.

—Nevada. Qué nombre tan frío para una mujer tan resplandeciente.

¡Qué adulador!

Yo era cualquier cosa menos eso.

Los padres de la abuela Frida vinieron a los Estados Unidos desde Alemania. Ella era morena y de piel clara. El abuelo Leon era de Quebec. No recordaba mucho de él, excepto que era enorme y de piel oscura. Eso les causó algunos problemas a ambos, pero se amaban demasiado como para dejar que les afectara. Juntos tuvieron a mi madre, con pelo oscuro y un tono de piel moreno medio. Sobre la familia de papá no sabíamos mucho. Una vez me dijo que su madre era una persona horrible y que no quería saber nada de ella. Para mí parecía parte caucásico, parte nativo americano, con pelo rubio oscuro, pero nunca pregunté. Todos esos

genes cayeron en el crisol, se mezclaron, y salí yo, con piel bronceada, ojos marrones y pelo rubio.

Mi pelo no era rubio plateado, sino más oscuro, como la miel de tupelo. Casi nunca me quemaba al sol, solo me bronceaba más. Mientras que mi pelo se aclaraba, especialmente si pasaba el verano nadando. Una vez, cuando tenía siete años, una mujer nos detuvo a mi abuela y a mí cuando íbamos a la escuela. Intentó regañar a mi abuela por teñirme el pelo. La señora no salió bien parada. En ocasiones la gente aún sigue preguntándome en qué salón me lo tiño. Nevada no era un nombre muy apropiado para mí. Yo no tenía nada de invernal, pero no me importaba lo que él pensara al respecto.

Agité mi mano izquierda, desplegando una camiseta de regalo del Mercer Arboretum, negra con un logo verde salvia.

—Para ti.

—¿Me has comprado una camiseta? —preguntó alzando una ceja.

Cada nervio de mi cuerpo temblaba de tensión. «Tranquila».

—Como siempre te olvidas de ponerte camiseta, pensé en traerte una. Ya que vamos a tener una conversación seria.

Se inclinó hacia delante, su hermoso rostro enmarcado por el suave cabello.

—¿Te distrae mi torso?

—Sí. Cada vez que veo esa pantera con cuernos me hace reír.

Adam Pierce parpadeó.

«No te esperabas eso, ¿a que no?».

—Solo por curiosidad, ¿por qué lleva cuernos?

—Es Mishipeshu, una pantera acuática de los Grandes Lagos. Es venerada por las tribus nativas americanas. Tiene los cuernos de un ciervo, el cuerpo de un lince y las escamas de una serpiente.

—¿Por qué es famoso?

—Vive en las profundidades de los lagos, donde custodia los depósitos de cobre. Quienes cruzan sus aguas deben rendirle tributo.

—¿Y si no se paga el tributo?

Adam sonrió, mostrándome brevemente los dientes:

—Entonces, Mishipeshu te matará. Un momento las aguas estarán tranquilas, al siguiente verás tu muerte mirándote a la cara.

Así que Adam se veía a sí mismo como Mishipeshu. Él gobernaba y quienes cruzaban sus aguas debían pagarle tributo. Decir que era engreído se quedaba corto.

Adam me observaba de manera lenta y evaluadora.

—No creo que mi madre te contratara.

—¿Por qué no?

—Ella contrata por las apariencias. Esos vaqueros ¿cuánto te han costado? ¿Cincuenta dólares?

—Cuarenta. Los compré rebajados hace un par de años. Me los puse especialmente para ver a Gustave.

—¿Por qué?

—Porque necesitaba que confiara en mí y quería mostrarle que soy una trabajadora, como él. Que no soy de los que tienen el poder. Ni siquiera conozco quien gobierna, aunque sí pago mis impuestos. Si hubiera ido a ver a tu madre, me habría puesto mi traje de Escada. Me costó mil seiscientos dólares, así que a tu madre no le impresionaría, pero al menos no me habría etiquetado de mendiga al primer vistazo.

Adam entrecerró los ojos.

—Te he investigado. Eres poca cosa, Copito de Nieve.

¿Apodos? Puaj.

—Nuestra firma tiene una excelente reputación —le respondí.

—¿Por qué gastarías mil quinientos en un traje? ¿No es la mitad de tu sueldo mensual?

Me esforcé por mantener un tono casual y ligero:

—Mira, está claro que nunca has sido pobre. ¿Me estás provocando o tienes curiosidad de verdad?

Adam se reclinó.

—Tengo curiosidad. Cuando empiece a provocarte, te darás cuenta.

Ignoré la insinuación, fingiendo no captarla.

—Cuando eres rico, puedes permitirte el lujo de vestir como quieras. Eres adinerado. Si alguien intenta juzgarte por tu forma de vestir, te resultaría divertido y se lo restregarías en la cara. Cuando

eres pobre, tu capacidad para conseguir el trabajo que necesitas o lograr alguna tarea social a menudo depende de cómo vistas. Tienes que cruzar ese umbral de suplicante a «uno de nosotros». Es increíble cómo se abren las puertas una vez que la gente deja de menospreciarte. Así que ahorras, te compras un atuendo absurdamente caro y lo usas en cada ocasión especial durante años como si fuera tu ropa de diario. Tengo dos, un Escada y un Armani. De vez en cuando, una gran compañía de seguros o un miembro adinerado de alguna Casa quiere contratarnos; entonces, me pongo uno para conseguir el trabajo y el otro para entregar los resultados, porque me gusta que me paguen puntualmente. El resto del tiempo cuelgan en mi armario en dos capas de plástico, y mis hermanas saben que tocarlos significa enfrentarse a una muerte horrible.

Adam rio. Era la risa autocomplaciente de un hombre sin preocupaciones.

—Me gustas, Copito de Nieve. Eres auténtica. Real. ¿Por qué estás en este trabajo?

—Porque nuestra firma es una subsidiaria de Montgomery International y, si no te entrego, me quitarán el negocio que me ha llevado años levantar. Mi familia se quedará sin hogar.

Adam volvió a reír. Algo sobre mi familia quedándose sin hogar debía de resultarle hilarante.

—¿Cuánto pesas?

—Esa es una pregunta extraña. Unos cincuenta y nueve kilos.

Negó con la cabeza.

—No mientes nunca, ¿verdad?

Cuando la ocasión lo requería, mentía de una forma que ni se imaginaría.

—La gente miente demasiado porque es más fácil. Yo no miento, a menos que tenga que hacerlo. Adam, sabes que no puedes esquivar a la policía para siempre. Cuando te encuentren, no será un «pon las manos detrás de la cabeza y arrodíllate para que podamos esposarte». Será una bala en el cerebro.

Apoyó el codo en su rodilla y descansó la barbilla en su puño.

—Ajá.

—Si no te encuentran en los próximos días, ofrecerán una recompensa. Entonces, cualquier adicto de la calle intentará entregarte. La única salida lógica de esta situación es entregarte a tu Casa.

—¿Por qué? ¿Para pudrirme el resto de mi vida en una jaula?

—Dudo seriamente que la Casa Pierce te deje pudrirte en una jaula. Tu madre te adora. Moverá cielo y tierra para mantenerte fuera de prisión. Tienes dinero y poder de tu lado. Y cualquier cosa es mejor que estar muerto.

Me miró fijamente.

—¿Crees que lo hice?

Empezaba a pensar que sí. Me forcé a encogerme de hombros.

—No me importa. Mi trabajo termina con entregarte.

Se despegó de la pared y tocó la tiza con el pie, emborronando la línea perfecta. El calor se elevó. El corazón me latía demasiado rápido. Saboreé metal en mi boca. La adrenalina se había disparado. Si me freía en ese momento, no podría hacer nada al respecto.

Adam se quitó su chaqueta de cuero. Un olor a tela quemada contaminó el aire. Aparecieron manchas chamuscadas en la camiseta. Se derritió, convirtiéndose en cenizas, y Adam se la quitó. El sol jugaba sobre su torso esculpido y sus abdominales marcados, resaltando cada curva suave y cada contorno duro de músculo con un brillo dorado. Era bueno que la abuela Frida no estuviera presente. Seguro que le habría dado un ataque al corazón.

Adam se estiró y cogió la camiseta de Mercer de mi mano. Se la puso, se colocó la chaqueta de cuero encima y me sonrió.

—Adam…

—Lo pensaré, Copito de Nieve —dijo y me guiñó un ojo.

Cogí el móvil y le hice una foto.

Saltó el muro de piedra y sacó una motocicleta de detrás de un arbusto.

Había metido una motocicleta en Mercer. En ese lugar tranquilo y sereno donde incluso las bicicletas estaban restringidas a unos pocos senderos.

Adam se montó en la moto y se alejó rugiendo a toda velocidad.

Me temblaban las manos. Mi cuerpo aún no se había dado cuenta de que el peligro había pasado. Respiré hondo, en un intento por calmarme.

Frente a mí se extendía el lago, un laberinto verde y marrón de barro y agua. De repente me pareció deprimente. Quería flores, color y luz del sol. Me levanté y caminé hacia el sur, a los jardines.

Había fracasado. Lógicamente, sabía que no podría convencer a Adam de que se entregara en el primer intento; aun así, tenía esperanzas. Se me daba bien hablar con la gente.

Bueno, al menos no me había achicharrado. Eso era bueno. Tomé mi teléfono móvil, envié la foto de Adam Pierce al correo de Augustine, llamé a Montgomery International Investigations y pregunté por él.

—¿Sí? —dijo su voz educada al teléfono.

—Revise su bandeja de entrada.

Hubo una pequeña pausa.

—¿Por qué lleva una camiseta del Mercer Arboretum?

—Se la compré para cubrir la pantera acuática nativa americana de su torso. Se niega a entregarse. Sus palabras exactas fueron «¿Por qué? ¿Para pudrirme el resto de mi vida en una jaula?». Creo que puedo hacer que se reúna conmigo de nuevo, pero necesito algunas garantías de la familia. No quiere ir a prisión.

—Veré qué puedo hacer.

Augustine colgó.

Seguí caminando. Era muy probable que Adam fuera el causante de aquel incendio provocado. No tenía idea de qué lo poseería para quemar el banco, pero la forma en que bailaba alrededor del tema, coqueteando con la pregunta, sugería que tenía algo que ver. Por supuesto, podría tener simplemente un complejo de persecución, dejarse culpar por algo que no había hecho y regodearse en su victimismo. En cualquier caso, lo hubiera hecho o no, tenía que entregarlo a su familia. Incluso los niños ricos mimados tenían derecho a un proceso judicial. Mi trabajo terminaba con él en los brazos amorosos de su madre. Lo que la Casa Pierce hiciera con Adam después no era mi problema.

El sendero me llevó al centro de los jardines, a una plaza rectangular rodeada de árboles altísimos. Una larga fuente con cortina de agua se extendía en el extremo más alejado. Era una viga de hormigón sostenida por columnas dóricas de tres metros de altura. Al acercarse, el agua caía en cascada en forma de gotas brillantes que se precipitaban en tres estrechos estanques. Parterres rectangulares y tramos de césped verde intenso, cuidadosamente delimitados, salpicaban la plaza. Varios bancos se distribuían por los bordes. Parecían muy acogedores. Me acerqué al banco bajo una pérgola de madera y me dejé caer. Solo quería sentarme un minuto.

Estar asustada consumía mucha energía. Ahora me sentía cansada y algo apática.

La gente deambulaba por la plaza. A mi derecha, dos mujeres charlaban en otro banco. La de la izquierda tenía el pelo rubio plateado largo hasta el pecho, sin el menor indicio de ondulación. Llevaba un vestido color melocotón que le llegaba a medio muslo y que probablemente costaba tanto como mi mejor traje. Su bronceado era dorado, el maquillaje brillante e impecable. Su amiga morena había elegido una blusa asimétrica color perla con un volante muy femenino y una falda de tubo gris claro. Ambas calzaban zapatos de tacón tan delicados que parecía que se romperían si soportaban algún peso.

Me vieron. Las dos me estudiaron con idénticas expresiones de mujeres atractivas evaluando a otra en su órbita. A juzgar por las cejas arqueadas y la mueca reprimida de la morena, mis vaqueros desgastados, mi blusa sencilla y mis Nike destrozadas no causaron buena impresión. Siguieron charlando. Probablemente criticando mi falta de gusto y dinero. Ellas me rechazaron por pueblerina y yo las rechacé por superficiales. Todas contentas.

Más allá de las mujeres, un par de hombres merodeaban por la mitad de la plaza. Ambos vestían pantalones sueltos de color claro, camisas caras y gafas de sol de diseño. Estaban acicalados hasta el extremo y la perfección de sus rostros delataba dinero y magia.

Los hombres observaban discretamente a las mujeres mientras ellas fingían no darse cuenta. Era un baile antiguo. Al final los

hombres romperían el hielo y las mujeres fingirían sorpresa, pero se mostrarían receptivas. Parecían encajar razonablemente bien juntos.

Un hombre moreno salió de uno de los senderos laterales hacia la plaza. Llevaba vaqueros y una camiseta negra lisa, sostenía algo que parecía un rollo de tela en la mano. La camiseta se le tensaba sobre los anchos hombros. Los músculos se le marcaban en los brazos. Caminaba con ligereza, su paso seguro y sin prisas.

Me incliné hacia delante, intentando verle la cara. Los dos hombres de rostros suavizados por la ilusión se apartaron simultáneamente de su camino, y lo vi.

Tenía una mandíbula robusta y cincelada, una nariz fuerte y pómulos marcados. Parecía rudo, por la sombra de la barba y el pelo oscuro corto y revuelto. Sus ojos, inteligentes y claros bajo las espesas cejas oscuras, evaluaban todo cuanto veían con precisión. Caminaba como si estuviera en territorio enemigo, preparado para un ataque repentino. Daba la sensación de que, si ese ataque llegaba, permanecería imperturbable y sereno, aunque respondería con violencia abrumadora.

Las dos mujeres lo vieron y dejaron de hablar. Ese hombre irrumpía sin filtros a través de las capas de civilización, cortesía y esnobismo social. Había algo en él, en su forma de andar, en su cuerpo o en sus ojos, que te hacía pensar en sexo y sabías que tener su atención exclusiva sería extraordinario.

El hombre me miraba fijamente.

Un momento. Había otras dos mujeres atractivas en su camino, ambas vestidas con colores brillantes, mejor arregladas y transmitiendo disponibilidad con cada célula de su cuerpo. Eran rosas y yo, con mi atuendo actual, era una margarita. Debería haberme ignorado por completo.

Me miraba como si supiera quién era yo. Como si fuera su objetivo.

Mi cerebro tardó un cuarto de segundo en procesar ese hecho antes de provocar una fría oleada de alarma. ¿Me quedaba o me iba?

Perdí otro precioso segundo intentando escuchar mis instintos y mi magia. Mis corazonadas casi siempre acertaban.

Estaba en un lugar público. Había gente en esa plaza. La pregunta era: ¿le importaría?

¿Me quedaba o me iba?

Miré sus ojos azules. Las novelas románticas que leía para desconectar tenían todo tipo de formas de describir a los hombres peligrosos. Los comparaban con lobos, leones, tigres. Siguiendo esa lógica, aquel hombre era un dragón, regio y letal, y venía a por mí.

Malo, malo, malo. Tenía que irme. Ya.

Me levanté de un salto del banco y me dirigí directa al sendero que salía del parque. Él modificó el rumbo, dirigiéndose hacia mí.

Corrí por el sendero. La vegetación pasaba volando. La gente me miraba fijamente. El sendero giró y me arriesgué a mirar atrás.

Él corría a toda velocidad hacia mí y se acercaba cada vez más.

Me lancé hacia delante, exprimiendo cada gota de esfuerzo de mi cuerpo. El aire se calentó en mis pulmones. Me dolía el costado. El camino volvió a girar y salí disparada en dirección a la plaza abierta con la tienda de regalos. La entrada estaba solo a cien metros.

Sentí la magia detrás de mí. Se hinchó, furiosa e imparable, como un cataclismo.

Miré por encima del hombro.

Se encontraba a veinticinco metros de mí.

No llegaría hasta mi coche.

Demasiado lejos para una táser, y no quería que se acercara más. Saqué la Ruger Mark III del calibre 22 y quité el seguro. Había practicado con esa pistola cada dos semanas. Le daría.

—Alto. Le dispararé. —No quería.

No tenía ni idea de quién era. No tenía ni idea de lo que podía hacer. No quería disparar un arma en un lugar lleno de gente. No quería matarlo.

Siguió caminando. Lo sentía acercarse. Nunca había sentido una magia así en toda mi vida. Era como intentar mantenerse en pie en medio de un tornado. El miedo me atravesó, volviendo el mundo nítido y cristalino.

—¡Ayuda! —grité.

Nadie se movió. La plaza estaba llena de gente y nadie se movió.

Maldita sea. Levanté la pistola, con el cañón hacia arriba, también hacia la izquierda por encima de los árboles, y disparé un tiro de advertencia.

Me lanzó el rollo de tela. Vi un destello de seda azul y luego los brazos me quedaron inmovilizados contra el cuerpo por una fuerza aplastante, con la pistola pegada a mi pierna. La tela me aprisionó como una camisa de fuerza.

Unos brazos fuertes me agarraron. Algo me pinchó en el cuello. Mis piernas se debilitaron y me desplomé. Me cogió y me levantó como si no pesara nada.

El mundo se estaba volviendo borroso. Quería gritar con todas mis fuerzas, pero solo salió un débil susurro.

—Ayuda…

—¡Eh! —Un hombre con sombrero de vaquero se acercó a nosotros.

—No se lo aconsejo —le dijo el hombre, con voz gélida.

El vaquero se quedó paralizado.

El hombre me cambió de posición en sus brazos y vi sus ojos de cerca. Unos ojos azules, ardiendo con magia y teñidos de introspección.

Dios mío. Mis labios estaban demasiado hinchados para hablar.

—Me… Ma… Mad…

—Mad Rogan.

Alguien apagó el sol y me quedé dormida.

1 Es la Agencia estadounidense de Recaudación de Impuestos. *(Todas las notas son del editor).*

2 Siglas en inglés de Special Weapons and Tactics, que se refiere a unidades de fuerzas de seguridad o militares especializadas en operaciones de alto riesgo.

Capítulo 5

Abrí los ojos. Un techo claro se extendía sobre mí. Me incorporé.

Los pliegues de seda azul se deslizaron por mi cuerpo, resbaladizos sobre mi piel.

Me encontraba en medio del suelo de una gran habitación rectangular. Ninguna ventana interrumpía las oscuras paredes. Dos lámparas de pie colocadas en las esquinas proporcionaban una suave luz amarilla a la estancia. No llegaba a desterrar la oscuridad del todo, pero sí la diluía con delicadeza. El suelo era de hormigón pulido y brillante. Lo cruzaban líneas, círculos, triángulos y símbolos arcanos dibujados con tiza, carboncillo y un azul puro e intenso que solo podía proceder de lapislázuli convertido en polvo. Las líneas brillaban con un suave resplandor; algunas partes del dibujo estaban planas sobre la superficie de hormigón, otras flotaban a unos centímetros por encima. Seguí su flujo con la mirada hasta un círculo rodeado de símbolos.

Alguien estaba sentado dentro del círculo. Alcé la vista.

Mad Rogan me observaba con sus ojos azules. Se abrieron de par en par, como dos ventanas hacia su profundidad interior, y la magia me devolvió la mirada. Una magia monstruosa y sobrecogedora, una oscuridad viviente llena de destellos de luz intensa y poder. Era como mirar al corazón de una supernova. Me olvidé de respirar. Mi corazón intentó huir sin el resto de mi cuerpo. Me temblaban las manos.

Me eché hacia atrás y caí. Algo me sujetaba al suelo. Aparté la seda. Dos grilletes de acero me rodeaban los tobillos. Unas barras

metálicas aseguraban los grilletes, desapareciendo en el hormigón. Tiré. Mis pies no se movieron en absoluto.

—Me has encadenado al suelo. —Mi voz sonó temblorosa, y no me gustó.

Aquella cosa demoniaca e inhumana que era Mad Rogan ladeó la cabeza, observándome. Estaba sentado con las piernas cruzadas. Solo llevaba unos pantalones oscuros y sueltos que se ensanchaban en los bajos. Tenía los pies descalzos. También el torso. Los músculos flexibles pero duros se le marcaban en el cuerpo. Los bíceps esculpidos que parecían de acero destacaban en sus brazos. Su poderoso torso se estrechaba hasta llegar al abdomen duro y marcado. Pálidas franjas de cicatrices cruzaban su piel bronceada. No solo estaba tonificado. Tenía el tipo de cuerpo hecho para el combate: fuerte, flexible, duro y alimentado con poder explosivo. Si Adam Pierce hubiera estado presente, se habría muerto de envidia.

Me obligué a pensar. Finas líneas azules se le marcaban la piel, fundiéndose en glifos. Había escrito símbolos arcanos en su torso y estómago. Estaba amplificando su poder, lo que era peligroso para su salud. ¿Por qué? ¿Por qué podría necesitar más poder si ya forzaba la salida de todo el aire de aquella gran habitación con su presencia?

—¿Qué derecho tienes a secuestrarme en la calle y encadenarme en tu sucio sótano?

—¿Sabes qué es esto? —Su voz encajaba con él, profunda y ligeramente áspera. Si los dragones existieran y pudieran hablar, sonarían justo como él.

Estiré el cuello, intentando comprender el patrón de aquellos símbolos y líneas. Estaba encerrada en un círculo rodeado de otros círculos concéntricos más grandes. Líneas rectas se extendían a través de ellos, conectando con un triángulo. El punto superior del triángulo contenía un círculo más pequeño, donde estaba sentado Mad Rogan. Líneas de escritura rúnica y caracteres arcanos serpenteaban por el patrón, brillando con magia. Se me heló la sangre*. Acubens exemplar*, llamado así por la estrella que forma parte de la «pinza del cangrejo» en la constelación de Cáncer.

Cuando mis padres descubrieron la naturaleza de mi magia, mantuvimos una larga conversación, y mi padre me explicó que solo había una profesión para alguien con mis talentos. Podía ser interrogadora. Sin importar qué otras cosas quisiera hacer, en cuanto mi talento se conociera, ya fuera el Ejército o las autoridades civiles me presionarían para convertirme en un detector de mentiras humano. Mantendrían la presión hasta que cediera. Sería testigo de torturas y vería cosas horribles hechas en nombre del bien mayor, y destruiría mis posibilidades de tener una vida feliz. Me dijo que cuando fuera lo suficientemente mayor, siempre podría elegir convertirme en interrogadora; hasta entonces, mi habilidad debía permanecer en secreto. Para dejarlo claro, me hizo ver un documental sobre la Inquisición española. Solo tenía siete años, pero lo entendí. Aquel horrible futuro podría ser el mío.

Cuando tenía doce años, empecé a rebelarme contra todo lo que representaban mis padres y estudié técnicas y hechizos de interrogatorio. El *Acubens exemplar* era uno de los más potentes. Requería días de cuidadosa preparación y existía un margen muy estrecho para usarlo antes de que la magia acumulada se disipara, pero era casi infalible. Como la pinza del cangrejo que le daba nombre, el hechizo permitía a un telépata ejercer una presión aplastante sobre la persona atrapada en su centro. El hechizo amplificaba la presión hasta que la voluntad de la víctima se quebraba y revelaba cualquier secreto que hubiera intentado ocultar.

—El *Acubens exemplar* requiere un telépata —dije; me aferraba a un clavo ardiendo—. Tú eres un telequinético.

Las líneas alrededor de Mad Rogan pulsaron con más intensidad. Vale. Así que también era telépata. O poseía algún tipo de magia relacionada con la voluntad.

—Quiero saber todo lo que tengas sobre Adam Pierce. Su ubicación, sus planes, los planes de su familia para él. Todo.

Me crucé de brazos.

—No. Primero, me contrataron para encontrar a Adam Pierce, y mi cliente tiene derecho a la confidencialidad. Segundo, me atacaste y luego me encadenaste al suelo. —Intenté sacudir las esposas para

enfatizar mis palabras, pero permanecieron completamente inmóviles.

Mad Rogan me clavó sus ojos azules. Ahí estaba de nuevo, ese poder depredador y despiadado. La alarma se retorció dentro de mí. Era un dragón con piel humana, poderoso, implacable y peligroso. Mi mente se bloqueó, luchaba por asimilarlo. Los músculos de mis piernas y brazos se tensaron; mi pecho se apretó. Quería gritar a pleno pulmón solo para expulsar el miedo de mi cuerpo.

—No quiero hacerte daño. Solo quiero la información.

Verdad.

—Forzarte no me da ningún placer.

Verdad.

—Si no te gusta forzarme, deberías dejarme ir.

—Dime lo que quiero saber y podrás salir de aquí.

—No. Sería poco ético y poco profesional.

Era un principal telequinético. A veces, los principales tenían talentos secundarios, pero nunca eran tan fuertes como su magia principal. La telepatía se basaba en la voluntad. Mi magia también se basaba en la voluntad, y en toda mi vida, jamás había conocido a una persona en quien no hubiera funcionado. Me aferré a ese pensamiento y lo usé para estabilizarme. Podría ser un dragón, pero si intentaba tragarme entera, lo haría atragantarse. Me deslicé hacia delante, tratando de ponerme lo más cómoda posible con mis ataduras, y me humedecí los labios resecos.

—Muy bien, tipo duro. Veamos tu poder.

Mad Rogan se encogió de hombros. La magia pulsó desde él, corriendo por las líneas, volviéndolas más brillantes, como fuego viajando por una mecha. La presión me envolvió, oprimiendo mi mente en un grillete invisible. Apreté los dientes. Era muy fuerte.

Contraataqué. Sus ojos se estrecharon.

—Adam Pierce. —Él no dejaba de repetir el nombre.

Cuanto más lo repitiera, más difícil sería para mí no pensar en ello, y más fuerte presionaría el hechizo contra mis defensas.

Me preparé para resistir. No podría conmigo.

—¡Que te den!

La presión me aplastaba la mente, ejerciendo una fuerza sobre ella como una carga extraordinariamente pesada. Era como si mi cabeza estuviera dentro de una gigantesca campana de plomo que no dejaba de estrecharse y me comprimía el cráneo cada vez más. El incesante ataque de magia se había convertido en un dolor terrible y persistente. Dolía pensar. Dolía moverse. El tiempo se había disuelto en dolor dentro de mi mente.

El calor de toda la energía que fluía de un lado a otro a través del hechizo había convertido la habitación en una sauna. El sudor me empapaba la piel. Me había quitado la camiseta hacía siglos. Me habría quitado también los vaqueros si hubiera podido pasarlos por las esposas.

Frente a mí, Mad Rogan permanecía inmóvil en el círculo. Un brillo húmedo perlaba su línea del cabello y le cubría el pecho y los marcados bíceps. La escritura rúnica azul que cubría su cuerpo aún se mantenía, aunque algunos símbolos empezaban a emborronarse. El esfuerzo de controlar mi voluntad lo estaba agotando. Bajo la suave iluminación de la habitación, apenas parecía humano, más bien una criatura feroz y depredadora de alguna magia arcana. Me habría encantado acercarme y patearle la cara. Tal como estaban las cosas, lo miraba cada vez que la presión me superaba, y una nueva descarga de miedo me mantenía en pie.

La presión disminuyó ligeramente. Estaba cansado.

—¿Eres rico, verdad? —Mi voz sonó áspera.

—Sí.

—¿Por qué no gastas en un aire acondicionado para esta habitación?

—No esperaba sentarme aquí durante horas. Pero si tienes demasiado calor, eres libre de quitarte el sujetador.

Le mostré el dedo medio.

—¿Qué eres? —me preguntó.

—Soy la mujer que encadenaste en tu sótano. Soy tu prisionera. Tu… víctima. Sí, esa es la palabra correcta. Con toda esa educación. ¿Cómo es que nadie te ha explicado nunca que no puedes secuestrar a personas solo porque te apetezca?

Hizo una mueca.

—Tuviste tiempo suficiente para dispararme.

—No disparo a extraños a menos que mi vida esté claramente en peligro. Podrías haber sido un policía asignado al caso de Pierce. Si disparo, tengo que estar preparada para la posibilidad de matar a mi objetivo. Además, usar un arma en medio de una multitud es irresponsable.

—Un calibre 22 rebotaría en la ropa mojada tendida. ¿Por qué llevarlo siquiera?

Me recliné. Algo en mi columna crujió.

—Porque no disparo a menos que tenga la intención de matar. Un calibre grande atravesaría el objetivo y correría el riesgo de herir a transeúntes inocentes. Un 22 entra en tu cuerpo y se queda en el interior, convirtiendo tus entrañas en carne de hamburguesa. Los disparos de pequeño calibre en el pecho y el cráneo son casi siempre fatales. Si hubiera sabido que ibas a sacar una bonita cinta de tu manga como un mago de pacotilla, atarme con ella y dar rienda suelta a tu tortura mental fetiche en este sótano, te habría disparado. Muchas veces.

—¿«Mago de pacotilla»?

—A los hombres como tú les gusta que los halaguen.

Los músculos de los brazos se le tensaron. La magia me aprisionó, fuerte y dolorosa. El miedo familiar me inundó en una lenta oleada. Estaba realmente cansada.

—He machacado a magos Significativos con mi magia —dijo con voz inexpresiva.

Cierto.

—Te machacaré a ti también.

—Lo intentarás.

La presión en mi mente se disparó. La magia se convirtió en una bestia que me devoraba. Sus dientes me arrancaron un gemido silencioso. Lo miré fijamente, canalizando toda mi ira en mis defensas.

La sangre se deslizó desde sus fosas nasales y bajó por su rostro.

—Ríndete —gruñó.

—Tú primero.

Dolía. El peso era insoportable. Mis defensas temblaban. Las manos me temblaban.

Mad Rogan gruñó como un animal. A él también le dolía.

«Adam Pierce, Adam Pierce, Adam Pierce…». El nombre resonaba en mi mente como el tañido de una campana de iglesia. Quería taparme los oídos con las manos, pero no serviría de nada. El sonido y la presión estaban por todas partes. La magia devoraba mis barreras, buscando su presa.

Mis pensamientos comenzaron a disolverse, escapándose de mí. Casi lo había conseguido.

«Adam Pierce, Adam Pierce, Adam Pierce…».

El sótano giraba a mi alrededor. Las paredes se volvieron líquidas.

Mi mente hervía bajo la presión. Tenía que ceder. Tenía que alimentar a la bestia para salvarme.

No podía traicionar a mi cliente. Mad no podía ganar.

Tenía que alimentar a la bestia. Con algo secreto, algo que había mantenido enterrado tan profundamente en mi alma que juré no dejarlo salir nunca.

«No, no puedo».

La magia destrozó las paredes interiores de mi mente.

«No puedo».

Mis defensas estallaron y, con un último esfuerzo, expuse mi secreto más profundo ante la bestia. Atrapó mi culpa entre sus fauces y la arrancó. Las palabras brotaron de mí atropelladamente:

—Cuando tenía quince años, encontré la carta de nuestro médico con el diagnóstico de mi padre. Él me descubrió y me hizo prometer que no se lo diría a nadie. Guardé su secreto durante un año. Soy la razón por la que mi padre murió. Si se lo hubiera contado a mi madre, podría haber empezado el tratamiento un año antes. Soy la responsable. No lo dije. No se lo he dicho a nadie hasta hoy porque soy una cobarde.

La magia atravesó el *Acubens exemplar* como una onda expansiva. Las líneas brillantes pulsaron con intensidad y se desvanecieron, agotadas, toda su energía consumida en el intento de arrancarme el secreto.

Me desplomé en el suelo con el rostro helado. La ausencia de presión fue un alivio inmenso. Me sentía tan ligera.

Mad Rogan se acercó a mí, avanzando con cautela, y soltó una maldición.

—Que te jodan a ti también —le dije.

Se arrodilló junto a mis pies. ¿Cómo demonios podía moverse después de algo así? Oí un tintineo metálico. Me levantó la cabeza y me puso algo en los labios.

Apreté los dientes.

—Es agua, terca obstinada —gruñó.

Intenté negar con la cabeza, pero me obligó a abrir la boca. El agua me mojó la lengua. Tragué, luchando contra la niebla.

El agotamiento me envolvió, o tal vez fue una manta.

Después sentí que estábamos en un coche. Era de noche.

El coche se detenía. La puerta se abría. Mad Rogan me transportaba en brazos. Puerta del almacén. Cemento frío.

La puerta abriéndose.

Mamá.

Me desperté en el salón. Alguien había dejado encendida la lamparita de la mesa. La habitación resultaba tan acogedora, con las paredes azul verdoso oscuro y sus cálidas luces amarillas. Me acurruqué bajo la manta que alguien había puesto sobre mí. Había tenido una pesadilla horrible.

Me estiré. Los músculos de mis piernas y brazos se agarrotaron. Ay, ay, ay.

«No ha sido una pesadilla. Mad Rogan me encadenó de verdad en su sótano».

Me incorporé. Me dolía todo. Sentía la espalda como si me hubieran apaleado.

Ese malnacido. Presentaría una denuncia, aunque nadie me creería, y explicar cómo lo había contenido dentro del hechizo complicaría mucho las cosas. Daba igual. Ya encontraría la manera de vengarme.

Oía las voces que venían de la cocina. Mi madre. Sonaba alterada. Miré el reloj del reproductor de Blu-ray. 23:45.

Cuando teníamos oportunidad, discutíamos hasta ponernos morados y desmayarnos del esfuerzo, pero era demasiado tarde para una pelea, incluso según los estándares de nuestra familia. Me levanté y me tambaleé en dirección a las voces.

—¿… Pierce? Irresponsable y estúpido. ¡Estúpido, Bernard! —escuché que decía mi madre.

Bien. Nos habían pillado. Después de que ese idiota me dejara en la puerta de casa, mi madre debió de presionar a Bern para que le diera explicaciones, y él debió de venirse abajo y contárselo todo.

Me abrí paso hasta la cocina. Bern estaba sentado a la mesa con rostro serio. A su lado, Leon empujaba una canica de un lado a otro con un palillo chino, intentando aparentar que no le importaba nada. Catalina y Arabella estaban sentadas juntas. La expresión de Catalina se había endurecido, como solía hacer cuando sucedía algo estresante entre los adultos. Arabella parecía querer golpear algo. Tanto ellas como Leon deberían haber estado en la cama. Abuela Frida bebía café, con los ojos enrojecidos. Sentí una oleada de culpabilidad. Había hecho llorar a mi abuela.

—No puedo creerlo —gruñó mi madre.

—Deja de gritarle —le pedí—. Fue decisión mía.

Mamá se dio la vuelta. Nos miramos fijamente.

—Mañana irás a Montgomery International Investigations —me ordenó. Su voz era tranquila, pero tenía tanta flexibilidad como una viga de acero—. Les dirás que abandonas este trabajo.

Me preparé. Sabía que aquel momento llegaría tarde o temprano, y lo había estado temiendo.

—No.

Mi madre cuadró los hombros.

—Bien. Entonces, lo haré yo.

Mi madre había perdido su licencia hacía cuatro años. Se culpaba por ello. Si algo me sucedía, también se culparía. No quería hacer aquello, no quería remover toda esa culpa y angustia, así que intenté mantener mi voz lo más suave posible:

—No tienes autoridad para hablar en nombre de la empresa. La agencia está a mi nombre.

La cocina se quedó tan silenciosa que se podría haber oído caer un alfiler. Los ojos de Catalina estaban como platos.

El rostro de mi madre se convirtió en una máscara fría e inexpresiva.

—La decisión es mía —continué—. Yo soy quien tiene la licencia. Vamos a ir tras Pierce.

—¿Cómo vas a contenerlo?

—No tengo que contenerlo. Me reuní con él y lo estoy convenciendo.

—¿Y crees que está funcionando? —preguntó mamá—. Porque parecías medio muerta cuando te encontré en la entrada.

—Ese no fue Adam Pierce. Fue Mad Rogan.

Mamá retrocedió. Leon hizo un ruido ahogado.

—Pensaba que estaba retirado —dijo Bern.

—Está dentro. Al parecer, sí le importa su primo.

—¿Has perdido el juicio? —La voz de mi madre restalló como un látigo—. ¿Tienes idea de con qué clase de fuego estás jugando?

—Sí, lo sé.

—Es solo dinero.

—No se trata solo de dinero. —Mi voz se elevó—. Se trata de nuestra familia. No dejaré que nos intimiden solo porque les apetece. No dejaré que nos desarraiguen. No tienen derecho a hacerlo.

—¡Nevada!

—¿Sí, mamá?

—¡Podemos empezar de cero!

—¿Y cuánto tiempo nos llevaría eso? ¿Sin equipo, sin casa, sin nuestra base de datos de clientes? Sabes que la mayoría de nuestro negocio viene del boca a boca, y esas recomendaciones son para la Agencia de Investigación Baylor. Montgomery International Investigations se quedará con nuestro nombre. Cuando desconecten nuestro teléfono y nuestra web esté caída, la gente asumirá que hemos cerrado y seguirá adelante. Nos llevará años reconstruirlo. La respuesta es no.

—¡No vale tu vida! —gruñó mi madre—. Si estás haciendo esto por alguna supuesta obligación hacia tu padre que has malinterpretado…

—Lo hago por nosotros y por mí. Cuando tomé el control, el negocio casi se había paralizado. Construí esta agencia sobre los cimientos que papá y tú creasteis. Ahora es mi negocio porque me he dejado la piel durante seis años para sacarlo adelante. Me he sacrificado por él y lo quiero. Me gusta lo que hago. Me gusta nuestra vida. Me hace feliz y soy buena en esto. ¡Y nadie, ni tú, ni mi abuela, ni Montgomery International Investigations, ni Pierce, ni Mad Rogan me lo vais a arrebatar! —Me di cuenta de que estaba gritando y cerré la boca de golpe.

La conmoción se reflejó en el rostro de mamá. Los niños permanecieron inmóviles. Bern no dejaba de parpadear.

—Bueno, es tu hija —dijo la abuela Frida mientras dejaba la taza de café sobre la mesa con un tintineo.

Mi madre dio media vuelta y salió de la habitación.

Me dirigí a los niños:

—A la cama. Ahora.

Todos salieron corriendo.

Bern se levantó.

—Yo también me voy.

Me dejé caer junto a mi abuela. Me sentía destrozada. Discutir con mamá siempre era difícil. Solía sacarme de quicio. Yo gritaba y ella respondía con argumentos perfectos y lógicos. Entonces crecí, y me di cuenta de lo frágil que era.

Mi abuela me miró.

—Tienes un aspecto horrible.

—Mad Rogan me sedó, me secuestró, me encadenó en su sótano y después intentó sacarme información con un hechizo.

Mi abuela parpadeó.

—¿Le diste lo que quería?

—No. Rompí su hechizo.

La abuela Frida miró su taza.

—Tu madre lo superará. Sabía que tarde o temprano chocaríais. Demonios, si no lo hubierais hecho, te habría llevado a que te

examinaran la cabeza. Tu madre sobrevivió en ese agujero bajo tierra durante dos meses. Es más fuerte de lo que crees.

Eso no me hizo sentir mejor.

—Abuela…

—¿Sí?

—Cuando dijiste que conocías a alguien que podía implantar paralizadores, ¿lo decías en serio o me estabas tomando el pelo?

Abuela Frida volvió a dejar el café.

—No hablarás en serio, ¿verdad?

—No te lo preguntaría si no fuera así.

—¿Tan malo ha sido?

Me habían golpeado antes y me habían disparado cuatro veces. Pero lo que había vivido con Mad había sido muy diferente.

—Cuando me meto en una pelea, sé que puedo causar daño. Cuando me disparan, puedo devolver los disparos. Pero esto… —Mis manos se cerraron en puños mientras luchaba por encontrar las palabras—. No tuve ninguna oportunidad. Su magia estaba fuera de escala. Lo sentí cuando me levantó. Fue como mirar una supernova en una foto del espacio exterior. Me hizo sentir indefensa. Vulnerable. Como si nada de lo que hiciera pudiera hacerle ni un rasguño.

Mi abuela suspiró.

«Podría haberme matado. Podría haberme cortado la cabeza mientras estaba encadenada y no habría podido hacer nada al respecto».

Me contuve antes de contarle eso a mi abuela.

—Necesito tener alguna posibilidad de luchar.

—Puedes alejarte.

Negué con la cabeza.

—Oh, no. No. Quizá antes de que me atacara, pero ahora no.

—Tienes que estar muy segura, cariño. Una vez que entran, se quedan para siempre.

—¿Qué probabilidades hay de que me mate?

—Menos del uno por ciento de los implantes salen mal. Y si es Makarov quien te los pone, no tendrás problemas. Pero los implantes

no son tu mayor preocupación. El problema es saber usarlos. Si lo haces mal, te matará.

—Entonces, estoy segura. —La próxima vez que Mad Rogan se me acercara, se llevaría una sorpresa infernal.

—Déjame hacer una llamada —dijo mi abuela mientras se levantaba.

Yo también me levanté y fui a buscar a mi madre.

Revisé el salón, la sala multimedia y la sala de escondite, que había empezado siendo un dormitorio de invitados, pero se había convertido en otra sala de estar. Comprobé la puerta del dormitorio de mi madre y la encontré cerrada. Llamar no pareció dar resultado. Decir «Mamá» con voz triste y conciliadora tampoco funcionó. Me di por vencida y me dirigí a mi habitación.

Cuando elegí el lugar para mi dormitorio, lo primero que busqué fue privacidad. Hubo una época, unos siete años atrás, en que no podía alejarme de mis hermanas por mucho que lo intentara. Cuando nos mudamos al almacén, mis padres lo tuvieron en cuenta y me construyeron un pequeño apartamento tipo *loft*. Mi dormitorio y mi baño estaban cerca de la parte superior del almacén, sobre las dos salas de almacenamiento. Mi dormitorio daba a la calle y mi baño, en la misma pared, estaba justo contra el muro que separaba nuestro espacio habitable del garaje de mi abuela. Una escalera de madera conducía a un rellano, que conectaba con mi *loft* mediante una resistente escalera plegable. Si quería, podía recoger los diez escalones superiores, haciendo mi dormitorio inaccesible.

Subí las escaleras y encendí la luz. Al principio, el almacén no tenía ventanas, pero cuando instalamos las habitaciones, si querías una ventana, te la instalaban, y yo había querido una. De hecho, había querido dos, una en el baño, con vistas al garaje de la abuela, para poder mirar y ver la entrada trasera, y otra en el dormitorio que ocupaba toda la longitud de la estancia. Si me tumbaba en la cama, podía mirar por la ventana hacia la ciudad. La ciudad también podía mirarme a mí, así que invertí algo de dinero en persianas además de dos juegos de cortinas, una de gasa blanca y otra blanca opaca y

gruesa. Había dejado las persianas subidas y las cortinas opacas abiertas, y la noche se desplegaba tras el cristal en toda su oscura gloria. Si aún hubiera tenido mosquitera, habría abierto la ventana y dejado entrar la noche. Sin embargo, la había tirado accidentalmente hacía un mes cuando limpiaba la ventana, y mis intentos de recuperarla en aquel momento habían resultado demasiado frustrantes. Si abría la ventana, dejaría entrar la noche y un enjambre de mosquitos.

Había chantajeado a un mecánico; le había dicho a mi jefe, que probablemente era un principal, que era una persona horrible —otra vez—; me había reunido con un principal piroquinético y había sido secuestrada por un principal telequinético; me había peleado con mi madre; y había decidido que me implantaran en los brazos un arma que posiblemente podría matarme. Menudo día. Demasiados principales por todas partes.

Estaba cansada y destrozada, como si el día hubiera abierto agujeros en mí. No quería pensar en nada, y menos en lo que tenía que renunciar para romper el hechizo de Rogan. Solo quería anestesiarme de alguna manera e irme a dormir. Tenía un frasco de pastillas para conciliar el sueño sin receta en el botiquín, pero me provocaban pesadillas.

«No puedo creer que haya estado obsesionada con sus ojos. No puedo creer que me pareciera sexi cuando lo vi caminar hacia mí». Debería haber sabido que era problemático. Un hombre así no da un paseo sin más por los jardines botánicos. Vi un tigre con ojos brillantes y dientes tan grandes como mis dedos, y en lugar de huir, me quedé allí admirando lo guapo que era mientras se acercaba lo suficiente para abalanzarse.

Algo rebotó en mi ventana. Di un respingo. Era demasiado pequeño para ser un murciélago. Y estaba demasiado oscuro fuera para ser un pájaro. Qué demonios…

Abrí el pestillo de la ventana y la levanté. Una pequeña bola de fuego me disparó desde la calle. Salté hacia atrás y me estrellé contra la estantería a dos metros detrás de mí.

La bola de fuego aterrizó en la alfombra, todavía ardiendo. ¡Aah! La pateé a través de mi dormitorio hasta llegar al suelo de baldosas

del baño. Luego abrí la puerta de la ducha de un tirón, cogí la manguera con la alcachofa y ahogué las llamas.

Una pelota de tenis carbonizada.

¡Qué bien! Cogí unas tijeras del cajón, apuñalé la pelota de tenis y me dirigí a la ventana con mi trofeo. Adam Pierce estaba en la calle, justo debajo.

Raspé la pelota contra la parte exterior de la ventana hasta que cayó al asfalto.

—¿Qué demonios te pasa? ¿Intentas matarme?

—Si lo intentara, te darías cuenta. Ven a hablar conmigo.

—Es la una de la madrugada.

—Son las dos, pero ¿qué más da? —Me hizo un gesto con la mano —. Vamos. Tengo algo que enseñarte.

¿Ir o no ir? Si iba, él daría por hecho que cuando me dijera «Salta», yo saltaría. Pero si no iba y él estaba pensando en entregarse, me arrepentiría de perder aquella oportunidad. Tenía que decidirme rápido. Si mi madre lo veía, le dispararía. Dios, era lo último que necesitaba en ese momento.

—Hay un árbol allí, tras el muro. —Señalé un viejo roble al otro lado de un muro de piedra de metro y medio de altura—. Espérame detrás.

Adelantó un pie e hizo una reverencia teatral.

—Sí, mi señora.

Bajé las escaleras, cogí las llaves por si alguien decidía dejarme fuera y me dirigí directamente al árbol. Salté el muro. Él esperaba donde le había indicado, detrás del árbol, protegido de la casa por el enorme tronco. Su motocicleta se apoyaba contra el muro. Me acerqué y me senté junto a él sobre el mantillo alrededor del árbol.

Adam sonrió:

—¿Por qué aquí? ¿Temes que tu madre me vea?

—Temo que te dispare. Mi madre no se siente muy caritativa contigo en este momento.

—¿Así están las cosas?

—Justo así.

Me miró el rostro, tomó una rama caída y la levantó. Esta estalló en una brillante llama naranja.

—¿Qué te ha pasado? Tienes un aspecto horrible.

—Tengo competencia, y no ha sido nada amable conmigo.

—Soy popular, qué le voy a hacer. —La llama se desvaneció y él sopló la ceniza de sus dedos.

—Sí, hagamos que todo gire en torno a ti.

Adam se sobresaltó.

—¿Has venido a entregarte? —le pregunté.

—No.

Suspiré.

—¿Qué hará falta para que entres en razón?

—No lo sé. —Se encogió de hombros y sonrió—. Prueba a acostarte conmigo. Podría convencerme.

¿Acababa de insinuárseme? Sí, lo había hecho.

—No, gracias.

Se reclinó sobre el codo, sus pantalones negros de cuero ciñéndosele sobre las piernas, y sonrió. Era su famosa sonrisa seductora, la que los medios adoraban mostrar, el tipo de sonrisa que ninguna mujer que hubiera pasado la pubertad ignoraría. Prometía cosas salvajes, perversas, ardientes. Probablemente nunca le fallaba. Bueno, se llevaría una sorpresa.

—Si estás tan desesperado, puedo presentarte a mi abuela. Es fan tuya.

Adam parpadeó.

—No suele acostarse con jovencitos guapos, pero seguro que haría una excepción contigo. Incluso podría enseñarte algún truco.

—¿Tu abuela? —recuperó por fin el habla.

Asentí y él se rio:

—Bueno, al menos moriría feliz.

—No te halagues tanto.

—No es halago. Es un hecho. —Se inclinó hacia mí—: Puedo hacer arder tus sábanas.

No lo dudaba.

—¿Me carbonizaría?

—Bésame y lo descubrirás.

No, gracias.

—Tu familia está preocupada por ti.

—Eres divertida. Me gusta la diversión. Me gusta lo nuevo y emocionante. ¿Te he dicho que tu voz es sexi, Nevada?

La forma en que pronunció mi nombre fue casi indecente. No podría haber mostrado más invitación en ello ni aunque se hubiera desnudado frente a mí.

—Cuando hablas, me haces pensar en cosas divertidas que podría hacer contigo. Y tu piel es como la miel. Me pregunto a qué sabrás…

Amarga y cansada…

—Ajá —respondí.

Él extendió la mano para tocar un mechón de mi pelo.

—No tienes derecho a tocarme —dije y me aparté.

—¿Cómo consigo ese derecho?

Dejando de ser un niño mimado y egocéntrico.

—Lo consigues si me enamoro de ti.

Se detuvo.

—¿Enamorarte? ¿Hablas en serio?

—Sí. —Eso lo haría callar.

—¿Qué estamos en el siglo XVI? ¿Debería escribirte un soneto?

—Si es un buen soneto…

Adam se recostó en la hierba y deslizó el pulgar por el teléfono.

—Mira esto.

La pantalla se volvió blanca. El fondo pálido se hizo añicos, rompiéndose en pedazos individuales que salieron volando en un patrón complejo. Una mujer apareció en la pantalla. Era mayor, probablemente de más de cincuenta años, aunque era difícil determinar su edad exacta. Un traje ejecutivo azul marino se ajustaba a su figura delgada como un lápiz. Su maquillaje era profesional, su cabello color caramelo peinado con artística precisión en un recogido suelto pero formal. Su rostro en forma de corazón, sus grandes ojos oscuros y su nariz estrecha la delataban. Estaba mirando a Christina Pierce.

—Recibí un mensaje de mi madre —dijo él—. Enviado a mi dirección privada desde una ubicación pública y codificado con el cifrado familiar. Muy de novela de espías.

Le dio a reproducir y Christina Pierce cobró vida.

—*Tengo un avión en espera listo para llevarte a Brasil* —dijo la madre. Su voz tenía el acento melodioso de Georgia, pero no había nada suave en ella—. *Es un país sin extradición. Esta es la casa.*

Una imagen de una mansión reemplazó su imagen: paredes blancas, vegetación tropical y una piscina infinita azul oscuro perfilada contra el azul más claro del océano. Christina reapareció:

—*Mientras estés fuera, otra persona asumirá la culpa. Podrás regresar en tan solo un año con un historial limpio y una oleada de apoyo público y simpatía por haber sido acusado injustamente. Un año en el paraíso, Adam, con todas tus necesidades atendidas. Tienes mi palabra de que no pasarás ni un minuto en la cárcel. Piénsalo.*

Acudí a Augustine en busca de apoyo. La Casa Pierce había accedido.

—Mi madre dice que me quiere. —Pierce estudió su imagen—. El amor es control. La gente dice que te quiere cuando desea dirigir tu vida. Te estrujan y te moldean en una forma que les resulta cómoda, y cuando tratas de escapar, te atan con culpa. Mi familia lo descubrió hace años. Nos hemos estado casando y criando por beneficios durante más de un siglo. Sin amor de por medio.

—Yo no lo veo así.

—La única razón por la que estás sentada aquí bajo este árbol es porque mi madre presionó a Montgomery, y él te presionó a ti amenazando a tu familia. Si no fuera porque corréis el riesgo de perder vuestra casa, ¿habrías aceptado este trabajo?

—Probablemente no. Pero al final la decisión fue mía.

—¿Por qué? No les debes nada. No pediste nacer. Te arrastraron a este mundo pataleando y gritando, y ahora esperan que te conformes. Bueno, yo digo que se jodan.

«No pediste nacer…». En cierto modo, seguía teniendo la mentalidad de un niño de quince años y era tan volátil como el fuego que creaba.

—Mira, tú al menos tienes a tus padres —le dije—. Mi padre se fue. Nada puede traerlo de vuelta.

Él inclinó la cabeza.

—¿Y cómo lo llevas?

—Todavía duele. Estuvo en mi vida durante tanto tiempo y ahora simplemente no está. Mi madre me quiere. Haría cualquier cosa por mí. Pero mi padre era quien me entendía. Comprendía por qué hacía las cosas. Intentamos desesperadamente mantenerlo con vida, pero aun así murió, y nuestro mundo se derrumbó. Yo era mayor, pero mis hermanas eran pequeñas y les afectó mucho.

Adam se encogió de hombros.

—Tengo un padre. Pero nunca fue cariñoso. Es diligente. Si mi madre le comentaba que había que asistir a un partido de fútbol americano o a un recital de piano, se aseguraba de aparecer. Estaba presente, pero al mismo tiempo no lo estaba. No sé qué le gusta, pero sé que le gusta el dinero. Mi hermano mayor trabaja para la empresa. Mi única hermana está en el ejército, construyendo esas conexiones comerciales vitales. Mi padre habla con ambos. Solo empieza a interesarse por sus hijos cuando comenzamos a ganar dinero. Hasta entonces, somos asunto de mi madre.

—Al menos ella se preocupa lo suficiente por ti. Debe de quererte.

—Me consiente. Hay una gran diferencia. Consentir implica una desaprobación tácita. La Casa va bien. Su vida profesional va bien; tiene un coeficiente intelectual de ciento cuarenta y ocho y podría hacer su trabajo dormida. Nuestras finanzas son sólidas, y mi padre nunca avergonzaría a la familia con un escándalo. Soy su excusa para ser emotiva. Cada vez que hago algo que sacude su palacio, puede acaparar la mayor parte de la atención con sus dramas. Si no fuera por mí, ¿de qué se quejaría? Me esfuerzo en ser una decepción tan a menudo como puedo.

Vaya.

—¿Alguna vez has tropezado accidentalmente con sus expectativas?

—Fui a la universidad. Cuando empecé el máster, me di cuenta de que nunca sería suficiente. Durante toda mi vida, la Casa ha esperado que ascienda por la escalera de sus expectativas. Conseguir un título universitario. Ganar dinero. Casarme bien. Tener hijos inteligentes y dotados mágicamente. Ganar más dinero. Me tuvieron atrapado durante más de veinte años. Y eso es todo lo que obtendrán. —Adam se inclinó hacia mí—: Mira, en resumen, los

padres y los hermanos solo importan cuando tienes cinco años. Te estoy dando la oportunidad de ser libre. Manda a tu familia a paseo y vente conmigo.

«Soy un fugitivo conocido al que le gusta prender fuego a la gente. Vente conmigo para que podamos tener sexo apasionado mientras toda la ciudad intenta dispararme en la cabeza. Si me aburro, te asaré para mi diversión».

¡Claro, deja que antes me ponga los zapatos!

—No es buena idea.

—¿Y si finjo que estoy enamorado? —Adam movió los dedos y una pequeña llama apareció sobre su mano. La sostuvo como una vela frente a mi rostro. Sus ojos, bordeados de espesas pestañas, eran tan oscuros que parecían dos pozos sin fondo—. Te garantizo que nadie nos encontraría. La policía puede buscarme durante mil años, y aun así no me encontrarán.

Estaba insistiendo mucho en lo de huir con él. Fingí ser obtusa.

—¿Me estás engañando?

—¿Yo? No.

Mentira. Me estaba mintiendo. ¿Por qué?

—Tan solo estoy excitado, quiero decir, enamorado de ti.

Bueno, la parte de la excitación sí era cierta. Tenía que mantener la calma.

—¿Tienes alguna intención de dejar que te entregue?

—Lo estoy pensando.

Mentira. Maldita sea.

—Nevada —ronroneó—. Vamos, chica resplandeciente. Vive un poco.

Las palabras de Cornelius volvieron a mí. «Adam toma lo que quiere y, si le dices que no, te hará daño». Quería aceptación. Quería que le aseguraran que era especial. Si lo rechazaba directamente, su deseo podría convertirse en odio en un parpadeo. Tenía que entregarlo y no terminar como ese guardia de seguridad.

—Olvida a tu familia y salta al vacío conmigo. Volaremos lejos.

Me incliné y lo besé en la mejilla.

—Esta noche no. Tal vez algún día, si me crecen alas. —Me levanté y caminé hacia el almacén.

—¡Te están hundiendo y tú estás dejando que lo hagan! —gritó tras de mí.

—No te dejes matar, Adam —respondí por encima del hombro—. Todavía tengo que entregarte.

Capítulo 6

Mad Rogan y yo estábamos al borde de un acantilado. Bajo nosotros, el suelo se precipitaba tan abajo que parecía como si el planeta hubiera terminado a nuestros pies. El viento me agitaba el pelo. Él llevaba esos pantalones oscuros otra vez y nada más. Los músculos del torso se le tensaban, impulsados por una fuerza avasalladora, casi salvaje. Nada que ver con la brutalidad de un matón o del poder cruel de un animal, sino que se trataba de una fuerza humana, inteligente y obstinada. Estaba en todas partes: en la forma de sus anchos hombros, en los movimientos de su cabeza y su musculoso cuello, en la inclinación de su mandíbula cuadrada. Se volvió hacia mí y todo su cuerpo se tensó, los músculos flexionándose y endureciéndose, sus manos listas para agarrar y aplastar, sus ojos alerta, sin perderse nada, y ardiendo con el brillante azul eléctrico de la magia. Podía imaginarlo cogiendo su espada y caminando solo hacia el puente levadizo para defender su castillo contra una horda de invasores con esa misma expresión en el rostro.

Era aterrador, pero yo quería pasar mis manos por ese pecho y sentir los duros relieves de sus abdominales. Me comportaba de una manera particularmente imprudente.

La magia se arremolinaba a su alrededor, feroz y viva, como una mascota monstruosa con dientes viciosos. Se acercó a mí, trayéndola consigo:

—Háblame de Adam Pierce.

Extendí la mano y la puse en su pecho. La piel le ardía. Un músculo se tensó bajo mis dedos. Un ansioso escalofrío eléctrico me recorrió. Quería apoyarme contra ese pecho y besarle la parte inferior de la mandíbula. Quería saborear su sudor en mi lengua. Quería que le gustara.

—¿Qué le pasó al chico? —le pregunté—. ¿El que destruyó una ciudad en México? ¿Todavía está dentro?

—¡Nevada! —La voz de mi madre atravesó mis sueños como un cuchillo.

Me senté de golpe en la cama.

Vale. O estaba mucho más trastornada de lo que pensaba, o Mad Rogan podía enviar imágenes directamente a mi mente. Cualquiera de las dos opciones eran malas. Qué le pasó al chico… Necesitaba que me examinaran la cabeza.

—¿Neva?

—Estoy despierta. —Me levanté de la cama y abrí la puerta. Mi madre estaba en el rellano—. Tu abuela ha traído a su especialista. ¿De verdad vas a seguir adelante con esto?

Alcé la barbilla.

—Sí.

—¿Por qué?

—¿Irías a la guerra sin estar armada?

—¿Estamos en guerra ahora, Nevada?

Me senté en las escaleras.

—De acuerdo, tenías razón. Lo hago por papá, y también por mantener un techo sobre nuestras cabezas. Este es nuestro hogar. Haré casi cualquier cosa por conservarlo. Además, hice un trato con Montgomery International Investigations y, si muero, recuperarás el nombre de la agencia por un dólar.

Su rostro se contrajo.

—No me importa, Nevada. Cariño, no me importa. Quiero que estés bien. Nada de esto vale la pena si te perdemos. Pensé que éramos un equipo.

—Lo somos.

—Pero no me lo dijiste. E hiciste que Bern lo encubriera.

—No te lo dije porque harías exactamente lo que hiciste anoche. Me ordenarías que no lo hiciera. Somos un equipo, pero eres mi madre. Harás todo lo posible por mantenerme a salvo, y en realidad es mi decisión correr el riesgo o no.

Mi madre se quedó pensando.

—De acuerdo. Lo acepto.

—Adam Pierce vino aquí anoche —le dije.

—¿Aquí?

Asentí.

—¿Qué quería?

—Que me fuera con él. Está jugando conmigo de alguna manera, y aún no sé cuál es su juego. Necesitamos asegurarnos de que la alarma esté activada todas las noches. No confío en él. —Me froté la cara—. Ahora estoy metida hasta el fondo en este lío.

—Por elección —afirmó mi madre.

—¿Importa eso realmente? No creo que pudiera esquivarlo, aunque quisiera. Me asusta. Mamá, ni siquiera puedo… Mad Rogan fue… —Levanté las manos; intentaba encontrar las palabras adecuadas.

—Como estar en medio de un huracán —terminó mi madre por mí.

—Sí. Exactamente así. Solo quiero igualdad de condiciones. Te quiero. Por favor, no te enfades conmigo.

—Yo también te quiero. Si crees que necesitas igualdad de condiciones, adelante. Eres adulta. Es tu decisión. Pero tengo un problema con esto. Con todo esto…

Después, mi madre se alejó.

Genial. Seguía enfadada conmigo.

Encontré a mi abuela y a su «especialista» en la parte del garaje del almacén. Makarov resultó ser un hombre delgado y en forma de unos sesenta años. Había empezado a quedarse calvo y llevaba el pelo plateado muy corto. Estaba sentado en una silla plegable hablando con mi abuela, con una caja metálica de aspecto pesado de unos sesenta centímetros cuadrados junto a él, mientras un

hombre de pelo claro de mi edad, que parecía una copia exacta de Makarov cuarenta años atrás, esperaba cerca.

Mi abuela me vio y me hizo señas para que me acercara.

—Así que esta es la aspirante. —La voz de Makarov tenía un marcado acento ruso—. ¿Qué edad tienes?

—Veinticinco.

—¿Altura?

—Un metro sesenta y cinco.

—¿Peso?

—Cincuenta y nueve kilos.

—¿Problemas cardiacos?

—No.

—¿Presión arterial, migrañas, algo de eso?

—Me duele la cabeza de vez en cuando, pero migrañas no muy a menudo. Quizá una cada seis meses más o menos.

Makarov asintió, evaluándome con sus inteligentes ojos verdes. Dio un golpecito a la caja con el pie.

—Esto es *murena*. Significa «morena» en ruso. No es un pez. Algunos dicen que es una planta, otros que un animal, uno muy primitivo. Es una cosa. La llamamos *murena* por lo que hace. La morena se esconde en su guarida. Nunca sabes que está ahí. Se queda quieta bajo el agua hasta que pasa un pez, y entonces… ¡zas! —Agarró un puñado de aire con una mano—. Sale disparada y muerde al pez. Tiene una segunda boca dentro de la garganta, y esa sale disparada y se clava en el pez con dientes ganchudos. —Arañó el aire, manteniendo los dedos como garras.

No estaba nerviosa al principio, pero se estaba poniendo ahora.

—Así serás tú. Nada visible desde la superficie. Podrás pasar por cualquier detector. Y entonces… ¡zas!

—Zas suena bien. —Más o menos.

—Ahora vienen los inconvenientes. La letra pequeña. —Makarov se inclinó hacia delante—: Primero, nadie sabe qué demonios es esto. Lo sacamos de la magia y nadie en el planeta puede decirte qué son ni de dónde vienen. No sabemos cuáles son las consecuencias a largo plazo. Sabemos que las hemos implantado en tres generaciones y hasta ahora no ha pasado nada. Yo las tengo

dentro. No oigo voces ni me entran impulsos salvajes de asesinar gente. Pero siempre existe la posibilidad.

—Puedo vivir con eso.

—Dos, una aspirante de cada ciento doce rechaza la *murena*. No siempre sobreviven. Por eso está Szenia aquí. —Señaló al hombre rubio con la cabeza—. Es técnico sanitario titulado. Pero si tu corazón se para, se para —dijo extendiendo los brazos.

No sonaba nada tranquilizador.

—Tres, así es como funciona. La *murena* se alimenta de tu energía. Tienes que cebarla con tu magia. Va a doler. Va a dolerte como nunca. Pero cuando toques a tu objetivo, a él le dolerá mucho más —afirmó con una gran sonrisa—. Pero si lo haces muchas veces seguidas, verás una cosa roja flotando en tus ojos. Lo llaman la luciérnaga. Es la forma que tiene tu cuerpo de decirte que pares. Si lo haces otra vez, las venas de tu cabeza explotarán y… —Hizo un ruido seco, pasándose el pulgar por el cuello—. No hará falta molestarse en llamar a Emergencias. Te morirás allí mismo.

—¿Cómo la cebo?

—Es mental. Te lo mostraré una vez que esté dentro.

—¿Qué pasará cuando hiera a alguien?

Makarov entrecerró los ojos:

—Depende de cuánto poder tengas y del daño que quieras hacer. Tú lo controlas. Está certificado como inofensivo y está pensado para corregir comportamientos, no para defensa personal directa. Cualquier aspirante hasta el rango notable de magia no corre prácticamente peligro. Hieres al malo, él deja lo que está haciendo, se revuelca un poco por el suelo mientras le das patadas en las costillas, pero al final ambos volvéis a casa. Se sabe que los Significativos han provocado convulsiones a la gente.

—¿Y los principales? —preguntó mi madre.

Casi di un salto. No la había oído entrar.

—Que yo sepa, ningún principal ha llevado uno. Los principales no los necesitan. Tienen su propia magia y están ocupados usándola en lugar de guiar reclutas en el campamento de entrenamiento o haciendo de niñeras de magos en el campo de batalla. —Makarov

miró a mi madre—. Hacía mucho tiempo que no la veía, sargento primero. ¿Qué tal la pierna?

—Ahí sigue, sargento mayor.

—Me alegro de oírlo —dijo él, asintiendo con la cabeza.

—Si mata a mi hija, no saldrá de aquí —amenazó mi madre.

—Lo tendré en cuenta. —Makarov se volvió hacia mí—: ¿Entonces qué? ¿Sí o no?

—¿Cuánto va a costarnos? —pregunté.

—Eso es entre tu abuela y tú. Le debo un favor.

Tomé aire profundamente antes de decir:

—Sí.

Makarov se levantó y sacó un rotulador del bolsillo.

—Bien. ¿Has comido?

—No.

—Mejor aún.

Treinta minutos después, mis brazos estaban cubiertos de marcas arcanas. Szenia tomó mis constantes vitales, luego trajo un sillón grande y, entre él y Makarov, me ataron a ella.

—¿Va a doler?

—¡Ya lo creo que sí!

El sargento mayor carecía de tacto con los pacientes.

Cogió una caja de cartón de sal *kosher* de la bolsa de Szenia y dibujó un simple círculo alrededor del sillón.

—Por si acaso.

—¿Por si acaso qué?

—Por si las *murenas* se ponen difíciles. —Colocó la caja metálica en el círculo de sal, introdujo una llave grande y antigua en la cerradura y la abrió con un clic.

Un leve aroma a canela flotó en el aire.

La tapa de la caja se deslizó a un lado. Makarov ladró algo en un idioma que no entendí. Su mano izquierda se volvió azul, como si estuviera cubierta de una luz translúcida y brillante. Sus dedos se alargaron, los nudillos se hicieron grandes y nudosos. Las garras se deslizaron sobre sus uñas. Metió la mano demoniaca en la caja y sacó una fina cinta de luz verde pálido. No tenía patas, ni cabeza, ni

cola. Solo era una tira de luz de unos dieciocho centímetros de largo y dos y medio de ancho. Se retorció en su puño.

Makarov entonó un cántico mientras la acercaba.

«Quizá no ha sido tan buena idea».

Makarov aplastó la luz contra mi antebrazo izquierdo expuesto, justo entre los glifos de mi piel. Se sentía como si fuera aceite hirviendo. Grité.

La luz brotó con raíces similares a tentáculos y se clavó en mi piel. El dolor me atravesó como un bisturí bañado en ácido. Luché contra ello, pero se abrió camino hacia mi piel, hacia mi carne, hundiéndose más y más. Me sacudí en el sillón, intentando quitármelo. Si pudiera liberar mi mano, me lo arrancaría.

Mi madre se dio la vuelta con el rostro contraído.

El dolor me abrasó el interior del brazo, arrancándome otro grito. La magia sujetó mi cuerpo. Se sentía como si un elefante se hubiera posado sobre mi pecho. Seguí gritando hasta que finalmente se deslizó dentro de mi hueso y se asentó allí. Me desplomé contra las ataduras, agotada.

El dolor disminuyó. El sudor me empapaba la frente.

Makarov levantó mi barbilla con su mano derecha, la humana, y me escrutó los ojos.

—¿Viva?

—Viva —mascullé con dificultad.

—Bien. Ahora el brazo derecho.

Me pareció que había pasado una eternidad hasta que por fin me quitaron las ataduras. Las marcas de mi piel se habían desvanecido, como absorbidas por la magia. Los brazos aún me dolían, como si hubiera hecho demasiadas flexiones o hubiera cargado algo muy pesado el día anterior, pero las agujetas no eran nada comparadas con el dolor inicial. Prefería mil veces las agujetas.

—Ahora vamos a hacer una pequeña demostración. —Makarov hizo un gesto a Szenia. El hombre rubio se colocó a mi lado—. Imagina que el poder fluye desde tu hombro hasta tu mano derecha.

Me imaginé una ola de luz verde deslizándose por el interior de mi brazo hasta el puño.

—Espera. La primera vez siempre lleva más tiempo.

Me quedé allí de pie, imaginando un resplandor cegador y sintiéndome estúpida. Algo se movió dentro de mi brazo. En la superficie no ocurrió nada, aunque sentí un leve hormigueo en las yemas de los dedos.

—¿Lista? —preguntó Makarov.

—Sí.

—Dale un golpecito cariñoso a Szenia.

Me acerqué y agarré el hombro de Szenia. Un dolor cegador atravesó mi brazo directo hasta el pecho. Finos rayos de luz me bailaron sobre los brazos, atravesándome la piel. Los ojos de Szenia se pusieron en blanco. El dolor me envolvió y me doblé por la mitad. Era tan intenso que reverberó en mi cráneo, haciéndome castañetear los dientes. Ay.

Makarov me empujó hacia atrás. Lo solté y Szenia se desplomó en el suelo. Una espesa espuma blanca le salía de la boca. Sus piernas golpeaban el suelo. Oh, no.

Makarov se dejó caer de rodillas y metió su mano demoniaca directamente en el pecho de Szenia. Las convulsiones se ralentizaron. Lentamente, Makarov retiró sus dedos con garras y Szenia abrió los ojos.

—*Szivoi to, geroy?* —preguntó Makarov.

El hombre rubio asintió con la cabeza.

Makarov se volvió hacia mí, miró mi cara y luego se dirigió a Frida:

—Tengo que hablar contigo.

Se dirigieron al otro extremo del almacén. Cogí una botella de agua de la nevera de mi abuela y ayudé a Szenia a incorporarse para que pudiera beber.

—Lo siento muchísimo —le dije.

—No pasa nada. —Él tomó la botella y bebió en largos y ansiosos tragos—. Ha dolido un poco. Me quedaré aquí tumbado un rato. —Se recostó.

Al otro lado, Makarov y abuela Frida discutían. Makarov me señalaba. Me esforcé por escuchar. Decía algo sobre «deberías

habérmelo dicho».

Makarov dio media vuelta y se encaminó hacia mí. Mi abuela lo seguía. El ruso acortó la distancia entre nosotros, con la mandíbula tensa.

—Escúchame bien. No uses esto con nadie por debajo del nivel Significativo, ¿me oyes? Podrías matar a alguien y no quiero sus almas en mi conciencia.

Cogió su caja y se marchó. Szenia se puso en pie y lo siguió.

Abuela Frida lo observó marcharse con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Qué está pasando? —preguntó mi madre.

Mi abuela negó con la cabeza.

—Estúpido ruso. No importa. Solo ten cuidado con las descargas, Nevada.

Aún me dolían los dientes.

—No pensaba ir por ahí electrocutando a la gente al azar.

Mi teléfono móvil sonó sobre la mesa. Nunca me alejaba de él, ni siquiera en casa. Lo cogí. Número oculto. Qué bien.

—Nevada Baylor —respondí.

—Necesito hablar contigo —dijo Mad Rogan—. Almorcemos juntos.

El pulso se me aceleró, mi cuerpo se puso en alerta y mi cerebro se apagó por un segundo para asimilar el impacto de su voz. Me habría dado una bofetada, pero mi madre y mi abuela ya pensaban que estaba loca, y hacerme daño a mí misma seguro que conseguiría que me internaran.

—Claro, ahora mismo. —Vaya, mi voz aún funcionaba—. ¿Debería llevar mis propias cadenas esta vez? ¿O tienes planes más ambiciosos y esto es una especie de extraño preludio a un asesinato? —¿Por qué acababa de decir la palabra «preludio»?—. ¿Acabaré cortada en pedacitos dentro de algún congelador? Puedo rociarme con gas pimienta y dispararme en la cabeza ahora mismo y ahorrarte el trabajo.

—¿Has terminado? —preguntó él.

—Apenas estoy empezando. —Era tan valiente por teléfono.

—Hablo de almorzar, Baylor. Concéntrate. Elige un lugar.

—Parece que crees que trabajo para ti y que puedes darme órdenes. Permíteme que te recuerde que no es así. —Colgué.

Mi abuela miró a mi madre.

—¿Acaba de colgarle a Mad Rogan?

—Sí, lo ha hecho. ¿Sabías que Adam Pierce apareció anoche en nuestra casa?

Los ojos de mi abuela se abrieron de par en par.

—¿Estuvo aquí?

—Ella lo vio fuera.

—¿Sacaste fotos? —preguntó mi abuela volviéndose hacia mí.

Mi teléfono sonó. Número desconocido otra vez. Contesté.

—No soy un hombre de paciencia infinita —dijo Mad Rogan.

Colgué.

—¡Si no hay fotos no sucedió! —declaró mi abuela.

Busqué en mi teléfono la foto de Adam Pierce con una camiseta Mercer.

—Aquí tienes.

Mi abuela cogió el teléfono. Volvió a sonar y ella contestó:

—Te devolverá la llamada. Nevada, ¿puedo enviarme por correo la foto de Adam?

—Primero tienes que colgar.

Mi abuela colgó y tecleó en el teléfono con sus dedos índices.

—Arabella va a volverse loca.

Mamá suspiró.

—Aquí tienes —dijo mi abuela devolviéndome el teléfono.

Otro pitido de llamada.

—¿Sí? —respondí.

—Si vuelves a colgarme, cortaré tu coche en pedacitos y los colgaré en tu tejado como coronas navideñas —amenazó él con voz tranquila y precisa.

—Primero, destruir mi propiedad es un delito, igual que secuestrarme también lo es. Segundo, ¿cómo se supone que hacer picadillo mi coche va a convencerme de almorzar contigo? Tercero, si estás lo suficientemente cerca para rebanar mi coche, yo lo estoy para dispararte en la cabeza. ¿Puedes desviar balas si no sabes que vienen?

—Intento ser razonable. Ven a almorzar conmigo para intercambiar información o…

—¿O qué? Mi madre y mi abuela están aquí mismo. ¿Quieres que les pase el teléfono para que puedas amenazarlas con cosas terribles si no acepto almorzar contigo?

—¿Serviría de algo?

—Probablemente no.

—¿Qué te haría sentir segura? —me preguntó.

—Una disculpa sería un buen comienzo.

—Te pido disculpas por secuestrarte. Prometo no secuestrarte antes, durante o después del almuerzo. No es más que una conversación de negocios. ¿Dónde te sentirías cómoda encontrándote conmigo?

¿Cómoda? El recuerdo de su magia seguía quemando mi cerebro. No existía la comodidad cuando se trataba de él. Podría encontrarme con ese hombre en mitad del ayuntamiento, rodeada por un equipo del SWAT, y Mad podría aniquilarlos a todos y a mí sin ni siquiera sudar. Pero tendría que hablar con él. Quería reunirse conmigo y conseguiría lo que quería de una forma u otra.

—¿Señorita Baylor?

—Un momento. Estoy pensando en un lugar donde nadie pueda reconocernos.

—Si lo prefieres, puedo conseguir una furgoneta sin ventanas, y podremos acurrucarnos dentro y comer comida grasienta para llevar.

¿Acurrucarnos?

—Suena tentador, pero no. Mejor en Takara, en una hora…

Colgó.

Puse los ojos en blanco.

—¿Es una buena idea? —preguntó mi madre.

—No lo sé. Mencionó algo de intercambiar información, así que quizá tenga algo que ofrecer. No creo que evitarlo funcione. No acepta un no por respuesta. Puedo reunirme con él en mis términos o en los suyos. Ya probé los suyos y no me gustaron. Además, Makarov dijo que no usáramos los paralizadores con nadie que tuviera un nivel de magia bajo. Mad Rogan es un principal.

—¿Mamá? —Mi madre se dirigió hacia mi abuela.

—¿Qué?

—¡Va a almorzar con su secuestrador!

—Haz una foto —me pidió mi abuela.

—Esta familia me llevará a una muerte prematura —gruñó mi madre—. Iré contigo. Mamá, cierra las puertas y activa la alarma. Llevaremos la furgoneta y el Barrett.

—¿Y eso será suficiente? —preguntó abuela Frida—. ¿No se supone que hace rebotar las balas en su pecho?

—Dispara un calibre 50 al doble de la velocidad del sonido. Le alcanzará antes de que oiga el disparo. —Mi madre se cruzó de brazos—. Me gustaría ver cómo hace rebotar eso en su pecho.

Capítulo 7

La página web de Takara lo describía como un bistró asiático, lo que en realidad significaba que se especializaban en *sushi* y tenían algunos platos tradicionales chinos y coreanos en el menú. Ocupaba un edificio grande y moderno, todo de piedra maciza marrón y grandes ventanales. Al atravesar la puerta, una fuente de pared de dos metros y medio me recibió. La paleta de colores era de tonos beis, verdes claros y marrones con toques de bronce metálico aquí y allá. Los colores, el suave sonido del agua y la decoración de buen gusto resultaban relajantes, aunque la recepcionista frente a mí y los tres chefs de *sushi* detrás del mostrador parecían un tanto inquietos.

Miré por encima de las mesas marrón oscuro y vi a Mad Rogan, que llevaba un traje gris sobre una camisa blanca abierta en el cuello. Estaba sentado al fondo, junto a los brotes de bambú de gran tamaño en un alto jarrón negro de suelo. Conocía esa mesa. Te permitía mirar hacia fuera a través del ventanal, pero los transeúntes no podían distinguirte con claridad. Era la mesa menos visible del local, pero se le veía igual que si se hubiera sentado en medio de la sala. La presencia de Mad Rogan era muy difícil de ignorar. El local se hallaba vacío, excepto por dos mujeres jóvenes y una pareja de mediana edad; los cuatro fingían con todas sus fuerzas que no estaban mirándolo.

Mi madre estaba al otro lado del aparcamiento, apenas a sesenta metros. Su rifle de francotirador Barrett tenía un alcance efectivo de más de un kilómetro y medio. Su magia aseguraba que no fallara. Las rodillas aún me temblaban. «Esto es una mala idea».

Una camarera con un vestido negro ajustado me mostró una sonrisa forzada.

—¿Señorita Baylor? Por aquí, por favor.

La seguí. La adrenalina había activado mi magia, casi podía sentirla emanando de mí como un enjambre furioso de abejas listas para salir zumbando. Llevaba unos vaqueros viejos, una blusa gris oscuro y mis mejores zapatillas deportivas. Si tenía que volver a huir, estaba preparada.

Mad Rogan se levantó con un movimiento fluido. Un camarero apareció, como por arte de magia, y sostuvo la silla para mí.

Mad Rogan no tocó mi silla. Debería haberla apartado, pero se quedó justo donde estaba. Podría haber sido deliberado porque sentía que no merecía tal cortesía, pero los miembros de las Casas vivían y respiraban las normas de etiqueta.

—¿Has hecho algo con mi silla?

—No.

Mi magia chasqueó como un látigo. Mentira.

—Prefiero la mesa de allí, junto a la ventana.

El camarero se quedó paralizado, petrificado, sin saber qué hacer.

Me dirigí hacia la mesa de la ventana, señalé la silla que daba al aparcamiento y los miré a los dos.

—Me sentaré aquí.

Mad Rogan movió los dedos de su mano izquierda medio centímetro. Un tenue humo rojo salió de la alfombra, formando la silueta de un círculo mágico centrado en mi antigua silla, y se disipó en el aire. Me había tendido una trampa, y casi caigo en ella.

Malnacido.

Aparté mi nueva silla. Las reglas de cortesía dictaban que él se sentara frente a mí, lo que pondría la parte posterior de su cabeza hacia el ventanal y le daría a mi madre un objetivo perfecto. Mad Rogan dio un paso hacia mi mesa elegida. Esta se deslizó hacia atrás sobre la alfombra, alejándose de la vista del ventanal mientras otras mesas se apartaban, haciendo espacio. La silla se escapó de mi mano y la siguió. Las otras tres persiguieron a la mía y se acomodaron alrededor de la mesa. Mad puso su mano en la silla que

le permitía vigilar tanto la puerta como el ventanal, luego me invitó con un gesto casual.

—Tu mesa.

«Grrrrr. Esto no va a salir bien».

Me senté.

Él también.

Nos fulminamos con la mirada desde cada lado de la mesa.

El camarero se cernía sobre nosotros con expresión nerviosa.

—Bienvenidos a Takara. ¿Qué desean beber?

—Té sin azúcar con limón —pedí—. Y, por favor, ¿podría traerme edulcorante?

—Tomaré lo mismo —dijo Mad Rogan—. Pero sin limón.

—¿Algún entrante? —preguntó el camarero.

Mad Rogan me miró.

—Elige tú.

—*Carpaccio*.

—Perfecto, lo traeré enseguida. —El camarero se marchó, visiblemente aliviado.

El Azote de México y yo reanudamos nuestro duelo de miradas. Sus ojos parecían cambiar de color según la luz. El día anterior, cuando estaba en el círculo, eran oscuros, casi índigo. En aquel momento eran de un azul claro como el cielo. Mi mente volvió al acantilado de mis sueños. Aparté ese pensamiento. No tenía ni idea de qué tipo de telépata era. Lo último que necesitaba era que extrajera de mi mente una imagen suya medio desnudo.

—¿Tienes alguna identificación? —pregunté.

—¿Identificación?

—Me dijiste que eras Mad Rogan, pero ¿cómo sé que es verdad?

Separó sus palillos, los frotó entre sí y sostuvo uno a la altura de los ojos, con el extremo más grueso hacia el techo. Abrió los dedos. El palillo permaneció suspendido sobre la mesa. Impresionante. Conocía ese juego. Todos lo jugábamos en la escuela primaria para identificar nuestra magia. Si podías mover el palillo de la mesa, eras telequinético. Si podías levantarlo y mantenerlo estable, eras un telequinético de alta precisión; entonces, la gente iría a hablar con tus padres para ofrecer becas y comprometerte a un empleo futuro.

Pagarían tu educación y a cambio trabajarías para ellos durante una o dos década.

Mad Rogan desenrolló la servilleta con naturalidad. Una fina lámina de madera, tan delgada que era translúcida, se desprendió de la parte superior del palillo y flotó hacia abajo. Maldita sea.

Otra lámina se desprendió. La pareja de mediana edad dejó de comer. El hombre tenía la boca abierta. La mujer se esforzaba visiblemente por tragar. Un escalofrío me recorrió la espalda. Aquello no podía estar sucediendo. Mover una mesa era una cosa. Era voluminosa y pesada, y requería mucha energía para moverla, pero eso estaba en otro nivel. Ningún telequinético tenía tanto control.

Mad Rogan se colocó la servilleta sobre el regazo. El palillo giró sobre sí mismo. Las astillas de madera caían formando un círculo perfecto a su alrededor, como un anillo de diminutos pétalos.

El camarero salió de la parte trasera con nuestras bebidas y se quedó paralizado en mitad de la sala.

El primer círculo se llenó de virutas de madera y se formó un segundo anillo, más amplio, a su alrededor. La mitad restante del palillo aterrizó en el centro de los dos anillos y se partió en cuatro astillas con un fuerte chasquido.

Recordé respirar.

El hombre de la pareja de mediana edad sacó tres billetes de veinte dólares, los tiró sobre la mesa y cogió la mano de la mujer. Se apresuraron a salir casi a toda prisa.

Era lo más aterrador que había visto en mucho tiempo. ¿Cómo era posible que pudiera hacer eso? Si se lo hiciera a un ser humano, sería horrible.

Mad Rogan me miró.

Tenía que decir algo, hacer algo. Lo que fuera.

Saqué el móvil y saqué una foto de la mesa.

Sus cejas se elevaron ligeramente.

—Para mi abuela. —Dejé el teléfono sobre la mesa y sonreí al camarero—. Ha roto su palillo. ¿Podría traernos otro juego?

El camarero asintió con la cabeza, se apresuró a dejar nuestras bebidas y el *carpaccio*, y se escapó sin decir palabra. Mad Rogan

cogió un pequeño plato blanco que normalmente se usa para la salsa de soja y barrió las astillas de madera de la mesa con la mano.

—Me hubiera conformado con un carnet de conducir. —Aquello no era una buena idea. Era un hombre asombrosamente poderoso.

—Un carnet de conducir puede falsificarse. Nadie en los Estados Unidos puede imitar lo que acabo de hacer.

«Además de modesto».

La más baja de las mujeres, de pelo castaño rojizo, se levantó, se acercó a nuestra mesa y dejó una tarjeta.

—Me llamo Amanda. Llámame. —Los dedos le temblaron un poco.

Regresó a su mesa, contoneándose de manera exagerada sobre sus tacones.

Cogí una loncha de aquella rara carne rosada bañada en salsa agridulce. Mmm, delicioso.

—Has ahuyentado a dos comensales, has hecho que los otros dos pierdan la cabeza y has asustado a nuestro camarero. ¿Te gustaría ir a la cocina a aterrorizar también a los cocineros?

—Tú empezaste con la mesa.

—¿Se suponía que debía sentarme en tu trampa?

Su rostro estaba completamente serio.

—Sí. Te habría hecho más cooperativa y nos habría permitido salir de aquí más rápido.

—Bueno, no lo hice. —Casi me abofeteo. Menuda respuesta ingeniosa.

El camarero reapareció con los palillos.

—¿Saben lo que van a pedir?

—*Bulgogi* —respondió Mad Rogan.

Yo pedí un simple rollo de salmón, luego ambos abrimos idénticos sobres rosas de edulcorante y los vertimos en nuestras bebidas.

—Esto es lo que sé —comenzó Mad—. Te llamas Nevada Baylor. Eres la única investigadora con licencia en una pequeña empresa que actualmente es una subsidiaria de Montgomery International Investigations. Esta gestiona la seguridad de varios locales propiedad de la Casa Pierce. La Casa Pierce ha contratado a Montgomery International Investigations para hacer que su hijo pródigo regrese a casa, y a ti te tocó la pajita más corta.

Cogí otro trozo de carne y mastiqué. Estaba delicioso, y me mantenía ocupada para no decir algo de lo que pudiera arrepentirme después.

—No me interesa Adam Pierce —declaró él.

Verdad.

—Pues me has engañado. Ahora me siento insultada. Me secuestraste y torturaste por alguien que ni siquiera te interesa.

—Me interesa encontrar a Gavin Waller. Preferiblemente vivo.

Era verdad, pero ya lo había deducido.

—Gavin ha desaparecido de la faz de la tierra. Su Twitter está inactivo, su Instagram no se ha actualizado y no se le ha vuelto a ver desde aquella noche. O está escondido o muerto.

—De acuerdo —asintió Mad Rogan.

—Pero Adam es ruidoso y llamativo, así que decidiste que sería más fácil encontrarlo a él y hacer que te dijera dónde está Gavin. Entiendo todo eso. Explica la parte del secuestro.

—No es relevante.

Me detuve con una loncha de *carpaccio* a medio camino de mi boca.

—¿Entiendes que me secuestraste en la calle como un asesino en serie? Pensé que podrías hacerme daño de verdad. Me asustaste y me alteraste. Temí por mi vida. Eso sí es relevante para mí.

—Bien —dijo Mad tras un suspiro—. Investigué la tienda de Gustave y encontré una serie de grandes ingresos de dinero de la Casa Pierce.

—Yo también los encontré.

—Fui a hablar sobre esos ingresos cuando te vi dentro. Eres joven, atractiva y rubia. El tipo de Adam.

—¿Pensaste que era una *groupie* de Adam? —Me habría ofendido, pero sería una pérdida de tiempo.

—Sí. Pensé que le estabas entregando el dinero. Te seguí hasta Montgomery International Investigations. Dados sus vínculos comerciales, si los Pierce querían canalizar dinero hacia Adam, usar esa compañía habría sido un paso lógico. Te vi salir del edificio y hablar por teléfono, luego te seguí hasta Mercer.

Mi magia se puso en alerta máxima. No era exactamente una mentira, pero me sonaba falso.

—¿Cómo?

—¿Cómo?

—¿Cómo me seguiste hasta Mercer?

—Te seguí el rastro.

Mentira. Mi magia saltaba arriba y abajo como un niño emocionado. Mentira, mentira, mentira. Aunque no lo hiciera, sabría igual que me estaba mintiendo. Siempre comprobaba si me seguían. Era una costumbre. El tráfico había sido demasiado denso para que me siguiera de manera efectiva. Me había visto entrar en Montgomery International Investigations y dejar mi coche en el aparcamiento. Había hecho algo con mi vehículo. «Qué astuto eres. No importa. Los dos podemos jugar al mismo juego».

—Estaba buscándote en los jardines cuando escuché esa molesta motocicleta. —Hizo una ligera mueca.

Adam Pierce no era su persona favorita. Si Adam hubiera hecho que acusaran de asesinato a uno de mis primos, tampoco sería fan suyo.

—Entonces, en lugar de hablar conmigo, pedirme las credenciales o hacer cualquiera de esas cosas que haría una persona normal, ¿decidiste agredirme y encadenarme en tu sótano?

Se encogió de hombros, con un movimiento lento y deliberado:

—Parecía la forma más rápida de obtener la información. Y seamos honestos, no sufriste ningún daño. Incluso te llevé a casa.

—Me tiraste en la puerta. Según mi madre, parecía medio muerta.

—Tu madre exagera. Como mucho, un tercio muerta.

Lo miré fijamente. Guau. Solo… guau.

Llegó nuestra comida. Tiempo récord.

—No tengo ni idea de dónde se esconde Adam. —Cogí un trozo de rollo de salmón, le unté un poco de wasabi y me lo metí en la boca.

—Ahora me doy cuenta. Además, el hecho de que te reúnas con él sola, sin medios para capturarlo, indica que la Casa Pierce os contrató a Montgomery International Investigations y a ti para convencerlo de que se entregue voluntariamente. —Se inclinó hacia delante. Sus ojos azules se centraron en mí, con una mirada directa

y difícil de sostener—. Esa corporación emplea magos entrenados para el combate. ¿Por qué te enviarían a ti? ¿Qué eres? Eres algo. No una telépata, pero algo.

«¿No te gustaría saberlo?». Mastiqué con entusiasmo. «Mmm, mmm, el *sushi* está delicioso. Lo siento, no puedo hablar con la boca llena».

—¿Qué opinas de Adam? —preguntó él.

Seguí masticando, ganando tiempo mientras intentaba encontrar las palabras adecuadas.

—Prometo no compartirlo.

Bebí un sorbo de té.

—Adam es volátil y caótico. Cada emoción es intensa. Ansía la atención y desea desesperadamente que lo vean como alguien genial, casi como un adolescente. Le gustan los desafíos, así que cuando alguien no cae rendido al instante ante su genialidad, se esfuerza por demostrar que es increíble. Pero, igual que un adolescente, es egocéntrico y hasta cruel. Odia el rechazo y su necesidad de impresionar puede convertirse rápidamente en odio. Es más inteligente de lo que aparenta, es persistente y peligroso.

—¿Pero crees que puedes convencerlo de que se entregue a su Casa?

—Es posible. —Había captado su atención, lo cual jugaba a mi favor. Sin embargo, me estaba mintiendo, y eso no era bueno—. Le corté el dinero. Combinado con la búsqueda policial, debería ejercer suficiente presión sobre él. Está coqueteando con la idea. ¿Qué piensas de Adam?

—Es un niño rico mimado con demasiado tiempo libre, con problemas con papá y una vena sádica kilométrica.

Vale. Entonces, pensábamos igual.

Mad Rogan se inclinó ligeramente hacia delante, concentrado en mí.

—¿Y si te dijera que te está dando largas?

—¿Qué te hace pensar eso? —pregunté.

Sacó una pequeña *tablet* del bolsillo interior del traje y me la pasó.

—Aquí tienes una muestra de buena fe.

La cogí, con cuidado de no tocarle los dedos.

Verdadero. Había un vídeo pausado en la pantalla. Lo activé con un deslizamiento de mi dedo. Era una grabación de la calle frente al First National Bank, probablemente de una cámara de seguridad. ¿Sería ese el vídeo que tenía la policía?

—¿Cómo has conseguido esto?

—Tengo mis métodos.

En la pantalla, dos figuras, una alta y otra más baja y delgada, entraron en el campo de visión de la cámara y se detuvieron frente a la fachada de cristal y mármol del banco. La figura más alta, con una chaqueta de cuero familiar, dejó un bidón metálico, sacó un trozo de tiza y se agachó para dibujar algo en el asfalto. No podía ver qué estaba dibujando, pero apostaría a que era un círculo mágico.

Treinta segundos después, el hombre separó los pies al ancho de los hombros y levantó los brazos, con los codos doblados, los dedos de las manos uno frente al otro como si estuviera sosteniendo una gran bola invisible. La otra figura destapó el bidón y comenzó a verter cuidadosamente un líquido espeso y viscoso frente al primer hombre. Un fuego atravesó el chorro, una llama dorada y silenciosa contenida en la esfera invisible entre las manos del primer hombre. El más bajo siguió vertiendo. El fuego brilló cada vez más.

—Napalm B —dijo Mad Rogan—. Es un agente espesante que convierte la gasolina en gelatina.

—Lo sé. Benceno, gasolina y poliestireno. —Abuela Frida había equipado más de un vehículo con un lanzallamas de grado militar.

El napalm B también ardía durante casi diez minutos y generaba temperaturas que superaban incluso al fuego de Adam Pierce. Era una de las peores cosas que la humanidad había inventado.

Mad Rogan alzó las cejas. Parecía que lo había sorprendido.

La bola de fuego entre las manos del hombre había crecido hasta el tamaño de un balón de baloncesto. Se agitaba y arremolinaba, un furioso infierno contenido por magia. La llama se aclaró hasta el amarillo, luego resplandeció en blanco. El hombre más alto se giró y vi su rostro iluminado por el resplandor de la bola de fuego. Era Adam Pierce.

El hombre más bajo —probablemente Gavin Waller— levantó las manos con las palmas hacia fuera y empujó. La bola de fuego

desapareció. Las ventanas del banco se hicieron añicos y las llamas salieron disparadas. El First National explotó de dentro hacia fuera. El fuego rugió como un oso *grizzly* enfurecido.

Gavin Waller era un teletransportador de corto alcance. Adam y Gavin contemplaban las llamas, dos siluetas oscuras contra el infierno.

La imagen de Gavin parecía ligeramente distorsionada. Al segundo siguiente, la distorsión desapareció.

Un momento.

Rebobiné el vídeo unos segundos. Dos minutos treinta y un segundos, treinta y dos, treinta y tres, treinta y cuatro, treinta y cinco, lo perdí. Treinta y dos, pausa.

La silueta de Gavin se quedó congelada en la pantalla. Sostenía algo rectangular y sobresalía por el lado izquierdo.

Amplié la imagen. Una caja. Estaba sosteniendo algún tipo de caja. ¿Cuándo la había conseguido?

Rebobiné el vídeo. La caja apareció en las manos de Gavin un milisegundo después de que la bola de fuego desapareciera.

—¿Qué sostiene Gavin Waller? Teletransportó algo a sus manos.

—Una caja de seguridad.

—¿Qué había dentro?

—Nadie lo sabe. —Mad Rogan hizo una mueca—. La sacaron, cogieron algo y la volvieron a meter. Adam presurizó el napalm B y, cuando la magia dejó de contenerlo, explotó. Los empleados del banco aún están clasificando los escombros. Parte de la cámara se derritió.

Así que no era una declaración política. Era un robo y el incendio provocado solo era una tapadera. Adam había incendiado un banco, matado a un hombre y herido a su familia solo para robar algo. Además, había necesitado a Gavin para teletransportar su bola de fuego directamente a la cámara, porque entrar por la puerta principal habría activado todo tipo de alarmas. Para cuando hubiera llegado a la cámara, la mitad de la policía de Houston habría rodeado el banco.

—Gavin no es un teletransportador fuerte —dijo Mad—. Alguien tuvo que haber marcado la caja de seguridad correcta. Alguien había

ido a ese banco y marcado la caja para que Gavin pudiera sacarla con su magia y meter la bola de fuego en su lugar. Ese alguien no fue Adam Pierce ni el propio Gavin. El caso es que esto estaba planeado. Pierce ejecutó un robo perfecto, cubrió sus huellas y no ha dicho una palabra al respecto. ¿Por qué?

El cielo se abrió y la revelación cayó directa en mi cabeza.

—No ha terminado. Adam tiene una necesidad casi patológica de atención. Si hubiera terminado con su plan, haría una reverencia. Saldría en una explosión de gloria, se dejaría arrestar o se entregaría a su Casa con un gran espectáculo. No podría resistirse a hacer una declaración de una forma u otra. En cambio, está escondiéndose. Y me está usando para mantener a su familia a raya. Mientras yo informe que mantengo contacto y que me escucha, pensarán que existe la posibilidad de que se entregue. No intentarán capturarlo. Se concentrarán en frenar la búsqueda. Le estoy facilitando que continúe con su plan.

—No pareces sorprendida —observó él.

—Sabía que me estaba engañando. Solo que no sabía por qué. Ahora lo sé. —Le dediqué una brillante sonrisa para restregárselo—. Gracias por resolver el misterio.

Mad Rogan se reclinó, su cuerpo musculoso descansando contra la silla.

—Eres una investigadora experimentada. Quieres a Adam Pierce, y él está dispuesto a mantener contacto contigo, pero no puedes convencerlo y no tienes medios para someterlo. Yo quiero a Gavin Waller. Tengo dinero y poder de mi lado, pero no puedo encontrarlo. Guíame hasta Adam y te ayudaré a entregarlo a la Casa Pierce.

—¿Crees que puedes contener a Adam Pierce?

Mad asintió con expresión confiada:

—Sí. No puedo garantizar que salga ileso cuando termine, pero te doy mi palabra de que seguirá con vida.

Doblé la servilleta y la puse sobre la mesa.

—Gracias por el almuerzo. La respuesta es no. Ya tengo un jefe.

—Te han contratado para encontrar a Pierce, no a Waller. —Rogan deslizó los dedos por el teléfono. Un cheque electrónico apareció en la pantalla—. Escribe una cantidad.

Podría escribir una cifra lo suficientemente grande como para pagar mi hipoteca con Montgomery International Investigations. Era tentador. Muy, muy tentador. Pero no te metías en la jaula con un oso salvaje solo porque te ofreciera parte de su miel. De momento, Pierce y yo únicamente estábamos hablando. Una vez que Mad Rogan se involucrara, escalaría a una confrontación abierta, y el tipo de poder que Pierce y él manejaban significaba que podría resultar herida. Mi vida no significaba nada para ninguno de los dos.

—No, gracias.

Entrecerró los ojos.

—Todavía estás molesta por lo del sótano.

—Sí, pero mi antipatía personal hacia ti no tiene nada que ver con mi decisión. Es una elección puramente profesional. Has quebrantado la ley al secuestrarme; además, aunque te disculpaste, no lo sentías de verdad. Era un medio para conseguir un fin. Has reorganizado el restaurante, la propiedad de otra persona, para adaptarlo a tus necesidades personales, me has mentido durante esta conversación y has intentado atraparme en un hechizo después de asegurarme que no sufriría daño.

—Te aseguré que no serías secuestrada.

—Eres increíblemente poderoso y tienes un descarado desprecio por las leyes y las restricciones morales. Supongo que no crees que nada de lo que haces esté mal. Eso te hace muy peligroso y un enorme riesgo para mi trabajo. Quebrantarás leyes y matarás para conseguir lo que quieres. Y si logro sobrevivir, seré yo quien tenga que cargar con las consecuencias. Así que la respuesta es no.

—Eso no es sensato, Nevada. Cuido de mis empleados.

El sonido de mi nombre en sus labios me desconcentró por medio segundo. Cambiar estar en deuda con Montgomery International Investigations por la servidumbre a la Casa Rogan. No, gracias. Al menos con Montgomery International Investigations había reglas. Existía un contrato legal vinculante, y lo que nos estaban haciendo entraba dentro de las cláusulas de ese contrato. Mi valor para ellos estaba ligado a mi capacidad como investigadora. Mi valor para Rogan estaba ligado a que de alguna manera lo pusiera en contacto

con Adam Pierce, y Rogan no estaba atado por ninguna regla. No tenía por qué meterme en la cama con él.

En la cama.

Con Mad Rogan.

Mi mente lo imaginó desnudo sobre sábanas oscuras. Cerré la puerta a ese pensamiento tan rápido que me temblaron los dientes.

Saqué dos billetes de veinte de mi bolsillo y los puse sobre la mesa.

—No tengo ningún motivo para confiar en nada de lo que dices.

Se inclinó hacia delante. El cuerpo se le tensó, sus músculos flexionándose bajo la ropa. Su rostro se volvió depredador. Todo ese barniz civilizado se cuarteó, y ahí estaba, un dragón en toda su terrible gloria.

—No te vayas. —Su voz sonó con poder—. Estás con algo que te sobrepasa. Adam, la Casa Pierce y Montgomery International Investigations te quedan muy grandes. Te estoy ofreciendo ser un aliado. No me conviertas en un enemigo, o te arrepentirás.

—Es exactamente por eso por lo que digo que no. —Me levanté—. Y la próxima vez que elijas proyectarte en mis sueños, hazlo con la ropa puesta.

Sonrió. Fue una sonrisa abrasadora con toda la intención de serlo. Me miró como si ya estuviera desnuda y en sus brazos. Sentí la necesidad de coger una servilleta y sostenerla frente a mí como un escudo.

—Puedo proyectarme, pero tendría que estar junto a ti para hacerlo.

Mierda.

Su voz se volvió suave y sensual. Un hombre no tenía derecho a sonar así.

—Dime, ¿qué no llevaba puesto en tus sueños?

Me levanté, le di la espalda y salí.

El sonido de su risa me rozó la espalda, casi como una caricia sexual.

Sigue caminando, sigue caminando, sigue caminando. Eso no había sido nada inteligente. Tenía que decir la última palabra. ¿No podía haber mantenido la boca cerrada?

Mi teléfono sonó. Descolgué.

—Seguridad Drawbridge —dijo una enérgica voz femenina al teléfono—. Hemos recibido una señal de alarma por incendio en su residencia.

Mi abuela había activado la alarma de incendio otra vez. Cuando probaba algún combustible o usaba ciertas herramientas, el servicio de alarma llamaba en pánico. Era algo que ocurría cada par de meses. Les había dejado instrucciones permanentes de dejar sonar el teléfono durante al menos un minuto antes de llamar a los bomberos. A veces, mi abuela se tomaba el tiempo de apagar el fuego antes de contestar.

—¿Dejaron sonar el teléfono? —Ya casi estaba en la puerta de salida.

—Lo hicimos. Hemos recibido dos alertas separadas, en el taller y en la puerta principal.

En la puerta principal. El vello de la nuca se me erizó.

—¡Llamen a los bomberos!

Salí corriendo del restaurante y atravesé el aparcamiento.

La furgoneta ya estaba en marcha. Abrí la puerta del conductor de golpe y salté dentro.

—¡Nuestra casa está ardiendo!

Mi madre cerró el estuche del rifle, se dejó caer en el asiento del copiloto y se abrochó el cinturón. Pisé el acelerador y la furgoneta salió disparada del aparcamiento. Mamá llamó a casa.

—¿No responden?

Cogí la curva demasiado rápido. La furgoneta se tambaleó y volvió a su sitio haciendo que los muelles chirriaran.

Puso el altavoz. Ring… Ring… Ring…

—¿Es en el taller?

—En la puerta principal.

Giramos hacia una calle lateral. Un Prius que se movía lento bloqueaba el carril. La fila de coches en dirección contraria hacía imposible adelantar. A la mierda.

Giré el volante hacia la derecha. La furgoneta saltó el bordillo con un golpe seco. Me lancé por la acera.

Ring… Ring…

El Prius pasó volando. Volví a meter la furgoneta en el carril.

Ring…

Hice un giro brusco a la izquierda. El almacén se alzaba frente a nosotras. Parecía intacto.

Me detuve con un frenazo ante la puerta principal.

Mi madre maldijo. Una enorme cadena bloqueaba la puerta. Alguien había hecho agujeros en las paredes y la puerta, había pasado una cadena de tamaño industrial a través de ellos y la había cerrado con un candado. ¿Qué demonios?

Pisé el acelerador y conduje alrededor del almacén hacia el lado del taller. Una cadena idéntica bloqueaba la puerta trasera. Maldita sea. Presioné el mando del garaje sujeto al retrovisor. La puerta no se movió. Estaba desactivada.

No teníamos herramientas que pudieran cortar la cadena. Todo estaba dentro del almacén.

—Humo —dijo mi madre.

Una bocanada de humo negro escapaba de la ventilación cerca del techo.

Mi abuela estaba dentro. Podría estar muriendo quemada.

—¿La embisto?

—Adelante. —Mi madre se preparó.

Di marcha atrás a toda velocidad por la calle. La puerta del garaje sería el punto más débil. Era una puerta de garaje industrial, reforzada desde dentro, pero aun así era más débil que las paredes. Tendría que golpearla con bastante fuerza. Apunté hacia el rectángulo de la puerta y pisé el acelerador. La furgoneta salió disparada hacia delante, ganando velocidad.

Mad Rogan se interpuso entre la furgoneta y la puerta del garaje.

Pisé el freno, pero no había tiempo suficiente para detenerse. Lo golpearía. Lo vi con claridad cristalina —su cuerpo, girado hacia un lado, su rostro llamativo, sus ojos azules— mientras la furgoneta se acercaba hacia él.

Levantó la mano.

La furgoneta golpeó un cojín de aire, como si nos hubiéramos estrellado de frente contra miel viscosa. Nos deslizamos hasta detenernos suavemente a unos centímetros de sus dedos.

Mad Rogan se ocupó de la puerta del garaje. Esta se estrelló contra el suelo haciendo un gran estruendo. El humo salió en oleadas, negro y aceitoso.

Salté de la furgoneta y corrí dentro. El humo me arañó el interior de la nariz y raspó contra mi garganta como si fuera papel de lija. Me lloraban los ojos. El hedor acre me ahogaba. Tosí y tropecé, intentando ver a través de la cortina oscura.

Una forma humana yacía tendida en el suelo. Oh, no.

Me abalancé hacia delante y caí de rodillas. Abuela Frida yacía bocabajo. La volteé, la agarré por los brazos y la arrastré por el suelo. Mad Rogan se materializó entre el humo, levantó a mi abuela del suelo y se dirigió hacia la salida con ella.

El humo me corroía el interior de la boca. Sentía como si alguien me hubiera llenado la garganta con cristales triturados y me estuvieran cortando. Mi cabeza daba vueltas. Tropecé tras Rogan, intentando hallar la salida.

De repente, el humo quedó atrás y me tambaleé hacia el aire fresco. Mis pulmones parecían estar en llamas. Me incliné y tosí. Dolía como el infierno.

Mad bajó a mi abuela al suelo. Mamá se dejó caer junto a ella. No podíamos perderla. Todavía no.

—¡Abuela! —graznó mi voz.

—Tiene pulso, pero es débil. —Mi madre le abrió la boca y comenzó a hacerle el boca a boca.

«Por favor, no te mueras. Por favor, no te mueras, abuela».

Mi madre comenzó las compresiones torácicas. Las lágrimas me rodaban por las mejillas. Abuela Frida siempre había estado ahí para nosotros. Siempre estaba… ¿Qué haríamos si…?

Un camión de bomberos entró en la calle.

La abuela tosió. Una palabra salió de su garganta, chirriante, como una puerta vieja:

—Penelope.

Oh, Dios. Oh, gracias. El alivio me inundó como una ducha fría. Exhalé.

—¿Mamá? —preguntó mi madre.

—Quítate de encima —ordenó la abuela.

El estómago se me contrajo. Me agaché, tratando de controlarme. Los zapatos de Mad Rogan aparecieron en mi campo de visión. Mad Rogan. El hombre que me había dicho que me arrepentiría si me alejaba de él y que en ese momento aparecía de manera oportuna para ser el héroe. El miedo y las náuseas se mezclaron con la ira dentro de mí. Casi habíamos perdido a la abuela Frida. Alguien había entrado en nuestra casa, alguien había encadenado nuestras puertas, luego había intentado matarla. Alguien había hecho aquello, y yo le haría pagar por ello. La furia me hizo levantarme. Miré fijamente a los ojos de Rogan. Algo se rompió dentro de mí como una cadena deshaciéndose. Mi magia salió disparada, salvaje y furiosa como una nube de tormenta invisible, y se centró en Mad Rogan.

Él se tensó, con los dientes apretados. Lo sentí luchando contra mí, aunque mi ira estaba azotando mi magia hasta el frenesí. Tenía preguntas. Y él las respondería, maldita sea.

—¿Has ordenado a alguien que hiciera daño a mi abuela? —pregunté con un tono de voz que sonó inhumano y terrible.

Su voluntad luchó contra la mía, dura como el acero e inflexible, pero yo estaba demasiado enfadada. Se negó a doblegarse, así que lo encadené y apreté.

La mandíbula de Mad se desencajó.

—No. —Su respuesta fue más un gruñido.

Verdad.

Había conseguido obligarlo a responder. No tenía ni idea de cómo lo había hecho, pero lo haría más veces.

—¿Has ordenado a alguien que provocara este incendio?

—No.

Verdad.

—¿Lo has provocado tú mismo?

—No.

Verdad.

Mi control se estaba debilitando. Era demasiado fuerte. Era como intentar retorcer un raíl de ferrocarril.

—¿Sabes quién lo ha hecho?

—No.

Verdad.

Lo solté. Él se movió. Sus fuertes dedos se cerraron en mi muñeca, enviando un escalofrío eléctrico de alarma a través de mí. Su rostro era aterrador. Su voz estaba impregnada de una agresividad silenciosa, apenas contenida.

—No vuelvas a hacer eso —dijo Mad.

Debería haber estado asustada, pero mi abuela casi había muerto y estaba demasiado furiosa y cansada para que me importara.

—¿No te gusta cuando las tornas se invierten? Suéltame.

Él abrió los dedos.

Solo conocía a dos personas capaces de provocar un incendio como ese, y acababa de descartar a un culpable. «Los padres y los hermanos solo importan cuando tienes cinco años. Te estoy dando la oportunidad de ser libre». No. Adam no podía ser tan estúpido… ¿De verdad ese bastardo había intentado matar a mi familia?

Los sanitarios subieron a la abuela a una ambulancia que había debido de llegar mientras yo interrogaba a Mad Rogan. Los servicios de emergencia intentaban mantenerle la máscara de oxígeno en la cara, pero ella se resistía. Mi madre se acercó a mí:

—Lo último que recuerda es haber cogido la llave de tuercas. Tiene sangre en la parte posterior de la cabeza.

—Alguien la golpeó. —Y me vengaría por ello.

—Eso parece. Voy a acompañarla al hospital.

—Estoy bien —le aseguré—. Ve tranquila.

Mi madre lanzó una mirada fulminante a Mad Rogan y luego subió a la ambulancia.

Un bombero salió del taller. El humo se había disipado casi por completo. Señaló el interior del almacén con un gesto.

—Parece que alguien dejó un cigarrillo encendido cerca de un bidón de gasolina. Deberían tener más cuidado.

—Gracias, lo tendremos —respondí y me di la vuelta para ocultar mi expresión. Por desgracia, eso me puso cara a cara con Mad

Rogan.

Una pregunta silenciosa se quedó flotando en el aire mientras el bombero se alejaba.

—Mi abuela no fuma —dije en voz baja—. Toda la gasolina se guarda en las jaulas de rejas metálicas. Y las municiones están en otra jaula aparte. Antes de irme a comer, las puertas del almacén no tenían cadenas.

Un todoterreno se detuvo. Dos hombres con pantalones oscuros y polos negros se bajaron de él. Uno tendría unos cuarenta años, de piel oscura y pelo corto con algunas canas. Llevaba un maletín grande y negro. El otro parecía latino y era unos diez años más joven. Se movían como soldados. Había estado con suficientes militares como para reconocer ese andar, el paso eficiente pero sin prisas de personas con un objetivo claro.

—Son de los míos —aclaró Mad—. Son especialistas en incendios provocados. Si les das permiso, examinarán tu almacén.

Asentí con la cabeza. Aunque no confiaba en él, sabía que no tenía nada que ver con el incendio.

—Adelante —les indicó.

Los dos hombres entraron en el almacén.

De repente me sentía agotada. Me ardían los ojos y aún me dolía la garganta.

Mad Rogan levantó la mano. Una botella de agua aterrizó en ella y me la ofreció.

—Enjuágate la boca y los ojos. No tragues.

Abrí la botella, bebí un trago, me enjuagué la boca y escupí. El ardor disminuyó.

El más joven de los hombres apareció en la puerta del almacén y nos hizo un gesto. Nos dirigimos hacia él.

—Gracias por salvar a mi abuela.

—No me sirves de nada si estás enterrando a un familiar en lugar de buscar a Pierce. Lo hice por una razón completamente egoísta —respondió Rogan.

Mentira.

Entramos. El mayor de los hombres estaba arrodillado junto al bidón de gasolina derretido. El hollín cubría el suelo de hormigón. El

maletín yacía abierto frente a él. En su interior, viales y tubos de ensayo descansaban sobre una protección de espuma.

Mad Rogan observó los vehículos cubiertos con lonas. Arqueó las cejas.

—¿Eso es un tanque?

—Técnicamente, es un cañón sobre orugas. Artillería móvil de campaña. El tanque está en la esquina. Se llama Romeo.

Él negó con la cabeza, incrédulo.

Nos acercamos al hombre mayor. Levantó un tubo de ensayo para que pudiera verlo y usó una pequeña herramienta de alambre para raspar algo del hollín del suelo. Introdujo la herramienta en el tubo de ensayo y lo agitó. Un pequeño grumo de hollín cayó dentro del cristal. El hombre añadió unas gotas de una solución transparente de una botella de plástico. El hollín se volvió azul, luego cambió lentamente a un púrpura pálido.

—Usaron un *party buster* —anunció el hombre mayor—. Es un compuesto militar que produce humo y arde lentamente. Mezclaron unos quince litros con dos de gasolina y lo encendieron. La mujer que subieron a la ambulancia ¿dónde estaba cuando la encontraron?

—En el suelo, bocabajo —respondí.

—Tuvo suerte —dijo el hombre más joven—. El suelo era el lugar más seguro, y además el techo alto ayudó. Esta cosa está diseñada para desalojar personal de edificios sin causar daños estructurales. Si te quedas demasiado tiempo expuesto, mueres.

—Quien hizo esto sabía lo que hacía —afirmó el hombre mayor—. El *party buster* es caro y difícil de conseguir sin autorización. La mayoría de los inspectores civiles de incendios no comprueban si se ha usado; además, se disipa rápido. Mezclarlo así hace que el incidente parezca un incendio normal de gasolina. Una cosa más. Hablé con los bomberos. Dicen que un cigarrillo fue el causante. Llevo haciendo esto bastante tiempo y puedo asegurar que, tal vez hubiera un cigarrillo encendido aquí dentro, pero no fue lo que inició el fuego. El contenedor se derritió desde atrás y desde arriba hacia abajo. Alguien aplicó una fuente de calor intensa contra la parte trasera. Como un soplete.

O la mano de Adam Pierce.

—Gracias —dije.

Los dos hombres se levantaron y salieron.

Mad Rogan me miró con expresión neutral, esperando.

—Gracias —repetí—. Estoy muy agradecida por tu ayuda. Me gustaría que te fueras ahora.

Él se dio la vuelta y se marchó.

Me dirigí a la esquina del garaje y abrí el armario donde estaba el viejo ordenador. Bern había conectado toda la casa en red hacía mucho tiempo. Pulsé la tecla de navegación. Un cursor surgió en la pantalla y escribí mi contraseña. Apareció el gráfico de la pantalla de seguridad. Hice clic en la cámara trasera y rebobiné una hora. Abuela Frida trajinando por el taller… Avancé rápido diez minutos, otros diez…

Una figura oscura y borrosa apareció en la puerta. La imagen se volvió negra.

Comprobé la cámara exterior. Se volvió negra sin captar nada en absoluto. Rebobiné hasta la imagen de la figura. Podría haber sido un hombre o una mujer. No podía distinguirlo.

Me di la vuelta y volví a la puerta. La cámara de seguridad se hallaba montada a unos cuatro metros y medio del suelo. Ya no estaba. En su lugar, había un amasijo derretido de metal y plástico. La cámara estaba demasiado alta para la llama directa y, si el fuego hubiera ardido tan caliente, mi abuela estaría muerta. No, aquello lo había hecho el ataque preciso de un piroquinético. Y solo uno había estado en contacto conmigo en la última semana. Adam Pierce había atacado a mi familia.

Miré alrededor del almacén, la mancha quemada en el suelo, el contenedor derretido, y me imaginé a mi abuela tumbada allí, en el hormigón, bocabajo, muriendo lentamente en su lugar favorito. La fuerza de voluntad que me mantenía entera se rompió. Me apoyé contra el vehículo más cercano y lloré.

Capítulo 8

Cuando Bern recogió a mi madre y a mi abuela del hospital, ya había limpiado el garaje, preparado la cena y pasado horas torturándome con el hecho de que mis acciones casi habían matado a un miembro de mi familia. Repasé la conversación con Adam en mi cabeza media docena de veces. La cámara derretida no era una prueba definitiva, aunque mi instinto me decía que él lo había hecho. Y mis instintos casi nunca me engañaban.

Había intentado llamar al número de Adam, pero daba como fuera de servicio. Había debido de usar un teléfono prepago y luego deshacerse de él.

Si no hubiera aceptado el trabajo… Doblé ese pensamiento con mucho cuidado y lo usé como combustible para el fuego de ira que ardía en mi interior. La culpa no me servía de nada, pero la rabia me daba toda la determinación que necesitaba. Averiguaría si él lo había hecho, aunque tuviera que poner la ciudad patas arriba. Y si lo había hecho, lo pagaría muy caro. Quizá no tuviera magia de combate, pero me dedicaría en cuerpo y alma a hundirlo. Nadie hacía daño a mi familia y se salía con la suya.

A las dos, las niñas irrumpieron en casa, un par de horas antes de lo previsto. La amiga de Catalina y su madre pasaron por casualidad por nuestra casa de camino a una cita médica y vieron los camiones de bomberos. La amiga le envió un mensaje a Catalina, quien lo vio después de clase y enseguida le escribió a mamá. Esta le dijo que la abuela estaba en el hospital, pero que todo iba bien. Catalina llamó a Bern, sacó a su prima y a su hermana del colegio y condujo como

alma que lleva el diablo, porque así es como funcionaba nuestra familia.

Les serví el almuerzo y les expliqué la situación. Tardaron quince minutos en calmarse y otros quince en convencerse de que nada de aquello debía compartirse en Facebook, Instagram o Herald.

Estábamos terminando de comer cuando nuestra abuela entró por la puerta con cara de querer golpear a alguien. Mamá la seguía cojeando. Tanto ajetreo le había afectado mucho a la pierna.

—Querían que se quedara a pasar la noche, pero no ha accedido —dijo mamá.

—¡Abuela! —Arabella agitó los brazos—. ¿Por qué no estás en el hospital?

—Tengo cosas que hacer —masculló abuela Frida entre dientes.

—¿Como qué? —Lina le bloqueó el paso.

—Catalina, no me provoques ahora. —Las cejas de la abuela se juntaron—. Voy a coger un soplete y reparar las paredes, luego voy a instalar un puesto de observación para tu madre para que pueda disparar al próximo hijo de puta que intente entrar aquí.

—¿Qué dijeron los bomberos? —me preguntó mi madre, clavándome la mirada.

—Que la abuela no debería haber estado fumando junto a un bidón de gasolina.

Abuela Frida se giró hacia mí. Si las miradas pudieran quemar, todos estaríamos incinerados.

—Los expertos en incendios de Mad Rogan dijeron que alguien mezcló un compuesto antipersonal de grado militar con gasolina y le aplicó una fuente de calor.

—¿Mad Rogan? —preguntó Bern.

En la mesa, Leon de repente cobró vida y dejó el teléfono:

—¿Mad Rogan?

—Mad Rogan no tuvo nada que ver con el incendio —aclaré.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Leon.

—Lo sé. Se lo pregunté. También observé a sus expertos y sé que no mentían.

—¿Mad Rogan estuvo aquí? —Leon señaló la mesa—. ¿Aquí? ¿Y nadie me lo ha dicho?

—Mil perdones, Su Majestad —dijo Arabella—. Todos estábamos demasiado ocupados intentando salvar a mi abuela.

Leon la ignoró.

—¿Ha hecho algo mientras ha estado aquí?

—Derribó la puerta del garaje —le conté.

Leon saltó de su asiento como si tuviera resortes en el trasero.

—Siéntate —le ordenó mamá.

Volvió a caer en la silla. Al parecer, mi primo pequeño era un fan secreto de Mad Rogan.

—¿Hasta qué punto estás segura de que fue Adam Pierce? —me preguntó mi madre.

—Bastante. Y estaré completamente segura después de preguntárselo cara a cara.

Mi madre puso una pequeña caja sobre la mesa. Dentro había diez píldoras naranjas.

—Entonces, encuéntralo y pregúntaselo.

—Nada me gustaría más. —Cogí la caja de la mesa. Parecía que esa noche tendría que ir a la parte mala de la ciudad. Apenas eran las tres. Había tiempo suficiente antes de que oscureciera—. Puede que necesite refuerzos. Del tipo que no te va a gustar.

—Haz lo que tengas que hacer —dijo mi madre.

—Es mejor que tú atrapes a Pierce antes que nosotras —intervino abuela Frida—. Porque, si vuelve a aparecer por aquí, no nos andaremos con tonterías.

—Cuando terminemos, pondremos lo que quede de él en una bolsa de plástico y podrás llevársela a su familia —prometió madre —. Y Nevada, si estás pensando en culparte por lo que pasó, olvídalo.

—Estabas haciendo tu trabajo —añadió abuela Frida—. Tú no provocaste esto. Ellos lo empezaron, quienesquiera que sean. Se arrepentirán, porque nosotros le pondremos fin.

—Gracias. —No borró mi sentimiento de culpa, pero al menos ya no era tan importante como encontrar a Adam y averiguar si era responsable.

Salí de la habitación. Necesitaría mi Ruger.

—Hablemos de seguridad —dijo mi madre, que venía detrás de mí —. Nadie va a ninguna parte solo…

Fui a la jaula, la abrí y saqué mi P90. Las píldoras eran para Bug. Apenas eran las tres de la tarde, pero necesitaría respaldo para ir a verle, incluso de día. Bug vivía en Jersey Village, o, como era más conocido, el Foso. Podría llamar a uno de los agentes independientes, el problema era que ahora la mayoría huía de nosotros como si estuviéramos en llamas. También me costaría un ojo de la cara. Ir al Foso era malo para la salud.

Dividí las píldoras, puse siete en una bolsa de plástico y tres en el frasco para llevar conmigo. Podría necesitar ver a Bug más de una vez. Tres serían suficientes para la primera visita.

Había una persona que podría darme todo el respaldo que necesitaba y más. Busqué en el móvil el número de Mad Rogan. Era una locura, pero las circunstancias habían cambiado. Antes Adam solo hablaba. Ahora existía la posibilidad de que se hubiera vuelto violento. Si había intentado quemar viva a mi abuela, nada le impediría incinerarme en el momento en que dijera algo que no le gustara. Y si encontraba a Adam Pierce, no tenía forma de contenerlo.

Dudé con el dedo sobre el número.

Era una mala idea. Mad Rogan era violento, despiadado y brutal. Todas las cosas que normalmente evitaba en mi trabajo. Tenía la sensación de que no se contenía, y eso me asustaba. Si se descontrolaba y empezaba a masacrar gente, había muy poco que yo pudiera hacer al respecto. No quería ser responsable de ninguna muerte. Tampoco quería cargar con las consecuencias cuando el polvo de su destrucción se asentara y la policía empezara a hacer preguntas. Él tenía abogados caros. Yo no.

La forma en que mi cuerpo reaccionaba cuando él estaba cerca también me asustaba. Me excitaba con solo mirarme. Intimar con él sería algo que nunca olvidaría, y una parte salvaje de mí deseaba esa experiencia. Quería verlo desnudo. Quería tener toda esa abrumadora intensidad centrada en mí. Nunca antes había tenido una reacción así con un hombre.

No podía confiar en Mad Rogan. No solo porque probablemente fuera un sociópata, sino también porque era un principal y el cabeza de una antigua Casa. Para él yo era insignificante. Si necesitara un escudo humano en una pelea, me usaría sin dudarlo. Era la ayudante contratada, un medio para un fin, y tenía que trazar líneas muy claras en la arena, tanto para él como para mí, o saldría de aquello destrozada, o incluso no saldría. Y si le daba algún indicio de vulnerabilidad, ya fuera mi amor por mi familia, mi orgullo o mi irracional anhelo por descubrir cómo sería sentir sus manos sobre mi piel, él lo usaría en mi contra.

Sin mencionar que lo había inmovilizado con mi magia y le había sacado las respuestas. Considerando que seguía viva e ilesa, se lo había tomado bastante bien. Era algo que necesitaba investigar. Mi magia era poco común y la información sobre ella era escasa, principalmente porque las pocas personas que la tenían trabajaban en puestos clasificados. Había hecho todo lo posible por aprender, pero nunca había visto ninguna mención de esa magia en particular. Había surgido de la nada.

Me quedé mirando el número de Mad Rogan. ¿Había otra manera de hacerlo?

Si Adam se volvía contra mí, cualquier agente independiente que llevara conmigo, incluso si llevaba dos, acabaría muerto. Yo acabaría muerta. Adam pensaba que podía utilizarme; Mad Rogan también. La mejor manera de lidiar con ellos era utilizarlos. Tenía que hacer que los dos principales se enfrentaran entre sí y esperar silenciosamente a un lado hasta que la cosa se calmara.

Respiré hondo y presioné la tecla. Contestó al segundo tono:

—¿Sí?

Oír su voz era como una caricia. Cadenas, me recordé. Sótano. Psicópata. Límites. Los límites eran buenos.

—He pensado en tu oferta —le dije.

—Estoy temblando de anticipación.

«Un psicópata que disfruta burlándose de mí. Mejor aún».

—No quiero tu dinero. No quiero que me contrates. Pero me gustaría tener una sociedad. Quiero ser muy clara: no trabajaría

para ti. Trabajaría contigo en igualdad de condiciones en un objetivo común. Y tengo algunas peticiones.

—Te escucho.

—Primero, no matarás a nadie a menos que intenten asesinarnos.

Hubo una larga pausa.

—Lo intentaré.

—Segundo, que prometas capturar y entregar a Adam Pierce vivo a su Casa.

—No puedo prometerte eso. Puedo prometer que haré todo lo que esté en mi poder para mantenerlo vivo, dentro de lo razonable, pero si ese idiota decide saltar desde el puente de Baytown, no podré hacer gran cosa para salvarlo.

Técnicamente era cierto. Los cuerpos humanos reaccionaban de forma extraña a la pérdida de gravedad y la caída libre. Incluso si Mad Rogan atrapara a Adam con su magia medio segundo después de saltar, Adam moriría por hemorragia interna. Por eso los levitadores tenían su propia clasificación y no estaban agrupados con otros telequinéticos.

—De acuerdo. Prométeme que harás todo lo posible para ayudarme a devolverlo vivo a su familia.

—Claro.

Aquellas promesas probablemente no valían nada.

—Tercero, quiero que protejas a mi familia mientras hacemos esto. Necesito saber que puedo contar con esa protección.

—Por supuesto. Esa es la naturaleza de nuestro acuerdo. ¿Quieres que asigne a algunas personas para vigilar tu casa?

—Sí. Pero antes tienen que ir a la puerta principal y presentarse a mi familia, o alguien podría dispararles accidentalmente…

—Hecho. —Su voz sonó tajante—. Me toca. Esta es una sociedad profesional y espero que la trates como tal. Si tienes noticias de Adam, si te llama, si va a tu casa, quiero que me informes en cuanto termine esa reunión o conversación. No al día siguiente, no cuando te resulte conveniente, sino inmediatamente después. Me revelarás toda la información relacionada con este asunto, incluidos los términos de tu contrato, el estado de tu relación con Adam y cualquier cosa que sepas sobre Gavin Waller.

—Me parece justo.

—Tampoco emprenderás excursiones sin consultarlo conmigo. No quiero recibir un mensaje que diga: «Hola, voy tras Pierce», y ver cómo la policía te saca del río Buffalo Bayou a la mañana siguiente.

—Me conmueves. —En realidad no.

—Si mueres, tendría que empezar la investigación desde cero. Y eso me haría perder el tiempo.

Puse los ojos en blanco.

—¿Estamos de acuerdo? —me preguntó.

—Sí. Voy a Jersey Village a buscar a Adam Pierce. ¿Te gustaría venir?

—Te recogeré en diez minutos.

Colgué. Así que eso era lo que se sentía al hacer un trato con el diablo. Ya era tarde para arrepentimientos. Suspiré y guardé un cargador extra.

Un Range Rover apareció en el aparcamiento exactamente diez minutos después. Era un vehículo grande, gris metalizado, elegante pero robusto. La puerta del copiloto se abrió y vi a Mad Rogan al volante. Se había cambiado el traje y los zapatos por unos vaqueros desgastados, una camiseta gris claro y botas oscuras y reforzadas. El efecto era impactante. El traje suavizaba su aspecto, puliendo su dureza con un barniz de riqueza y civilización. En cambio, con esa vestimenta era todo aristas y fuerza salvaje. Parecía necesitar algunas ruinas en la selva que explorar o algunos tipos malos a los que golpear con una silla. El problema era que él era uno de los tipos malos.

Su magia se enroscaba a su alrededor como una mascota violenta de dientes feroces. Tendría que subir y sentarme junto a él, con solo unos centímetros de distancia entre nosotros. Tendría que entrar en su espacio. No podía hacerlo. No podía subirme a ese coche.

—Tengo una condición más —dije.

Él tan solo me miró.

—No leas mis pensamientos. —No necesitaba saber lo que había en mi cabeza. De ninguna manera.

Sonrió.

—No hay problema.

Me senté en el asiento del copiloto y puse mi mochila entre él y yo. Bien. Ya estaba dentro. Solo tenía que decir lo mínimo y mantener mis pensamientos para mí misma.

—No puedo leer pensamientos —dijo Mad Rogan—. Pero he descubierto que no lo necesito.

Y esa aclaración no sonaba amenazante en absoluto. Así que me abroché el cinturón.

El Range Rover salió disparado por la calle lateral. Los cristales de las ventanillas parecían muy gruesos y tintados. No era el modelo más barato resistente a las balas. Aquellos eran cristales antibalas de alta resistencia con un acristalamiento de seguridad de seis centímetros y una capa de policarbonato en el interior para evitar que las ventanillas se hiciera añicos. Podías dispararle con un AK-47 a quemarropa y el cristal se agrietaría, pero permanecería completamente liso por dentro. Ese tipo de cristal también pesaba una tonelada. Pulsé los controles de la ventanilla. EL cristal bajó, silencioso como un susurro, y volvió a subir. Abuela Frida estaría orgullosa. Un elevador de ventanillas normal no podría subirla de nuevo. Le había instalado elevadores personalizados. El vehículo probablemente también estaba blindado.

—¿Cuál es la clasificación de las placas de blindaje?

—Munición dura. Es un vehículo VR9.

Madre mía. El Range Rover no solo detendría una bala de una pistola o un rifle de asalto. Detendría una bala perforante de una ametralladora. Tanto blindaje significaba una gran cantidad de peso extra; sin embargo, el coche se movía como un patinador sobre hielo, lo que requería una suspensión reforzada y amortiguadores personalizados.

Aquel vehículo no había sido modificado con blindaje. Había sido construido para ser blindado desde cero.

Para colmo, parecía un Range Rover de alta gama como cualquier otro en la carretera. La mayoría de la gente no se daba cuenta de que los coches blindados no solo tenían que ser a prueba de balas. También era cuestión de discreción. Ningún coche era completamente inmune a los daños, ni siquiera un tanque, y la mejor estrategia para mantener a sus ocupantes a salvo era evitar

que les dispararan. Eso requería que el vehículo fuera lo más parecido posible a su equivalente sin blindaje para que se confundiera con los demás coches de la carretera. Siempre había payasos que querían monstruosidades blindadas llamativas que parecían sacadas de una película posapocalíptica. Querían hacer una declaración de intenciones. Por desgracia, su declaración decía: «Aquí estoy, dispárame». La gente que realmente necesitaba protección optaba por una calidad discreta como aquella, del tipo que costaba un precio desorbitado y decía mucho de sus propietarios.

A Mad Rogan le importaba poco lo que los demás pensáramos de él. No necesitaba impresionar; quería lo mejor y pagaría un precio elevado siempre que lo consiguiera. Por alguna razón, eso no me hacía sentir mejor.

—¿Qué hay en Jersey Village? —preguntó.

—Bug. Es un especialista en vigilancia. Tengo algo que él quiere, y voy a pedirle que encuentre a Adam Pierce. Tenemos que hacerlo ahora, antes de que Adam vuelva a aparecer por mi casa, porque mi madre ha amenazado con ocuparse de él y enviar lo que quede de su cuerpo a su familia en una bolsa de plástico.

—Tu madre parece muy segura.

—¿Sabes lo que es un Light Fifty? —pregunté.

—Es un rifle de francotirador Barrett M82.

—Mi madre te apuntaba a la cabeza con la mira de uno mientras comíamos. Necesitamos encontrar a Adam Pierce antes de que mi madre le dispare o mi abuela lo atropelle con un tanque. O antes de que incinere nuestra casa con mi familia dentro.

—Como ya hablamos, tengo un equipo vigilando tu almacén. Si aparece cerca, lo sabremos. Ahora te toca a ti. Quiero la información ya —exigió Mad Rogan—. Toda.

Empecé por el momento en que Montgomery International Investigations nos llamó, le conté brevemente que nos contrató para encontrar a Adam Pierce, y repasé mi investigación, omitiendo detalles sin importancia como los negocios hipotecados y los sueños en los que él aparecía medio desnudo. No iba a hablar de más, no

obtendría ninguna información de mí a menos que fuera absolutamente necesario.

Hizo una mueca.

—Al final Augustine cedió.

—¿Lo conoces?

—Sí. Fuimos juntos a la universidad. No soy su persona favorita.

—¿Por qué?

—Lo he visto sin su magia. —Mad Rogan se encogió de hombros —. Augustine siempre tuvo un sentido de la lealtad exagerado hacia su Casa. Luchaba contra ello. Le dije que, si no tenía cuidado, acabaría en una oficina bailando al son de su familia.

—¿Por eso que te alistaste en el Ejército? ¿Para alejarte de tu familia? —¿Y por qué preguntaba yo eso?

—Me alisté porque me dijeron que podría matar sin ir a la cárcel y sería recompensado por ello.

Verdad. Mierda. Estaba atrapada en un coche con un maniaco homicida. Fantástico.

—Tienes una expresión extraña —dijo él.

—Acabo de darme cuenta de que no debería estar en el mismo vehículo que tú. De hecho, no debería haberte llamado, así que estoy intentando rebobinar el tiempo.

Él sonrió. «He divertido al dragón. Genial».

—¿Preferirías que te mintiera? No es que me importe, pero incluso si lo hiciera, no tiene sentido, ¿no?

No respondí. Mantener la boca cerrada era una estrategia excelente.

—¿Sabe Augustine que eres una buscadora de la verdad?

Me había descubierto. No me sorprendía, no después de haberlo inmovilizado y haberle arrancado las respuestas.

—Lo que mi jefe sepa o no sobre mí no es asunto tuyo.

Rio con una carcajada genuina y profunda.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Augustine se enorgullece de sus poderes de observación y de descifrar bien el carácter. Se cree Sherlock Holmes. Solía intentar hacer deducciones brillantes fijándose en cómo vestía y actuaba la gente. Tiene una buscadora de la verdad en su plantilla y no tiene ni

idea. Probablemente lleve años intentando contratar a uno. —Mad Rogan volvió a reír—. La ironía es deliciosa.

Me mantuve callada. Con suerte no me preguntaría nada más.

—La búsqueda de la verdad es el tercer talento mágico más raro. ¿Por qué no te ganas la vida con ello? ¿No deberías estar en alguna oficina con un espejo bidireccional haciendo preguntas incómodas?

—Eso no entra en nuestro acuerdo.

Me miró con ojos oscuros:

—¿Prefieres hablar de tu sueño?

—No.

—Teniendo en cuenta que yo aparecía en él, creo que merezco saber los detalles. ¿Mi ropa había desaparecido porque estábamos en la cama? ¿Te estaba tocando? —Me miró de reojo. Su voz podría haber derretido la ropa de mi cuerpo—. ¿Me estabas tocando tú a mí?

No debería haberme subido al coche. Debería haber ido en otro vehículo.

—¿Te ha comido la lengua el gato, Nevada?

—No, no estábamos en la cama. Te estaba empujando por un acantilado hacia tu muerte. —Señalé la autopista—. Toma la siguiente salida y mantente en el carril derecho, por favor. Tendremos que girar a la derecha.

Volvió a reír y cogió la salida.

El Range Rover descendió por una suave pendiente al final de la rampa de salida y giramos a la derecha hacia la desierta Senate Avenue. En algún momento había sido una típica calle suburbana, con dos carriles a cada lado, dividida por un parterre y árboles ornamentales. A la izquierda se extendía un campo de hierba corta. A la derecha había un césped igual de recortado, con un camino curvo que lo atravesaba para permitir el acceso a un edificio de ladrillo de una planta. A la derecha se alzaba un gran letrero sobre un sólido poste metálico:

ESTÁ SALIENDO DEL ÁREA METROPOLITANA DE HOUSTON

Un segundo letrero en amarillo brillante nos gritaba con grandes letras negras:

PELIGRO DE INUNDACIÓN
DÉ LA VUELTA
PELIGRO DE AHOGAMIENTO

—Gira aquí a la derecha. —Señalé hacia el camino de entrada.

Mad Rogan obedeció. El camino nos llevó hasta un autoservicio en el edificio de ladrillo, bloqueado por una barra metálica. Otro letrero decía: «Área de Estacionamiento de Seguridad Privada. 2$ por hora, 12$ máximo por día».

—Déjame hablar a mí —dije.

—Adelante.

La ventanilla del autoservicio se deslizó y una mujer me miró. Era baja y musculosa, de piel morena oscura y brillante pelo negro recogido en seis ordenadas trenzas. Un chaleco táctico se ajustaba a su figura y una SIG Sauer descansaba en el escritorio junto a ella.

—Hola, Thea. —Le mostré mi identificación.

—Hacía tiempo que no te veía. ¿Quién es el príncipe del asiento del conductor?

—Un cliente.

Thea arqueó las cejas.

—¿Traes a un cliente al Foso?

—Siempre hay una primera vez para todo.

Thea se inclinó un poco y le dirigió a Mad Rogan su mirada más dura:

—Muy bien, cliente. Tan solo una advertencia: ha abandonado el área metropolitana de Houston. Está entrando en territorio controlado por la Casa Shaw. Esta es una zona restringida de seguridad. Si cruza la línea roja al final de este aparcamiento, puede ser víctima de un crimen violento, como un atraco, agresión, violación o asesinato. La Casa Shaw patrulla las aguas y, si observan

que es víctima de alguno de estos crímenes, le prestarán ayuda, pero si cruza esa línea roja la Casa Shaw tiene una capacidad limitada para asistirle. Esta conversación está siendo grabada. ¿Comprende la advertencia que se le ha dado?

—Sí —respondió Mad Rogan.

—Su consentimiento ha sido grabado y se utilizará como prueba si intenta reclamar o responsabilizar a la Casa Shaw por cualquier daño que le ocurra en el Foso. Entrar es fácil, salir es difícil. Bienvenidos al grano en el culo de Houston. Diviértanse, chicos.

Le entregó a Rogan un tique de papel que salió de la máquina junto a su escritorio. Él lo cogió. La barra se elevó y condujo el vehículo hasta el aparcamiento vacío. Aparcó en el extremo más alejado, junto a la línea roja de un metro de ancho dibujada en el pavimento. A cien metros más allá de la línea se extendía una ciénaga. El agua turbia color té verde permanecía inmóvil. A la izquierda, el piso superior de lo que fue un edificio de oficinas de dos plantas sobresalía del lodazal. Los que fueron árboles decorativos se alzaban medio sumergidos junto a farolas de hierro forjado hundidas.

Jersey Village solía ser uno de esos pequeños pueblos suburbanos que Houston tenía la costumbre de engullir por completo mientras crecía. Una aburrida ciudad dormitorio al noroeste del centro, Jersey Village fue desarrollando poco a poco un robusto minicentro urbano, con varias grandes empresas tecnológicas construyendo allí sus oficinas. Habría continuado existiendo en feliz anonimato si no hubiera sido por el infame alcalde Bruce. Thomas Bruce, más conocido como Bubba Bruce, logró ser elegido gracias a su aspecto de tipo divertido que te invitaba a una barbacoa en el jardín trasero. Una vez en el cargo, Bubba Bruce intentó dejar su huella en Houston. Su intención era construir un aeropuerto, pero como Houston ya tenía uno, Bubba decidió construir un metro. Le advirtieron que Houston estaba construida sobre pantanos y que la humedad del suelo sería un problema. Bubba Bruce insistió. Planeaba usar magos para empujar el agua subterránea fuera de las áreas de construcción. A pesar de la sonora oposición al proyecto

por parte de gente mucho más inteligente que él, siguió adelante con ello.

Doce años atrás, un grupo de magos inició la construcción de la primera estación de metro en Jersey Village. Dedicaron un mes a preparar sus hechizos y finalmente activaron su complicada magia.

El agua abandonó la zona. Sin ella, el peso del pueblo resultó excesivo, y Jersey Village, que se asentaba sobre un yacimiento petrolífero vacío, se hundió en el suelo. Una hora más tarde, el agua regresó con furia, ayudada por las ciénagas cercanas y las corrientes subterráneas. En veinticuatro horas, Jersey Village se convirtió en un pantano. Dos días después, el alcalde Bruce fue expulsado de su cargo.

Durante el año siguiente, la ciudad intentó drenar la zona sin éxito. Los habitantes de los suburbios cobraron sus seguros y huyeron, mientras criminales, drogadictos y personas sin hogar ocuparon los edificios semianegados. Finalmente, el Ayuntamiento, agotado por las demandas y los intentos fallidos de drenar la zona, se rindió y excluyó toda la zona inundada del área metropolitana de Houston, ya que por sí sola duplicaba el índice de criminalidad. En la actualidad, empresas privadas patrullaban la zona. La tarea de evitar que el Foso se degenerara por completo en una zona sin ley venía acompañada de lucrativos contratos municipales, así que a lo largo de los años pasó de Casa en Casa. En aquel momento, la Casa Shaw vigilaba el Foso. Hacían lo mínimo para mantener el contrato.

Durante la última década, Jersey Village se había convertido en la última parada. Deformados por la magia, gánsteres, los más buscados…, todos establecían allí sus guaridas, ocultándose en las oficinas abandonadas. A las Casas no les importaba, siempre que no salieran. La última vez que había estado, llevé a Aisha como refuerzo. Me costó mil dólares, y ambas apenas logramos salir.

Comprobé mi pistola en la cartuchera del hombro y salí del coche. Mad Rogan bajó por su lado. Un muelle destartalado conducía hacia el Foso, serpenteando entre los edificios. Empecé a caminar por el puente. Mad Rogan iba a mi lado.

Las ciénagas tenían cierta belleza primitiva, una especie de elegancia sombría y atemporal, con agua oscura y tranquila y

enormes cipreses que apuntalaban la orilla con sus troncos hinchados. Jersey Village no tenía nada de eso. Parecía exactamente una zona inundada donde el agua no se había retirado. Aquí y allá sobresalían del agua sucia los morros de coches oxidados. Algunos edificios más pequeños habían colapsado, deformados por la inundación, expulsando basura mohosa al exterior. Una espuma verde pálida flotaba en la superficie. El Foso era feo y olía aún peor. Era como meter la cabeza en una pecera vieja medio vacía.

—Precioso lugar —observó Mad Rogan.

—Espera a conocer a los nativos.

Una sonrisa sardónica le curvó los labios.

—¿Habrá fiesta de bienvenida?

—Probablemente.

Se detuvo y extendió el brazo para detenerme. El agua frente a nosotros se movió. Una mano con garras se sujetó al soporte viscoso del puente, y una mujer desnuda se impulsó sobre los tablones de madera. Su piel era de un verde moteado. Se podía tocar el xilófono en sus costillas. Me miró parpadeando, con ojos apagados y vacíos.

—¿Qué tal te va la vida, Cherry? —pregunté.

—¿Tú qué crees? ¿Me traes carne?

Cogí de la mochila un recipiente de plástico con dos grandes muslos de pollo crudos.

—¿Bug sigue vivo?

—Sí. Está en su viejo refugio, en el edificio Xadar. Mantente alejada del puente principal. Peaches y Montrel están en guerra por el territorio.

Eso significaba que Peaches se había deshecho de su antiguo jefe. No era bueno.

Le pasé el recipiente a Cherry. Cogió el muslo de pollo y lo mordió con dientes triangulares de cocodrilo. La rodeé y seguí caminando. Mad Rogan me siguió.

—¿Una amiga tuya?

—La conocí hace unos dos años. Está deformada por la magia.

—Ya veo.

La magia era algo extraño. Hacía casi siglo y medio, cuando se desarrolló el suero que otorgaba poderes mágicos, algunas personas

lo tomaron y obtuvieron poder; otras se convirtieron en monstruos. En la actualidad, generaciones después, todos seguíamos portando el potencial de transformarnos. A veces, cuando la gente intentaba aumentar su poder, su magia reaccionaba de forma terrible y acababan como Cherry: deformados.

—¿Qué le pasó?

—No lo sé. Tiene marcas de pinchazos en los brazos, así que probablemente fue adicta en algún momento. Seguramente se vendió a algún instituto o Casa para experimentación y no salió bien. Le traigo pollo para intercambiarlo por información.

—¿Es un manjar poco común para ella?

—Sí.

—Entonces, no hiciste un buen trato. No te dijo nada a cambio del pollo.

—Me dijo que Peaches mató a Basta y se hizo con el control del lado sur. Montrel tiene el lado norte y puede ser razonable, pero Peaches está completamente trastornado y no hay forma de evitarlo, porque solo hay unas pocas entradas y salidas, y el edificio Xadar está en el lado sur.

—Podrías haberle sacado más.

—¿A ti qué te pasa? —le dije volviéndome hacia él.

—Le traes pollo porque te da lástima.

—Sí. ¿Por qué es eso un problema?

—No te juzgo. Tienes derecho a tener compasión.

«Oh, genial. Gracias por el permiso».

—Estás haciéndolo otra vez.

—¿El qué? —preguntó él.

—Creer que puedes decirme lo que tengo que hacer.

El puente se bifurcaba y giramos a la derecha, alejándonos de la ruta principal. Delante, los bloques de oficinas sobresalían del agua como islas de hormigón y ladrillo. Los tejados estaban llenos de postes metálicos que sostenían marañas de cables. Por encima del segundo piso, una línea amarilla ancha cruzaba cada edificio con avisos rotulados en el mismo color: «Sin energía por debajo de esta línea».

La magia de Mad Rogan me rozó y tuve que contener el impulso de apartarme de un salto.

—Como he dicho, no te juzgo —contestó él—. Si le hubieras dado una patada en la cara en lugar de pollo, también necesitaría saberlo. Si hubieras arrojado el pollo al agua y la hubieras hecho nadar para alcanzarlo, lo mismo. Cuanta más información tenga, mejor podré anticipar tus acciones cuando sea importante. Por ejemplo, si un hombre hambriento te apunta con una pistola y tomas la ventaja, probablemente lo dejarás ir porque te dará lástima. Ese es el tipo de persona que eres.

—¿Y qué tipo de persona eres tú?

Su rostro se endureció.

—Del tipo que dispara primero.

El puente se curvaba detrás de los bloques de oficinas. Pasamos junto al primer gigante de hormigón semihundido. Delante, el puente terminaba abruptamente. Me detuve.

—Maldita sea.

—¿Tendremos que coger el puente principal? —preguntó Mad Rogan.

Metí la mano en mi chaqueta, saqué la pistola de la funda y me la guardé en el bolsillo. Mad Rogan me observaba con una expresión ligeramente divertida. Giramos a la izquierda, abriéndonos paso por un puente estrecho y destartalado hasta que nos dejó en el espacio abierto entre los bloques de oficinas.

Allí el terreno se elevaba un poco. Con el paso de los años, los habitantes del Foso habían vertido montones de grava, hormigón y trozos de ladrillo hasta formar una estrecha isla rectangular. De ella sobresalían puentes de madera que se curvaban en todas direcciones. Justo frente a mí, hombres y mujeres se asomaban por las ventanas de un edificio abandonado. A la derecha, un grupo de personas se arremolinaba alrededor de algo.

Di un paso hacia la isla. El grupo se apartó y un hombre alto salió de entre ellos. Era delgado y pálido, con brazos y piernas demasiado largos para su cuerpo. Un cabello rojizo y lacio enmarcaba su rostro, con mechones enmarañados del color exacto de un melocotón maduro.

—¿Peaches? —murmuró Mad Rogan junto a mí.

—Sí.

—¿Algo que deba saber?

—Invoca enjambres de moscas venenosas de pantano.

Todo el mundo sabía que los pederastas podían tener el aspecto de personas normales y corrientes. Peaches tenía el aspecto que uno imaginaría en un pederasta. Su rostro no era desagradable, pero había algo profundamente inquietante en su mirada. Algo enfermizo y espeluznante. Te impregnaba como si fuera aceite quemado de freidora.

Peaches señaló por encima de mi hombro a Mad Rogan.

—¡Eh, tú! ¡Tú! ¿Qué demonios haces en mi casa?

A su izquierda, un hombre alto levantó una Glock. Una mujer con camiseta negra y vaqueros manchados de tierra junto a él alzó una Chiappa Rhino. El distintivo cañón la delataba. Justo lo que necesitábamos.

—No queremos problemas —dije—. Solo estamos de paso.

—¿Problemas? ¡Yo soy el puto problema, zorra! —Peaches agitó los brazos.

El rostro se le sonrojó. Estaba preparándose. Si hubiera sido un pavo salvaje, habría erizado todas sus plumas. En un minuto se excitaría hasta la violencia. Mad Rogan debía haber activado alguna alarma en el cerebro de Peaches que le decía que podría ganar algo humillándolo.

—¿Crees que puedes pasar por aquí con tu zorra?

Mad Rogan no respondió.

—¿Eres mudo, capullo? ¿Eres mudo? —La saliva salía volando de los labios de Peaches mientras se acercaba.

El corazón se me aceleró. Las rodillas me temblaron ligeramente por la descarga de adrenalina.

Peaches parecía a punto de embestir a Mad Rogan con el pecho. Sin embargo, Mad lo miró con una mirada fría y sin emociones. Peaches decidió que dos metros de distancia era suficiente.

—¡Ahora estás en mi territorio! ¡Aquí mando yo! —Su mano me rozó mientras gesticulaba.

Di un paso atrás.

—¡No te muevas, joder! Disparadle si se mueve.

El hombre de la izquierda quitó el seguro de su Glock.

Peaches se inclinó más cerca:

—Te diré algo, si estuviera de buen humor, te daría una paliza y te enviaría de vuelta sin tu zorra, pero estoy de mal humor. Estoy de mal humor, capullo. Voy a dispararle a tu zorra aquí mismo y luego te meteré en un agujero. Vales pasta, capullo, porque pareces valer pasta.

Podría dispararle a Peaches desde donde estaba. Ya había disparado a través del bolsillo antes. Aunque tendría que matarlo, porque, si sobrevivía, las moscas que invocara me convertirían en un montón de forúnculos. Apuntar a través del bolsillo era complicado.

Mad Rogan sonrió con una gran sonrisa conciliadora y levantó las manos:

—Eh, eh. No hay necesidad de alterarse. Mira, sin arma. Ya veo que eres el jefe. Tú mandas aquí.

—¡Así es!

—Eres un hombre de negocios, ¿verdad? —Mad Rogan siguió sonriendo, con expresión agradable y apaciguadora—. Hablemos, como dos hombres de negocios. —Invitó a Peaches a ir un puente que se extendía hacia el camino por donde habíamos venido—. Vamos a calmarnos un momento y a hablar, ¿de acuerdo, colega?

—Habla de dinero, capullo.

Ambos se desplazaron hacia el puente.

—Ya veo que todo esto es tuyo y que aquí mandas tú… —Mad Rogan agarró a Peaches por el cuello, le hizo perder el equilibrio de una patada y lo lanzó al agua como si no pesara nada.

Varias cosas sucedieron al mismo tiempo: saqué mi arma y adopté posición de tiro; los cañones de la Glock del hombre y la Chiappa de la mujer se desprendieron como si los hubiera cortado una cuchilla; y Peaches chapoteó en el agua. Todos nos quedamos inmóviles, yo con mi Ruger apuntando al grupo, y los dos tiradores mirando atónitos sus armas mutiladas.

El hombre más corpulento abrió la mano y dejó caer al suelo los restos de la Glock.

—¡Te mataré, cabrón! —aulló Peaches mientras se ponía en pie, con el agua hasta las caderas.

Unos puntos de color verde oscuro giraban a su alrededor. Un enjambre de moscas gordas salió disparado de sus manos, curvándose a su alrededor como un chal.

Mad Rogan movió los dedos. La pared del edificio más cercano se desprendió en una larga losa de seis metros, se deslizó y aplastó a Peaches.

«Dios mío».

Luego se volvió hacia la multitud. Detrás de él, una gran grieta partió el lateral del edificio y una lluvia de ladrillos y mortero cayó sobre el primer bloque. Nadie gritó.

El último ladrillo cayó sobre el montón. Había tanto silencio que se podría haber oído caer un alfiler.

—Ahora ya lo sabéis —dijo Mad Rogan con voz gélida—. Yo estoy al mando. Estoy al mando de vosotros. Estoy al mando del tipo que tenéis al lado. Estoy al mando del suelo que pisáis. Cuando me vaya, me da igual quién esté al mando. Cuando me marche de aquí, podéis pelear y mataros entre vosotros por ver quién dirige esto mientras no estoy. Pero que quede claro: cuando esté aquí, cuando me veáis, yo estoy al mando.

La mujer bajó al suelo su arma deformada. El resto de la gente de Peaches permaneció inmóvil.

—¿Alguna pregunta?

Un hombre bajo con una camiseta raída de los Dallas Cowboys levantó la mano despacio. La mujer del top lo agarró de la mano y se la bajó.

—Bien. Entonces, podéis marcharos.

Para cuando tomé tres bocanadas de aire, la isla estaba vacía.

—¿Por dónde está tu experto? —me preguntó Mad Rogan.

Capítulo 9

—Has matado a Peaches —le eché en cara mientras cruzaba el hueco del puente.

—Por supuesto que lo he matado.

Abrí la boca y la volví a cerrar.

—Vale —dijo Mad Rogan—. Esto te está distrayendo y necesito que te centres, así que vamos a arreglarlo. ¿Qué parte de lo que ha pasado te molesta?

Volví a abrir la boca y la cerré sin decir nada. Peaches nos habría atacado, posiblemente matado, así que lo que Mad Rogan había hecho estaba justificado. Era la pura brutalidad repentina. Era la forma en que lo había hecho, sin ninguna vacilación. Un segundo Peaches estaba allí, y al siguiente había desaparecido. No quedaba rastro de él. Había sido aplastado hasta dejar de existir. Estaba… muerto.

—Déjame ayudarte —continuó él—. Te han enseñado toda tu vida que matar a otra persona está mal, y esa creencia persiste incluso frente a los hechos. Peaches no solo nos habría matado si hubiera tenido la oportunidad, sino que de esta manera solo he tenido que matar a una persona en lugar de a media docena de sus seguidores. He salvado varias vidas, pero tu mente te dice que he hecho algo malo. No es así. Él empezó. Yo terminé.

—No es eso. Me estaba preparando para dispararle en la cabeza.

Pero cuando le disparabas a alguien, existía una pequeña posibilidad de que sobreviviera. Lo que él había hecho fue tan repentino que necesitaba un par de minutos para asimilarlo.

—Entonces, ¿qué es?

—Es el… —Me afané por encontrar las palabras—. ¡Zas!

Mad Rogan me miró con ojos desconcertados.

—«Zas».

—Sí.

—Contemplé brevemente empalarlo con uno de esos postes de acero del techo, pero decidí que sería demasiado gráfico para ti. ¿Habría sido preferible?

Mi mente evocó a Peaches con un poste de acero sobresaliendo de su estómago.

—No.

—Realmente me gustaría saberlo —dijo con genuina curiosidad—. La próxima vez que mate a alguien, me gustaría hacerlo de una manera que no te perturbe.

—¿Qué tal si no matas a nadie durante un tiempo?

—No puedo prometer eso.

Menuda charla trivial con el dragón… ¡Hola! ¿Qué tal estás? ¿Has devorado a algún aventurero últimamente? Sí, de hecho, me he comido uno esta mañana. Mira, todavía tengo su fémur entre los dientes. ¿Te resulta molesto?

Delante se alzaba el edificio Xadar, con sus tres plantas superiores sobre el agua, su descolorido letrero verde sucio y manchado de algas del pantano. El enredo de cables en el techo parecía una telaraña negra.

En algún lugar del interior, Bug se hallaba envuelto en su nerviosa hiperactividad. Me detuve.

—No mates a Bug —le pedí—. Hablo muy en serio.

Mad Rogan sonrió.

—Lo digo en serio. No asesines a Bug. Si lo matas, nuestro trato se cancela.

—De acuerdo.

Reanudé la marcha.

—Tal vez deberías hacerme una lista de personas a las que puedo matar y las formas en que se les permite morir.

—No tiene gracia.

—Soy muy gracioso. Pregúntale a Peaches.

Llegamos al edificio y trepamos por una gran ventana del segundo piso. Un olor húmedo y mohoso emanaba de la alfombra comercial. Las babosas se arrastraban por los cubículos caídos. Un viejo póster motivacional colgaba en la pared. Mostraba a un escalador colgando de un acantilado agarrado con las manos. Un letrero decía: «Desafía los límites». El cristal estaba agrietado.

—No toques nada —le advertí—. Lo tiene todo lleno de trampas.

Seguí un estrecho sendero entre los cubículos, me detuve ante una cámara montada en la esquina y levanté el frasco de píldoras naranjas.

Un intercomunicador cercano hizo ruido de interferencias y una voz masculina rasposa dijo:

—Quédate ahí. Enviaré a Napoleón. —Otro ruido al cortar la comunicación.

—¿Has matado a alguien alguna vez? —me preguntó Mad Rogan.

—No. Pero vi morir a un hombre una vez. —No debería haber dicho eso.

—¿Cómo sucedió?

Lo miré y me paré. Estaba concentrado en mí, como si estuviera a punto de contarle lo más intrigante del mundo y estuviera preparado para absorber cada palabra. Incluso su magia flotaba a su alrededor, anticipándose. Durante unos segundos, tuve la atención total de Mad Rogan y no me resultó aterradora. Fue más bien… halagadora.

Mientras le contara cosas, seguiría mirándome exactamente así, y eso por sí solo era suficiente incentivo para impulsar a la mayoría de las mujeres a contarle cualquier cosa que quisiera. Y si le contaba cosas, probablemente las usaría en mi contra de alguna manera.

Seguía esperando. Oh, qué diablos.

—Mi padre quería que probara las diferentes áreas del trabajo de investigador privado, así que, cuando tenía dieciséis años, hice prácticas con un agente de embargos. Trabajaba con sus dos hijos. Nuestras primeras salidas fueron geniales. Encontrábamos el vehículo, nos acercábamos sigilosamente y nos lo llevábamos remolcado, como espías en alguna operación secreta de película. Era emocionante. Los chicos me explicaron cómo la gente intentaba estafar a los bancos, así que estábamos haciendo algo bueno.

Se me habían secado los labios. Aún me seguía inquietando incluso después de casi diez años.

—¿Qué pasó? —dijo él, con sus cálidos ojos azules. Un hombre no tenía derecho a ser tan intensamente sexi sin siquiera intentarlo.

—Estábamos tratando de embargar una camioneta de una pequeña casa de la periferia, cuando una mujer salió. Llevaba un niño pequeño y sus ojos tenían una mirada vacía. Dijo: «Llévensela. De todos modos, no puedo pagar la gasolina». La expresión de su rostro era terrible. Debería haberlo dejado en ese momento. Debería haber llamado a mi padre y pedirle que fuera a buscarme. Pero estaba tratando de hacer lo correcto. Mi padre me había conseguido ese trabajo, e iba a hacerlo, aunque fuera horrible.

Los chicos acababan de enganchar el remolque; entonces, un hombre salió disparado de la casa con un rifle y empezó a dispararnos. Sin advertencia. Ni siquiera pudimos subir a nuestra camioneta. Solo nos agachamos detrás de ella. La mujer gritaba, pero él seguía disparando. Doug llamó a la policía. Llegaron rápido. El hombre disparó al coche patrulla y los policías lo abatieron. Vi cómo las balas le alcanzaban en el pecho, y luego se desplomó. Los niños salieron corriendo de la casa, y todos empezaron a llorar y gritar. Recuerdo que los policías se llevaron a su esposa y ella seguía tratando de decirles que era un buen hombre. Más tarde, me enteré de que había perdido su trabajo cuatro meses antes y que su casa estaba en proceso de ejecución hipotecaria. Mi padre fue a buscarme, y nunca tuve que volver. —Algo que agradecí cada mañana durante un mes—. Tu turno. Primera persona que viste morir.

—Yo tenía siete años —comenzó él, con voz íntima y tranquila—. Estaba practicando hechizos y mi abuelo me observaba. Se había quedado dormido en una silla, como solía hacer. De repente, se agarró la cabeza, gimió y se cayó. Corrí hacia él, pero no respiraba. Tuvo un aneurisma cerebral. Bajé corriendo y le conté a mi abuela que el abuelo había muerto. Ella me dijo que la pereza era el peor rasgo en un hombre, y que inventar mentiras para escaquearme de mis prácticas no era mucho mejor. Luego le pidió a Gerard, su

mayordomo, que me llevara al estudio y me encerrara allí. Me senté en el suelo durante dos horas mirando el cadáver de mi abuelo.

¡Dios mío!

Un leve ruido llegó desde el pasillo. Un perro pequeño apareció trotando. Era rechoncho, con orejas triangulares enormes y un hocico achatado que delataba que en algún punto de su linaje hubo un *bulldog* francés aventurero. El origen del resto de su ADN era un misterio. Era completamente negro, con un pelaje áspero y rizado, y se movía como si fuera el dueño del lugar.

—Hola, Napoleón —lo saludé.

Napoleón me observó con los solemnes ojos oscuros de su adorable cara de gárgola. Luego se dio la vuelta y se dirigió al pasillo.

—Un perro guía —dijo Mad Rogan.

—Sí. Ten cuidado. A Bug le gusta tender hilo de pescar transparente. Si tiras de uno, ocurrirán cosas malas.

—¿Qué tipo de cosas malas?

—Del tipo explosivo.

Seguimos a Napoleón a través del laberinto de pasillos hasta el tercer piso. Una pesada puerta de acero nos bloqueaba el paso. Saqué la táser de la mochila.

—Nada de matar —insistí.

—Me comportaré lo mejor posible.

La puerta resonó y se abrió, revelando una habitación forrada de monitores. Brotaban de las paredes y el techo sobre soportes estrechos, como flores electrónicas rectangulares floreciendo entre enredaderas de cables. En medio de aquella jungla digital, en un círculo irregular de teclados que sobresalían de las paredes, un hombre estaba sentado en una plataforma giratoria. Su ropa, una camiseta sucia de manga larga y unos pantalones de trabajo que habían conocido días mejores, colgaba de su delgada figura. Su pelo oscuro y desaliñado competía con su ropa por ver cuál duraba más sin lavar. Una nariz pequeña y una boca apretada combinadas con una mandíbula triangular hacían que su rostro pareciera pesado en la parte superior. Sus grandes ojos de iris marrones ardían con una intensidad maniática. Sus manos temblaban.

—Dámelo. —Saltó de su silla. Era más o menos de mi altura y pesaba quizá nueve kilos menos—. Dámelo.

Levanté la táser.

—Primero el trabajo.

Empezó a dar saltitos en el sitio.

—Lo necesito. Dámelo.

—Primero el trabajo.

—¡Dame! Dame, dame, dame, dámelo… —Se movía demasiado rápido, nervioso, temblando. Sus palabras empezaron a mezclarse—. Dámelozorradamedamelonenecesito…

—Primero el trabajo.

—¡Joder! —Bug giró sobre sus pies—. ¿Qué?

—Adam Pierce. Encuéntralo.

Levantó un dedo.

—Para calmar la ansiedad. ¡Una! ¡Una!

Le pasé el frasco a Mad Rogan, manteniendo la táser apuntando a Bug. Ya se había abalanzado sobre mí antes.

—Por favor, dale una pastilla.

Mad Rogan abrió el frasco. Una pastilla se elevó en el aire. Vaya. El control del hombre era espectacular.

La pastilla flotó hacia Bug. Él la atrapó en el aire, sacó un cuchillo de la funda de su cinturón, puso la pastilla sobre la mesa y cortó un tercio. Sus dedos temblaban. Recogió la sección más pequeña de la pastilla de la mesa y se la metió en la boca. Luego se quedó inmóvil, de puntillas, con las manos hacia abajo, como si hubiera estado a punto de emprender el vuelo. El temblor se detuvo. Se quedó completa y absolutamente quieto.

Mad Rogan me miró.

—Equzol —le aclaré.

El Equzol era un fármaco militar diseñado para equilibrarte. Si tenías sueño, te mantenía despierto; si estabas hiperactivo, te calmaba. Cuando lo tomabas, el mundo se volvía nítido. Lo veías todo, eras más consciente de lo que ocurría a tu alrededor, reaccionabas rápido y nada rompía tu concentración. Se suministraba a francotiradores y a conductores. Lo tomaban para no excederse con las correcciones o sucumbir a la fatiga, y una vez que

pasaba el efecto, dormían veinte horas seguidas. Se trata de una sustancia clasificada, pero mi madre aún conservaba algunos contactos.

Bug abrió los ojos. La extraña histeria nerviosa seguía en él, pero se había mitigado, encogiéndose para descansar en lo más profundo de su ser.

—Se han callado —dijo Bug con tono suave y sonriendo.

Señalé el frasco con la cabeza.

—Adam Pierce.

Bug se deslizó en su asiento y se subió las mangas de su camisa oscura y sucia de manga larga. Docenas de pequeños puntos le marcaban los antebrazos, cada uno era un diminuto tatuaje individual que se mezclaba en un diseño arcano. Sus manos volaron sobre media docena de teclados como si fuera un pianista virtuoso. El sonido de música *trance* llenó el espacio. Las pantallas se desplazaban demasiado rápido para seguirlas, las imágenes parpadeaban. Estaba accediendo a las cámaras de seguridad de las calles. Lo había visto hacerlo antes, y era un experto.

El rostro de Mad Rogan se había endurecido en una expresión fría y decidida. Sus ojos se volvieron despiadados.

—¿Qué ocurre? —le pregunté en voz baja.

—Es un enjambrista —masculló entre dientes.

—Sí.

—¿Cuánto tiempo lleva siéndolo?

—Tres años. Se vinculó a un enjambre dos años después de su alistamiento, y hace uno que salió de la Fuerza Aérea.

Mad Rogan miró fijamente a Bug.

—Debería estar muerto. Su esperanza de vida tras la vinculación es de dieciocho meses.

—Bug es especial.

Los enjambristas eran especialistas en vigilancia. Estaban vinculados por magia a lo que ellos mismos describían como enjambres. Estos no tenían manifestación física. Vivían de alguna manera dentro de la psique del enjambrista, permitiéndole dividir su atención en cientos de tareas independientes, como un río dividiéndose en estrechos arroyos. Los enjambristas procesaban

información a una velocidad sobrenatural. Muchos se sometían a la vinculación en el ejército, y la mayoría no seguían con vida dos años después. Los que se ofrecían voluntarios para el procedimiento estaban o bien enfermos terminales o tentados por una enorme bonificación que pagarían a sus familias. Bug había sobrevivido. Podría haber sido por su aislamiento, o tal vez simplemente estaba mejor preparado para ello que la mayoría, pero consiguió sobrevivir, salió de la Fuerza Aérea y se escondió aquí, lejos de todos.

Mad Rogan apretó los dientes. Eso hizo que su mandíbula pareciera aún más cuadrada.

—¿Te molesta? —pregunté.

—Me molesta que hagan eso a los soldados, que les expriman todo lo que pueden y luego los tiren como basura. La gente sabe que esto sucede y a nadie le importa una mierda. «Pérdidas aceptables» —pronunció las palabras como si le quemaran la boca.

Así que había algo de humano en el dragón después de todo.

Mi teléfono móvil sonó. Número oculto. Otra vez. Contesté:

—¿Sí?

—Hola, Copito de Nieve —ronroneó Adam Pierce en mi oído.

Luché contra el impulso de gritar al teléfono.

—Hola, Adam. —Lo puse en altavoz—. ¿Has decidido entregarte?

Mad Rogan pasó de la ira helada a la alerta depredadora en un abrir y cerrar de ojos.

—Depende. ¿Seguimos con la lujuria? Quiero decir, con el amor. Qué curioso que siga cometiendo ese error.

—Depende —respondí—. ¿Quieres que nos encontremos para hablar de ello?

—Ahora no —dijo Adam—. Estoy ocupado esta noche. Quizá más tarde.

—¡Lo encontré! —anunció Bug, presionando una tecla del teclado.

La pantalla parpadeó y mostró la misma imagen desde diferentes ángulos. Adam Pierce estaba en la esquina de una calle concurrida, con un teléfono en la oreja. Unos vaqueros desgastados se ajustaban a su trasero y largas piernas. Llevaba su característica chaqueta de cuero negro y botas negras. Frente a él se alzaba un edificio de diez plantas, con cristales ahumados atravesados por

franjas amarillas. A la izquierda, otro edificio, una torre alta y estrecha, ofrecía ventanas que se veían plateadas por los rayos del sol vespertino.

—¿Me buscabas? Qué tierno —habló Adam.

—¿Seguro que no quieres quedar?

—Sí. Enciende la televisión. Tengo algo que mostrarte.

La llamada se cortó. En la pantalla, Adam arrojó el móvil a la calle, se quitó la chaqueta, revelando una espalda desnuda y musculosa, y la dejó caer al suelo. Su cara aparecía en todas las noticias locales al menos una vez al día. Y allí estaba, a plena luz del sol, desnudándose en público. Alguien lo reconocería y seguro que llamaría a la policía. Maldita sea.

Adam avanzó hacia la intersección, ajeno al tráfico. Los neumáticos chirriaron cuando un sedán oscuro viró, intentando desesperadamente evitar atropellarlo. Levantó la cabeza. El aire a su alrededor crepitó, elevándose. Un recibo extraviado llevado por el viento revoloteó cerca y estalló en una llama blanca incandescente antes de caer convertido en ceniza.

Un anillo de fuego se encendió en el asfalto a su alrededor. Las brillantes llamas naranjas se precipitaron hacia fuera, extendiéndose en un patrón complejo. Un círculo arcano cobró vida. Debía de haberlo pintado en el asfalto con algún tipo de combustible.

—¿Qué es? —pregunté.

—No lo sé —gruñó Rogan—. Está sintonizado con el fuego. Puedo decirte que es un círculo de alto nivel. Está a punto de liberar mucho poder.

Adam se echó hacia atrás. Los músculos bien definidos se flexionaron y abultaron bajo su piel. Extendió los brazos, sus bíceps temblando por la tensión. Su cuerpo se congeló, cada músculo tenso, cada tendón preparado. Las chapas de un Jaguar verde aparcado en la calle a unos metros empezaron a derretirse.

—¿Dónde es esto? —preguntó Mad.

—En la esquina de Sam Houston con la calle Bear —respondió Bug.

A unos diez minutos de nosotros, cerca de la carretera de Sam Houston. Alrededor de Adam, el tráfico se detuvo. La gente salió de

sus coches y se quedó mirando.

—Haz *zoom* en la imagen —ordenó Rogan.

Bug tocó una tecla. La cámara se acercó a Adam. Sus ojos habían desaparecido. En su lugar, un infierno amarillo ardiente miraba al mundo. Una nueva forma translúcida se superponía al cuerpo de Adam, brillando aquí y allá con un naranja profundo y ardiente. De sus manos brotaban fantasmales garras angulares de treinta centímetros, como si se hubiera puesto unos guantes demoniacos de cristal. Picos curvos translúcidos le brotaron de la columna.

—Maldito imbécil —gruñó Mad Rogan—. Sé lo que es esto.

Entre los dedos abiertos de Adam se formaron bolas de fuego brillantes, incandescentes, que giraban con rojo y amarillo.

—Es Hellspawn —aclaró Rogan—. Un hechizo de alto nivel específico de la Casa Pierce.

Los hechizos de alto nivel eran el resultado de generaciones de investigación y experimentación, y Adam Pierce estaba a punto de usar uno de ellos para causar estragos en medio de la ciudad. En ese momento, la Casa Pierce estaría teniendo un ataque de pánico colectivo.

Adam abrió la boca y vomitó un torrente de fuego contra el edificio oscuro. Los cristales se hicieron añicos y comenzaron a caer. El fuego atravesó el edificio. Parte de las llamas se dispararon hacia arriba, derritiéndolo todo en una columna de fuego.

La gente gritaba. Las alarmas de incendios aullaban. La columna de fuego se elevó más alta, era el poder desenfrenado de un principal fuera de control.

Un camión de bomberos bajó por la calle, viró para evitar a Adam y entró en el aparcamiento del edificio plateado. Qué extraño.

—¿Has visto eso? —pregunté.

—Sí. —Rogan se centró en el camión de bomberos.

Las puertas del vehículo se abrieron. Personas con trajes de bombero saltaron y se dirigieron hacia el edificio con paso decidido.

—¿Por qué evacuar ese edificio en lugar del que está ardiendo? —pensé en voz alta—. ¿Puedes acercar la imagen?

Bug tecleó con rapidez. Tres de sus pantallas se aproximaron a un equipo de bomberos.

Dos de ellos llevaban hachas. Los otros tres portaban rifles. No había ninguna razón concebible para que los bomberos llevaran rifles. Cuando la gente se enfrentaba a la posibilidad de quedar atrapada en un edificio en llamas, entraba en pánico. Por eso dedicábamos mucho tiempo a enseñar a los niños a no cuestionar nunca lo que dijera un hombre con traje de bombero. Nos habían enseñado desde muy pequeños a no pensar, sino a obedecer ciegamente cualquier orden que nos diera un bombero, porque su labor era salvarnos. Si un bombero decía que había que evacuar, corríamos hacia la salida más cercana.

Como si fuera una señal, las puertas del edificio se abrieron y gente vestida con ropa de oficina salió corriendo.

El rostro de Mad Rogan se tornó sombrío.

Adam Pierce era una distracción. El verdadero objetivo estaba en ese edificio, y los bomberos con rifles iban a por él.

Las pantallas se oscurecieron.

—¡Maldita sea! —gritó Bug—. Alguien ha inutilizado las cámaras a nivel de calle. Dejadme buscar otro ángulo…

Las pantallas parpadearon, aún oscuras.

—Tampoco hay cámaras en el otro lado de la manzana. —Las cejas de Bug se juntaron—. Malditos cabrones.

Mad Rogan me cogió la mano.

—Ahora sí que tenemos que irnos. Vamos.

—¡El Equzol primero! —exigió Bug.

Le lancé el frasco y él lo atrapó al vuelo.

—¡Napoleón, fuera!

El perro saltó del cojín y salió corriendo de la habitación. Lo seguí.

Mad Rogan le dictó un número de teléfono a Bug.

—Consigue ojos dentro de ese edificio y te conseguiré el doble de tus píldoras de la felicidad.

Corrimos por los pasillos, con cuidado de no tropezar con nada. Mad Rogan se puso el móvil en la oreja.

—Necesito la lista de empresas del rascacielos en la esquina de Sam Houston con la calle Bear. Planos, propietarios, envíame todo.

—¿Crees que Adam es una distracción?

—Sí, y una buena.

Salimos corriendo al puente de madera. Algo destelló en una ventana del edificio frente a nosotros, reflejando el sol. Agarré el brazo de Mad Rogan y tiré de él hacia mí. Sonó un disparo.

—¿Dónde? —preguntó Rogan.

—Última planta, esquina izquierda.

Un trozo de hormigón del tamaño de un balón de baloncesto salió disparado desde el montón de escombros y se estrelló contra la ventana oscura. Un grito ahogado resonó por el edificio.

Corrimos por el puente.

—Crown Tech —dijo una voz masculina desde el móvil de Mad Rogan—. Emerald Drilling, Palomo Industries, Powell Piping Technologies, Bickard, Stang y Asociados y Reisen Information Services Corporation.

Mad Rogan colgó.

—¿Eso te dice algo? —pregunté.

—No.

Delante, un patrón dibujado cruzaba el puente, hecho con tiza y carbón. No estaba allí cuando habíamos pasado antes. Mad Rogan frunció el ceño. Las tablas con el patrón se rompieron. Un destello de niebla verde maloliente se elevó en el aire. Él saltó sobre el hueco. Lo seguí.

—Creo que están intentando matarme —dijo Mad.

—Has entrado en el Foso y los has humillado en su propio territorio. Por supuesto que intentan matarte. Acostúmbrate.

El puente se estremeció bajo nuestros pasos. Corrimos a través de la isla y hacia el puente de salida.

Delante, el sol se reflejó en un largo destello horizontal justo a la altura de la garganta de Rogan.

—¡Cable!

—Lo veo. —Sacó un cuchillo de sus vaqueros y lo cortó.

Se partió, enrollándose los dos extremos hacia los lados. Corrimos puente abajo hasta el aparcamiento y saltamos al Range Rover. Mad Rogan salió del aparcamiento tan rápido que el coche casi se inclinó. Me sujeté a la manilla de la puerta por puro instinto de supervivencia.

—Si está usando Hellspawn, puede que no podamos atraparlo.

—¿Qué? —pregunté.

—El Hellspawn crea espacio nulo.

—Para profanos, por favor.

—La cantidad de magia que está usando es tan alta que el límite del círculo en el que está no existe en nuestro plano físico.

—¿Cómo puede no existir? ¿Qué significa…? —Un diminuto cuerpo gris se cruzó frente al Land Rover—. ¡Una ardilla!

Mad Rogan dio un volantazo, intentando evitar a la bestia suicida. El todoterreno golpeó un bordillo y saltó. Durante un aterrador segundo, casi volamos, ingrávidos. El corazón se me subió a la garganta. El pesado vehículo aterrizó de nuevo en el pavimento con un golpe seco. La ardilla saltó hacia la hierba del otro lado.

Recordé respirar.

—Gracias por no matar a la ardilla.

—De nada, aunque ahora quiero regresar y estrangularla. —Cogió una rampa hacia la interestatal—. Volviendo a los círculos arcanos. El límite del círculo es donde nuestra realidad física se encuentra con el reino arcano, el lugar del que obtenemos los enjambres para los enjambristas, por ejemplo. Es un pequeño agujero en nuestro espacio. Nada puede penetrar el círculo mientras el espacio nulo está activo. Puedes pararte en la calle y lanzarle granadas a Pierce, y simplemente rebotarán.

«Ya veremos».

Mientras el Land Rover avanzaba por la interestatal, una conversación imaginaria entre Adam y yo se reproducía en mi cabeza. «Hola, Adam. ¿Prendiste fuego a mi casa? ¿Intentaste matar a mi abuela? Dijeron que tenía que entregarte vivo. No dijeron nada sobre en qué condiciones».

Tal vez podría hacerlo de nuevo, eso que hice con Mad Rogan: inmovilizar a Adam y obligarlo a responderme. Apuesto a que podría. Solo pensar en mi abuela Frida me hacía temblar.

Mad Rogan cogió la salida y miré el reloj. Cuatro minutos. Habíamos llegado en tiempo récord.

Delante, la calle se extendía vacía de tráfico. En medio de la intersección, Adam Pierce escupía un torrente de llamas al rojo vivo

contra el edificio. Dos montones que antes fueron coches se derretían lentamente a unos metros de él.

Mad Rogan pisó el freno y el Land Rover se detuvo con un chirrido.

—Acércate más, por favor. —Cogí mi arma.

—Demasiado caliente. Mira.

El pavimento justo fuera del círculo de Adam se había vuelto oscuro y blando. Estaba derritiendo el asfalto.

Salté del coche. El calor me golpeó, bloqueando mi camino como una pared.

Una puerta del coche resonó cuando Mad Rogan saltó del vehículo.

Un poste metálico que sostenía una farola se partió por la mitad y voló como una lanza hacia Adam Pierce. El poste golpeó el círculo y rebotó, girando de vuelta hacia nosotros por el aire. Tragué saliva. El poste se invirtió y golpeó el límite invisible del círculo mágico de Adam, rechinando contra él.

Mad Rogan hizo una mueca.

La barra cayó al pavimento haciendo un ruido estrepitoso.

—Espacio nulo —dijo Rogan—. Vamos.

Podía ver a Adam. Estaba justo allí. Argh.

—¡Nevada! Estamos perdiendo el tiempo.

Justo allí.

Pero los bomberos y Adam estaban trabajando juntos. Si conseguíamos lo que buscaban los bomberos, Adam vendría a nosotros.

Dimos media vuelta y saltamos de nuevo al Land Rover. Mad Rogan giró bruscamente a la izquierda, rodeando los edificios, dirigiéndose hacia la torre plateada. Condujo hasta los escalones delanteros y aparcó, luego bajamos. En el momento en que pisé los escalones de piedra que conducían a la puerta, un dolor de cabeza cegador me atenazó el cerebro y lo apretó como un tornillo, cada vez más fuerte. Di otro paso en la escalera. La entrada ondeó frente a mí, distorsionada. El dolor me arañaba el interior del cráneo. Tuve la absurda sensación de que mi cerebro se había hinchado como un globo de agua inflado en exceso y que estaba a punto de estallar.

—Tienen un mago bloqueando la puerta. —Mad Rogan retrocedió hacia el pavimento y corrió hacia la derecha, mirando su teléfono.

Lo seguí. Tan pronto como dejé la escalera, el dolor de cabeza desapareció. Era un buen poder. Si yo lo hubiera tenido, no habría necesitado poner una escalera retráctil para mi habitación.

A lo lejos sonaron sirenas. Los servicios de emergencia estaban en camino, lo que significaba que los falsos bomberos en el edificio acelerarían lo que estuvieran haciendo para poder escapar antes de que llegaran. Teníamos que encontrar una entrada, y teníamos que encontrarla ya.

Como los bomberos habían dejado a alguien cubriendo la entrada principal, era muy probable que aún se hallaran en la primera planta. Su equipo era pequeño. Si su objetivo estuviera en otro piso, no habrían dejado a nadie cubriendo la entrada principal; todos habrían ido a ese piso. Sin embargo, habían dejado a un guardia, así que probablemente todos estaban en la primera planta, y armados, lo que significaba que defenderían las entradas laterales. Eso nos dejaba las ventanas, pero la planta baja de la torre era de piedra maciza, y la primera fila de ventanas comenzaba a unos cinco metros y medio del suelo.

—¡Esperarán que entremos por las salidas laterales! —grité.

—Por eso no vamos a entrar por ahí. —Mad Rogan me mostró un plano en su teléfono—. Hay cinco formas de acceder al vestíbulo: entrada principal, dos salidas laterales, ascensor y una escalera interior.

—Perfecto. —Habían evacuado el edificio, así que no esperarían que fuéramos por la escalera interior—. Ahora solo tenemos que entrar.

Mad Rogan señaló un par de contenedores industriales verdes. Se deslizaron por el pavimento hacia nosotros. El primero chocó contra la pared. Mad se esforzó y el segundo se elevó en el aire y aterrizó encima del otro. Juntos, tenían la altura suficiente para permitirnos alcanzar las ventanas del segundo piso.

Me agarré al primer contenedor y subí. Bolsas negras y blancas lo llenaban casi hasta el borde, y tuve que cruzar para llegar al segundo contenedor. Di un paso y me hundí hasta las rodillas. La

bolsa superior reventó y una tonelada de lasaña en mal estado se derramó sobre mis pantalones. El hedor de la salsa de tomate agria me inundó. Puaj. De toda la basura de aquel enorme edificio, tenía que pisar una bolsa llena de comida. Maldita sea.

Bueno, me olerían llegar.

Me abrí paso entre las bolsas hasta el segundo contenedor, subí, saqué mi pistola y golpeé la culata contra el cristal. Se hizo añicos. Aparté los fragmentos y entré.

Una sala de conferencias: una mesa larga, sillas y una pantalla plana en la pared. Mad Rogan entró detrás de mí, sacó su teléfono y me lo mostró. Un mensaje de texto de un número oculto con un enlace. Hizo clic en él. Un vídeo granulado llenó la pantalla, mostrando el vestíbulo de un edificio, con un suelo grisáceo pulido y dos filas de columnas anchas. En la parte superior de la imagen, la entrada principal de cristal dejaba entrar la luz del sol en el suelo. Un hombre con equipo de bombero se apoyaba contra la pared cerca de ella con un rifle en las manos. Debajo de él, a la derecha, otro hombre armado se apoyaba contra una columna de mármol. Un poco más abajo, a la izquierda, justo después de los ascensores, tres personas estaban junto a la pared. Uno mantenía la mano contra el mármol, otro balanceaba un hacha, golpeando la pared debajo, y el tercero los cubría con el rifle. El vídeo se detuvo, tenía apenas cinco segundos de duración. Bug había cumplido.

Fuera lo que fuese lo que querían se hallaba en la pared. El hombre con la mano en el mármol tenía que ser un rastreador. Los rastreadores tenían mayor sensibilidad a la magia y podían localizar un objeto mágico incluso a través de la piedra.

—La escalera nos dejará aquí. —Mad Rogan señaló la esquina inferior izquierda de la pantalla.

Estaríamos a la vista de los tres hombres armados.

—¿Eres a prueba de balas?

—No, pero la puerta metálica que bloquea la escalera probablemente sí lo sea. ¿Tienes tu Ruger?

Saqué la pistola de su funda.

—Sostendré la puerta como escudo, pero tendrás que disparar tú.

—¿Por qué no puedes simplemente cortarlos en pedazos como hiciste con ese palillo?

—Porque mi magia telequinética no funciona en seres vivos. Puedo lanzar algo metálico lo suficientemente rápido como para cortar a un oponente en pedazos. Puedo arrojarle una tabla, porque la madera cortada está muerta. Puedo ahogarlo con su propia ropa si está lo suficientemente suelta. Pero no puedo cortar un cuerpo sin más.

Oh.

—Entonces, ¿la mejor manera de luchar contra ti es desnudarse y atacar?

Sus ojos brillaron con una luz maliciosa.

—Sí. Deberías intentarlo y ver qué sucede.

Bueno, había caído yo sola en esa trampa.

—Podría intentar cortar los cañones de sus armas, pero considerando la distancia, necesitaría varios segundos para apuntar, y probablemente nos dispararían. Así que haré un escudo, pero el resto depende de ti. Soy un tirador mediocre.

Me recliné.

—¿Humildad? No sabía que la tuvieras.

—No. Se llama honestidad. No soy muy bueno con las armas. Normalmente no llevo una.

La pila de escombros que había enterrado a Peaches apareció en mi mente. No es que la necesitara.

—Menos mal que traje la mía, entonces.

—Nevada —me dijo.

El sonido de mi nombre en sus labios me cortocircuitó el cerebro. Todos mis pensamientos se detuvieron. Maldita sea. Tenía que superar eso, y rápido.

—Estos hombres están bien entrenados.

Por supuesto que lo estaban. Se habían posicionado de manera que cada entrada estaba cubierta por al menos dos líneas de fuego cruzadas. Sin importar por dónde entráramos, al menos dos de ellos podrían dispararnos desde diferentes ángulos.

—Si entramos ahí, nos dispararán. No dudarán, lo harán por instinto. Es su segunda naturaleza, un reflejo, como detenerse ante

un semáforo en rojo.

—Ajá. —«Qué bien que estuviera él para explicármelo. Jamás lo habría descubierto por mí misma».

—Tendrás que dispararles. ¿Será un problema?

—Solo hay una manera de averiguarlo.

Empujó la puerta para abrirla. Un pasillo vacío se extendía ante nosotros.

Corrimos por el pasillo, pasando los ascensores. Me detuve y presioné el botón de bajada. Una distracción nunca estaba de más.

Las puertas del ascensor se abrieron con un timbre.

—Buena idea. —Mad Rogan entró, presionó el botón del vestíbulo y salió.

Corrimos hasta el final del pasillo donde un gran letrero decía SALIDA. Detrás de nosotros, las puertas del ascensor sonaron mientras comenzaba su descenso al vestíbulo. Con suerte, estarían todos mirando al ascensor en lugar de las escaleras.

Bajamos corriendo por estas. La sangre me corría por las venas, el corazón me latía demasiado fuerte y demasiado rápido.

Si no les disparaba, ellos me dispararían a mí.

Nunca había matado a nadie.

Las escaleras terminaban en una gran puerta. Un hombre canoso con uniforme oscuro de guardia de seguridad yacía bocabajo en el rellano frente a ella. La parte posterior de su cabeza tenía un enorme agujero rojo y húmedo.

No, no dudaban en disparar. Para nada. Habían matado a ese hombre. Probablemente el padre de alguien, el abuelo de alguien… Esa mañana se había levantado y desayunado para luego ir a trabajar, y ahora yacía bocabajo, solo y frío. Nunca volvería a levantarse. Nunca volvería a hablar, nunca abrazaría a nadie, nunca volvería a sonreír. Lo habían matado y lo habían dejado allí.

Tenía que detener a Adam Pierce. No solo porque lo perdería todo si no lo hacía, no solo porque había intentado matar a mi abuela, sino porque ahora mismo estaba fuera, escupiendo fuego sin importarle a cuánta gente pudiera herir. La manera más rápida de detener a Adam sería conseguir aquello que buscaba.

Estaba haciendo lo correcto.

Mad Rogan se acercó a la puerta, con los pies separados a la altura de los hombros y las manos levantadas.

No estaba preparada. No estaba preparada…

—Apunta a una zona vital —me susurró.

Y un cuerno…

—¿Lista?

No. No lo estaba. Quité el seguro de la Ruger. El arma me pesaba en las manos. Era pesada y fría.

—Vamos —me indicó.

La puerta se proyectó hacia delante, a quince centímetros del suelo, y giró hasta quedar horizontal, como la superficie de una mesa.

Había tres hombres armados, uno directamente enfrente, otro a la derecha junto al ascensor, el tercero a la izquierda junto a una columna.

Los hombres se apartaron del ascensor y se giraron hacia nosotros. Apunté al que estaba más cerca —todo parecía tan lento, imposiblemente lento— y apreté el gatillo. El arma rugió. La bala rebotó en las puertas del ascensor con un sonido metálico. Apunté de nuevo y disparé el segundo tiro. La cabeza del hombre se echó hacia atrás. Me giré a la izquierda y disparé al otro que estaba junto a la columna. El primer disparo le dio en el cuello, el segundo en la parte inferior de la cara, justo en la boca.

El tercer hombre armado abrió fuego. La puerta giró, se puso en vertical de nuevo e hizo de escudo. Las balas golpeaban contra ella.

Mad Rogan me cogió de la mano y me arrastró hacia una columna a nuestra izquierda. Corrí con él, protegida por la puerta, y pegué mi espalda al frío mármol. La lluvia de balas nos siguió.

Todo debió de durar un segundo, quizá dos.

Acababa de matar a dos personas. Era mejor que no pensara en ello…

Mad Rogan me miraba boquiabierto, con una expresión de total asombro. Me habría reído si hubiera podido.

—Mi madre era francotiradora —logré decir—. Sé disparar correctamente.

El flujo de balas cambió de dirección. El hombre se acercaba.

La puerta giró alrededor de la columna, flotando frente a nosotros.

—Cúbreme —me pidió Mad y me guiñó un ojo.

Me incliné hacia la izquierda y disparé en ráfagas cortas a la pareja que estaba junto a la pared. Bum, bum, bum. Se agacharon tras una columna. La mujer rastreadora levantó una pistola y respondió al fuego. Las balas rasgaron el aire junto a mí. Me oculté tras la columna, saqué el arma y disparé en su dirección. Bum, bum, bum. Vacío. Expulsé el cargador, cogí el de repuesto del bolsillo y lo coloqué. Diez balas más. Era todo lo que tenía. La próxima vez que fuera a algún sitio con Mad Rogan, llevaría una de esas cartucheras que usan las estrellas de acción cuando expulsan terroristas de las junglas.

Mad Rogan se lanzó hacia la izquierda.

Disparé de nuevo, el arma escupía balas y truenos. Bum, bum. Ocho balas.

Alguien gritó. El fuego de rifle cesó, interrumpido por el sonido de cristales rotos. Mad se agachó tras la columna junto a mí.

—¿Dónde está la puerta? —pregunté.

—Fuera.

Me asomé desde detrás de la columna. El hombre sacó algo de la pared. La mujer extendió los brazos, adoptando la familiar postura de maga. Oh, no, eso sí que no. Le disparé dos veces, las balas perforando el aire en rápidas ráfagas gemelas. Una densa cortina de humo se alzó frente a ella y mis balas desaparecieron. Me quedaban seis balas.

Había una entrada lateral justo detrás de ellos. Estaban a punto de separarse.

Las balas atravesaron la cortina de niebla desconchando la pared detrás de mí. Ni el hombre ni la mujer podían ver a través del humo.

Mad Rogan corrió hacia la entrada lateral.

Por delante, el hombre surgió del humo con un cuchillo en la mano. Mad Rogan embistió contra él. Bloqueó el brazo derecho del hombre con su antebrazo izquierdo y le golpeó la nariz con la mano derecha. El hombre se tambaleó hacia atrás. Rogan lanzó una

patada. Su pie se estrelló contra el costado del hombre, justo en el hígado. El bombero se sujetó el costado y cayó al suelo.

Quedaba claro que pelear contra él, desnudo o no, era una idea pésima.

Una bala pasó rozándome. Me eché hacia atrás. La mujer saltó del humo y se estrelló contra mí. El cañón de su arma apareció ante mí, oscuro e imposiblemente grande. El mundo se redujo a ese cañón.

Le agarré la muñeca y me aferré a ella, poniendo todo mi peso, intentando arrebatarle el arma. Me tiró hacia ella y lanzó su mano derecha. El dolor me atravesó el antebrazo. Vislumbré un cuchillo. Le golpeé la cara con el arma, pero se apartó y me cortó en el costado. Un dolor punzante me atravesó las costillas. Era más fuerte que yo y estaba mejor entrenada. Durante una fracción de segundo nuestras miradas se cruzaron, y vi un cálculo frío en sus ojos. Me mataría.

Algo instintivo se activó dentro de mí. La magia estalló en dolor en mi hombro, bajó hasta las puntas de mis dedos y explotó en un relámpago espumoso sobre la mano de la mujer.

Sus ojos se pusieron en blanco.

Dolía. Dolía muchísimo. Mi pecho se estremeció. Era como si cada nervio de mi brazo se hubiera soltado, deshilachado de agonía.

La mujer temblaba bajo mi agarre. La magia nos unía, el dolor nos ataba.

Solté los dedos, cortando la conexión.

Se desplomó en el suelo. La espuma le resbalaba por la boca. Se estremeció una última vez y quedó inmóvil.

—Estás llena de sorpresas —gruñó Mad Rogan junto a mí.

El dolor se fue atenuando, un eco sordo de la abrasadora agonía. Mi brazo derecho estaba teñido de rojo por la sangre.

—¿Estás bien? —me preguntó.

La mujer en el suelo no se movía. No parecía que respirara. Dios. Me agaché junto a ella y le busqué el pulso. Nada. No pretendía… No, aunque sí.

Mad Rogan se acercó y me levantó suavemente el brazo para examinar el corte de cinco centímetros.

—Es superficial. Vivirás.

Tenía los labios entumecidos, pero me forcé a hablar:

—Gracias, doctor.

Me enseñó una gran pieza de joyería tachonada de pequeñas piedras pálidas, cada una del tamaño de una semilla de granada. Parecían dos bucles ovalados alargados, uno encima del otro, como si un niño hubiera intentado dibujar una hamburguesa y se hubiera olvidado de dibujar la mitad superior del pan. Una pieza recta, tachonada con las mismas piedras, atravesaba verticalmente el centro de los dos bucles. En el centro, la pieza recta se ensanchaba formando un anillo del tamaño de mi dedo índice y pulgar juntos. Si se trataba de un broche, era el diseño más extraño que había visto nunca.

—¿Es esto lo que buscaban?

Mad Rogan asintió con la cabeza.

—¿Qué es?

—No tengo ni idea. ¿Por qué no se lo preguntas a él?

Miré hacia donde el último bombero se desplomaba contra la pared, agarrándose el costado. De acuerdo. Podía hacer eso. No requería que matara a nadie.

Me acerqué y me agaché junto al bombero. La respiración le salía en jadeos entrecortados.

—¿Qué le has hecho? —pregunté a Mad.

—Le di una patada en el hígado y luego le rompí dos costillas. Vivirá si los sanitarios llegan en los próximos diez o quince minutos.

Levanté la pieza de joyería.

—¿Es esto por lo que vinisteis?

Me miró fijamente. Me concentré, intentando recrear el lazo de magia que había atrapado a Mad Rogan y le había arrancado las respuestas. No pasó nada.

—Oblígalo a contestar.

—Lo estoy intentando —respondí.

Mad Rogan cogió el cuchillo que la mujer había dejado caer.

—Siempre podemos recurrir al plan B.

—Dame un minuto.

—Nevada, estás perdiendo el tiempo. —Su voz se volvió fría y precisa—. Sé útil por una vez.

¿Útil? Capullo…

—Estoy harto de cargar contigo.

No sentí nada removerse en mi interior.

—Haz algo, no te quedes ahí sentada.

—¿Nunca te han dicho que eres un capullo?

Mad Rogan hizo una mueca:

—Por lo visto, la ira no es lo que te activa, y no tenemos tiempo para averiguar qué es. En fin.

Mad clavó el cuchillo en la pierna del hombre. El bombero gritó.

Me estremecí.

—¿Es esto lo que viniste a buscar? —ladró Mad Rogan.

—Sí.

Verdad.

—¿Es magia? —pregunté.

—No.

—Mentira —dije.

Mad Rogan extrajo el cuchillo y volvió a clavarlo en la pierna del hombre. Este aulló.

—Seguiré cortándote hasta que tu pierna se convierta en carne picada —amenazó Rogan—. Después te pondré un torniquete y empezaré con la otra. Responde a sus preguntas o nunca volverás a caminar.

—¿Trabajas con Adam Pierce? —continué interrogando.

—No.

—Mentira.

Mad Rogan apuñaló de nuevo la pierna del hombre.

—¿Para qué sirve esto? —pregunté.

El hombre me miró fijamente.

Mad Rogan le clavó el cuchillo otra vez, de forma metódica, con calma, el cuchillo entrando y saliendo, entrando y saliendo…

—¡Abre la puerta a la iluminación! —gritó el hombre.

—Verdad.

Mad Rogan me miró.

Extendí los brazos.

—¿Qué hora es? —gimió nuestro rehén.

Miré el reloj electrónico sobre el ascensor.

—Las cinco y treinta y nueve. No, espera, las cinco y cuarenta.

El hombre sonrió.

—Tres…

Mad Rogan se dio la vuelta.

—Dos…

Luego se abalanzó sobre mí, derribándome.

—Uno…

Una enorme bola de fuego estalló desde la entrada lateral. Las llamas anaranjadas hirvieron, precipitándose hacia nosotros. El calor me abrasó la cara.

«Se acabó —cruzó por mi mente—. Estoy muerta».

El suelo se alzó y nos tragó por completo.

Capítulo 10

Me encontraba tumbada de lado. La oscuridad me rodeaba.

Un brazo firme me envolvía. El cuerpo de alguien presionaba contra mi espalda, aferrándose al mío.

—¿Estoy muerta?

—No —contestó Mad Rogan.

Mad Rogan me estaba abrazando haciendo la cucharita. El pensamiento atravesó mi mente. Intenté apartarme. Mi pecho encontró roca dura. Mi espalda se topó con una superficie igual de dura, que tenía que ser su torso. No había ningún sitio al que apartarse.

—¿Qué ha pasado?

—Bueno, debieron de colocar un explosivo para cubrir su huida. Detonó.

—Eso lo entiendo. Explícame la parte de no haber muerto. —También la parte del abrazo. Me estaba tocando. Dios, me estaba tocando.

—No había tiempo para escapar, así que rompí el suelo y lo coloqué sobre nosotros. —Su voz sonaba tranquila, casi íntima.

Sonaba tan razonable, como si fuera lo más normal del mundo. Rompí el mármol y luego construí un refugio sobre nosotros en una fracción de segundo. Nada importante. Lo hago todos los días. Solo pensar en la cantidad de magia necesaria para hacer eso me hizo estremecer.

—Hubo una explosión —continuó Mad—. Algunos escombros cayeron sobre nosotros. Tuve que mover algunas cosas, pero ahora

está relativamente estable.

—¿Podrías moverlas para que podamos escapar?

—Estoy agotado —admitió con tono calmado—. Mover varios miles de kilos de rocas me ha dejado sin energía. Necesito tiempo para recuperarme.

Así que había un límite para su poder. Era bueno saber que ocasionalmente era mortal.

—Gracias por salvarme.

—De nada.

Mi cerebro finalmente asimiló sus palabras.

—Así que estamos atrapados bajo tierra con el edificio encima. —Estábamos enterrados vivos. El miedo brotó en mí.

—No todo el edificio. Estoy bastante seguro de que sigue en pie. Activé la baliza, así que mi equipo viene en camino. Es solo cuestión de sacarnos de aquí.

—¿Y si nos quedamos sin aire?

—Eso sería muy mala suerte.

—¡Rogan!

—Llevamos aquí unos quince minutos. Hay como medio metro cúbico de aire, aproximadamente lo que encontrarías dentro de un ataúd.

Lo mataría si alguna vez conseguía salir de aquel agujero.

—Somos dos y tu respiración está acelerada, calculo que eso nos daría para cerca de media hora. Pero si no estuviéramos recibiendo aire de algún lado, ya estaríamos sintiendo la acumulación de CO2.

Cerré la boca de golpe.

—¿Nevada? —preguntó.

—Intento conservar oxígeno.

Él se rio suavemente contra mi pelo. Mi cuerpo decidió que ese era un buen momento para recordar que su cuerpo estaba envuelto alrededor del mío y que era musculoso, duro y cálido, y que mi trasero estaba presionado contra su entrepierna. Acurrucada junto a un dragón. No, gracias. Déjenme bajar de este tren.

—Si sigues moviéndote así, las cosas podrían ponerse incómodas —susurró en mi oído, con voz acariciante—. Estoy controlándome

todo lo que puedo, pero pensar en béisbol solo sirve hasta cierto punto.

Me quedé paralizada.

Permanecimos quietos y en silencio.

—¿Qué es ese olor? —me preguntó Mad.

—Son mis vaqueros. Una bolsa de basura se rompió cuando trepé por el contenedor.

Pasó un minuto. Otro más.

—Entonces, ¿vienes mucho por aquí?

—Rogan, por favor, deja de hablar.

Rio entre dientes.

—El aire no está viciado. Nos llega oxígeno.

Tenía razón: el aire no estaba viciado. Al menos no nos asfixiaríamos. Desafortunadamente, seguía habiendo otros problemas, como estar enterrados vivos y estar apretada contra él.

—¿Puedes girarte para no estar presionado contra mí?

—Podría —dijo con voz divertida—. Pero entonces tendrías que tumbarte encima de mí.

Mi cerebro dijo: «¡NO!». Mi cuerpo exclamó: «¡Por favor!».

Me rendí y me quedé quieta.

Y esperé.

Enterrada.

Con toneladas de escombros encima.

Si algo cedía, nos aplastaría. Me esforcé por escuchar el más mínimo ruido de cosas moviéndose sobre nosotros.

Aplastados.

Con nuestros huesos crujiendo como cáscaras de huevo bajo el peso de piedra y hormigón y…

—¿Por qué te alistaste en el Ejército?

—Una pregunta simple, pero con una respuesta complicada —dijo él—. Cuando eres un principal, especialmente un heredero principal, tu vida deja de ser tuya una vez que te gradúas en la universidad. Se esperan ciertas cosas. Tu especialidad está predeterminada por las necesidades de tu familia. Se da por hecho que completarás tu educación, trabajarás para favorecer los intereses familiares, elijarás una pareja cuyo pedigrí genético tenga más probabilidades de

producir niños dotados, te casarás y tendrás dichos niños, al menos uno, pero no más de tres.

—¿Por qué no más de tres?

—Porque tiende a complicar el árbol genealógico y la división de bienes. Es la misma versión de siempre: ir a la escuela correcta, casarse con la persona adecuada, conseguir el trabajo apropiado. Excepto que en nuestro caso la magia lo dicta todo.

»El sistema permite cierto margen, aunque no mucho. En lugar de trabajar en sistemas de armas avanzadas como mi padre, podría haberme dedicado al negocio de reactores nucleares. En lugar de casarme con Rynda Charles, podría haberme casado con su prima, o podría haber buscado una novia de fuera como hizo mi padre.

Cuando saliéramos de aquí, tendría que buscar a Rynda Charles solo para ver cómo era ella.

—Mi camino estaba marcado. Era hijo único y principal. Alrededor de mi decimoctavo cumpleaños, me di cuenta de que estaba agotando mi tiempo libre más rápido que mis compañeros. Si alguna vez esperaba liberarme de mi cómoda jaula dorada, necesitaba encontrar a alguien lo suficientemente fuerte como para bloquear la influencia de mi familia. El Ejército cumplía los requisitos.

Mi memoria recordó sus palabras: «Me alisté porque me dijeron que podría matar sin ir a la cárcel y sería recompensado por ello».

—Y pudiste matar gente.

—Sí. No olvidemos eso. ¿Tu padre también estuvo en el Ejército?

—No. Mi padre nunca se alistó. La tradición militar en nuestra familia viene principalmente por el lado femenino.

Estaba haciéndolo otra vez. Ni siquiera podía verle la cara y sabía que lo estaba haciendo, esa mirada concentrada al escuchar, que te hacía querer seguir hablando y hablando solo para tener el beneficio de su atención. Su abrazo se ajustó ligeramente a mi alrededor, su cuerpo acunando el mío. No debía pensar en ello, no debía pensar en ello, no debía pensar en ello… Si me concentraba demasiado en eso, él podría sentirlo. Aún no tenía ni idea de qué tipo de telépata era o qué habilidades tenía.

—Tú tampoco lo hiciste.

—Mi padre murió cuando yo tenía diecinueve años. Alguien tenía que dirigir el negocio familiar. Mi madre no podía hacerlo, porque… por varias razones. Los demás eran demasiado jóvenes.

—¿Qué le pasó a tu padre?

Algo dentro de mí se encogió, retorciéndose de manera dolorosa.

—Tuvo un cáncer raro. Se llama tumor maligno de la vaina del nervio periférico. Un MPNST. —Cuánto odiaba esas cinco letras—. Tenía sarcomas, tumores malignos que se formaban alrededor de sus nervios. Estaban tan cerca de su columna que los médicos no podían extirparlos quirúrgicamente. Cuando todos los tratamientos tradicionales fallaron, pasamos a terapias experimentales. Luchó durante cuatro años, pero al final el cáncer venció. —Y el último año había sido tan horrible.

—¿Y te culpas a ti misma? —Su tono de voz era suave.

—No. Yo no le provoqué el cáncer. Ni siquiera sabía exactamente qué le habían diagnosticado. Solo había leído una carta de su médico que no entendía del todo. Me descubrió leyéndola y me hizo jurar que no hablaría de ello. Debería habérselo dicho a mi madre.

—¿Por qué no quería que nadie lo supiera?

Suspiré.

—Porque mi padre sabía que era terminal y sus posibilidades de recuperación eran inexistentes. Nunca se trató de curar el cáncer. Se trataba de comprarle un poco más de tiempo. Sabía que tendría un enorme coste emocional y financiero. Mi padre siempre quiso cuidar de la familia. Él… sopesó los costes y el dolor de someterse al tratamiento frente a un par de años más de vida y decidió que no merecía la pena. Cuando finalmente lo descubrimos, mi madre estaba tan enfadada con él. Yo estaba enfadada con él. Todos entramos en pánico. Lo presionamos para que se sometiera al tratamiento.

—Justo lo que él no quería. —Lo dijo como si entendiera a mi padre.

—Sí. Ganamos tres años. —Había mucho más.

Mi padre había dedicado su vida a levantar la agencia. En su mente, la veía como el medio para mantenernos, incluso a nuestros hijos. Un negocio familiar. La habíamos hipotecado a Montgomery

International Investigations para conseguir el dinero para la terapia experimental. En ese momento, el control de la agencia había pasado a mí. Las cuatro, mi madre, mis hermanas y yo, teníamos el veinticinco por ciento cada una, pero hasta que mis hermanas cumplieran dieciocho años, yo controlaba sus acciones. Nunca le dijimos a mi padre de dónde venía el dinero. Lo habría matado más rápido que cualquier cáncer. Ya había suficiente culpa para repartir. Nos empapábamos unos a otros con ella a cubos.

Sin importar lo que pasara, mantendría viva la agencia.

Algo arañó la piedra sobre nosotros.

Di un respingo.

—Tranquila. —Mad Rogan me acercó más a él, protegiéndome con sus brazos.

Su teléfono sonó.

¡Su móvil había sonado! Tenía señal. No podíamos estar tan profundo bajo tierra.

Mad Rogan deslizó el dedo por la pantalla.

—¿Sí?

—¿Comandante? —preguntó una voz femenina con tono serio.

—Al habla —respondió Rogan.

—Disculpe la demora, señor. Tuvimos que convencer a los servicios de emergencia para que nos permitieran acceder al lugar. Estamos justo encima de su señal. No parece una situación tan mala. Están bajo dos columnas destrozadas.

Para ser supuestamente un recluso, empleaba a mucha gente, y esa gente le hablaba en un tono muy respetuoso. Parecían ser exmilitares o expolicías. Probablemente ambos.

—¿La policía ha atrapado a Pierce? —pregunté a Rogan.

—¿Y Pierce? —le preguntó él a la mujer del teléfono.

—Ha desaparecido.

¿Cómo podía haber desaparecido? Estaba a plena vista, escupiendo fuego a una torre desde el medio de una intersección, y la policía estaba de camino. Deberían haberse abalanzado sobre él como una manada de lobos. ¿Cómo demonios había escapado?

—¿Permiso para comenzar la excavación, señor?

—Concedido —respondió Rogan.

Un zumbido mecánico de algún tipo de sierra motorizada rompió el silencio sobre nosotros. Un fino hilo de polvo de hormigón me cayó sobre el rostro. Cerré los ojos con fuerza.

—Bueno, sabía que tendrían que venir a buscarnos tarde o temprano —dijo Mad Rogan—. Pero no puedes decir que no lo hemos pasado de maravilla.

Llamé al timbre.

—De verdad que no tienes que esperar conmigo.

—Debo hacerlo —insistió Mad Rogan—. Tengo que entregarte en los amorosos brazos de tu madre, o podría dispararme.

Podría dispararnos a los dos de todos modos. Eran casi las ocho. La gente de Mad Rogan había tardado más de una hora en sacarnos y la policía nos había retenido para interrogarnos otra hora más. Mentimos. Esperar a que nos sacaran nos dio mucho tiempo para coordinar nuestra historia. Ni Mad Rogan ni yo teníamos relación alguna con Adam Pierce, así que ambos afirmamos estar en el edificio por negocios. La explosión había borrado casi por completo los cuerpos, y cuando le pregunté a Mad Rogan sobre el hecho de que hubiera balas de un arma registrada a mi nombre en los cuerpos y en los restos del vestíbulo, me dijo que él se ocuparía. Por lo que no mencioné haber disparado a nadie, él no mencionó haber golpeado a nadie con la puerta, y aprendí una diferencia crucial entre una persona normal como yo y un principal.

Cuando los policías llamaban «señor» a Mad Rogan, lo decían en serio. Él les contó lo sucedido y nadie lo puso en duda. Nunca antes la policía me había tratado con deferencia. En aquella ocasión lo hicieron, simplemente porque él estaba a mi lado. No sabía qué pensar sobre eso.

La gente de Mad Rogan había guardado la joya en una pequeña caja metálica y la habían llevado a su cámara acorazada. No me había opuesto. Si Adam y quien fuera que trabajaba con él decidían que lo querían de vuelta, el ejército privado de Mad Rogan estaba mejor equipado para repelerlos. Había sacado varias fotos y se las había enviado por correo a Bern.

La puerta se abrió. Me preparé.

Había examinado mi reflejo en el espejo lateral del Range Rover, sabía exactamente qué aspecto tenía. El rasguño superficial de cuchillo en mi línea del cabello había sangrado por toda mi cara. Las manchas de sangre se habían mezclado con polvo de roca, hollín negro y aceitoso de la explosión, y espuma ignífuga, que me había goteado por todas partes cuando la gente de Mad Rogan finalmente nos sacó del agujero. Mi pelo se había convertido en un desastre encrespado, y la espuma lo había cementado. Para colmo, la lasaña de mis pantalones había madurado y ahora emitía un olor similar al de un animal atropellado hacía días. Estaba ensangrentada, sucia y manchada de hollín. Mad Rogan no tenía mejor aspecto.

Mi madre me miró fijamente, luego a él, después a mí otra vez.

Levanté la mano.

—Hola, mamá.

—Adentro —ordenó mi madre—. Tú también.

—Él no necesita entrar —dije. No quería a Mad Rogan cerca de mi familia.

—Está cubierto de sangre. Que se lave al menos.

—Estoy segura de que tiene una ducha muy bonita en su casa.

—En realidad, estaría muy agradecido por la oportunidad de asearme —se pronunció él.

Mad Rogan se tocó la frente. Sus dedos se mancharon de sangre y hollín. De repente me pareció joven y desarmado, como uno de mis primos cuando estaban en problemas.

—Y algo de comer si pudiera ser. —Si exageraba más, podría hacer una audición para *Oliver Twist*. Mi madre no se lo tragaría.

—Ni siquiera tienes ropa limpia. —Me agarraba a un clavo ardiendo.

—Sí tengo —dijo Mad Rogan—. Siempre llevo una muda en el coche.

—Adentro —ordenó mi madre.

Conocía ese tono. Significaba que la discusión había terminado.

Entré. Mad Rogan cogió una bolsa de deporte del Range Rover y me siguió. Mamá cerró la puerta tras nosotros. Lo guie por la oficina hasta el pasillo. Examinó el almacén de izquierda a derecha,

empezando por la sala multimedia y la cocina; los dormitorios de las chicas construidos uno encima del otro, el de Catalina pintado de blanco por fuera, el de Arabella color carbón y cubierto con sus intentos de grafiti, principalmente con su nombre; las habitaciones de mi abuela y la *suite* de invitados; mi dormitorio y el baño sobre el cuarto de almacenaje en la esquina; la *suite* de mi madre, las habitaciones de los chicos; y, finalmente, la Cabaña del Mal. Los ojos de Mad Rogan se abrieron de par en par.

—Si haces daño a alguien de mi familia, juro que te mataré —le advertí.

—Lo tendré en cuenta.

Lo conduje a la *suite* de invitados.

Me llevó tres sesiones de champús y mucho frotar, pero cuando salí de mi habitación estaba limpia. El aire olía a beicon y tortitas. De repente me di cuenta de que estaba hambrienta.

Entré en la cocina y me encontré allí a Mad Rogan. Estaba sentado a la mesa, vestido con una camiseta azul y vaqueros, bebiendo café en una taza con un gatito gris. Llevaba el pelo oscuro peinado hacia atrás. Su mandíbula volvía a estar bien afeitada.

«Soy un dragón educado y nada amenazador con excelentes modales. Cuernos ocultos, cola escondida, colmillos tapados. Nunca haría nada cruel, como apuñalar a un hombre unas diez veces para que responda a una pregunta».

De alguna manera, aquella nueva versión de buenos modales daba más miedo que verlo destrozar a un hombre con sus propias manos. Después de lo que habíamos pasado, habría esperado encontrarlo encerrado en algún lugar oscuro, comiendo carne cruda, fumando sin parar, bebiendo algún tipo de bebida fuerte, como *whisky*, queroseno o algo así, y con sombríos pensamientos sobre la vida y la muerte. Pero no, allí estaba, encantador y despreocupado, bebiendo café.

Mad Rogan me vio y sonrió.

Y mi mente dejó de funcionar.

¿Cómo era posible que estuviera sentado en mi cocina?

Mi madre se apartó de los fuegos y me tendió un plato de tortitas. Lo cogí y lo puse en la mesa junto a una fuente de beicon. Mad

Rogan empujó la segunda taza de café hacia mí. Tenía un gatito naranja.

Abuela Frida entró en la cocina, seguida por Lina y Arabella.

—¡Huele a beicon! Penelope, ¿sabías que hay un hombre guapo en nuestra cocina?

Dios, allá vamos.

Mi madre hizo un ruido entre tos y gruñido.

—Bueno —continuó abuela Frida—, que alguien nos presente.

—Abuela, Mad Rogan. Mad Rogan, mi abuela —conseguí decir.

Los ojos de Arabella se agrandaron. Cogió su teléfono y empezó a escribir.

—Leon se va a mear encima.

—Para ya —gruñó Lina y se sentó en la silla junto a mí.

Mi abuela tomó asiento junto a Rogan.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó él.

—Bien, gracias. —Abuela Frida le dedicó una gran sonrisa.

Le pasé un plato a Rogan y me senté frente a él.

Leon entró corriendo en la cocina y se detuvo, con la mirada fija en Mad Rogan. Bern chocó con él, empujándolo hacia la habitación.

—Si no vas a comer beicon, apártate.

Arabella cogió tres trozos de carne del plato.

—¡Míos!

—Glotona —la acusó Lina.

—Tranquilos, hay más beicon. —Mamá sacó otra bandeja llena del horno.

Cogí una tortita, le puse beicon encima y le di un mordisco. Estaba esponjosa y deliciosa. Y, por alguna razón inexplicable, me entraron ganas de llorar.

—Por cierto —dijo Arabella—, puede que llamen del instituto. Se me olvidó mencionarlo antes.

Mamá se quedó parada.

—¿Por qué?

—Bueno, estábamos jugando al baloncesto y supongo que tiré de la camiseta de Diego. Ni siquiera recuerdo haberlo hecho. Y Valerie decidió que sería buena idea chivarse. La vi acercarse al entrenador y tirarle de la manga como si tuviera cinco años o algo así. Incluso le

pregunté a Diego si le importaba, y dijo que ni se había dado cuenta. ¡Es deporte! Me dejé llevar.

—Ajá —intervino mi madre—. Ve a la parte de la llamada del instituto.

—Le dije que los chivatos acaban mal. Y el entrenador dijo que había hecho una amenaza terrorista.

—Eso es estúpido —se metió Lina en la conversación, echándose hacia atrás su pelo oscuro—. Eso no es una amenaza, es solo algo que dice la gente.

—Los chivatos acaban mal. —Bern se encogió de hombros.

—Tu instituto es estúpido —opinó abuela Frida.

—Me dijo que tenía que disculparme y me negué; ella fue la que me delató, así que me enviaron a dirección. No es que me haya metido en un lío, pero quieren pasarme a la clase de Educación Física de otro grupo.

Bueno, podría haber sido peor. Al menos no había herido nadie.

El silencio se apoderó de la mesa. Frente a mí, Mad Rogan cortaba una tortita en trozos precisos y luego los devoraba de una manera que me resultaba familiar. Cuando mi madre volvía de permiso, comía así. En ese momento, ella se encontraba apoyada en la isla, observándolo.

—¡Eres Mad Rogan! —soltó Leon.

—Sí —confirmó el aludido con voz tranquila.

—¿Y puedes destruir ciudades?

—Sí.

—¿Y tienes todo ese dinero y la magia que dicen?

—Sí.

¿A dónde quería llegar Leon?

Mi primo parpadeó.

—¿Y tienes… ese aspecto?

Mad Rogan asintió:

—Sí.

Los ojos oscuros de Leon se abrieron de par en par. Miró a Mad Rogan y luego se miró a sí mismo. A los dieciséis años, Leon apenas pesaba cuarenta y cinco kilos. Sus brazos y piernas parecían palillos.

—¡No hay justicia en este mundo! —proclamó mi primo.

Solté una risita y casi me atraganté con la tortita. Mi madre esbozó una sonrisa.

—¿También sabes tocar la guitarra? —siguió interrogando Leon—. Porque, si es así, me mato ahora mismo.

—No, pero sé cantar un poco.

—¡Maldita sea! —Mi primo golpeó la mesa.

—Tranquilízate —le pidió Bern.

—Tú cállate. Eres del tamaño de un Pie Grande —dijo Leon señalando a Rogan—. ¿Lo estáis viendo? ¿Cómo es esto justo?

—Tiene dieciséis años —le expliqué a Mad—. La justicia es muy importante para él ahora mismo.

—Tienes tiempo —dijo Mad Rogan.

—Sí… —Leon negó con la cabeza—. No, en realidad no. Seguro que no sé cantar, y nunca tendré tu aspecto.

—Soy producto de una crianza selectiva calculada. Fui concebido porque sería bueno para mi Casa tener un heredero y porque los genes de mis padres marcaban las casillas correctas. Tú probablemente fuiste concebido porque tus padres se amaban.

—Según nuestra madre —dijo Bern—, fue concebido porque estaba demasiado borracha para acordarse del preservativo.

Mad Rogan dejó de masticar.

—Yo fui concebido porque mi madre se saltó la libertad bajo fianza. Su novio de entonces amenazó con llamar a la policía, así que tuvo que hacer algo para evitarlo —añadió Bern.

Genial. Justo el tipo de información que uno quiere compartir.

—La tía Gisela no es la mejor madre del mundo —comenté—. Hay una en cada familia.

—¿Y qué haces ahora? —Leon se inclinó hacia delante—. Dejaste el ejército y desapareciste. ¿Por qué?

—Leon —le llamó la atención mi madre.

—¿Es por la guerra? —preguntó Lina—. La gente en Herald dice que tienes estrés postraumático y que te convertiste en ermitaño como un monje por eso.

—O ermitaño o monje, no ambos —corregí por costumbre.

—En Herald también dicen que tienes cicatrices. —Arabella abrió mucho los ojos al decirlo.

—Sí, soy ermitaño. Principalmente me dedico a meditar —afirmó Mad Rogan—. También se me da muy bien regodearme en la autocompasión. Paso mis días sumido en la melancolía, mirando por la ventana. De vez en cuando una lágrima solitaria rueda silenciosamente por mi mejilla.

Arabella y Lina rieron al unísono.

—¿También acaricias una orquídea blanca contra tus labios? —añadió Arabella.

—¿Mientras suena música triste de fondo? —Lina sonrió.

—Quizá —contestó Mad Rogan.

—¿Tienes novia? —preguntó abuela Frida.

Me cubrí la cara con la mano.

—No —respondió él.

—¿Novio?

—No.

—¿Y qué tal…?

—¡No! —la interrumpimos mamá y yo al unísono.

—¡Pero si ni siquiera sabéis lo que iba a preguntar!

—No —repetimos de nuevo a la vez.

—Aguafiestas. —Mi abuela se encogió de hombros.

—Son las nueve —anunció mamá—. A la cama.

Leon señaló a Mad Rogan.

—Pero… ¡Está Mad Rogan!

—Pero tienes un suspenso en francés —replicó ella—. Recuperarás tus privilegios de trasnochar cuando apruebes.

—¡Pero…! —Leon agitó los brazos.

—No me hagas arrastrarte —gruñó Bern.

—¡Me pido primera la ducha! —Arabella se levantó de un salto.

Las chicas salieron de la habitación arrastrando a Leon con ellas. Abuela Frida, mamá, Bern, Mad Rogan y yo nos quedamos.

Mi madre se inclinó hacia delante:

—Nevada va tras Pierce porque no tenemos elección. No sé qué significa esto para ti. No sé si es orgullo o si simplemente estás aburrido. Sé que secuestraste a Nevada. La asustaste y la torturaste. Si vuelves a hacerle daño a mi hija, acabaré contigo, seas principal o no.

Bien, mamá. Seguro que está asustado.

Mad Rogan sonrió sin mostrar los dientes. Su mirada fría y depredadora apareció en sus ojos, el dragón despertaba y mostraba sus verdaderos colores.

—Gracias por invitarme a su encantadora casa y ofrecerme esta deliciosa cena. —Su voz sonaba tranquila y medida—. Como soy su invitado, siento cierto grado de obligación hacia ustedes, así que lo dejaré perfectamente claro, sargento. Sé quién es usted. He visto su expediente militar y la considero una amenaza potencial. Si vuelve a amenazarme, cambiaré su estatus de amenaza a definitivo y actuaré en consecuencia.

Había visto el expediente militar de mi madre. Su Casa había investigado nuestros antecedentes. Eso significaba que su pregunta sobre si mi padre había estado en el Ejército había sido una completa mentira. Probablemente conocía toda la historia de mi familia. Me había manipulado y yo había caído en su juego. Estúpida.

—Prefiero no matar niños —continuó Mad Rogan—. Pero no tengo ningún problema en convertirlos en huérfanos.

Verdad. Cada palabra. Lo decía en serio.

Bern parpadeó.

Mad Rogan bebió de su taza con el gatito gris.

—Además, considerando la habilidad de su hija con las armas de fuego, es probable que ella me dispare antes que usted.

Mi madre se volvió hacia mí:

—¿Qué pasó?

—No quiero hablar de ello —dije. Estaba intentando con todas mis fuerzas fingir que no había sucedido.

—Nevada… —insistió mi madre.

—No —contesté sin alzar la voz.

Una mancha oscura se extendía por la camiseta de Mad Rogan sobre sus costillas.

—Estás sangrando.

Él se miró y frunció el ceño.

—Déjame ver. —Me levanté.

—No es nada.

—Rogan. Levántate la camiseta —le pedí.

Se la subió, dejando al descubierto su costado. Un trozo de papel de cocina doblado le cubría las costillas inferiores sujeto con cinta adhesiva.

—¿Qué es esto? —Quería una explicación.

—Es un vendaje —respondió Bern.

—No, no lo es.

—Sí que lo es —dijo abuela Frida—. A veces te cortas el dedo y lo envuelves con papel bien apretado, le pones cinta adhesiva y listo.

—Tu padre solía hacer eso —me dijo mamá—. Te lo juro, es como si todos los hombres nacieran con ese conocimiento, o si recibieran alguna clase secreta sobre cómo hacerlo.

Les hice un gesto con la mano.

—¡Es papel de cocina! ¡Con cinta adhesiva! ¿De dónde has sacado la cinta?

Mad Rogan se encogió de hombros:

—Del armario bajo el lavabo de tu baño. Pensé que había dejado de sangrar.

—Pues no. ¿Cuándo te lo hiciste?

—Me golpearon algunos escombros durante la explosión.

—¿Te lo has desinfectado?

—Me he duchado.

—Bien. —Miré a mi madre—. Los dos tendréis que posponer el intento de averiguar quién es el más duro hasta que arregle esto. —Me di la vuelta y cogí un botiquín del armario de la cocina.

El móvil me vibró en el bolsillo. Lo saqué y lo encendí. Un mensaje de un número desconocido. Suspiré. Por supuesto.

Puse el teléfono sobre la mesa y abrí el mensaje. Una foto mía y de Mad Rogan rodeando la torre. En la imagen, se me veía con el rostro pálido y los labios fruncidos. Parecía que estuviera intentando no llorar, lo cual era extraño porque en ese momento ni siquiera estaba cerca de hacerlo. El rostro de Mad Rogan estaba girado, alejado de la cámara, con la cabeza inclinada mientras miraba las ventanas del segundo piso.

Un segundo mensaje apareció. Decía:

«¿Quién es ese tipo?».

Rogan miró el teléfono.

—Pierce.

Contesté al mensaje:

«¿Dónde estás?».

Adam Pierce no tardó en responder:

«Fuera de tu casa».

El corazón me latía con fuerza. Mad Rogan se levantó de un salto y corrió hacia la puerta. Mi madre se movió. No la había visto moverse tan rápido desde que dejó el ejército. Abuela Frida corrió hacia el garaje, Bern hacia la Cabaña del Mal, mientras yo perseguía a Mad Rogan. Lo alcancé junto a la puerta, me adentré en mi oficina y toqué el teclado. Una imagen térmica gris llenó la pantalla, dividida en cuatro partes, cada sección mostrando la vista desde un lado diferente de la casa: el aparcamiento y la calle frente al garaje en la parte trasera del almacén, los árboles a la derecha, la calle a la izquierda y la puerta principal, con el Range Rover de Mad Rogan aparcado junto a mi coche.

Contuve la respiración. Nada.

Mad Rogan se inclinó sobre mí. Su torso me rozó el hombro derecho.

En la pantalla, la noche se extendía fuera de la casa como una pintura al carboncillo que cobraba vida. Nada se movía. Ningún coche pasaba por delante de la casa. Si mi madre le metía una bala en el corazón a Adam Pierce, podíamos despedirnos de la agencia. Si venía a quemarnos vivos… No debería poder quemarnos vivos. El Hellspawn era un hechizo de orden superior. Lo habría dejado sin fuerzas como Mad Rogan se había quedado agotado. Al menos eso esperaba.

El intercomunicador del teléfono parpadeó en blanco. Lo pulsé.

—Hay tres personas en el edificio al otro lado de la calle —dijo Bern en voz baja.

La imagen en el monitor se centró en tres siluetas humanas blancas en el tejado del almacén del norte. Una de ellas aparecía tumbada en la típica postura de un francotirador.

—Son míos —dijo Mad Rogan en voz baja.

Esperamos. Los árboles susurraban suavemente en la brisa nocturna, apenas visibles en la pantalla.

El teléfono me vibró. Otro mensaje:

«Señora, aquí la policía. La llamada viene del interior de su casa».

¡Imbécil!

«¿Te he asustado?».

¡Aaaah!

Pulsé el intercomunicador.

—Acabo de recibir otro mensaje. Creo que está jugando con nosotros.

—No te muevas —me pidió mi madre.

Escribí «Imbécil» en mi teléfono.

«Ja. Saluda a tu nuevo amigo de mi parte».

En la pantalla, el Range Rover explotó. Algo golpeó la puerta y la pared hizo un estruendo enorme. El almacén tembló.

El intercomunicador sonó.

—¿Están los niños contigo? —preguntó mi madre.

—Sí —dijo Bern—. Están conmigo.

Las llamas se elevaron desde el cadáver metálico del Range Rover con un brillo deslumbrante. Salir fuera quedaba descartado. Seríamos blancos perfectos iluminados por ese fuego.

Nos sentamos, esperamos y observamos cómo ardía el Range Rover hasta que un camión de bomberos bajó por nuestra calle con las sirenas y las luces encendidas.

—Quítate la camisa. —Algo que nunca pensé que le diría al Azote de México.

Mad Rogan lo hizo y traté de no quedarme mirando. Los músculos se movían bajo su piel bronceada. No era más moreno que yo, pero el mío era un tono dorado rojizo y el de su piel tenía un matiz más intenso, más marrón. Estaba perfectamente proporcionado. Sus anchos hombros fluían hacia un pecho musculoso y definido que se estrechaba hasta su duro y liso abdomen. Las palabras «guapo» o «atlético» no le hacían justicia. Los bailarines o gimnastas eran

atléticos. Él tenía el tipo de cuerpo que debería haber pertenecido a un hombre de otra época, alguien que blandía una espada con ferocidad despiadada para proteger su tierra y corría por el campo hacia una muralla de guerreros enemigos. La forma en que se le marcaban los músculos era asombrosa.

Ni siquiera me había dado cuenta de lo grande que era. Como todos esos trajes que solía utilizar lo estilizaban y sus proporciones estaban tan bien equilibradas, parecía casi de tamaño normal. Pero en ese momento, sentado en mi silla de cocina, empequeñeciéndola, no había forma de ignorarlo. Su poder físico era abrumador. Si me agarrara, podría aplastarme. Pero no me importaba. Podría mirarlo toda la noche. No necesitaría dormir ni descansar. Podría quedarme sentada mirándolo. Y si lo miraba el tiempo suficiente, descartaría cualquier precaución, me acercaría y deslizaría mi mano sobre su poderoso cuerpo musculoso. Sentiría la fuerza de sus hombros. Lo besaría…

Y ya era suficiente.

Bajo toda esa belleza masculina y dura había frialdad, el tipo de frialdad que podía apuñalar a un hombre indefenso con un cuchillo, sentir la punta rozar el hueso y hacerlo una y otra vez sin inmutarse. Esa frialdad me asustaba. Mad Rogan, a diferencia de otras personas, raramente mentía. No sabía si era porque sabía que lo descubriría o si tan solo era su forma de ser. Cuando decía que te mataría, iba en serio. No hacía amenazas ni promesas falsas, exponía hechos, y cuando quería algo, hacía lo que fuera necesario para conseguirlo.

Abrí el botiquín y saqué gasas y esparadrapo.

Los bomberos se habían marchado, después de ahogar los tristes restos del Range Rover en espuma contraincendios. Era casi surrealista lo rápido que habían cesado sus preguntas después de que Rogan les dijera su nombre. Mi madre insistió en quedarse en el puesto de vigilancia que ella y mi abuela habían instalado mientras yo iba a hablar con Bug. Los niños se habían ido a dormir. Abuela Frida también. Uno de los hombres de Mad Rogan había venido personalmente a asumir la responsabilidad por no haber evitado la explosión. Cuando Arabella tenía dos o tres años, no le gustaba

meterse en problemas. No quería que nadie se enfadara con ella, y la tensión de esperar hasta saber la naturaleza exacta del castigo siempre era demasiado para ella, así que cuando hacía algo malo, anunciaba: «¡Me voy a castigar yo misma!», y se marchaba a su habitación castigada. Vi esa misma expresión en la cara del hombre mientras miraba a Mad Rogan con silenciosa desesperación. Se castigaría a sí mismo si pudiera.

Se había marchado y el almacén quedó en silencio.

Me agaché para examinar mejor el apaño de vendaje de Mad Rogan.

—Voy a quitarte eso —avisé.

—Intentaré no llorar.

Puse los ojos en blanco, suspiré y arranqué la cinta adhesiva. Él hizo una mueca. Un corte superficial le cruzaba las costillas del lado derecho, era más un rasguño que una herida profunda, pero medía unos diez centímetros y había sangrado. Al menos no era una herida abierta, así que podríamos evitar los puntos. Cogí la solución salina y unas gasas limpias.

—Siento lo de tu coche —dije mientras rociaba la solución salina en el corte y la secaba con toques suaves.

—Acordamos total sinceridad. ¿Cuándo pensabas contarme que Pierce está obsesionado contigo?

—No está obsesionado conmigo.

—Te llamó para avisarte de que iba a empezar con sus fuegos artificiales. Habló de lujuria y luego te envió un mensaje para asegurarse de que vieras cómo explotaba mi coche. Son dos veces las que te ha avisado antes de hacer algo que considera impresionante.

Le extendí pomada antibiótica en el corte y coloqué una gasa encima.

—Adam es voluble. Muy impulsivo. Y le gusta que la gente le diga lo genial y asombroso que es. Soy una mujer joven, atractiva, y le di a entender que sus payasadas no me impresionaban. —Comencé a pegar la gasa con esparadrapo—. Me habló de llevarme a su casa para presentarme a su madre solo para ver la cara que pondría. Le

hizo gracia. No es obsesión, es… un capricho pasajero, o como quiera que se llame.

—Necesito saber ese tipo de cosas. Puedo usar esa información. Si lo hubiera sabido, habría manejado el día de hoy de otra manera.

—Qué curioso que siempre sea «yo» contigo. Nunca se trata de «nosotros». —Pegué el otro lado de la gasa.

—¿Qué hiciste para que se encaprichara? ¿Os besasteis? ¿Os cogisteis de la mano? —Su voz había adquirido un tono distante, aunque con un ligero matiz de intensidad.

—Le di un beso en la mejilla. No fue sexual. Intentaba convencerme para que me fugara con él, y no quería rechazarlo tajantemente y que cerrara la puerta. Todavía tengo que atraparlo.

—Entonces, ¿por qué tiene tanto interés?

—No lo sé —dije exasperada—. Tal vez porque lo persigo y le dije que no. No puede comprender que lo persigo porque Montgomery International Investigations echará a mi familia a la calle. Su Casa ha estado en la cima desde siempre y ni siquiera puede imaginar que alguien les haga eso, y mucho menos intentar entender cómo sería. Probablemente piensa que lo persigo porque estoy fascinada por la joya resplandeciente que él cree que es.

Vaya. Había hablado de más. No quería que Rogan supiera que Montgomery nos tenía sujetos por el cuello. No había forma de saber qué haría con esa información. Me enderecé.

—Mira, ahora mismo hay dos personas en esta cocina. Una es un principal mimado y asquerosamente rico, y la otra soy yo. Tienes más en común con Adam que yo. ¿Por qué no me dices tú por qué hace estas cosas?

Mad Rogan me miró, con ojos claros y duros.

—No me parezco en nada a él.

En eso podíamos estar de acuerdo. Rogan no se parecía en nada a Pierce. Adam era un adolescente en el cuerpo de un hombre. Rogan era un hombre, calculador, poderoso y obstinado.

Bern entró corriendo a la cocina y se detuvo. Me di cuenta de que estaba a unos cinco centímetros de un Rogan el Loco medio desnudo, que me miraba.

—¿Debería volver más tarde? —preguntó Bern.

—No —dije, alejándome de Rogan el Loco—. Me estaba interrogando mientras le curaba, pero ya hemos terminado.

Rogan el Loco se miró el costado.

—Gracias.

—De nada.

—Lo he encontrado —anunció Bern, y colocó un portátil sobre la mesa.

En el ordenador, una grabación mostraba una imagen tomada con la cámara de seguridad de la puerta principal. La marca de tiempo indicaba 20:26. Veintiséis minutos después de las ocho. Debió de ser justo unos momentos después de que llegáramos.

Un par de adolescentes bajaban patinando por la calle en sus monopatines, uno con una camiseta azul y otro de negro. Parecían chavales típicos de Houston: pelo oscuro, bronceados, de unos catorce o quince años. Pasaron junto al Range Rover y siguieron adelante. El vídeo terminaba con el chico de la camiseta negra sosteniendo un móvil en la oreja mientras se alejaba rodando.

Bern pulsó las teclas. La imagen retrocedió a cámara lenta; entonces vi cómo el chico de azul se inclinaba ligeramente al saltar el bordillo y lanzaba un pequeño objeto bajo el Range Rover.

—¿Es eso…?

—Es una bomba —confirmó Bern—. Debió de detonarla a distancia.

—¿Usó niños para colocar una bomba?

—Sí —confirmó Bern.

—¿Niños? —Mi mente no podía procesarlo.

—Y uno de ellos lo llamó para informar. —Los ojos de Rogan se volvieron gélidos.

Me desplomé en una silla.

—¿Y si hubiera detonado antes de tiempo? ¿Quién le da una bomba a unos niños? ¿Y para qué? ¿Para hacer una estúpida declaración?

Rogan tocó su teléfono.

—¿Diego? Ha usado niños… Sí… No… Solo mantenme informado.

Colgó.

Dos chicos habían pasado patinando frente a nuestra casa con una bomba. ¿Y si uno se hubiera caído? ¿Y si alguien hubiera estado en el coche? ¿Y si uno de nosotros hubiera ido al buzón? Entonces, habríamos tenido más cadáveres. El recuento de muertes de ese día habría sido mayor de seis. Seis ya eran demasiados, especialmente porque tres de esas seis muertes habían ocurrido por mi culpa.

Me dolía el pecho. Había matado gente. Les había quitado la vida. Aunque ellos habrían acabado con la mía, pero de alguna manera eso no parecía importar en ese momento. Mi abuela había sobrevivido de milagro. Mi casa casi había ardido hasta los cimientos, y luego dos niños habían arrojado una bomba bajo un coche aparcado junto a ella. Todo se me vino encima como una avalancha.

—¿Estás bien? —Rogan se centró en mí.

—No.

Bern también me miraba.

—Puedo hacer té —se ofreció—. ¿Quieres un té?

—No, gracias. —Me volví hacia Rogan. Era un principal, y en ese momento no podíamos permitirnos rechazar cualquier protección que pudiera ofrecernos—. ¿Puedes hacer algo de magia, o estás completamente agotado?

—Está volviendo. No estoy indefenso.

—¿Puedes quedarte esta noche? —pregunté.

—Puedo.

—Y si aparece Pierce o pasa algo…

—Me ocuparé de ello —aseguró.

Era verdad. Lo decía en serio.

—Gracias —le dije—. Os veré a los dos por la mañana.

Salí de la cocina y fui a mi habitación, casi corriendo. Cerré la puerta, me senté en la cama y me abracé las rodillas contra el pecho. Había un gran agujero dentro de mí que se hacía cada vez más grande, y no sabía cómo cerrarlo.

Sonó un golpe en mi puerta. Probablemente era mi madre. Por un momento consideré fingir que no la había oído. Pero quería que entrara. Quería que me abrazara y me dijera que todo iría bien.

—¿Quién es?

—Soy yo. —Era mamá.

—Está abierto.

Mi madre entró con una *tablet*. Se movía más despacio de lo normal. Le dolía mucho la pierna y lo noté porque había subido las escaleras. Se sentó a mi lado en la cama y deslizó la mano por el dispositivo. Apareció un vídeo grabado con el teléfono de alguien. En la pantalla, Adam Pierce, con sus garras fantasmales brillando, escupía fuego. El lateral de la torre donde Rogan y yo habíamos tenido nuestra pequeña aventura se alzaba a la derecha.

La entrada principal de la torre explotó con un estruendo ensordecedor. El edificio se estremeció.

—*¡Dios mío!* —se oyó decir a un hombre.

El vídeo cambió a la vista de una mano. Quien estuviera filmando había cogido su teléfono y había salido corriendo de allí.

—¿Estabas dentro? —me preguntó mamá.

Asentí.

—Adam era una distracción. Mientras él escupía fuego, un equipo entró en ese edificio para recuperar una especie de joya escondida en la pared. Los detuvimos.

—¿Quieres hablar de ello?

Negué con la cabeza.

—¿Puedo ayudar? —preguntó con tono suave—. ¿Puedo hacer algo?

Negué con la cabeza de nuevo y me apoyé contra ella. Me rodeó con el brazo. No lloraría. Tenía veinticinco años. No lloraría.

—La gente de Rogan está analizando la joya que encontramos —dije con voz apagada—. Le envié una foto a Bern. Él también está investigando. Está pasando algo muy grande y desagradable, mamá. Siento que estoy metida hasta el cuello. Me asusta. Hoy me asusté de mí misma.

—Estás haciendo lo que hay que hacer —dijo mamá y me abrazó —. Recuerda las reglas: tenemos que ser capaces de mirarnos al espejo. A veces eso significa hacer cosas terribles porque no hay otra opción. ¿Estás haciendo lo correcto?

—Eso creo. Es solo que todo se ha descontrolado demasiado rápido. Pierce estaba dispuesto a quemar un edificio para conseguir

esa cosa. Le dio una bomba a un chico de la edad de Leon. ¿Quién hace algo así?

—Alguien que necesita ser detenido.

—No dejo de pensar que, si Montgomery International Investigations no se hubiera involucrado y me hubiera llamado a su oficina, esto le estaría pasando a otra persona. Estaríamos viendo todo esto en la televisión diciendo: «Dios, ¿qué locura, no?».

—No pienses eso. Así es como te volverás loca. Créeme, preguntarse «¿Y si esto no hubiera pasado?» nunca ha ayudado a nadie. Solo te ahoga en la autocompasión y te hace estar menos alerta. Ya no hay vuelta atrás. Nevada, considéralo un trabajo. Como algo que tienes que hacer. Termina el trabajo y vuelve a casa.

—Creo que Rogan me está usando como cebo.

—Úsalo tú a él. Lánzalo contra Pierce y deja que lo derribe.

—¿Y si mata a Pierce?

—Peor sería si Pierce lo mata a él —afirmó mamá—. Pero si mata a Pierce, se convierte en un asunto entre la Casa Pierce y la Casa Rogan. Deja que lo resuelvan ellos. Tu objetivo principal aquí es sobrevivir. Luego atrapar a Pierce, si es posible.

Apoyé la cabeza en su hombro.

—Voy a necesitar más munición.

—¿Qué tal el Ruger? —me preguntó con tono suave. Mi madre no era tonta, sabía lo que había hecho.

—Di en el blanco…

Capítulo 11

Me desperté temprano. El sol aún no había salido, pero el cielo se había vuelto de un color perlado y pálido. Me quité las tiritas de la cara y el brazo, vertí unas gotas de lavanda y geranio rosa en el quemador de aceites, encendí una vela debajo y me di una ducha larga. Aunque ya estaba limpia, una ducha solía hacerme sentir mejor. Me quedé bajo la cascada de agua caliente, esperando eliminar los restos del día anterior. Había soñado que disparaba a gente. En mis sueños los mataba una y otra vez, cada bala atravesaba sus cabezas a cámara lenta, la sangre florecía como una repugnante flor roja. No había sido así en absoluto. Todo el tiroteo probablemente había durado tres o cuatro minutos, si acaso. En el sueño, mi arma sonaba como un trueno. En el vestíbulo, había sonado seco, como un petardo. Bum, bum. Una vida terminada. Bum, bum. Otro caído.

Dejé que el agua corriera sobre mí e intenté entender cómo mi madre había sobrevivido a eso. ¿Cómo podía mirar a través de la mira, apretar el gatillo y acabar con la vida de alguien una y otra vez y, aun así, mantener la cordura? Quería preguntarle sobre ello. ¿Habría algún secreto?

Sin embargo, habían pasado dos años desde que mi madre fue a su última reunión de grupo. Estaba mejor. Despertar viejos demonios no le haría ningún bien. Tenía que lidiar con aquello por mi cuenta.

Me quedé bajo la ducha hasta que la culpa pudo conmigo. Gastar toda el agua caliente no estaría bien. Mis hermanas y primas aún tenían que ducharse. Salí, me envolví una toalla en el pelo y otra

alrededor del cuerpo, y me miré al espejo. Los cortes superficiales en mi cara y brazo habían permanecido sin sangrar. El corte en las costillas era peor. Me unté un ungüento antibiótico. Hacer muecas y ruidos no parecía aliviar el dolor. Me puse una tirita en el corte y otra en el brazo, por si acaso esa herida decidía abrirse y sangrar.

Si al menos hubiera tenido papel de cocina y cinta adhesiva a mano. Puse los ojos en blanco. ¿En qué demonios estaría pensando? Era… ¿qué?, ¿multimillonario? Y se vendaba con papel de cocina y cinta adhesiva. ¿Cómo sabía siquiera lo que era la cinta adhesiva? Tal vez tenía su propia versión de principal en casa, cosida con oro y tachonada de diamantes, por si acaso se hacía un corte con el filo de un papel.

Me reí por lo bajo, resoplé y me reí un poco más. Allí de pie, chorreando agua y riendo como una loca. Perfectamente cuerda.

Me quité la toalla del pelo, me estiré para ponerla en el gancho junto a la ventana y me detuve. Mi ventana del baño tenía vista al taller, y desde ese ángulo podía ver toda la extensión del reino de abuela Frida. Vehículos cubiertos con lonas y estanterías con piezas se alineaban junto a las paredes. En medio del suelo de hormigón pulido, Mad Rogan estaba dibujando un círculo mágico con tiza. Empezaba como un gran pentágono, con un círculo de un metro de ancho en cada esquina. Líneas seccionaban el pentágono en partes separadas, con glifos a lo largo del borde del diseño. Parecía perfecto. Los lados del pentágono eran rectos, los círculos redondos. Había debido de llevarle años de práctica conseguirlo.

Terminó el último glifo y se enderezó. Llevaba la misma camiseta y pantalones de la noche anterior. Se estiró, levantando una pierna, luego la otra, y saltó en el sitio, como si saltara una cuerda invisible. Por un momento se quedó de pie, descalzo, frente al pentágono, luego cruzó la línea y se detuvo, mirando hacia mi lado del almacén, con los ojos cerrados y los brazos a los costados.

La Llave. Había leído sobre ella. Era un ritual que algunas de las Casas más importantes usaban para recargarse. Mad Rogan había agotado toda su magia y ahora intentaría recuperarla. En algún lugar, Adam Pierce probablemente estaría haciendo algo muy similar. La gente tenía diferentes opiniones sobre lo que hacían en realidad

esos rituales. Algunos decían que reponían la magia, otros que solo realineaban al usuario de magia para aprovecharla mejor. Había visto algunos vídeos en YouTube, pero ninguno era de buena calidad. Las Llaves eran un secreto bien guardado. Cada una era única para la Casa que la había desarrollado.

Mad Rogan levantó los brazos, con los codos doblados, las manos bien abiertas y los ojos cerrados. Me apoyé contra la pared lateral. Una variación de la pose del mago. Bueno. Hasta el momento, nada emocionante.

Rogan giró el brazo derecho hacia un lado, flexionando la espalda, estirando el torso mientras daba un paso lateral hacia el círculo con gracia fluida, como si todo su cuerpo se abriera de repente. Giró dentro del límite de tiza, sorprendentemente rápido. Su pie salió disparado, asestando una devastadora patada alta a un oponente invisible. Sus manos cortaron el aire, derecha, luego izquierda, como cuchillas listas para derribar a un atacante.

El contorno del círculo comenzó a brillar con un tono azul pálido.

Mad Rogan se giró, saltó, dio una vuelta y se movió hacia el segundo círculo. Sus dedos rígidos se convirtieron en puños y las cuchillas se transformaron en martillos al tiempo que lanzaba golpes rápidos y duros. Sus largas patadas se volvieron cortas y veloces, su velocidad y fuerza fundiéndose en pura potencia. Era grácil, como un bailarín, pero brutal y eficiente, como un asesino acorralado.

El segundo círculo brilló. El sudor brotó en el rostro de Mad Rogan, aunque una expresión serena y tranquila se apoderó de su cara. Rodó hacia el tercer círculo. Su mano derecha se disparó hacia arriba, con los dedos doblados. Había visto exactamente ese movimiento cuando había golpeado al falso bombero en la cara. Debió de haberse contenido, porque si lo hubiera hecho como lo estaba haciendo ahora, habría empujado el cartílago de la nariz del hombre directamente hacia su cerebro.

Había una gracia fluida y magnética en su forma de moverse. Todos esos músculos que había estado admirando el día anterior eran solo un subproducto de su viaje hacia su objetivo. Y el objetivo era el poder. Poder crudo y letal. Todo él, su increíble fuerza, su velocidad cegadora, su flexibilidad, destreza y resistencia se

mezclaban para lograr una ferocidad casi salvaje. Se me erizó el vello de los brazos. Era como ver bailar a un dios de la violencia humana primitiva, y no podía apartar la mirada. Si pudiera tenerlo para mí sola. ¿Cómo sería acercarme a él, ponerle una mano en el hombro y ver toda esa violencia condensada convertirse en lujuria?

Los cinco círculos brillaban. Aterrizó en el pentágono, de vuelta en la misma pose del mago. El brillo se intensificó, luego se desvaneció, como si hubiera sido absorbido por él. Mad Rogan salió, se limpió el sudor de la frente con el antebrazo, cogió una botella de agua que estaba sobre el vehículo cubierto más cercano y bebió.

Solté el aire que no sabía que estaba conteniendo y me estremecí. Mi pie izquierdo me latía con pequeños puntos de dolor: se había dormido. Di un salto, agarré mi toalla antes de que se deslizara y me incliné para mirar por la ventana. Todavía estaba allí de pie. El sol había salido y la luz dorada bañaba el almacén, dibujando largos rectángulos en el suelo. Lo iluminaba, haciendo que su piel bronceada brillara. No podía verle el rostro, solo el ángulo afilado de su mejilla, calentado por el sol.

Si hubiera estado junto a él en ese momento, le habría dejado hacer cualquier cosa que quisiera allí mismo, sobre el capó de algún tanque.

Pero estaba fuera de mi alcance. Exhalé e intenté ahogar la necesidad que pulsaba dentro de mí. Mad Rogan estaba prohibido. Era de un mundo diferente, tenía estándares diferentes y había prometido dejarme huérfana si mi madre volvía a amenazarlo.

Me alejé de la ventana.

Tenía que controlarme. Nada bueno saldría de enredarme con Mad Rogan. Él y yo necesitábamos atrapar a Adam Pierce, llevarlo con su familia y seguir cada uno por su lado.

Cuando bajé, él no estaba por ninguna parte. Encontré a mi abuela en el garaje, apoyada contra el vehículo de orugas en el que había estado trabajando y bebiendo su té matutino.

—Era algo especial, ¿verdad? —me preguntó en voz baja.

—¿Me has visto mirándolo?

Ella asintió, se acercó y me apartó un mechón de pelo de la cara.

—¿Cuándo te has hecho tan mayor? ¿Cuándo me he hecho yo tan vieja?

—No eres vieja, abuela. Probablemente podrías darme una paliza.

Suspiró.

—Ten cuidado, Nevada. Es un hombre muy peligroso.

Y que lo digas.

—No pienso pasar con él ni un segundo más de lo necesario.

Abuela Frida me dirigió una mirada extraña.

—¿Qué? —le pregunté.

—¿Él lo sabe?

—Sí, lo sabe. Se lo dije. Esto es un acuerdo puramente profesional.

Mi abuela negó con la cabeza y dio un sorbo a su té.

—¿Cómo va la investigación, Sherlock?

—Bueno, encontramos un artilugio extraño hecho de joyas y casi nos vuelan por los aires.

—¿Qué tiene que ver con Pierce?

—No tengo ni idea —respondí negando con la cabeza—. Pero están conectados de alguna manera. ¿Dónde está Mad Rogan?

—Bern vino a buscarlo.

Cuanto menos contacto tuviera Mad Rogan con mis primos y hermanas, mejor.

—Creo que iré a buscarlos.

—Vigila tu espalda, Nevada.

—Siempre.

—Porque no es Kevin —añadió mi abuela.

Me giré sobre mis talones.

—¿En serio, abuela?

—¡Ve! —dijo haciéndome un gesto con la mano.

Tenía razón. Mad Rogan estaba muy lejos de ser como Kevin.

Un minuto después, subí los cinco escalones hasta la Cabaña del Mal. Bern estaba en su puesto de trabajo. Mad Rogan de pie detrás de él. Tres pantallas frente a Bern mostraban el interior de la guarida digital selvática de Bug en todo su esplendor. El propio Bug estaba sentado frente al monitor central, acariciando a Napoleón, tumbado

en su regazo. Su rostro estaba relajado. Sin tics. Sin ojos inquietos. Estaba colocado hasta las cejas con Equzol.

¿Cómo demonios lo había convencido Mad Rogan para que se conectara al sistema de Bern? Bug era demasiado paranoico. En los dos años que lo conocía, ni siquiera me había dado un número de teléfono.

—No está mal para ser un sistema casero —le oí decir a Bug.

—¿Eso que está detrás de ti es un servidor Strix T09x? —preguntó Bern.

Bug asintió con la cabeza.

—¿Con Talon-M7?

—Mira otra vez —dijo Bug.

—¿Cuánto Equzol te ha costado esto? —pregunté a Mad Rogan en voz baja.

—No quieres saberlo —respondió él.

Bern hizo *zoom* en un equipo informático enrevesado.

—No puede ser.

—Mira y llora. —Bug sostuvo una galleta para perros frente a Napoleón.

El perro abrió la boca y esperó pacientemente hasta que Bug se la puso dentro.

Bern frunció el ceño.

—¿Cómo lo conseguiste? Los M8 están programados para salir en dos meses. Los M9 ni siquiera deberían estar en producción todavía.

—Eso es lo que quieren que creas. Están esperando a que salga el chip Stryker. Cuando los M8 salgan a la venta, el precio se disparará, y luego no valdrán nada en menos de un mes, porque los M9 con el nuevo Stryker inundarán el mercado. Folladores de pollas.

—Sigues usando esa expresión —intervino Mad Rogan—. ¿Te das cuenta de que no tiene sentido?

—¿Por qué? —Bug se sobresaltó.

—No puedes follar un pene —dijo Mad Rogan.

—¡Pero puedes follar con un pene! —respondió Bug.

—Entonces, es redundante —opinó Bern.

Ese era el tipo de discusión que podía durar horas.

—Bug, ¿has encontrado algo?

Él puso los ojos en blanco antes de responder:

—No, estoy aquí sentado hablando con vosotros, imbéciles, exceptuando al comandante, porque soy un ser social y os quiero tanto… —Sus dedos bailaron sobre el teclado—. Resulta que el First National almacena dos meses de sus grabaciones de seguridad y las vuelca a un servidor remoto cada noche. Las he revisado y ¡*voilà*!

Las imágenes de seguridad del interior del banco llenaron el monitor izquierdo. Un rectángulo luminoso se deslizó por la pantalla y señaló a una mujer delgada caminando por el suelo pulido. Cabello rubio platino, bien teñido, blusa blanca con un collar de oro grueso, falda gris, un cinturón rojo llamativo, zapatos de tacón rojos y bolso de diseñador. Un banquero la recibió y la cámara captó su rostro cuando ella se giró. Tenía unos treinta años, con grandes ojos grises, enmarcados por largas pestañas postizas y una boca fina. Guapa, con un barniz de dinero.

—Os presento a Harper Larvo —anunció Bug—. Veintinueve años. Su padre es Phillip Larvo; su madre, Lynn Larvo. Ambos trabajan en el sector inmobiliario. Sin afiliación a ninguna Casa. Estudió en Phillips Academy Andover, luego en Dartmouth, donde logró conseguir un título en Historia del Arte… He visto su expediente, no es brillante. Harper es una armonizadora, como sus padres y su abuelo.

Los armonizadores, en términos mágicos, no tenían nada que ver con la música. Un armonizador talentoso podía entrar en una habitación y hacer que adoptara un ambiente completamente diferente solo reordenando algunos objetos. Como talentos, aquel no era tan raro. Los armonizadores solían trabajar como diseñadores de interiores, floristas, consultores de moda, cualquier sector donde algo debía coordinarse para ser estéticamente agradable.

—Harper está clasificada como notable, aunque en realidad no está lejos del medio —afirmó Bug—. Es algo, pero no extraordinario. Sus padres también son notables, su abuelo era significativo. Su familia tiene cuenta en Central Bank. Todas sus cuentas están allí y lo han estado durante cincuenta años. Entonces, ¿qué hace ahí? No hay rastro de que haya abierto una cuenta. Además, mis dulces pollitos, Harper está más o menos desempleada. Hizo prácticas en

una revista de moda, trabajó en el hotel Black and Red en Dallas con un tal Sullivan que se supone que es famoso, y está afiliada a un par de organizaciones benéficas, aunque principalmente va de fiesta y se luce. Como una mariposa. Inútil y famosa por nada.

Media docena de imágenes aparecieron en la pantalla. Harper con una copa de champán. Harper tumbada en una mesa, moviendo los pies con coquetería. Harper en algún tipo de sesión de fotos, posando en un sofá y haciendo pucheros a la cámara.

—Y mi favorita —anunció Bug.

Una imagen llenó la pantalla. Harper riendo, su cabello, rubio amarillo brillante, pegado a Adam Pierce, que parecía acalorado y molesto con su característica vestimenta de cuero. Tenía un brazo alrededor de ella.

—¿Cuándo fue esto? —preguntó Mad Rogan.

—Hace cuatro años —informó Bug.

El vídeo se reanudó y vimos a Harper y al empleado del banco caminar hacia el ascensor. Se movían lentamente, el banquero hablando y moviendo las manos, como si estuviera explicando algo. Las puertas del ascensor se abrieron y desaparecieron de la vista.

—Y abajo van a la sala de cajas de seguridad —dijo Bug.

—Ella hizo la visita completa —supuse—. Lo único que tuvo que hacer fue decirles que estaba interesada y concertar una cita, y le enseñaron el banco, incluida la cámara de seguridad, donde pudo marcar la caja correcta para Gavin.

—¿Tienes su número? —preguntó Mad Rogan.

—Sí, comandante. Enviado a su teléfono.

Cuando Bug dijo «comandante», lo hizo de la manera en que la gente suele decir «señor». Hasta ese momento, habría jurado que Bug no tenía ni idea de lo que significaba la palabra «respeto».

Mad Rogan cogió su teléfono y se lo llevó a la oreja.

—Soy Mad Rogan. Reúnete conmigo en The Galleria junto a la fuente de Nordstrom en una hora. —Colgó y me miró—: ¿Te gustaría venir?

—Claro.

—En la puerta principal en quince minutos. —Se dio media vuelta y salió a zancadas.

Me fijé en el rostro de Bug en el monitor.

—Cuando te conocí, me dijiste que preferirías beber aguas fecales antes que trabajar con un principal o con alguien del Ejército otra vez.

Bug se enderezó.

—¿Y?

Señalé con el pulgar por encima de mi hombro.

—Él es un principal y exmilitar.

—No lo entiendes —dijo Bug—. Él es… ¡Es Mad Rogan!

—Oh, por favor…

—Chaval, me mudaré pronto —se dirigió a Bern—. Si quieres el M9, puedes quedártela.

—Qué generoso —respondió mi primo—. ¿Dónde está la trampa?

—No hay trampa. Voy a conseguir algo mejor, así que no pienses que estoy siendo amable. Simplemente me ahorra tener que quemar toda esta basura.

Las pantallas se oscurecieron.

—¿Mad Rogan ha reclutado a Bug? —pregunté.

—Eso parece —respondió Bern.

Nos miramos el uno al otro.

—¿Has conseguido alguna información sobre esa joya?

—No. Tiene una forma extraña. Encontré algo sobre un broche japonés de libélula, pero no creo que sea eso. El patrón es ligeramente diferente.

—¿Podrías seguir buscando? —le pedí—. Sé que es como buscar una aguja en un pajar, y de verdad lo aprecio muchísimo.

—Por supuesto.

—Es que no confío en Mad Rogan. Necesitamos resolver esto.

—No te preocupes. Lo conseguiremos. Mira, tengo algo para ti.

Bern abrió un cajón y sacó una bolsa con cierre hermético que contenía un artilugio metálico.

—Encontré esto en tu coche. Un transmisor GPS estándar.

Así era como Mad Rogan había sabido que había ido a reunirme con Adam Pierce en el Botánico. Suspiré.

—¿Estás bien? —preguntó Bern.

—Sí —mentí—. Voy a vestirme. —Y a coger mi arma.

—¡Nevada! —me llamó—. ¡Ese M9 estaría muy bien! ¿Tienes algún problema con eso?

—Si puedes hacer un trato con Bug, adelante. Solo intenta no deberle favores que no puedas pagar.

Salí por la puerta principal del almacén y me quedé atónita. Mad Rogan esperaba en el asiento del conductor del Range Rover perfectamente intacto. Se había convertido en un amasijo carbonizado hacía solo unas horas. No podía ser el mismo coche.

Lo vi mirándome a través de la ventanilla. Sus ojos estaban muy azules esa mañana. Una sensación ya familiar me recorrió, dos partes de lujuria, una parte de alarma y el resto frustración conmigo misma. El impacto de toda esa masculinidad debería haberse desvanecido ya. Debería haberme inmunizado. En cambio, volvió a dejarme sin aliento.

«Cadenas», me recordé mientras subía.

—¿Tienes más de un Range Rover?

—Tengo varios.

—Entonces, supongo que no ha sido para tanto que Adam lo haya volado por los aires.

—Tengo varios porque me gustan.

Lo miré. Tenía la mandíbula tensa. Su boca era una línea recta y apretada. Sus ojos bajo las cejas oscuras habían adquirido una dureza fría como el acero y vi ira en sus profundidades. No el tipo de ira ruidosa y furiosa, sino una furia decidida que helaba la sangre. Mis instintos me gritaban que saliera del coche. Que saliera y retrocediera con las manos en alto.

—Ese Range Rover en particular era el que más me gustaba —dijo Rogan, su voz y expresión seguían siendo serenas—. Cuando encontremos a Pierce, se lo cobraré.

¿Se lo cobraría? Si antes no era algo personal para él, no había duda de que ahora sí lo era.

—Necesitamos a Adam Pierce vivo —le recordé—. Me lo prometiste.

—Lo recuerdo —dijo Rogan. Su tono sugería que era algo que no le gustaba.

Tal vez tuviera suerte y Adam se mantuviera oculto ese día, porque si Rogan se lo encontrara en aquel momento, podría asesinarlo y disfrutar mucho de ello.

Me abroché el cinturón y el Range Rover se incorporó a la calle. Nos llevaría unos cuarenta y cinco minutos llegar a The Galleria.

—¿Conoces a Harper Larvo? —pregunté.

—Nunca la he conocido.

—Entonces, ¿qué te hace pensar que aparecerá?

—Conozco a las de su tipo.

—¿Y qué tipo es ese?

—El vector fallido.

Lo miré de reojo.

—Su abuelo era un significativo —aclaró—. Tuvo tres hijos. Todos son notables. Y todos sus hijos son notables o medio.

—¿Cómo lo sabes?

—Revisé la base de datos de la Casa mientras Bug hablaba. No lo mencioné en ese momento porque Bug estaba haciendo un excelente trabajo y era su momento de brillar. Tienes que dejar que tu gente se enorgullezca de un trabajo bien hecho y reconocérselo. Obtendrás mejores resultados.

Todo lo que Rogan hacía estaba impulsado por la eficiencia, incluso el trato a sus empleados. Los empleados felices trabajaban duro y eran más leales, así que se tomaba el tiempo para reconocer sus logros. Me preguntaba dónde estaba yo en esa escala de reconocimiento. Era probable que me consideraba su empleada. Bueno, no lo era, y lo único que quería de él era a Adam Pierce, a ser posible, atado como un cerdo.

—En aproximadamente el setenta por ciento de los casos, la magia pasa de padres a hijos sin un cambio importante en el poder —dijo Mad Rogan—. Algunos descendientes, alrededor del tres al cinco por ciento, muestran un repentino aumento. El resto pierde magia con cada generación. Puedes ver rastros de ese patrón dentro de la misma familia. Incluso si ambos padres son principales, suele haber una variación de poder entre sus hijos. Una vez me preguntaste por qué se esperaba que no tuviera más de tres hijos. Esa es la otra razón. Si el primer hijo es un principal, hay una buena

probabilidad estadística de que el segundo hijo no lo sea. Aun así, la mayoría de las Casas prefieren que el jefe de la Casa tenga al menos dos hijos más. ¿Sabes cómo los llaman?

—No.

Me lanzó una mirada sombría:

—Plan de respaldo. Las Casas se hacen la guerra entre sí. No siempre tenemos la mejor esperanza de vida. ¿Sabes por qué concibieron a Adam?

—No. —Y no estaba segura de querer saberlo.

—Porque Peter, su hermano, tuvo un desarrollo tardío. La extensión total de su magia no se manifestó hasta los once años. Pensaron que era un fracaso, y eso dejaba solo a Tatyana, su hermana, como principal de la Casa. Si alguien conseguía matarla, la Casa Pierce se quedaría sin un principal. Así que se apresuraron a tener otro bebé por si acaso.

—Suena muy cínico. Y triste.

—A menudo lo es —afirmó Mad Rogan—. Si el efecto de la magia menguante persiste durante dos generaciones, esa línea de sangre se convierte en un vector fallido. Cada generación es más débil que la anterior. Las Casas solo temen una cosa: perder el poder. Si eres un vector fallido, quien se case contigo lo hace sabiendo que los hijos serán mágicamente menos poderosos.

Las piezas encajaron.

—Nadie se acercará a Harper ni por casualidad.

—Exactamente. Su abuelo tenía una magia poderosa, y eso le permitió entrar en sociedad. Probablemente apareció como una debutante fresca e ingenua, segura de que conocería al amor de su vida y se casaría con una Casa poderosa. Con los años se habrá dado cuenta de que los hombres salen con ella, se acuestan con ella, pero siempre la dejan. Tiene veintinueve años. A estas alturas la flor ha perdido su brillo. Conoce los hechos, sabe que una unión con cualquiera de las Casas es imposible, pero aún lo desea desesperadamente. Vio a su abuelo formar parte del círculo de poder, vio a sus padres ejercer una fracción de esa influencia, y hará cualquier cosa por abrirse camino hasta la cima. Soy un principal soltero. Soy poderoso, atractivo y asquerosamente rico.

—También humilde y modesto. —No pude evitarlo.

—También eso —dijo sin pestañear—. Aparecerá. No puede dejar pasar la oportunidad de que me enamore.

—Eso es realmente triste. Me alegro mucho de no ser una principal, porque todos vosotros sois un montón de malnacidos enfermos.

Mad Rogan me dirigió una mirada extraña.

—El poder tiene un precio. No siempre lo queremos, pero siempre acabamos pagando. Ayer tuviste poder sobre la vida y la muerte. ¿Cómo se siente?

—No quiero hablar de eso. —«No voy a tener una charla íntima contigo».

—La primera vez que maté a alguien, y me refiero a una muerte cercana y personal donde vi la vida desvanecerse de sus ojos, esperé. Había leído todos los libros y visto todas las películas; sabía lo que se suponía que debía pasar. Se suponía que debía sentirme mal, vomitar y luego lidiar con ello. Así que me quedé allí, esperando, y no sentí nada. Pensé que tal vez ocurriría la siguiente vez.

—¿Ocurrió?

—No —reconoció Mad.

—¿A cuántas personas has matado?

—No lo sé. Dejé de contar. Fue una guerra dura.

Sus palabras seguían dando vueltas en mi cabeza. Había compartido algo privado y personal conmigo. Probablemente no lo entendería, pero sentí el impulso de contárselo de todos modos. Tenía que contárselo a alguien.

—Siento como si hubiera perdido una parte de mí misma —comencé a decir—. Hay un gran vacío dentro de mí, como si algo hubiera sido arrancado de forma violenta. Hoy me estaba cepillando los dientes y pensé en esos dos hombres y la mujer. Nunca volverán a cepillarse los dientes. Nunca irán a desayunar. Nunca le dirán «hola» a su madre. No podrán hacer ninguna de esas cosas simples. Yo causé eso. Apreté el gatillo. Me doy cuenta de que intentaban hacerme lo mismo, pero me siento culpable y los lloro a ellos y a mí.

Algo se ha ido de mí para siempre. Quiero volver a estar completa, pero sé que nunca lo recuperaré.

—¿Qué ocurrirá si en lugar de Harper nos encontramos una emboscada y alguien te apunta con un arma? —me preguntó Mad.

—Dispararé —respondí—. Será malo después, pero lo haría. Ayudaría saber por qué. ¿Por qué están dispuestos a matar? ¿Qué es tan importante como para que Adam queme un edificio de oficinas entero solo para crear una distracción?

—Esa es una buena pregunta.

—Todo esto, el banco, la torre de oficinas, el equipo de personas, me parece demasiado complicado para Adam. —Me había estado rondando la mente desde que había visto al equipo de falsos bomberos entrar en la torre—. No le gusta trabajar. Todo esto está bien organizado y cuidadosamente planeado. No me parece el tipo de persona que se molestaría en planear tanto.

Mad Rogan cambió de carril con precisión quirúrgica.

—Hace tiempo aprendí a emplear solo a los mejores. Elijo a mi gente con cuidado. Son competentes, están bien entrenados y son diligentes, y ahora mismo están peinando la ciudad. Dispongo de considerables recursos a mi disposición. Tengo contactos entre la gente que dirige el submundo de Houston.

No quería saber cómo los había conseguido.

—No te digo esto para engrandecerme. Estoy estableciendo un marco de referencia. Cuando quiero que encuentren a alguien, me lo traen en cuestión de horas. —Mad Rogan me miró—. No puedo encontrar a Adam Pierce.

Por un momento, la máscara de calma cayó y pude ver directamente dentro de él. No solo estaba frustrado. Estaba furioso.

—Se mueve por la ciudad como un fantasma —continuó él—. Aparece y desaparece a voluntad.

Por fin entendía por qué se había fijado en mí. Todo lo que su gente había hecho había fracasado, y ahí estaba yo, comprando camisetas para Adam Pierce.

—¿Crees que lo está ocultando un mago ilusionista? —pregunté. Los ilusionistas realmente fuertes podían distorsionar la realidad.

—Un mago no. Lo está ocultando un equipo. Ocultar un objetivo en movimiento requiere un esfuerzo coordinado y un entrenamiento especial. El equipo que neutralizamos en la torre tenía ese tipo de entrenamiento. —Rogan hizo una mueca—. Pierce no tendría las conexiones ni el conocimiento para organizar una operación de este tamaño. No tiene los recursos económicos, no conoce a la gente adecuada, y aunque de alguna manera hubiera conseguido respaldo financiero y contactos, nadie lo tomaría en serio.

Tenía razón.

—A Adam ni siquiera se le ocurriría. No es un jugador de equipo. Alguien más debe de estar manejando los hilos. —La ansiedad me invadió—. ¿Quién podría tener tanta influencia sobre Adam? Ni su propia familia puede controlarlo.

El rostro de Mad Rogan se tornó sombrío.

—No lo sé. Tal vez Harper pueda decirnos algo.

Permanecimos callados un buen rato.

—Quiero alguna justificación por haber acabado con la vida de esa gente —rompí el silencio—. Quiero saber por qué.

—Te prometo que descubriremos por qué —aseguró Mad Rogan.

No necesitaba mi magia para saber que lo decía en serio.

The Galleria de Houston era el centro comercial más grande de Texas. Tenía cientos de tiendas —Nordstrom, Saks, dos Macy's separados— y una pista de hielo abierta todo el año. Se construyó a finales de los años sesenta por Gerald D. Hines, quien a su vez había tomado la idea de Glenn H. McCarthy, el legendario petrolero de Houston, conocido como Diamond Glenn. Desde su apertura en 1970, el centro comercial había experimentado varias ampliaciones. Nos dirigíamos hacia la zona más nueva, Galleria IV.

El centro comercial se extendía ante nosotros, dos niveles de comercios, todo cristal, baldosas claras y enormes claraboyas abovedadas interrumpidas por arcos blancos. Paseamos con naturalidad. Había optado otra vez por vaqueros y blusa, y había añadido mi bolso favorito, de cuero marrón claro, ligero, pequeño, fácil de llevar al hombro, con un compartimento frontal modificado que me permitía sacar el arma en una fracción de segundo. Llevaba una Kahr PM9. No tenía martillo, así que no se engancharía al

sacarla del bolso. También tenía un mecanismo de seguridad interno, lo que significaba que no se dispararía si la dejaba caer. Mi plan A para cuando las cosas salieran mal era huir sin disparar a nadie. El plan B era mostrar el arma y hacer que la persona retrocediera, en cuyo caso lo último que quería era una descarga accidental. Solo el plan C implicaba disparar realmente el arma. Y considerando dónde estábamos, tendría que estar muy segura de poder apretar el gatillo sin herir a ningún inocente.

Mad Rogan caminaba a mi lado. Llevaba un traje gris con una camisa negra desabrochada en el cuello. La ropa que vestía no era ni ostentosa ni llamativa. Le quedaba como un guante y estaba excepcionalmente bien confeccionada. Deberíamos habernos coordinado mejor. Aunque no era que desentonáramos del todo, porque aquel centro comercial albergaba una clientela variopinta. Madres jóvenes paseaban con bebés en sus cochecitos, mezclándose con adolescentes de pelo azul, morado y rosa. Delante de nosotros, dos mujeres de mediana edad con trajes pantalón caros, sus rostros suavizados por magia ilusoria hasta una perfección casi plástica, entraron precipitadamente en una tienda, evitando por poco chocar con un hombre con gorra de béisbol y pantalones cortos manchados de pintura.

Una joven que pasaba nos miró y redujo el paso. Seguimos caminando, y vi su reflejo en un escaparate espejado. Todavía miraba de manera evaluadora. Un par de hombres salieron de la tienda de la derecha y se detuvieron, dirigiendo a Mad Rogan la misma mirada apreciativa. El más joven de los dos me guiñó un ojo.

Pensándolo bien, sin importar lo que vistiéramos, la gente seguiría fijándose. Mad Rogan no era el hombre más guapo de The Galleria, pero esa competente y peligrosa… ¿aura?, ¿energía?, lo que fuera…, emanaba de él. Estaba en la postura de sus hombros, en su forma de moverse, como si no hubiera nada que no pudiera manejar. Estaba en la ligera aspereza de su piel. En la dureza de sus ojos. En un mar de rostros corrientes con ilusiones, Mad destacaba como real y vivo, y la gente se fijaba en él.

Pasamos por una tienda de regalos que vendía ramos de flores en jarrones de cristal. Los ramos centrales tenían claveles, grandes

flores rizadas con un suave rosa en el centro y bordes pálidos y anchos a lo largo de los pétalos. Me gustaban los claveles. Eran delicados pero sorprendentemente resistentes. Cuando las rosas se marchitaban en el jarrón, los claveles seguían floreciendo. Y me encantaba su aroma, esa fragancia delicada, fresca y ligeramente especiada.

—¿Qué pasa? —preguntó Mad Rogan.

Me di cuenta de que había mirado las flores un segundo de más.

—Nada. Me gustan los claveles.

La fuente junto a Nordstrom se encontraba en la planta baja, una pila redonda con plantas que se alzaban en un arreglo compacto en su centro. Un anillo de luces blancas rodeaba las plantas, brillando suavemente bajo el agua. Una rubia estaba de pie junto a la fuente. Llevaba un vestido hecho de trenzas entrelazadas de color morado oscuro y brillante, que formaban un complejo entramado sobre sus hombros. No tenía ni idea de cómo había logrado meterse en ese vestido, pero debía reconocerlo, la mujer sabía posar. Estaba relajada pero ligeramente inclinada hacia atrás, un pie girado hacia dentro y apuntando hacia el otro en esa pose incómoda que tanto gustaba a las revistas de moda. El vestido le quedaba como un guante, apenas unos milímetros suelto para no pasar de ser ajustado a convertirse en vulgar. Su figura era perfecta, su cintura esbelta, sus piernas bronceadas y tonificadas, sus pechos y trasero curvilíneos, aunque no demasiado grandes. Se había teñido su pelo rubio platino de un rubio más dorado, y le caía en tirabuzones sobre los hombros. Su maquillaje era ligero e impecable. Demasiado impecable. Harper se había hecho un hechizo antes de acudir a aquella reunión. Nada demasiado obvio, pero la piel humana normalmente tenía poros.

—¿Cómo puedo facilitarte la tarea de saber si está mintiendo? —me preguntó Mad Rogan en voz baja.

—Las respuestas de sí o no son las mejores.

Él se detuvo junto a la zona de descanso, justo antes de la fuente, y se sentó. Me senté a su lado.

Harper caminó hacia nosotros, lentamente, como un gato, sus doradas sandalias de tacón alto haciendo un ligero sonido al pisar el

suelo embaldosado.

—Rogan, supongo. —Su voz era como ella, ronca. Se deslizó en la silla frente a Rogan y cruzó una larga pierna bronceada sobre la otra, exponiendo una cantidad peligrosa de muslo. Lo miró de arriba abajo en una lenta y descarada evaluación, luego sonrió—. Me gusta.

Aquello no saldría bien.

Harper me dio un rápido pero minucioso repaso y volvió a centrarse en Rogan:

—¿Qué puedo hacer por ti, Mad Rogan?

Él se reclinó en la silla.

—Cuando marcaste la caja de seguridad en el First National, ¿sabías que Pierce tenía la intención de volar el banco?

Directo a la yugular. Bien, entonces.

Harper sonrió.

—¿Me has hecho venir para hablar de Adam? Preferiría hablar de ti. ¿Qué has estado haciendo todos estos años?

—Te lo preguntaré de nuevo: ¿sabías que Pierce incendiaría el banco? —insistió Rogan.

—¿Y si no respondo? —Harper arqueó una ceja—. ¿Me harás cosas? Dicen que eres táctil. —Me miró—. ¿Es táctil?

—No lo sé —respondí. No tenía ni idea de qué era un táctil.

—Oh. No os habéis acostado. —Los ojos azules de Harper brillaron —. No te lo tomes a mal. Me imagino que no suele rebajarse muy a menudo.

¿Rebajarse? Qué amable.

Harper me examinó con ojo crítico.

—Tu tinte no está mal, pero el resto necesita un repaso. Especialmente los zapatos. Te daría consejos, pero me temo que no servirían de mucho.

En ese momento comprendí cómo era Harper. Era una de esas mujeres que juzgaban el valor de otras por el tipo de hombres con los que estaban. Yo había ido con Mad Rogan, y al principio no estaba segura de si yo era competencia o no. Se acababa de dar cuenta de que no éramos pareja, pero me tumbaba por si acaso. Era realmente triste.

—Responde a mi pregunta —dijo Mad Rogan. Los ojos se le habían oscurecido. Estaba enfadándose.

—Una vez salí con un táctil —ronroneó Harper—. De la rama Ramírez de la familia Espinoza. No estaba a tu nivel, pero fue… una experiencia. Podía quitarme la ropa con la mente. ¿Tú puedes? —Ladeó la cabeza—. ¿Puedes quitarme la ropa sin tocarme?

Mad Rogan se inclinó hacia delante, su rostro sombrío se convirtió de repente en una sonrisa.

—Claro, cariño.

Oh, oh… Había oído ese tono de voz anteriormente, justo antes de que Peaches se convirtiera en puré.

—Demuéstramelo —exigió ella—. Y entonces te hablaré de Adam.

Vaya. Tenía delante a un principal peligroso al que conocía desde hacía treinta segundos y ya se lanzaba directa a enrollarse con él. Dios, debía de estar realmente desesperada. Sentí un poco de vergüenza ajena por Harper Larvo.

Mad Rogan se reclinó y sonrió de nuevo. La miró como si ya estuviera desnuda y lista para dejarlo jugar con ella. Harper le devolvió la sonrisa, mostrando sus dientes blancos. ¿Por qué estaba sintiendo un repentino impulso de arrojarles agua de la fuente a ambos?

Harper jadeó.

—¿Era una sensación parecida a esa? —preguntó Mad Rogan.

Ella jadeó de nuevo, aspirando bruscamente. Las mejillas se le sonrojaron. Estaba claro que algo estaba sucediendo. No tenía idea de qué, pero parecía disfrutarlo.

Las trenzas del vestido que se entrecruzaban en sus hombros se deslizaron, moviéndose por sí solas. Se desenrollaron y giraron, izquierda, derecha… Harper tragó saliva y los ojos se le abrieron de par en par, sus pupilas dilatándose.

—Tócame otra vez —suplicó.

Otra trenza comenzó a entrelazarse con las demás. ¿De verdad iba a desnudarla allí mismo? Seguí sus movimientos. Oh, no. No le estaba quitando la ropa, como ella pensaba. Estaba haciendo un nudo corredizo alrededor de su cuello.

—Ni se te ocurra —le advertí.

Mad Rogan me ignoró.

—Lo digo en serio. Para —insistí.

—No interfieras.

—Si estás tan avergonzada, puedes ir a esperar junto a la fuente —murmuró Harper y miró a Rogan, con los ojos entrecerrados—. No esperaba que contrataras a una mojigata. Eres un hombre interesante… Lleno de… Oh, Dios mío… Lleno de sorpresas.

Las trenzas se retorcieron de nuevo.

—¡Rogan!

Harper se inclinó hacia delante, estirándose como un gato flexible listo para una caricia.

—Dale cien dólares, dile que compre algo para que nos deje solos… Más, Rogan. Más… —Sus palabras salieron en ráfagas rápidas y sin aliento.

El nudo se cerró de golpe, aprisionando el cuello de Harper. Ella jadeó en busca de aire, con la boca abierta.

—No puedes estrangularla así sin más.

—Por supuesto que puedo —dijo Mad.

Harper se agarró el vestido, arañándose el cuello, intentando quitárselo de la garganta.

Saqué la pistola de mi bolso y apunté a la pierna de Mad Rogan.

—Suéltala o te disparo.

Él se volvió hacia mí:

—¿Me dispararías? —Parecía desconcertado de verdad.

—Para salvarle la vida, sí. —Incluso si eso significara que me aplastaría un momento después—. Suéltala.

La cara de Harper se volvió de un rojo ciruela brillante. Se retorció, con la espalda rígida.

Mad Rogan me miró. Contemplar sus ojos era como mirar directamente al dragón.

—Por favor, suéltala.

El nudo en la garganta de Harper se aflojó. Se dejó caer en la silla, cogiendo aire en respiraciones roncas. Las lágrimas le brotaron de los ojos.

—Mírame. —Mad Rogan se inclinó hacia delante. Amenaza y desprecio goteaban de sus palabras—. ¿Sabías que Adam volaría el

edificio?

—¡Sí! —gritó Harper—. ¡Sí, lo sabía, enfermo de mierda!

Verdad.

—¿Sabes qué había en la caja de seguridad?

—¡No!

Verdad.

—¿Sabes qué había en el edificio junto al que Adam quemó ayer? —pregunté.

—¡No!

Verdad.

La gente nos miraba. La sangre brotaba de los rasguños en el cuello de Harper donde se había arañado.

—¿Sabes qué está planeando Adam? —continué el interrogatorio.

Ella me lanzó una mirada furiosa.

—¿Crees que Adam está planeando algo? ¡Adam solo quiere quemar cosas! No es más que una vaca glorificada de O'Reilly. Es un medio para un fin. No tienes ni idea de lo que se avecina. Pronto ocurrirá el Cambio, y lo único que importará será de qué lado estás. Me he ganado mi sitio. Estoy en el lado correcto. Estaré en la cima. Tú, maldita zorra, ¡te pudrirás en el infierno con este pervertido! ¡Espero que los dos sufráis! —Harper se levantó de un salto y se alejó corriendo, sollozando.

Una gran valla publicitaria del paisaje urbano que colgaba del puente del segundo piso se movió ligeramente, levantándose cuando ella se acercó, a punto de desprenderse. Si le caía encima…

Puse mi mano en el brazo de Mad Rogan.

—No lo hagas.

La valla se detuvo. Harper corrió bajo el puente y se adentró en el centro comercial, con el teléfono móvil en la oreja. Puse el seguro y guardé el arma.

—¿Me habrías disparado por ella? —me preguntó.

—No puedes matar a la gente así como así.

—¿Por qué no?

—Porque es moralmente incorrecto. Es una persona, un ser humano vivo.

—¿Moralmente incorrecto según quién?

—Según la mayoría de la gente. Va contra la ley.

—¿Quién se lo dirá a la ley? Podría haberle roto el cuello y dispararle allí arriba en esos arcos. Nadie la encontraría durante días hasta que empezaran a caer pedazos de ella.

—Sigue estando mal. No puedes matar a la gente porque te moleste.

—No paras de decir «no puedes».

—No deberías hacerlo. —Era como hablar con un alienígena.

Él se reclinó y me examinó.

—Te he ayudado y protegido. Me necesitas para atrapar a Pierce. Así que tienes tanto un interés emocional como financiero en mantener una relación laboral conmigo. Soy importante para ti. Ella te insultó y te menospreció. Es un ser humano completamente inútil. En cinco años seguirá haciendo exactamente lo mismo que hace ahora, yendo de club en club, proporcionando cotilleos a las revistas del corazón y quejándose a sus amigos sobre su madre. La única diferencia será que los clubes no serán tan buenos y las revistas la mencionarán con menos frecuencia. No aporta nada.

—¿Intentas hacerme sentir culpable por protegerla? —le pregunté.

—No, intento entender. No estás molesta con ella.

—Estoy molesta con la gente que le enseñó que su único objetivo en la vida debería ser pegarse a alguien con mejor magia. Me molesta porque cree que tener algo de dinero le permite menospreciar a otros. Pero no me siento amenazada por ella en absoluto. Rogan, tengo mi propio negocio. Soy buena en mi trabajo. Tengo suficiente éxito para mantener un techo y ser respetada por mis colegas. Mi familia me quiere incondicionalmente. Y cuando un extraño me llama y me ordena estar en algún lugar, no lo dejo todo y corro hacia allí. Soy libre. Construyo mi propia vida y tomo mis propias decisiones. No estoy intentando desesperadamente ganarme la aprobación de gente que piensa que no valgo nada porque no tengo suficiente magia o porque no cumplo con sus expectativas. ¿No crees que si Harper fuera honesta consigo misma por un momento, desearía ser yo?

—Le das demasiado crédito. Ella puede cambiar su vida en el momento que quiera —afirmó Rogan.

—Aun así, no puedes matarla.

—Sí que puedo. No iba a hacerlo todavía porque quería información, pero tu argumento de que no debería es infundado. ¿Te das cuenta de que participó en un incendio provocado que causó la muerte de un hombre?

—No puedes matarla porque va contra la ley. Porque vives en este país y se te aplican sus leyes sin importar cuánta magia tengas. Dejamos que la policía se encargue de las cosas. Tenemos un sistema judicial. Porque matar a gente al azar solo porque hicieron algo que no te gusta te convierte en el malo.

Sus labios se curvaron. Un destello de diversión brilló en sus ojos y se rio de mí.

Alcé las manos y me puse en pie.

—Me rindo.

Él también se levantó, aún riendo.

—Podríamos haber sacado más de ella si me hubieras dejado asfixiarla un poco más.

—Creo que conseguimos todo lo que íbamos a conseguir. La humillaste. Me imagino que estabais con algo entre manos y luego casi la matas. Quedará marcada de por vida.

—¿Y si ella hubiera intentado asfixiarme a mí?

—Le habría disparado. Quizá le habría advertido primero. No lo sé. —Fruncí el ceño—. Entonces, sabemos que está involucrada. Pero no sabe qué hay en la caja de seguridad.

—Probablemente solo le dijeron lo suficiente para que colaborara —opinó Mad Rogan—. Aun así, podríamos haber conseguido más.

Negué con la cabeza.

—¿Qué? —preguntó él.

—Rogan, no soy ingenua. A estas alturas probablemente ya has puesto micrófonos en su coche y su casa, clonado su teléfono y metido programas espía en su ordenador. La aterrorizaste, y sabes que te delatará con quien sea que la controle y tu gente estará al tanto de la conversación.

Rio de nuevo.

Saqué el teléfono y le envié un mensaje a Bern pidiéndole que buscara en Internet alguna mención sobre el Cambio. Entonces me

detuve. Había dicho que Adam era solo una vaca glorificada de O'Reilly. Me pregunté si se refería a O'Leary. ¿Quizá alguien llamó así a Adam y ella lo escuchó mal?

Nos dirigimos hacia la salida más cercana. La multitud se había dispersado. Solo quedábamos él y yo.

—¿Qué es un táctil? —No debería haberle dicho eso.

Se quedó inexpresivo y no respondió. Debía de haberlo incomodado con mi pregunta.

—No importa. Entiendo que probablemente sea algo personal. No debí preguntar.

—No, solo estoy pensando en la mejor manera de explicarlo —dijo Mad Rogan—. Mi padre sobrevivió a nueve intentos de asesinato. La Casa Rogan siempre ha tenido muchos enemigos. Si podemos ver una amenaza, podemos enfrentarla, pero no siempre puede verse a un francotirador oculto en la oscuridad. Mi padre estaba obsesionado con compensar lo que percibía como debilidad. Quería un hijo con magia telepática, además de sus propios poderes telequinéticos; así que, después de considerarlo cuidadosamente, encontró a mi madre. Ella tenía un talento empático menor, también era una telequinética muy poderosa. Mi padre tuvo que ir hasta Europa para encontrar la combinación correcta de genes.

—¿De dónde era tu madre?

—De España. Es vasca. Mi padre quería que yo tuviera un talento secundario y fuera un telequinético sensitivo, alguien que percibe cuando lo están observando o apuntando. Pero mi magia telequinética resultó ser demasiado fuerte; por lo que, en lugar de lo que querían, soy un táctil. Puedo hacer que sientas que te tocan. —Hizo una pausa—. Sería más fácil si te lo mostrara. ¿Me das permiso?

«Sí».

—No. —Que Rogan el Loco me tocara no era buena idea.

Seguimos caminando. Me pregunto cómo sería…

—¿Duele?

—No.

¿Qué se sentiría?

¿Se sentiría…? Oh, ¡maldita sea!

—De acuerdo. —Me callé. Estábamos en un rincón. No había nadie alrededor. Si hacía el ridículo, nadie lo notaría—. Solo una vez.

Una suave oleada de calor me tocó la nuca. Nunca había sentido nada igual. Era como si alguien me hubiera tocado con un guante de piel de visón cálido, pero el roce no era suave, sino firme. Era… Era…

El calor se deslizó por mi cuello, rápido, sobre mi columna, encendiendo cada nervio antes de derretirse en la parte baja de mi espalda, sus ecos pulsando a través de mí. Mi cuerpo cantaba. Me había tocado como si fuera una guitarra. Lo deseaba y lo deseaba ya.

—Eso ha sido… —Le vi la mirada. Las palabras murieron.

Toda la dureza le había desaparecido de los ojos. Estaban vivos y ardían desde dentro.

—Me deseas.

—¿Qué?

La calidez mágica se deslizó por mis hombros, derritiéndose en puro placer.

—Siento la retroalimentación. —Dio un paso hacia mí, sonriendo —: Nevada, eres una mentirosa.

Ay, no. Retrocedí.

—¿Qué retroalimentación?

—Cuando hago esto… —la presión caliente vibró desde mi espalda hasta mis costillas. Jadeé. Oh, Dios—, lo que sientes regresa a mí. Soy parcialmente empático.

—No mencionaste nada de esto… —El corazón hacía todo lo posible por atravesarme el pecho, y no podía distinguir si era alarma, lujuria o una extraña mezcla de ambas.

Sonrió, acercándose:

—Cuanto más ardiente estás tú, más ardiente estoy yo. Y estás en llamas.

Mi espalda golpeó la pared. Se acercó con una intensidad casi aterradora. Su cuerpo musculoso me acorraló.

—Rogan —le advertí.

En mi cabeza, una canción sonaba una y otra vez, cantándome con voz seductora: «Rogan, Rogan, Rogan, sexo…, deseo…».

—¿Recuerdas ese sueño que tuviste? —Hablaba en voz baja, sonaba dominante.

—¡Rogan!

La deliciosa calidez bailó alrededor de mi cuello.

—¿Donde yo no llevaba ropa? —continuó él.

El calor se dividió y se deslizó sobre mí, sobre los nervios sensibles de mi nuca, sobre mi clavícula, alrededor de mis pechos, acariciándolos y deslizándose rápidamente hasta las puntas, endureciendo mis pezones, luego bajándome por el estómago, por el costados y trasero, hasta mi entrepierna. Estaba en todas partes a la vez y fluía sobre mí como una cascada de éxtasis sensual, sobrecargándome los sentidos, anulando mi razón y dejándome sin palabras. Traté de ordenar las sensaciones, fracasando. La cabeza me daba vueltas.

Estaba justo ahí, fuerte, atractivo, tan increíblemente atractivo, y quería probarlo. Quería sus manos sobre mí. Quería que se presionara contra el punto dolorido entre mis piernas.

Sus brazos me rodearon. Su rostro estaba demasiado cerca; sus ojos seductores, convincentes, excitados.

—Hablemos de ese sueño, Nevada.

Estaba atrapada. No tenía a dónde ir. Si me besaba, me derretiría. Gemiría y le suplicaría, tendría sexo con él allí mismo, en The Galleria, en público.

Una punzada de dolor me recorrió el brazo, impulsada por puro instinto. Me agarré a su hombro. Un relámpago salió disparado y lo quemó.

La agonía explotó en mí, purificadora como una ducha helada.

El cuerpo de Rogan se sacudió, como si lo hubiera golpeado una corriente eléctrica. Solo duró un segundo, y no empujé tan fuerte como podría haberlo hecho. Estaba aprendiendo a controlarlo.

Rogan se volvió hacia mí, con ojos salvajes. Su voz era un gruñido áspero:

—¿Se suponía que eso tenía que doler?

—Se suponía que debía llamar tu atención. —Lo empujé hacia atrás con la mano—. Te estabas emocionando demasiado.

—Un «no» habría sido suficiente.

—No estaba segura. —Me aparté de la pared y me dirigí hacia la salida—. Dije «una vez». Eso ha sido más de una vez. Quería que pararas.

—Me animó oírte gemir mi nombre sin aliento.

Me giré sobre mis pies.

—No estaba gimiendo tu nombre. Estaba gritando alarmada.

—Ha sido el grito más sexi y gutural que he oído jamás.

—Necesitas salir más. —Las mejillas me ardían.

—Los paralizadores requieren seis meses de entrenamiento; aun así, en ocasiones matan a sus usuarios. ¿Por qué te los implantaste?

—Porque me secuestraste.

—Eso es lo más estúpido que he oído nunca.

—Señor Rogan —dije con el tono de voz más frío que puede—. Lo que meta en mi cuerpo es asunto mío.

Vaya, eso no había sonado muy bien. Me di por vencida y salí hacia la luz del sol. No había sido mi momento más brillante. Dejar que usara su toque mágico sexual en mí… Menuda idea. Todo mi cuerpo seguía alterado, envuelto en deseo y anticipación. Me había avergonzado por completo. Si pudiera hundirme bajo tierra, lo haría.

—Nevada —llamó detrás de mí.

Su voz me envolvió, teñida de autoridad y seducción, prometiendo cosas que realmente deseaba.

Era una profesional, debía actuar como tal. Reuní toda mi voluntad y traté de sonar tranquila:

—¿Sí?

—Tenemos que hablar de esto —dijo en cuanto me alcanzó.

—No hay nada de lo que hablar. Mi cuerpo ha tenido una respuesta involuntaria a tu magia. —Señalé el póster de *Crash and Burn II* en la pared del centro comercial, donde Leif Magnusson aparecía con dos pistolas envuelto en llamas—. Si Leif apareciera en medio de aquel aparcamiento, mi cuerpo también tendría una respuesta involuntaria a su presencia. Eso no significa que actuaría en consecuencia.

Mad Rogan le lanzó una mirada despectiva a Leif y se volvió hacia mí:

—Dicen que admitir que tienes un problema es el primer paso hacia la recuperación.

Estaba cambiando de táctica. No iba a funcionar.

—¿Sabes cuál es mi problema? Un principal piroquinético homicida al que tengo que devolver a su familia narcisista.

Cruzamos la calle hacia el extenso aparcamiento. Divisores con césped separados por pequeños árboles seccionaban el lugar en carriles, y Mad Rogan había aparcado justo al final, junto a la rampa de salida.

—Una escuela de pensamiento dice que la mejor manera de enfrentarse a un problema como este es la terapia de exposición —dijo Mad Rogan—. Por ejemplo, si te aterrorizan las serpientes, manipularlas repetidamente te curará.

Ajá.

—No voy a manipular tu serpiente.

Sonrió:

—Nena, no podrías con mi serpiente.

Por fin lo entendí. Mad Rogan, el Huracán, acababa de tirarme los tejos. Después de casi estrangular a una mujer en público.

Le envié un mensaje a Bern: «Necesito que me recojas en Galleria IV». Subir al coche de Rogan quedaba descartado.

Delante de nosotros, un todoterreno gris se movió hasta un aparcamiento lejano del que salieron tres personas, dos hombres con pantalones cortos cargo y camisetas, y una mujer con un vestido veraniego. Se encaminaron hacia el centro comercial y hacia nosotros. Con determinación, con un propósito, cada uno de sus pasos medido.

Mis instintos me alertaron.

—Rogan. Tres personas delante.

—Los veo.

El sonido de un motor de coche me hizo mirar por encima del hombro. Un sedán azul avanzó por nuestro carril y se detuvo. Las puertas se abrieron y un hombre mayor con pelo canoso corto, vestido con pantalones caqui y una camisa blanca, saltó por un lado, mientras una mujer con vestido blanco salía por el otro.

El tiempo se detuvo. Todo sucedió a la vez en el espacio de un diminuto segundo lleno de presión.

El capó del coche se desprendió, se deslizó como un frisbi, cortó a la mujer y siguió volando.

Saqué mi arma.

El hombre dio una palmada y dos rayos de luz azul impactaron en el pecho de Rogan.

Disparé dos veces. Las balas atravesaron el rostro del mago del rayo, abriéndole dos agujeros rojos y húmedos en el cráneo.

Rogan cayó como un árbol talado.

La parte superior del cuerpo de la mujer se inclinó hacia atrás, con un enorme corte abriéndose en su cintura como una boca roja. Se desplomó.

Disparé dos veces más contra el parabrisas.

El coche retrocedió. Las ruedas pasaron por encima del cuerpo convulso de la mujer.

Giré y disparé las últimas dos balas contra las tres personas que corrían hacia nosotros. Se agacharon tras los coches.

Cogí las piernas de Rogan y lo arrastré al estrecho espacio entre un Tahoe negro y un Honda rojo.

Alguien pulsó Play en el mando divino invisible. De repente, el tiempo volvió a su velocidad normal. Saqué un cargador de repuesto, liberé el viejo y coloqué el nuevo de forma automática. Seis balas.

El mago del rayo y la mujer estaban abatidos, pero quedaban los otros tres y el conductor del coche. Seis balas, cuatro personas. Las matemáticas no jugaban a mi favor.

El miedo se retorció dentro de mí como un animal vivo. Las piernas y brazos de Rogan temblaban, bloqueados por los espasmos. Rogaba porque no fuera algo permanente.

Si nos quedábamos allí, seríamos un blanco fácil. Vendrían a por nosotros y no tenía idea de qué tipo de magia poseían. Las balas no serían suficientes.

Tenía que alejarlos.

Dejé el arma y empujé a Rogan, intentando deslizarlo bajo el Tahoe. Su cuerpo apenas se movió. Pesaba demasiado. Empujé

contra el asfalto. Rogan se deslizó un centímetro. Otro centímetro. ¿Qué demonios cenaba, ladrillos de plomo? Empujé con todas mis fuerzas. Finalmente se quedó bajo el coche.

Cogí mi arma, me agaché y corrí a lo largo de la hilera de coches hacia el centro comercial, golpeando los capós. Uno, dos, tres… Vamos, la fila era toda de todoterrenos, los Cadillac y los BMW, alguien tenía que tener la alarma activada… Cuatro, cinco… Necesitaba el ruido. Golpeé otro capó, un destartalado Pontiac Aztek naranja con el parachoques destrozado. La alarma chilló y aulló indignada. ¿En serio? ¿De todos esos coches el único que había puesto la alarma había sido el del Aztek? Bueno, serviría. Seguí moviéndome, respiré hondo y grité:

—¡Ayuda! ¡Ayúdenme! ¡Socorro!

Necesitaba que esos malnacidos me siguieran.

—¡Ayuda!

Un anciano de cabello blanco con gafas metálicas se asomó entre los coches con expresión confundida. Llevaba pantalones oscuros de vestir, camisa blanca y una corbata oscura con flores en rojo y dorado. Sostenía un vaso de Starbucks en la mano derecha.

—¿Está bien? —preguntó acercándose a mí.

Debía de tener más de sesenta años. ¿Por qué no podía haber encontrado un samaritano más joven?

—¡No es seguro! —Le hice señas—. ¡Márchese de aquí!

—¿Qué está pasando?

—Márchese…

El anciano me arrojó el contenido del vaso. Una bola de alambre de cobre arrugado destelló, reflejando la luz del sol, y me golpeó en el pecho. Los alambres salieron disparados del montón, atrapando mis brazos, piernas y garganta, y me levantaron del suelo, arrastrándome hacia un lado entre los coches. Las hebras de alambre se agitaron, enroscándose alrededor de los portabicicletas de los todoterrenos y estirando mis brazos. Quedé colgada entre un todoterreno y un pequeño árbol que crecía entre las separaciones de césped, con las puntas de los pies apenas tocando el suelo. El lazo de alambre alrededor de mi cuello se apretó, cortándome la respiración.

El anciano caminó entre los coches, los cables se extendían desde el vaso que llevaba en las manos.

—Shhh. No te resistas, será peor.

Se tocó la oreja izquierda. Un auricular. No lo había visto antes. El pelo lo ocultaba. Estúpida, estúpida, estúpida.

—La tengo. —Apartó la mano de su oreja y me miró—. Dame la pistola.

Jadeé, intentando coger aire. No iba a conseguir mi pistola. Tendría que quitármela.

—Vamos. —El anciano puso su mano bajo mi puño derecho—. Suéltala. Sé buena.

«No, ni de broma».

El anciano apretó el vaso y los cables se tensaron, cortándome la garganta. Intenté gritar, pero solo conseguí emitir un silbido ronco.

—Siempre tiene que ser por las malas, ¿no? Vale. —Se estiró, de puntillas. Su mano se cerró sobre el cañón de la Kahr.

Solté la pistola y le agarré la muñeca. El dolor me recorrió el hombro y dejé que floreciera a pesar de la agonía. El rayo de mi brazo lo atrapó y el anciano se arqueó hacia atrás, con la columna rígida. Los ojos se le pusieron en blanco. La espuma le brotó de la boca. Lo solté y cayó de rodillas bocabajo en el pavimento.

Los cables se aflojaron. Me desplomé en el suelo, clavé las uñas en el lazo metálico alrededor de mi cuello y lo solté. Aire. Dulce y precioso aire. Un rojo brillante manchaba mis dedos. Mi sangre. El cable debía de haberme cortado.

Tenía que moverme. Los otros venían. Miré hacia arriba.

Un sedán plateado volaba por el aire hacia mí. Lo vi con una claridad cristalina, cada detalle nítido, como si estuviera mirando una enorme imagen en HD: los faros alargados, las ventanillas tintadas, el capó brillante, la parte superior del coche mientras giraba antes de aplastarme. Sin tiempo para correr. Sin tiempo para nada.

Estaba muerta.

Levanté los brazos por reflejo.

El sedán se detuvo a quince centímetros de mis dedos. El metal gimió retorciéndose y salió disparado, dejando ver a Mad Rogan. Estaba increíble, monumentalmente furioso.

El coche voló sobre él, apuntando a los atacantes. La mujer del vestido veraniego intentó esquivar el sedán, pero la golpeó, arrastrándola.

Me arranqué el resto de los cables de los tobillos y las muñecas, y me levanté.

El sedán rebotó sobre el cuerpo de la mujer, chirrió, raspando el asfalto, giró y golpeó al más alto de los dos hombres. Este se desplomó y el sedán le pasó por encima, aplastándolo. El vehículo rebotó y voló hacia el tercer hombre, que llevaba una camiseta azul oscuro. El hombre saltó, como si tuviera alas, y se posó sobre el coche, de pie sobre una pierna, perfectamente equilibrado.

—¿Estás bien? —gruñó Mad Rogan.

—Sobreviviré. —Cogí la pistola.

El sedán se sacudió dos metros en el aire, girando. El hombre corrió sobre el coche giratorio como un leñador durante una competición de troncos rodantes, saltó hacia la fila de vehículos aparcados y se lanzó hacia nosotros, corriendo sobre ellos como si fueran suelo firme.

Apunté y apreté el gatillo. El parabrisas de la camioneta blanca de la derecha se agrietó. La bala lo golpeó en el centro y rebotó. Perfecto.

—Un mago del viento. —Mad Rogan juntó las manos y las separó de golpe.

Los capós de los coches más cercanos salieron volando hacia el mago. El aeroquinético los esquivó con facilidad, con la gracia de un bailarín de *ballet*, y golpeó el aire. Mad Rogan saltó a la derecha. Una grieta de treinta centímetros surcó el asfalto junto a mí. La segunda hendidura partió el pavimento cinco centímetros más cerca del pie de Rogan.

Mierda.

Los capós volvieron hacia nosotros y flotaron como escudos.

Cualquier objeto pequeño rebotaría contra el mago del viento. Cualquier cosa más pesada sería demasiado lenta para alcanzarlo. Un círculo vicioso.

Mad Rogan me tendió una tiza.

—Dibuja un círculo de amplificación a mi alrededor.

Cogí la tiza. El círculo de amplificación era magia básica. Un círculo pequeño alrededor de los pies del mago, otro más grande a su alrededor y tres conjuntos de runas. Pero nunca había intentado dibujar uno en el asfalto mientras un mago del viento nos lanzaba cuchillas de aire invisible.

El capó frente a Rogan se partió con un chirrido. Una línea roja brillante se hinchó en su pecho. Hizo una mueca. Los capós giraron a nuestro alrededor, cada vez más rápido.

Terminé el círculo pequeño. No era perfecto, pero era redondo.

Algo golpeó los capós, sonando como un granizo. El mago no podía vernos, pero nosotros tampoco a él.

Terminé el segundo círculo.

Otra lluvia de cuchillas de aire, esa vez desde la derecha. El aeroquinético nos tenía acorralados.

—Ya está —dije tras dibujar las runas.

Una pequeña nube de tiza se elevó desde las líneas. Rogan se tensó, sus músculos hinchándose. Una vena latió en su cuello.

Los capós seguían girando. Si yo fuera un mago del viento, intentaría sorprendernos desde…

Miré hacia arriba. Una figura grácil flotaba sobre nosotros en el cielo.

—¡Arriba! —grité.

El aeroquinético levantó los brazos. Estábamos completamente expuestos.

Un autobús se estrelló contra el mago del viento. Lo vi por un instante, aplastado contra el parabrisas como un insecto, con los ojos desorbitados. El autobús se estrelló contra el pavimento frente al centro comercial, hundiéndose un metro en el suelo, pero manteniéndose medio erguido.

Mad Rogan sonrió como un gato satisfecho que acabara de robar algo de la encimera.

—Magos del viento. Todo son bailes elegantes hasta que les dejas caer algo pesado encima.

Contemplé el autobús sin dar crédito, aún con la tiza entre los dedos. Una rueda de coche ya era pesada. Y él había dejado caer un maldito autobús.

Tenía las muñecas y los tobillos sangrando. También las rodillas, debía de haberme raspado al dibujar el círculo. Ese día había visto a una mujer a punto morir, había disparado a una persona, había matado a otra con mis descargas, me habían colgado con cables y casi me había aplastado un coche. Sangraba por todas partes. Si pudiera, le daría un puñetazo en la cara a aquel día.

El Civic negro de Bern entró en el aparcamiento y giró para evitar el autobús.

Mad Rogan miró mis líneas de tiza.

—Son los peores círculos que he visto nunca. ¿Los has dibujado con los ojos cerrados?

Eso fue el colmo. Le lancé la tiza, me levanté, caminé hasta el Civic y me metí dentro.

—Conduce, Bern. Por favor.

Por suerte, mi primo no dijo nada sobre la sangre, el autobús o Mad Rogan. Pisó el acelerador y condujo directo a casa.

Capítulo 12

Bern conducía con determinación, respetando todas las normas y regulaciones de tráfico. Leon y Arabella tenían el permiso de aprendiz. Cinco minutos en el coche con cualquiera de ellos al volante bastaban para que se me pusiera el pelo blanco, pero viajar con Bern era completamente relajante. Había hecho un cálculo simple: una multa por exceso de velocidad en Houston costaba entre ciento sesenta y cinco y trescientos dólares y le subiría el seguro. No podía permitirse gastar ciento sesenta y cinco dólares.

Tres coches patrulla, con las sirenas aullando, pasaron a toda velocidad por el carril contrario. Mejor. Por lo que a mí respectaba, Mad Rogan podía lidiar con ellos y dejarme en paz.

—¿Recuerdas cuando me contaste que el Gran Incendio de Chicago no lo provocó la vaca de la señora O'Leary? ¿Tu profesor tenía alguna teoría alternativa al respecto?

Bern me lanzó una mirada extraña.

—¿Viste el autobús medio hundido en el suelo? —me preguntó.

—No quiero hablar del autobús.

—De acuerdo —dijo Bern con voz tranquilizadora—. No tenemos que hablar del autobús. Podemos hablar de la vaca.

—¿Hay alguna posibilidad de que podamos hablar con tu profesor?

—¿El profesor Itou? Claro. Creo que hoy tiene horario de tutoría. Lo comprobaré cuando llegue a casa. ¿Por qué?

—Por algo que dijo Harper. Llamó a Adam «la vaca glorificada de O'Reilly». Creo que quería decir O'Leary.

—Puede que lo usara en sentido figurado.

—Seguro, pero quiero tirar de ese hilo y ver adónde nos lleva. Fue algo tan aleatorio y salido de la nada.

—Sin problema, me ocuparé de ello. Han llamado de Montgomery International Investigations. Dos veces. Parecían molestos. Quieren que les devuelvas la llamada.

Era de esperar. La Casa Pierce no estaba contenta con que Adam hubiera incendiado un edificio de oficinas, así que probablemente habían presionado a Augustine Montgomery, y ahora él me presionaría a mí. La mierda siempre cae hacia abajo.

Tendría que llamar a Augustine Montgomery. No me hacía ninguna ilusión.

Los cortes en el cuello y las muñecas resultaron ser superficiales. Catalina me ayudó a limpiarlos y a ponerles Neosporin. No tuve mucho tiempo para recuperarme. Bern regresó con el horario de tutoría del profesor Itou, que era entre las dos y las cuatro. Me arreglé el maquillaje y el pelo, me puse un traje de negocios —no uno de los caros, sino uno gris sencillo de gama media— y nos subimos al coche para ir a la Universidad de Houston.

Encontramos al profesor Ian Itou en su despacho del Departamento de Historia. Estaba atendiendo a alguien, así que nos sentamos en el pasillo, haciendo tiempo. Los estudiantes iban y venían apresurados, arrastrando las mochilas y bebidas hipercafeinadas. Todos parecían tan jóvenes. Yo no era mucho mayor, aunque por alguna razón me sentía una anciana. Quizá solo estaba cansada.

Incluso cuando estaba en la universidad, la gente me parecía joven. Yo tenía un trabajo a tiempo completo. Para mí, ir a la universidad significaba entrar, sentarme en clase, entregar mis trabajos y salir lo antes posible. Fui a una fiesta de fraternidad, y eso fue porque me gustaba el chico de mi clase de Organización y Administración de Justicia Criminal. Tenía unos ojos marrones enormes y unas pestañas increíblemente largas. Cada vez que parpadeaba era toda una experiencia. Salimos tres veces, acordamos que era mala idea y nos separamos. Al final acabé saliendo con Kevin. Era un gran tipo e hizo que mis años de segundo y tercero fueran geniales. Me sentía muy cómoda con él. Tenía esa

manera de hacerme sentir tranquila, y casi nunca me mentía. Hablábamos, salíamos juntos, teníamos buen sexo y hacíamos todas las cosas que suelen hacer dos jóvenes enamorados. Pensé que me casaría con él. No es que él me lo pidiera ni yo lo hiciera, pero en aquel entonces podía verme casada con él. No era una relación de fuego salvaje, drama intenso y emociones desbordantes. La gente empezó a decirnos que parecíamos un viejo matrimonio tres meses después de nuestra primera cita. Kevin me daba mucha seguridad. Estar con él era tan fácil. Sin presiones.

A mi madre no le gustaba. Pensaba que me estaba conformando porque papá había muerto hacía menos de un año y yo buscaba estabilidad y normalidad. En aquel momento no lo sentía así. Luego, en nuestro último año, Kevin fue aceptado en un programa de posgrado en CalTech. Me invitó a mudarme con él a Pasadena. Le dije que no podía. Mi familia estaba en Houston, mi negocio también, y no podía abandonarlo todo. Él dijo que lo entendía, pero que no podía perder esa oportunidad. Ninguno de los dos acabó muy disgustado por ello. No hubo una ruptura fea ni lágrimas. Me sentí algo desanimada los primeros fines de semana y después lo superé. En la actualidad, Kevin vivía en Seattle y trabajaba para una empresa de ingeniería. Estaba casado y él y su esposa habían tenido gemelos hacía seis meses. Lo había buscado en Facebook. Me entristecía un poco, pero sobre todo me alegraba por él.

La cuestión era que, durante la universidad, no hice todas esas cosas típicas. Nunca estuve en una hermandad femenina. No pertenecía a ningún club. Si llegaba a casa al amanecer, era porque había alguna vigilancia de por medio. La gente hablaba de su «experiencia» universitaria, y yo realmente no tenía ni idea de qué iba.

Miré a Bern.

—Oye, si quieres unirte a una fraternidad, puedes hacerlo.

Las pobladas cejas de mi primo se alzaron. Se acercó y me puso la mano en la frente para comprobar si tenía fiebre.

—Me preocupas.

Le aparté la mano.

—Hablo en serio. No quiero que sientas que te estás perdiendo algo.

—Soy programador y cibermago —dijo señalándose a sí mismo—. No nos unimos a fraternidades. Nos escondemos en nuestras guaridas en la oscuridad y florecemos bajo el resplandor de las pantallas de ordenador.

—¿Como los hongos?

—Exactamente. Aunque los hongos no florecen. Producen esporas.

La puerta del despacho del profesor Itou se abrió y una chica con una coleta oscura salió agitando un montón de papeles. Nos lanzó una mirada furiosa.

—¡Puede meterse su B por donde le quepa! ¡Una B! ¡Era el mejor trabajo de la clase! —Se alejó pisando fuerte por el pasillo.

Bern atrapó la puerta antes de que se cerrara.

—¿Profesor? Le envié un correo antes.

—Adelante —respondió una alegre voz masculina.

El profesor Itou tenía más o menos mi altura y unos quince años más. Atlético, con una constitución compacta y poderosa y ojos oscuros rasgados. Parecía lleno de energía mientras me estrechaba la mano y se sentaba tras su escritorio, apoyado contra una enorme estantería repleta hasta los bordes. Su expresión era alegre.

—¿Qué puedo hacer por usted, señorita Baylor?

—Esperaba conocer más sobre sus teorías acerca del Gran Incendio de Chicago. Bern mencionó que no creía que lo hubiera iniciado la vaca.

El profesor Itou sonrió, cruzó una pierna sobre la otra y entrelazó los dedos sobre su rodilla. Parecía como si alguien le hubiera contado un chiste muy gracioso y aún estuviera riéndose para sus adentros.

—No es algo de lo que se hable a menudo en los círculos de historiadores. De hecho, mi investigación al respecto me ha convertido en objeto de burlas no muy sutiles. Los académicos —abrió mucho los ojos con fingido horror— son bestias despiadadas. Te arrancarán la garganta si no tienes cuidado.

Bern sonrió. Podía entender por qué a mi primo le caía bien el profesor Itou. Estaba claro que aquel académico no se tomaba las cosas demasiado en serio.

—Voy armada —le dije—. Y si nos metemos en problemas, podemos poner a Bern delante de la puerta. Puede contener todo un pasillo de académicos. Nadie entrará.

Los ojos del profesor Itou brillaron.

—¿Está segura de que quiere el relato completo? Porque no me preguntan sobre esto muy a menudo; una vez que empiece, me emocionaré y podría no parar en un buen rato.

Saqué la grabadora.

—Sí, por favor.

—Prepárese para asombrarse. —El profesor Itou se reclinó—. Primero los hechos básicos. Es 1871 y el verano es muy seco. Chicago, que estaba construida principalmente de madera, se cuece con el calor, secándose hasta convertirse en una caja de yesca. Es domingo, 8 de octubre de 1871. Ha caído la noche y todos están en la cama. Unos minutos después de las nueve, Daniel «Pata de Palo» Sullivan ve un fuego a través de las ventanas del granero que pertenece a sus vecinos, Patrick y Catherine O'Leary. Da la alarma y corre a salvar los animales. Se notifica a los bomberos, pero habían pasado el día anterior apagando un gran incendio y están cansados. Van al vecindario equivocado y, cuando encuentran la casa correcta, el fuego está descontrolado. Intentan apagarlo y fracasan. Chicago arde durante dos días, hasta que el 10 de octubre las lluvias finalmente sofocan el fuego. Trescientas personas mueren, más de cien mil quedan sin hogar y el corazón de la ciudad queda reducido a cenizas. La causa oficial del incendio nunca se determinó. Más tarde, un reportero del *Chicago Tribune* escribe sobre el fuego, afirmando que una vaca propiedad de la señora O'Leary pateó un farol, tirándolo sobre el heno. La señora O'Leary se convierte en una paria social y muere unos años después; con el corazón roto, según su familia.

El profesor Itou se inclinó hacia delante. Su rostro adoptó una expresión conspirativa. Me hizo señas para que me acercara. Me incliné hacia él.

Bajó la voz y dijo suavemente, como si me contara un gran secreto:

—La vaca no lo hizo.

—¿No? —pregunté.

—No. El reportero admitió más tarde que añadió lo de la vaca para darle dramatismo. En ese momento, alimentaba las actitudes antiirlandesas. Hay otro detalle interesante: un estudio de la calle demuestra que Pata de Palo Sullivan no podría haber visto el fuego desde donde estaba.

—Mintió —dijo Bern.

—¡Exactamente! —El profesor Itou apuñaló el aire con su dedo índice, triunfante—. El incendio de Chicago fue el tema de mi tesis. Tengo una personalidad algo obsesiva, así que obtuve una copia de un mapa archivado de Chicago y me dediqué a recrear la propagación del fuego pintando los edificios con un pincel mojado en café.

—¿Por qué café? —pregunté.

—En ese momento era el único tinte disponible en gran cantidad. Era un estudiante universitario pobre, pero siempre tenía café. Era un alimento imprescindible —afirmó el profesor Itou cruzándose de brazos—. Mientras trazaba el mapa del incendio, uno de mis compañeros de habitación vino a la cocina con la esperanza de usar la mesa para el mundano propósito de hacerse un sándwich. Era un piroquinético, y notó que el patrón era inquietantemente parecido a los anillos que ocurren cuando un piroquinético emplea fuego concéntrico. Es decir, alguien había quemado Chicago en círculos. El fuego se había propagado hacia el norte y el sur, contra la dirección del viento. Además, la velocidad del fuego indicaba presencia de magia. Barrios enteros habían sido envueltos en llamas en cuestión de minutos.

Fue a finales del siglo XIX. Los ensayos del suero que despertaba las habilidades mágicas estaban comenzando, pero aún no era de conocimiento público. Era posible que alguno de los primeros piroquinéticos hubiera llegado a Chicago.

—Pero ¿por qué quemar intencionadamente la ciudad?

El profesor Itou levantó la mano:

—Esa es la pregunta que me hice. Te ahorraré la explicación completa. Aquí está la versión corta: el Ejército británico estaba administrando suero a algunos de sus oficiales en un esfuerzo por mantener su control sobre la Commonwealth. Uno de esos oficiales era el coronel Rudyard Emmens. Había pasado la mayor parte de su servicio al Imperio británico en «el Oriente», un término colonialista que agrupaba a todo un conjunto de naciones. Por desgracia, nunca conseguí averiguar con exactitud qué parte del Oriente. Al final se retiró a Chicago. No sabemos con certeza cuál había sido su talento, pero sabemos por sus diarios personales que tenía que ver con el fuego. Padecía una intensa lucha interna al respecto. Igualmente le perturbaba que esos poderes «infernales» hubieran pasado a su único hijo, Edward. En el momento del incendio de Chicago, Edward tenía siete años. Aquí hay un relato interesante: según un reconocido historiador de Chicago, el centro de la ciudad permaneció extremadamente caliente durante casi dos días después de que el fuego se apagara. Cuando los bomberos pudieron entrar en los humeantes restos que era Chicago, encontraron a Edward Emmens en medio de todo. Estaba exhausto, deshidratado y manchado de hollín, pero por lo demás ileso.

Solo un mago piroquinético podría sobrevivir en medio de un infierno como aquel.

—¿Era un principal?

—Uno pensaría que sí, pero no —sonrió el profesor Itou—. Su magia fue clasificada como notable años después.

—Parece demasiado poder para un mago piroquinético de rango notable —opiné.

—En efecto. —Itou se dio la vuelta, examinó las estanterías y cogió un libro rojo—. David Harrisson, uno de los veintiséis tenientes de la Policía de Chicago en aquel momento, mostró un interés particular en ese suceso y en las causas del incendio. Nadie sabe qué descubrió realmente, porque los poderes fácticos parecieron haber eliminado su investigación, pero años después comenzó a publicar novela negra bajo el seudónimo de John F. Shepard. —Itou abrió el libro—. *El fuego del diablo*. Un relato corto sobre un joven

que roba el preciado artefacto africano de su padre y lo usa para incendiar Boston.

Me mostró la página y cerró el libro de golpe.

—Existe una confesión en el lecho de muerte de Frederick Van Pelt que detalla cómo él y otros tres muchachos se reunieron con Edward Emmens, quien había cogido un objeto mágico de su padre y les iba a mostrar cosas maravillosas. Se colaron en un granero cuyos dueños solían acostarse temprano, y pagaron a un hombre local para que vigilara. Afirmó que, después del incendio, el objeto mágico se rompió en tres trozos y cada uno fue escondido.

Até cabos.

—Entonces, a ver si lo entiendo. Rudyard Emmens transporta consigo algún tipo de artefacto desde algún lugar de Asia. Años después, ¿su hijo lo usa para impresionar a sus amigos, pierde el control e incendia Chicago?

El profesor Itou me miró durante un largo segundo y sonrió:

—Sí.

—¿Qué tal le fue con su tesis? —preguntó Bern.

Los ojos del profesor Itou se agrandaron. Agitó el libro.

—Qué curioso que lo menciones. Me entusiasmé mucho. Tenía todas mis fuentes. Trabajé durante semanas. Había escrito un trabajo que habría hecho llorar a los ángeles. Fui el último en presentar el trabajo ante el tribunal. Me escucharon, asintieron y me ofrecieron una beca completa de posgrado. Matrícula, programa de doctorado, todos los gastos pagados. Solo un pequeño inconveniente: mi trabajo no podía ser publicado. No era de interés público.

—Un soborno —adiviné.

Se inclinó hacia delante y golpeó el libro sobre la mesa para enfatizar su punto.

—Y lo acepté. En aquel momento lo acepté porque era pobre y no tenía elección. Ahora lo habría aceptado por una razón completamente diferente. La existencia de artefactos de amplificación ha sido debatida durante años. Sabemos que algunas personas desarrollan poderes mágicos sin el suero, también sabemos que se pueden crear objetos mágicos; así que existe la

posibilidad de que exista un objeto que haga tu magia más potente. Si se encontrara tal artefacto, solo traería tragedia. Si pudiera ser controlado, se le daría a un principal y se convertiría en un arma devastadora. Si no pudiera ser controlado, cualquier intento de hacerlo resultaría en un desastre natural. Es mejor que ese artefacto teórico permanezca oculto. Es una lección para nosotros y un legado del colonialismo. Robar los tesoros de otra nación nunca termina bien.

Edward Emmens era un notable, un mago de tercer nivel, y había incendiado Chicago. Adam Pierce era un principal. Si lograba poner sus manos en semejante artefacto, se convertiría en una supernova. Una angustiosa preocupación me recorrió el cuerpo. ¿Quedaría algo el pie si eso ocurría?

—¿Sabe qué era? —preguntó Bern—. ¿El artefacto?

El profesor Itou negó con la cabeza, con expresión afligida.

—No. He intentado averiguarlo en estos años, pero he fracasado. Ni siquiera sabemos de dónde vino. Sabemos que probablemente era de origen del Lejano Oriente o tal vez de Oriente Medio, pero el patrimonio cultural de ambos es tan rico y variado. Es como buscar una aguja en un pajar.

Cogí mi teléfono y le mostré una foto de la joya.

—¿Podría ser algo como esto?

—Podría. —Itou frunció el ceño y extendió las manos—. Recuerda que hablamos de Oriente, que significa «Este», un término eurocéntrico y colonialista según los estándares modernos, que fue adquiriendo diferentes significados a lo largo de los años. En el siglo XIX, este término se refería principalmente a India, China y el Sudeste Asiático, pero no podemos descartar Oriente Medio. El Orient Express, por ejemplo, llegaba hasta Estambul. Podría decirte más si pudiera acceder a los documentos de la familia Emmens, pero sus descendientes se niegan a hablar conmigo. Haría falta alguien con mucha más influencia de la que yo tengo. —Exhaló y agitó los brazos—. Lo he dejado estar.

—¿Qué le parece esta joya? —pregunté. Nunca estaba de más preguntar…

—¿Una antigua antena de televisión? —Itou frunció el ceño—. Me temo que no soy de mucha ayuda.

—Muchas gracias por la información. Una última pregunta. ¿Hay alguien en su departamento con quien podríamos hablar sobre el artefacto?

Itou sonrió:

—Magdalene Sherbo sería la persona indicada. Desafortunadamente, está en India como parte de su programa educativo. Podríamos intentar enviarle un correo, pero su acceso es esporádico y es conocida por no revisar su cuenta. Podrían recibir una respuesta en un mes más o menos. Una vez le envié una invitación para el *baby shower* de mi esposa. Dos meses después, respondió que le encantaría asistir justo cuando yo le estaba enviando fotos del bebé a todos mis contactos —rio.

—¿Podría darnos su dirección de correo por si acaso? —preguntó Bern.

Itou la anotó en un pósit amarillo y se lo entregó a mi primo.

—Gracias de nuevo —dije.

—¿El artefacto está a punto de aparecer? —preguntó el profesor.

—Eso creo —respondí.

Todo rastro de humor desapareció del rostro de Itou. Cogió su cartera y extrajo una fotografía. En ella, una mujer de rasgos asiáticos con el pelo suelto posaba junto a dos niños con el fondo de un árbol enorme. Los niños se parecían mucho a Itou, con el mismo brillo inteligente y travieso en los ojos.

—Estos son mi esposa y mis hijos.

—Tiene una familia preciosa —le dije.

—Vivimos aquí, en la ciudad. Si el artefacto es descubierto y alguien intenta usarlo en Houston, morirá gente. El Gran Incendio de Chicago dejó trescientos muertos. La densidad de población en nuestra ciudad es mucho mayor que la de Chicago a principios del siglo XX. Si ese artefacto cae en las manos equivocadas, y en realidad no hay manos adecuadas para él, las víctimas serán incontables. —Deslizó la fotografía hacia mí—. Han descubierto algo potencialmente devastador y no pueden simplemente dar media

vuelta ahora. Tienen una obligación moral con ellos, conmigo y con su propia familia. Por el hecho de poseer este peligroso conocimiento, ahora son parcialmente responsables de nuestra supervivencia. Por favor, ténganlo en cuenta.

Salimos de su oficina y atravesamos el aparcamiento bañado por el sol del atardecer hasta nuestro coche.

—¿Acudimos a las autoridades? —me preguntó Bern.

—Si lo hacemos, solo tendremos una oportunidad de convencerlos de que esto es serio. Si estamos en lo cierto y Adam quiere este artefacto y lo consigue, podría implicar una evacuación masiva. No van a hacer algo así sin pruebas sólidas. Ahora mismo solo tenemos una teoría de una tesis no publicada y una imagen de una especie de cacharro con joyas. Estoy dispuesta a arriesgarlo todo, pero necesitamos algo más con qué respaldar esto.

—¿Y ahora qué?

—Volvemos a casa e investigamos.

Por la mañana, si todo lo demás fallaba, le pediría a Rogan que intentara conseguir los documentos de la familia Emmens. El profesor Itou tenía razón. La familia no hablaría con él ni conmigo, pero sí con el Huracán.

Observé a mi familia reunida alrededor de la mesa de la cocina. Mis dos hermanas, mis dos primos, mamá y abuela Frida. Les acababa de explicar a grandes rasgos la historia del Gran Incendio de Chicago y el artefacto que podría estar relacionado con él.

—Necesito vuestra ayuda para buscarlo —les pedí.

—Tengo deberes —respondió Catalina.

Arabella la fulminó con la mirada.

—¿En serio? ¿No puedes dejar de ser tan obsesiva por una vez en tu vida?

Lina se enderezó.

—¿Vas a permitir que me hable así?

—Te firmaré una nota con la excusa que quieras —intervine—. Pero tenemos poco tiempo y necesito vuestra ayuda. —Empujé el portátil hacia ellos—. Este es un mapa del Imperio británico en 1850,

cuando Emmens probablemente estaba en el servicio militar. —Puse el teléfono con la imagen del objeto enjoyado al lado—. Esto es lo que buscamos. Probablemente sea parte de algo más, algún tipo de artefacto. Cada uno tomará una región e intentará buscar un artefacto que se parezca a este. Catalina y Arabella, os ocupáis de China. Leon, India. Bern, Egipto. Mamá, Turquía y la península arábiga. Yo me encargaré del sudeste asiático. Abuela Frida, elige un equipo si quieres. Y ni una palabra de esto a nadie. Nada de Facebook, ni Instagram, y especialmente nada de Herald.

Se dispersaron.

Me encerré en mi despacho. Era agradable y tranquilo. Puse una vela bajo el quemador de aceite, añadí unas gotas de esencia de geranio rosa y me dispuse a trabajar.

Buscar una aguja en un pajar era quedarse corto. Probé con la búsqueda de imágenes. También con la búsqueda histórica. Revisé Wikipedia y galerías de museos en línea.

Nada.

Al final empezó a dolerme la cabeza. Me aparté del escritorio, me froté los ojos y miré el reloj: 21:17. Llevaba dos horas con aquello y no tenía absolutamente nada.

Al menos, el artefacto, si es que lo era, estaba bien guardado en algún lugar de la cueva del dragón de Rogan.

El recuerdo de su contacto me recorrió la piel. ¿Qué demonios me pasaba? Casi me había besado con él en The Galleria. Después de lo que había hecho con Harper, debería haber huido. Una cosa era sentirse atraída por los chicos malos, algo que normalmente no me ocurría. Otra muy distinta era sentirse atraída por hombres malvados. Mad Rogan era un hombre realmente peligroso, mucho. Si quería algo, lo compraba, o te persuadía para que se lo dieras, o simplemente lo tomaba. Tenía que asegurarme de que no me deseara. Porque, si decidía que sí, sería bajo sus términos, y eso no me gustaría.

No, sí me gustaría, lo cual era aún peor. Si Mad Rogan apareciera de repente en medio de mi oficina, me levantara de la silla con esos brazos duros y musculosos, me llevara a un dormitorio y me arrojara sobre la cama, al menos el cincuenta por ciento de mí estaría

totalmente de acuerdo con lo que pasara después. Sería increíble. Solo verlo desnudo, ver ese cuerpo poderoso y perfecto, tocarlo, sería lo más destacado de mi vida romántica adulta.

El otro cincuenta por ciento de mí estaría furiosa. Menudo idiota. Ni un «Gracias por salvarme la vida». Ni un «¿Estás bien?». Ningún reconocimiento de una experiencia cercana a la muerte. Para nada; en cambio, decidió criticar mi dibujo de tiza mientras yo estaba sentada en la acera, sangrando e intentando recuperar el aliento. Estaba harta de todos ellos. Harta de sus fuegos y sus autobuses voladores y edificios que explotaban. Harta.

Tenía todo el sentido que Mad Rogan, un hombre rico, guapo, atlético y principal, resultara ser un tipo egocéntrico. Lo que no tenía ningún sentido era por qué cada vez que pronunciaba mi nombre o me miraba, necesitaba diez segundos para volver a la realidad.

No era solo el placer físico o la embriagadora experiencia mental que me había provocado ese día. Era esa intensidad aterradora y obsesiva que irradiaba cuando se concentraba. Simplemente sentía, con una especie de intuición femenina, que cuando tenía sexo, se entregaba por completo. Tendría sexo como otros hombres hacían la guerra. Quería ser lo único en el mundo entero que le importara, aunque solo fuera por unos minutos. Lo quería todo de él, mente y cuerpo, que fuera mío.

Y ese era el problema. Mad Rogan nunca sería mío. Yo no era el tipo de mujer con la que terminaría. Ni siquiera era una cuestión de dinero. Me faltaba el linaje adecuado. Los principales se casaban por magia. Mi magia no estaba a su nivel, y desde luego no era del tipo adecuado. Su poder era fundamentalmente telequinético y su telepatía era leve. Buscaría una telequinética o una telépata. Mi magia se basaba en la voluntad y no encajaba bien en ninguna categoría. Solo podría tener a Mad Rogan si de verdad se enamoraba de mí. Y el concepto de estar enamorado seguro que ni siquiera estaba en su vocabulario.

Si me lanzara a sus brazos, probablemente no me rechazaría. Me habría besado en The Galleria. Yo era joven y guapa; y él, un hombre sin compromiso. Bueno, suponía que no tenía compromiso.

Si lo tuviera, seguro que no le importaría. Era un pensamiento desagradable.

Siendo realista, lo único que podía esperar de una relación con él eran un par de noches de sexo glorioso.

Dios, casi valdría la pena.

No, no lo valdría. Me conocía lo suficiente. Me encariñaría con él. Sería muy difícil no hacerlo: todo en él era excepcional. Personas así no aparecen en tu vida con frecuencia. Si me lanzaba a esas aguas profundas, me ahogaría. No quería ahogarme. No podía permitirme ahogarme. Tenía una familia, un negocio…

Sonó el teléfono.

Me sobresalté.

Al sonar otra vez, lo cogí.

—¿Sí?

—Por fin, señorita Baylor —dijo la voz cortante de Augustine.

Oh, mierda.

—¿En qué puedo ayudarlo?

—He revisado la cobertura de prensa de los acontecimientos recientes esta mañana. Quizá no fui claro en nuestra última reunión. ¿Qué parte de «encuentre a Adam Pierce y entréguelo a su familia» no entendió?

Menudo imbécil.

—La parte en que debo hacer esto sin recursos ni ayuda de Montgomery International Investigations.

—La Casa Pierce está descontenta. Ahora son financieramente responsables de un costoso edificio de oficinas y son el objetivo de varias demandas potenciales.

—Quizá deberían haber considerado esa posibilidad cuando descubrieron que Adam era un principal. Si no hubieran criado a un egoísta inmaduro y malcriado, no estarían en este lío.

—Señorita Baylor.

Alguien llamaba a la puerta de la calle.

—Un momento —dije—. Ahora vuelvo.

Me dirigí a la puerta y revisé el monitor. Era Mad Rogan.

Abrí.

Él estaba en mi entrada, sosteniendo un ramo de claveles. Los de la tienda eran flores delicadas y rosadas. Estos eran enormes, pesados capullos carmesí, brillantes, tan oscuros hacia la base de sus pétalos que eran casi negros, con un filo escarlata en los extremos. Parecían bañados en sangre. Bien podría haberme traído un puñado de rubíes.

Sus ojos mostraban suficiencia.

Miré las flores, después su rostro y cerré la puerta.

No, un momento.

Abrí, le quité los claveles, cerré la puerta y puse el pestillo. Listo. Había tenido una experiencia cercana a la muerte y confiscar los claveles me haría sentir mejor. Volví a mi oficina y presioné el botón del teléfono.

—Ya estoy de vuelta.

—Me has puesto en espera. —Su voz podría haber congelado el golfo de México.

Olí los claveles. Guau.

—Sí. Alguien estaba en la puerta. Podría haber sido Adam.

Busqué un jarrón para poner las flores. Lo único que tenía era un vaso decorativo alto lleno de canicas porque la oficina necesitaba algunos adornos. Vacié las canicas en un cajón, abrí una botella de agua que guardaba para los clientes, la vertí en el jarrón y coloqué los claveles dentro. Perfecto.

—No creo que entienda la gravedad de su situación —dijo Augustine.

El almacén se estremeció. Toda la estructura vibró durante un segundo, luego se detuvo.

—En las últimas cuarenta y ocho horas, mi casa ha sido objetivo de un incendio provocado. Después un coche explotó frente a nuestra puerta.

El almacén vibró de nuevo. Mad Rogan estaba sacudiendo mi casa. Maldita sea.

—Casi me estrangulan, casi me aplastan y casi me entierran viva. Entiendo perfectamente la gravedad de mi situación.

Sacudida. Sacudida.

—Adam ha avergonzado públicamente a su Casa. Este asunto ya no solo le incumbe a usted…

Sacudida.

—… también a la reputación de toda la empresa y…

—Voy a tener que ponerle en espera un segundo.

—Señorita Bay…

Me dirigí a la puerta y la abrí. Mad Rogan me sonrió.

Señalé con un gesto hacia mi oficina. Entró. Cerré la puerta con llave tras él. Mad Rogan se adentró y se dejó caer en una silla. Al instante mi oficina se encogió. Antes había espacio, ahora solo estaba Rogan.

Pulsé el botón de nuevo.

—Ya estoy aquí.

—Mi paciencia se ha agotado —dijo Augustine con voz amenazadora—. Tengo que informar a la Casa Pierce, y mi informe pondrá que usted no ha hecho ningún progreso. Está haciendo quedar a Montgomery International Investigations como incompetente.

«Oh… Qué miedo».

—¿Por qué no les dice la verdad? Que me asignó este caso porque espera que fracase. Cuando lo haga, se quedará con mi negocio y lo dejará morir.

—Intento darle una oportunidad de conservar su negocio —respondió Augustine.

—Tendrá que llamarte más tarde —intervino Mad Rogan.

—¿Qué? —preguntó Augustine.

—He dicho que tendrá que llamarte más tarde, Tortitas. Está ocupada ahora mismo. —Pulsó el botón de desconexión.

No acababa de colgarle a Augustine. Sí, sí lo había hecho.

—¿«Tortitas»? —pregunté.

—Cuando intentaba entrar en el Club Arcana en Harvard, una de las pruebas de iniciación consistía en comer la mayor cantidad de comida posible. Ese año fueron tortitas. Ganó y lo admitieron, pero tardó seis meses en poder pasar junto a unas tortitas sin sentirse mal. —Rogan sonrió—: Las olía y salía corriendo de la habitación.

—Bueno, Tortitas tiene la hipoteca de mi negocio. Acabas de colgarle a mi jefe.

—Estaba dando vueltas sin llegar a nada. Lo superará.

—¿Sabes cuál es vuestro problema? Me refiero a los principales en general.

—Creo que estás a punto de decírmelo. —Mad Rogan se inclinó hacia delante con absoluta atención.

—Vuestro problema es que nadie os dice nunca que no. Pensáis que podéis hacer lo que queráis, entrar donde queráis…

—Seducir a quien queramos. —Él mostró una sonrisa malvada, lobuna.

Oh, no. La conversación no se desviaría por ahí.

—Jugáis con la vida de las personas. Cuando aparece la policía, movéis la mano y hacéis que se vayan. Porque sois principales y el resto, al parecer, no somos nada.

—Mmm… La ironía de esto es tan rica que resulta deliciosa.

—No veo qué tiene de irónico.

—Te lo diría, pero arruinaría la diversión.

—¿Podrías ser más presuntuoso?

Se apoyó sobre el codo.

—Posiblemente. Veo que te han gustado las flores.

Me entraron unas ganas repentinas de prender fuego a los claveles.

—Son preciosas. No es culpa suya que las hayas traído tú. —Me incliné sobre la mesa—. Señor Rogan…

—Mad —me corrigió—. Mad Rogan.

—Señor Rogan, hay límites. Me está utilizando como cebo para Adam Pierce. Yo lo utilizo a usted como medio para capturar a Adam. Creo que es un hombre peligroso.

—Qué formal…

—Aquí tiene la versión informal: tenemos que trabajar juntos y, cuando terminemos, cada uno seguirá su camino. No me traigas flores. No tenemos ese tipo de relación.

Rio. Fue una risa genuina, divertida.

—De verdad estás enfadada conmigo.

Estaba furiosa, aunque decirlo sería admitir que me había involucrado emocionalmente, y él no necesitaba saberlo.

—No, pero no quiero comprometer nuestra relación profesional. Es tarde y estoy cansada. Si no tienes nada que decirme sobre Adam, por favor, vete.

—Gracias por mantenerme con vida hoy —dijo de repente—. Debería haberlo reconocido antes. No lo hice. En mi defensa, debo admitir que lo que hiciste con los círculos fue realmente horrible.

Abrí la boca para decirle dónde podía meterse los círculos cuando alguien llamó a la puerta. ¿Qué pasaba con las visitas esa noche?

Me acerqué a la puerta y miré el monitor. Augustine Montgomery, con un traje gris, gafas cubriendo su rostro perfecto y el pelo claro peinado en un corte de precisión milimétrica. ¿En serio?

—¿Quién es? —Mad Rogan se acercó por detrás y miró por encima de mi hombro. Estaba demasiado cerca.

No quería dejar entrar a Tortitas, pero aún era nuestro dueño. Abrí.

Augustine miró por encima de mi hombro, sus ojos parecían hielo.

—¿Qué haces aquí? —se dirigió a Mad.

—He pasado a pedir una taza de azúcar —le respondió.

—No deberías estar aquí. —Augustine me miró—: Él no debería estar aquí.

—Has llegado bastante rápido —observó Rogan.

—Estaba conduciendo cuando llamé.

Detrás de Augustine, un elegante Porsche plateado estaba en una plaza de aparcamiento solitario. Habíamos metido todos nuestros coches dentro, dado que no podíamos pedir uno nuevo si alguno explotaba.

—Quizá no deberías aparcar ahí —dijo Mad Rogan—. Yo lo hice ayer y mi Range Rover explotó.

Augustine abrió la boca.

Si seguíamos de pie con la puerta abierta, tarde o temprano mi madre vendría a investigar. Si se daba cuenta de que Augustine Montgomery —la causa de todas nuestras desgracias— había aparecido en nuestra puerta, le dispararía. Solo por principios. Sin mencionar que éramos blancos fáciles allí, iluminados por el foco. Lo

último que quería era tenerlos a ambos juntos al mismo tiempo, pero no tenía elección.

—Entrad —gruñí.

Los llevé a mi oficina. Augustine vio las flores, parpadeó y se volvió hacia Mad Rogan:

—¿Así que has decidido involucrarte en esto por Gavin? ¿Por qué ese repentino interés por tu familia? Es tan impropio de ti, Connor.

Mad Rogan lo miró fijamente.

—¿Por qué llevas gafas? Sé con certeza que tienes una visión perfecta.

Madre mía. Aquello terminaría con ellos bajándose las cremalleras para ver quién la tenía más grande.

—Deberías haber seguido retirado. —El tono de voz de Augustine era seco.

—¿Y qué pasa con tu pelo? —Mad Rogan arqueó las cejas—. Estás usando una gran cantidad de ilusión. ¿Qué estás ocultando ahí arriba? ¿Te estás quedando calvo?

Augustine se volvió hacia mí:

—No tiene ni idea de con quién está tratando. Este hombre es extremadamente peligroso.

Mad Rogan extendió la mano hacia el pelo de Augustine, pero de repente la bajó.

—Lo tocaría, pero temo cortarme.

—Escuche. —La urgencia vibraba en la voz de Augustine—. Necesita limitar su asociación con este hombre. Existimos en un equilibrio frágil, y el núcleo de ese equilibrio, lo que nos restringe, es nuestra familia. Él no siente ninguna obligación hacia su familia ni la de nadie más. No tiene restricciones. No tiene ni idea de en qué tipo de cosas está involucrado.

Y eso, exactamente eso, era el problema con los principales. Justo eso.

—Ella necesita limitar su asociación contigo —dijo Mad Rogan—. Estás intentando quedarte con su negocio.

Augustine se quitó las gafas.

—Puede que la esté poniendo en riesgo financieramente, pero tú le quitarías la vida si te resultara conveniente, después harías

bromas al respecto.

En realidad, era Augustine quien me estaba enviando tras Adam Pierce, lo que era prácticamente una sentencia de muerte.

—No tienes principios, Connor —continuó Augustine—. No sabes nada sobre el deber, el honor o el sacrificio…

Rogan se movió, brutal y cegadoramente rápido. La espalda de Augustine golpeó contra la pared, y Mad Rogan le clavó el antebrazo izquierdo en el cuello, inmovilizándolo. Sus ojos se volvieron fríos y despiadados.

—Pasaste el tiempo después de la universidad sentado en una cómoda oficina aprendiendo el negocio familiar. —Su voz sonaba decidida y tan llena de amenaza que se me erizó el vello de la nuca —. Ese fue tu gran sacrificio egoísta. Te sentaste allí, envuelto en tu lujoso capullo y revolcándote en la autocompasión, mientras yo pasé seis años muriéndome de hambre y desangrándome en una maldita jungla donde todo el dinero del mundo no podía comprarte ni un sorbo de agua potable. Lo hice para que gente que no conocía de nada pudiera dormir en paz. ¿Qué sabes tú del sacrificio? Nunca has visto la cabeza de alguien explotar por una bala, ni te has limpiado los pedazos de un ser humano de encima para seguir adelante. Así que ¿qué tal si cierras la boca?

La habitación se oscureció. Bultos negros se deslizaron por las paredes. El miedo me recorrió la columna. Cada instinto me gritaba que lo que fuera que estuviera en las paredes era malo y peligroso; si se liberaba, necesitaría correr.

—No me provoques, Connor —gruñó Augustine—. Te vas a arrepentir.

Una luz violenta y perturbada brilló en los ojos de Mad Rogan.

—Pongamos a prueba tu teoría sobre matar y las bromas. Tengo una buena para esta ocasión.

Los bultos se abrieron. Tentáculos negros y fibrosos brotaron de la pared, agitándose. Si era una ilusión, era la mejor que había visto jamás. El pánico me envolvió, encadenando mis pies al suelo. Me estremecí bajo su agarre. ¿Qué clase de magia era esa?

Los objetos se elevaron en el aire mientras Rogan revisaba mis pertenencias, buscando un arma.

«No. Esta es mi casa. No vas a destrozar mi casa ni poner a mi familia en riesgo».

Las gélidas ataduras del pánico se rompieron.

—¡Ya basta! —grité.

Los dos hombres se sobresaltaron. Augustine frunció el ceño.

—¿Cómo…?

—¿Qué demonios os pasa a los dos? Esto no es un bar que podáis destrozar. ¡Este es mi negocio, mi hogar! Hay niños durmiendo a menos de treinta metros de esta habitación.

La oscuridad se desvaneció como una llama de vela apagada por una corriente de aire. Rogan soltó a Augustine.

—No sé cuál de vosotros es peor. ¿Estáis locos? Sois unos imbéciles malcriados.

—¿Nevada? —llamó mi madre detrás de mí.

Miré por encima del hombro. Mi madre estaba en el pasillo con abuela Frida a su lado. Mi madre llevaba una escopeta. Abuela Frida sostenía su teléfono.

—¿Por qué le gritas a una habitación vacía? —preguntó mi madre.

Tenía que ser la ilusión de Augustine. Lo fulminé con la mirada:

—Déjalo ya.

Él hizo una mueca. Abuela Frida jadeó. Tuve la sensación de que ella y mi madre acababan de ver a Mad Rogan y Augustine Montgomery aparecer de repente en mi oficina.

—Fuera de mi casa —ordené.

Mi madre cargó un cartucho con un inconfundible chasquido metálico.

Los dos hombres salieron de la oficina. Abuela Frida levantó su teléfono y sacó una foto. La puerta se cerró y me dejé caer en mi silla.

Mi madre miró los claveles.

—¿Hay algo que deba saber?

Negué con la cabeza y cogí el teléfono.

—¿Bern? Dime que lo has grabado todo.

—Lo tengo —afirmó—. Guardé una copia física y la subí a dos servidores remotos.

—Bien.

Si alguna vez surgía la duda de por qué necesitaba ponerles una orden de alejamiento a ambos, al menos tendría pruebas suficientes. Principales o no, ningún juez me negaría una orden de alejamiento después de ver aquello.

Alguien llamó a la puerta de mi dormitorio. Abrí los ojos, estaba sentada en la cama, recostada contra la almohada, con el ordenador en el regazo. Eché un vistazo al reloj digital. Guau. Las 05:30 de la mañana. Me había trasladado a mi habitación después de medianoche, cuando mis ojos empezaron a nublarse. Debí de quedarme dormida. Había sido un día largo.

—Adelante —dije.

La puerta se abrió y Bern entró con un montón de papeles.

—Hola.

—Hola.

—Los chicos han impreso algunas cosas. —Dejó los folios sobre la cama. Tenía los ojos inyectados en sangre y el rostro demacrado.

—¿Has estado despierto hasta ahora?

Asintió.

—He estado revisando algunas cosas. No es Egipto, Japón ni China, eso te lo puedo asegurar. Leon investigó sobre India, pero se quedó dormido, así que… —Bostezó—. Tú… —Volvió a bostezar.

—Ve a dormir. Me ocupo yo de India.

Se sentó en la cama nido. Era mía cuando era más pequeña. A veces, cuando mis hermanas y yo veíamos una película en mi habitación, se quedaban dormidas allí.

—Solo me sentaré un minuto…

—Vale.

Hojeé los papeles. Impresiones de artículos sobre varios artefactos. Algunos garabatos extraños. Una imagen de un caballero sosteniendo un escudo contra una llamarada.

—No está mal. —Me giré para enseñárselo a Bern. Estaba dormido.

Pobre.

Toqué el teclado para activar el portátil. Bien. India.

Las notas de Leon enumeraban las búsquedas. «India», «artefacto», «Emmens»… Más de treinta y cinco búsquedas. Suspiré. Había sido muy minucioso.

A ver, ¿qué había dicho el tipo antes de la explosión? Algo sobre la puerta hacia la iluminación, o entrada a la iluminación… Escribí: «Artefacto indio iluminación». El buscador mostró resultados de imágenes. Muchas cosas sobre nativos americanos y tribus nativas unidas. ¿Y si probaba con «artefacto hindú iluminación»? Mmm… Imágenes de flores, palacios antiguos, mosaicos, una ilustración de alguna deidad de cuatro brazos sentada sobre una flor rosa, una estatua metálica de una deidad con cara de elefante, una fotografía de latas de cerveza y botellas de refresco vacías… ¿Cómo había llegado eso ahí? Era una búsqueda sin sentido. Seguí mirando. Una ciudad con un río pegado a sus murallas, un trozo de cuarzo, otra deidad, esa vez azul con franjas blancas en la frente…

Un momento, un momento.

Hice clic en la imagen. Me devolvió la mirada la ilustración de un hermoso hombre de piel azul con una mano levantada. Dos franjas blancas le marcaban la frente, formando contornos alargados. Cogí mi teléfono y abrí la foto. Exactamente la misma forma. El corazón se me aceleró. Había algo más sobre el contorno, pero la imagen era demasiado pequeña para distinguir qué era.

Hice clic en el enlace de la página de la imagen. Se abrió una web de venta de abalorios antiguos.

Tecleé tan rápido que mis dedos volaban sobre el teclado. «Dios hindú piel azul». Los motores de búsqueda mostraron las imágenes. No, no, no, ¡sí! La misma imagen. Hice clic. «La página web ya no existe». Maldita sea.

Seguí buscando. Otra más, algo sobre un videojuego. Hice clic en la imagen. Shiva. Ya tenía un nombre. Aparecieron docenas de artículos. «Shiva, dios supremo de la mitología hindú. Entre sus principales atributos se incluyen una serpiente alrededor del cuello, un tercer ojo…». ¡Un tercer ojo!

Hice clic en la búsqueda de imágenes y contuve la respiración. Ahí estaba, una estatua de Shiva con un ornamento enjoyado en la frente: dos franjas alargadas de pálidas joyas formando una base

para un contorno carmesí de un ojo en posición vertical, con una joya radiante en el centro, donde estaría el iris. Había docenas de fotografías diferentes.

Seguí el rastro de migas de pan. «Señor Shiva, el de los tres ojos, su ojo derecho es el Sol, su ojo izquierdo es la Luna, su tercer ojo es el Fuego». ¿Fuego? «Una vez, cuando el dios del amor Kamadeva distrajo a Shiva durante su meditación, Shiva abrió su tercer ojo. El fuego brotó y consumió a Kamadeva…». Oh, eso no sonaba bien. Más páginas web. «Cuando Shiva abría su tercer ojo con ira, la mayoría de las cosas se convertían en cenizas. Shiva el Destructor. Shiva el Maestro Universal, cuyo tercer ojo destruía la ignorancia. Shiva, quien en una ocasión reveló su inconmensurabilidad a otros dioses en forma de una columna de fuego».

Todo encajaba. Emmens debió de encontrar ese artefacto en una de las estatuas de Shiva y resultó ser el auténtico. Si Adam Pierce lo conseguía, él también se convertiría en una columna de fuego, y todos arderíamos con él.

—¿Nevada? —Mi madre estaba en la puerta.

—Shh. —Señalé a Bern.

Entró y se sentó junto a mí en la cama.

—¿Cómo va todo?

—Lo encontramos.

Le dejé leer el artículo. El rostro se le fue ensombreciendo cada vez más.

—¿Eso es lo que quiere Pierce? ¿Quemar todo?

—No lo sé. Creo que deberías coger a los niños y a la abuela y marcharte de la ciudad unos días.

Mi madre me miró.

—¿Eso te lo pondría más fácil?

—Sí. —Me preparé para discutir. Solo quería asegurarme de que no murieran quemados.

—De acuerdo —aceptó mi madre—. Haré el equipaje y nos iremos de viaje.

—Gracias.

—Lo que sea para quitarte peso de los hombros. —Hizo una pausa —. ¿Piensas trabajar con Mad Rogan?

—Sí. Sigue siendo mi única esperanza de atrapar a Adam.

—Nevada. Exactamente, ¿cómo es de rico Mad Rogan?

Fruncí el ceño.

—No lo sé. Bern lo ha investigado. Según sus palabras es «asquerosamente rico». Tendrá millones, supongo. Quizá unos cientos de millones.

Mi madre mantuvo una expresión muy neutral.

—¿Y está soltero?

—En realidad no lo sé. Me parece el tipo de persona que tiene una interpretación muy liberal de esa palabra. ¿Por qué lo preguntas?

—Mira por la ventana.

Me levanté y me acerqué sigilosamente, intentando no despertar a Bern. Brillantes claveles rojos llenaban el aparcamiento. Algunos de un rojo intenso, otros casi púrpura. Había cientos, probablemente miles. Y estaban iluminados por pequeñas luces rojas colocadas entre las macetas, mezclándose en forma de una gigantesca y hermosa flor de clavel.

Cerré la boca de golpe.

—Llegaron alrededor de las dos —dijo mi madre—. Dos camiones con flores y ocho personas. Les llevó casi tres horas colocarlo… Acaban de irse hace unos minutos.

—Eso es una locura. —¿En qué estaba pensando ese hombre?

—No es asunto mío, pero ¿hay algo entre vosotros?

Me giré hacia ella:

—No, no lo hay.

—¿Él lo sabe?

—Lo sabe. Le dije que no me trajera flores. Por eso lo ha hecho. Probablemente pensó que sería gracioso.

Mi madre suspiró:

—Nevada, incluso si hubiera conseguido esos claveles a un dólar cada uno, hay como cinco mil ahí abajo, sin contar la mano de obra y la hora de la noche. Ha debido de darles mucho dinero para que lo dejaran todo e hicieran esto. No es una broma. Esto ha costado lo que un coche de segunda mano decente.

—Probablemente lo sacó de entre los cojines del sofá. —Me imaginé a Mad Rogan buscando cambio en un mueble ultramoderno

—. Debería haberle dicho que no me diera piezas de coche. Habría traído un tanque entero solo por llevar la contraria. A la abuela le habría encantado.

—Es tu vida. Pero nunca te imaginé con alguien como Mad Rogan.

Oh, no. La charla del novio inadecuado. Le guiñé un ojo.

—¿Con quién me imaginabas?

Ella frunció el ceño, desconcertada.

—No lo sé. Alguien alto. Atlético.

Me reí.

—¿Eso es todo? ¿Eso es todo lo que quieres de tu yerno? Porque Mad Rogan es alto y atlético.

Mi madre agitó las manos, nerviosa.

—Alguien como nosotros. Normal. El dinero y el linaje mágico son una maldición. Créeme.

—Mamá, no tengo planes de hacer nada con Mad Rogan. —Me apoyé contra la ventana—. Me secuestró y me encadenó en su sótano. Lo último que quiero es involucrarme emocional o sexualmente con él. Ese hombre no tiene frenos, y ese tipo de poder… es como… como…

—Un huracán —acabó mi madre.

—Sí. Como eso. Voy a andarme con pies de plomo y a mantener la distancia si puedo.

—¿Qué demonios vamos a hacer con todos esos claveles?

—No lo sé. —Sonreí—. Ya se nos ocurrirá algo.

Mi madre negó con la cabeza y se marchó.

Abrí la ventana y contemplé el mar rojo que se extendía abajo. El aire olía a flores, un aroma delicado, aunque ligeramente especiado que prometía cosas maravillosas. Eran preciosos. Mis claveles… No sabía por qué me los había regalado. Probablemente era una trampa o algún tipo de manipulación. Tal vez fuera una disculpa. No tenía ni idea, pero estaba segura de que, por muchos años que viviera, ningún hombre volvería a regalarme cinco mil claveles. Era algo mágico que solo podía ocurrir una vez, así que me quedé allí, respiré su aroma y me permití soñar.

Capítulo 13

Entré en el edificio con forma de aleta de tiburón de Montgomery International Investigations armada con mi portátil, mi teléfono y Bern. Mi primo observó el vestíbulo ultramoderno mientras nos dirigíamos al ascensor. No parecía impresionado.

—¿Crees que aparecerá Mad Rogan? —me preguntó.

—Eso espero.

Le había enviado un mensaje antes de salir de casa: «Sé lo que Adam intenta hacer. Reúnete conmigo en Montgomery International Investigations, en el despacho de Augustine a las nueve». No había respondido. Necesitábamos a Rogan. Aquello nos quedaba muy grande para Bern y para mí, y no estaba segura de a quién era leal Augustine. Él y Rogan claramente tenían algún tipo de problema, pero estaba segura de que Rogan quería atrapar a Adam Pierce. Por lo que sabía, Augustine podría haber estado ayudando a Adam y a sus misteriosos patrocinadores todo este tiempo.

El ascensor nos llevó a la planta diecisiete. Miré el teléfono. Tres minutos para las nueve. Cuando salimos del ascensor, la recepcionista nos recibió en la puerta y nos guio por un pasillo.

Me miró.

—Tengo entendido que está trabajando con Mad Rogan.

—Sí. ¿Ha llegado?

—Sí. ¿Tiene todo en orden? Ya sabe, por si acaso.

Los ojos de Bern se abrieron como platos.

—Mis tíos dirigen una funeraria. Avíseme si necesita ayuda. Es mejor estar preparada. Así no será una carga para la familia.

Antes de que pudiera decir nada más, el pasillo terminó y entramos en el intimidante despacho de Augustine. Él estaba sentado tras su escritorio, con el pelo, la ropa y todo lo demás impecablemente perfecto. Mad Rogan se encontraba en una silla frente a él, tomando café. Su musculoso cuerpo vestía un traje oscuro que le sentaba como un guante. Bueno. Parecía que no se había matado.

Miré alrededor del despacho.

—¿Qué busca? —preguntó Augustine.

—Sangre y miembros cercenados.

—Lo de anoche fue algo personal —dijo Mad Rogan—. Lo de hoy son negocios. Somos civilizados cuando se trata de negocios.

—¿«Somos»?

—Los jefes y herederos de las Casas —continuó Mad Rogan—. Tu mensaje sugería que había algún avance. Los dos queremos a Adam Pierce, así que estamos dispuestos a dejar de lado nuestras diferencias. Además, si fuéramos a pelearnos, no lo haríamos en la sede corporativa.

—Exacto —intervino Augustine—. Analizamos todas las formalidades necesarias antes de asesinarnos mutuamente.

Una vez aclarado, puse el portátil sobre el escritorio y lo abrí en la imagen del tercer ojo de Shiva.

—Creo que Adam Pierce planea destruir Houston.

Me llevó unos veinte minutos explicar lo del Gran Incendio de Chicago, Emmens, Shiva y la leyenda de su tercer ojo.

—Creo que este amuleto no fue destruido, sino que fue separado en tres y Adam está intentando volver a montarlo. Nosotros tenemos una pieza, Adam tiene la que recuperó del First National y todavía hay una tercera en algún lugar. Si tengo razón, ahora somos responsables de este conocimiento. Creo que estoy en lo cierto. Le pedí a mi familia que se fuera de la ciudad. También llamé al profesor Itou y le sugerí que su familia hiciera lo mismo.

Augustine suspiró:

—Señorita Baylor, ¿intenta asustar a la gente?

—No, estoy devolviendo el favor al hombre que me ha ayudado. He llegado hasta donde he podido. Estoy en un callejón sin salida. Si

llevo esto a las autoridades, y no tengo ni idea de quiénes y dónde están esas misteriosas autoridades, probablemente no me creerán. La familia Emmens, si es que queda alguien vivo, es poco probable que hable conmigo. —Empujé el portátil hacia ellos—. Ahora es vuestro. Ambos sois principales. Sois responsables de Houston.

Rogan y Augustine se miraron.

—¿Lo llevas encima? —preguntó Augustine.

Rogan se metió la mano en el bolsillo interior, sacó un objeto envuelto en seda y se lo pasó a Augustine. Este lo desenvolvió y levantó el trozo de amuleto que habíamos encontrado. Lo colocó bajo un rayo de luz y las piedras de cuarzo brillaron al recibir el sol.

—Tienes razón —murmuró Augustine—. Considerando su valor, probablemente sea el auténtico.

—No pensaba que el cuarzo valiera tanto —comenté.

—No es cuarzo —me corrigió Rogan.

—Son diamantes sin tallar —explicó Augustine—. De excelente calidad. Cada uno de aproximadamente dos quilates después de tallarlo. Calculo entre veinte a treinta mil dólares por piedra.

Había al menos cien diamantes. Casi me atraganto.

—¿Estás pensando en Lenora? —preguntó Augustine.

¿Lenora Jordan, la fiscal del distrito del condado de Harris? ¿Lenora Jordan, mi heroína del instituto que encadenaba a los criminales? Era la única Lenora que conocía en una posición de autoridad.

—¿Te refieres a Lenora Jordan? —intenté que no se me notara la emoción en la voz, pero fracasé.

Mad Rogan me miró de reojo y luego volvió la vista a Augustine:

—La conoces. Lo aceptará.

—Si es un amplificador, no puedes quedártelo. —Augustine le devolvió la pieza enjoyada a Rogan—. Las Casas no lo permitirán. Irán a por ti con horcas, arrancarán el artefacto de tu cadáver y después lucharán a muerte por él. Ni siquiera tú puedes luchar contra todos nosotros.

Rogan hizo una mueca.

—¿Quieres ocuparte de Emmens o de Lenora?

—Emmens —respondió Augustine—. Le desagradas menos a Lenora. Además, habrá que informar a la Casa Pierce. —Puso cara de haber chupado un limón—. Uf. Seguro que será una experiencia maravillosa. También tendré que poner a mi gente a vigilar a Pierce.

—No lo entiendo —dije—. Pensaba que intentaba evitar tratar con Adam.

Augustine lanzó un suspiro:

—Como ha dicho antes, soy un principal de una Casa de Houston. El bienestar de la ciudad es mi responsabilidad.

Miré a Rogan.

—Si Adam quema un edificio de oficinas o dos, es una molestia —me explicó él—. Si quema el centro de la ciudad o alguno de los edificios financieros, el impacto económico en las Casas será enorme. Todas las Casas locales importantes y muchas familias de fuera del estado poseen propiedades en la ciudad. Aparte del golpe financiero inmediato, el daño a la reputación de las Casas afectadas sería catastrófico. Nuestra gente, nuestros subordinados, quedarían sepultados en deudas.

—Nadie haría negocios con una Casa que no puede proteger a sus propios empleados —añadió Augustine.

—Si esto ocurre —continuó Rogan—, las Casas buscarán a un chivo expiatorio, y Augustine fue el encargado de atrapar a Adam Pierce.

—Pero también lo es la Policía de Houston —intervino Bern.

—Esperamos que la Policía de Houston fracase —dijo Augustine con voz seca.

—Tu trayectoria como agencia de investigación de primera clase podría engañar a la Casa Pierce, pero no resistiría ante una Asamblea Nacional enfurecida —añadió Mad Rogan—. Descubrirán exactamente lo que Augustine intentó hacer y harán pedazos a la Casa Montgomery.

El rostro de Augustine se agitó ligeramente, como si su ilusión intentara desprenderse de sus facciones. Mostró los dientes.

—Lo intentarán. Voy a por Emmens. Sabremos dónde está la tercera pieza en veinticuatro horas.

—Diviértete —dijo Rogan mientras se levantaba.

—Tú también —respondió Augustine. Luego me miró—: ¿Irá con él a ver a Lenora Jordan?

—Sí —dijimos Rogan y yo al unísono.

—No bromee con Lenora, no le dé información de forma voluntaria y que sus respuestas sean cortas —me aconsejó Augustine—. Si la detienen, usted misma se encargará de su fianza.

Salimos del edificio los tres juntos. Bern y yo giramos a la izquierda, Rogan a la derecha.

—Nevada —me llamó Rogan—. Mi coche está por aquí.

—Te seguiremos.

—¿Quieres conocer a Lenora? —me preguntó—. Si es así, vienes conmigo.

Quería conocer a Lenora Jordan. La mitad de mi tiempo en el instituto lo había pasado idolatrándola.

—Deberías ir —sugirió Bern—. Os seguiré y pagaré la fianza si hace falta.

Mad Rogan me guiñó un ojo. Ese bastardo me había calado y me tentaba con Lenora como si fuera una zanahoria. Debió de notarlo por cómo me había temblado la voz al decir su nombre.

Debía controlarme. Le dediqué a Rogan mi mejor sonrisa profesional y empecé a caminar hacia él.

—Muchas gracias por tu generosa oferta.

Mad Rogan rio. Un calor tentador y ligero como una pluma me envolvió, bailando sobre mis hombros, y una excitante mezcla de calidez y presión bajó por mi cuello. Casi salté. Se me cortó la respiración. Reprimí el impulso de estirarme contra ese toque fantasma como un gato.

—Hazlo otra vez y te haré daño —lo amenacé.

El toque fantasma se desvaneció lentamente y una parte de mí quiso seguirlo, allá donde fuera.

Mad Rogan caminaba junto a mí con ese mismo paso seguro que me había llamado la atención en el Mercer, y yo sabía exactamente dónde estaba y cuánta distancia nos separaba. Todo mi cuerpo estaba concentrado en él. Quería que me tocara. No, no solo quería que me tocara, esperaba que me tocara. No sabía qué demonios quería.

—¿Te gustaron los claveles?

Metí la mano en mi bolsillo y le entregué una pequeña tarjeta roja.

—El Hospital Infantil de Texas te agradece tu generosa donación. Gracias a ti, todas sus habitaciones tienen bonitas flores esta mañana. Creen que podría ser parcialmente deducible de impuestos y, si tu gente habla con ellos, el hospital proporcionará el papeleo necesario.

Mad Rogan cogió la tarjeta, rozando mi mano con sus dedos cálidos y secos. Luego salió volando de su mano y aterrizó en la papelera más cercana.

Mi piel hormigueó donde me había tocado. Aquello era una especie de tortura.

Un Audi negro estaba aparcado a unos seis metros. Un coche amplio y elegante que parecía transmitir poder y fuerza sin llamar la atención. Era el tipo de vehículo que compraría un hombre rico cuando decidiera que su Maserati de sueños adolescentes era demasiado llamativo.

—¿Es un serie A8 L Security?

Su Range Rover estaba blindado. Dudaba seriamente que el Audi no lo estuviera. La mayoría de las Casas tenían varios coches blindados. De eso vivía abuela Frida.

—Es un A8 personalizado. —Mad Rogan tocó la puerta del coche y el motor ronroneó en respuesta—. Le he hecho algunas modificaciones.

Por supuesto. Me acomodé en el asiento de cuero del pasajero. El habitáculo era sorprendentemente espacioso, todo líneas sofisticadas y diseño elegante, limpio y eficiente. Bonito.

Rogan salió del aparcamiento. El coche prácticamente flotaba. El aspecto lujoso no me impresionaba demasiado, pero la calidad era realmente buena. Mi abuela me había dicho una vez que se necesitaban casi quinientas horas de trabajo para ensamblar uno así, y se notaba. También lo conducía bien. Por mucho que dijeran, un coche de lujo de gran potencia no se manejaba como un sedán típico, y un coche de alta gama blindado tampoco.

—¿Querías algo más maniobrable para la ciudad? —pregunté. No es que hubiera nada malo en el Range Rover.

—Sí. Nunca se sabe lo que podríamos encontrarnos.

El Audi avanzaba entre el tráfico.

—Deberíamos tener sexo —dijo Mad.

Debía de haber oído mal.

—Perdón, ¿qué?

Me miró. Sus ojos azules eran cálidos, como si ardieran desde dentro. Vaya.

—He dicho que deberíamos tener sexo. Tú y yo.

—No. —La alarma me hizo enderezarme.

—¿Qué quieres decir con «no»?

—Quiero decir no. ¿Ha pasado tanto tiempo desde la última vez que escuchaste esa palabra que has olvidado su significado? —Vale, eso probablemente había sido grosero. Tenía que mantener aquello lo más profesional posible. Debía calmarme.

—Me siento atraído por ti. —Su voz sonaba confiada y segura, como si aquella conversación fuera una simple formalidad y supiera que ganaría al final—. Sé que te sientes atraída por mí.

¿Tenía que restregármelo?

—Somos dos adultos que consienten. ¿Por qué no tener sexo?

«Porque eres bastante peligroso, me asustas, y porque sería increíblemente bueno. Lo que significaría que querría más y más, y no puedo permitirme enamorarme de ti».

—Porque no tenemos ese tipo de relación.

—Sugiero que cambiemos nuestra relación.

—No es una buena idea.

Me miró de nuevo, con expresión algo lobuna. Me estaba dando solo un indicio de esa intensidad, un pequeño vistazo de cómo sería. Era más seductor que si Adam se desnudara por completo. Tenía que ser cuidadosa, muy muy cuidadosa…

—Yo creo que es una idea excelente —insistió él.

—Ni siquiera te conozco. No confío en ti.

—Ayer confiaste en mí.

—Estábamos en una situación de vida o muerte y te convenía mantenerme con vida. Según ese criterio, los hombres con los que serviste te confiaron sus vidas a diario. ¿También tuviste sexo con todos ellos? Debió de ser una unidad militar interesante.

—¿Entonces, quieres seducción? ¿Cenas, flores, regalos? —Su voz sugería una leve desaprobación.

—No.

—La seducción es un juego —afirmó Rogan—. Deslumbras, atraes y finalmente seduces. Ambas partes saben lo que está sucediendo, pero siguen el juego de todos modos. Si ofreces atención, halagos, dinero…, obtienes el resultado deseado. Pensé que estabas por encima de ese juego.

—No quiero jugar.

—Me deseas, Nevada. Has pensado en ello, lo has imaginado, y probablemente te has tocado mientras lo imaginabas.

Dios mío. Se había atrevido a decir eso.

—Ten sexo conmigo, Nevada. Lo disfrutarás.

—¿Sabes lo que quiero? Quiero una conexión humana. Quiero estar en la cama con alguien que valga la pena.

—¿Y yo no? —Una peligrosa intensidad se deslizó en su voz.

Quizá había llevado las cosas demasiado lejos.

Salimos disparados hacia la calle Franklin. La torre rectangular del Tribunal Superior de Justicia Criminal del Condado de Harris se alzaba a nuestra derecha. El parque Bridge, con su icónica estatua del *Vaquero a caballo*, se hallaba a nuestra izquierda. La calle estaba llena de coches aparcados en paralelo. No había huecos excepto uno pequeño entre un Honda azul y un sedán rojo al otro lado de la calle junto al parque. Rogan no podía estar dirigiéndose hacia allí. Íbamos demasiado rápido.

Rogan me miraba a mí en lugar de al tráfico.

Nos seguimos rectos por la carretera. El Audi se metió en el carril contrario, justo frente a una camioneta gigante. Él seguía mirándome a mí y no a la calle.

—¡Rogan!

Frenó, con la mirada fija en mí. Los neumáticos chirriaron mientras la parte trasera del coche se deslizaba. El corazón saltó a mi garganta. El Audi giró ciento ochenta grados y entró en la plaza de aparcamiento a centímetros de los parachoques de ambos coches.

El conductor de la camioneta tocó el claxon y el enorme vehículo se alejó rugiendo de indignación.

Exhalé.

Rogan presionó un botón, apagando el motor.

—Quiero una respuesta —exigió.

—Eres el hombre que me secuestró, me encadenó en su sótano y casi estranguló a una mujer que apenas conocía porque la encontraba molesta. Ese es tu currículum. —Vale, probablemente no era del todo justo, pero se lo debía por lo de la maniobra con el coche—. Me doy cuenta de que esto es extraño para ti, porque el noventa y nueve por ciento del tiempo, tu nombre, tu cuerpo y tu dinero hacen el trabajo y las mujeres abren las piernas ante ti si las miras durante más de diez segundos. No soy una de ellas.

Salí del coche y crucé el aparcamiento. Me alcanzó. Me arriesgué a mirarlo. Mad Rogan sonreía. Algo de lo que había dicho debió de resultarle muy gracioso.

—¿Hay algo bueno en mí que pueda compensar mis defectos? —preguntó el dragón de apariencia cautivadora y humilde.

No, no me lo creía. Esa supuesta gracia podría romperse en un abrir y cerrar de ojos, dando paso a las llamas y los colmillos letales.

—No haber atropellado a aquella ardilla jugó a tu favor.

—Mmm. Es bueno saberlo. —Su sonrisa se ensanchó.

Oh, oh.

—No lo hagas.

—¿Que no haga qué?

—Cada vez que sonríes así, alguien muere. Si me atacas, me defenderé.

—De todas las cosas interesantes que estoy pensando en hacerte, matarte o herirte no está en la lista. —Me guiñó un ojo.

Entramos en el Tribunal Superior de Justicia y subimos a un ascensor. Dos hombres con maletines para portátiles se dirigieron hacia nosotros, intentando subir. Mad Rogan les lanzó una mirada inexpresiva. Sin mediar palabra, los hombres cambiaron simultáneamente de dirección y se dirigieron al ascensor de nuestra izquierda. Las puertas se cerraron y la cabina ascendió.

Aquello estaba sucediendo de verdad. Iba a ver a Lenora Jordan. Lenora, quien encerraba a los criminales. Quien no temía a ningún principal. Quien…

¿Y si era como ellos? ¿Como Augustine o Pierce? No estaba segura de poder soportarlo. Sería devastador.

Abrí la boca.

—¿Sí? —preguntó Mad Rogan.

—Si no es lo que parece, por favor no me lo digas.

—Es exactamente lo que parece —afirmó él—. La ley y el orden son su dios. Es una fanática, y reza por ello de forma sincera y con frecuencia. Es imparcial y resuelta, y enfrentarse a ella es estúpido.

Las puertas se abrieron y salimos a un pasillo concurrido. La gente se apartaba de nuestro camino, casi sin ser conscientes.

—¿Incluso para un principal? —pregunté.

—Especialmente para un principal. Ocupa el cargo con la bendición de las Casas del condado de Harris. La colocamos en ese puesto porque incluso nosotros reconocemos la necesidad de supervisión.

Nos detuvimos ante una puerta, que Mad Rogan mantuvo abierta para mí. Entré y me detuve ante el escritorio de la recepcionista. Una mujer nativa americana de unos cuarenta años estaba sentada en el mostrador. Tenía un rostro ancho con grandes ojos oscuros y labios carnosos. Miró a Rogan con una expresión que habría detenido a un perro enfurecido.

—Compórtese —le ordenó.

Rogan giró a la izquierda y abrió la puerta. Lo seguí hasta una oficina amplia. Estaba bien amueblada, con un gran escritorio de madera antigua restaurado y varios sillones de aspecto cómodo. Detrás del escritorio, grandes estanterías cubrían la pared. Entre estas y el escritorio se hallaba Lenora Jordan. Lucía exactamente como en su imagen de la valla publicitaria: fuerte, poderosa y segura. Llevaba un traje de negocios color índigo. Su cabello negro y rizado estaba recogido hacia atrás en una gruesa y elaborada trenza. Su piel era de un marrón intenso y su rostro, con grandes ojos, nariz ancha y labios carnosos era atractivo, aunque lo primero que

notabas de ella era la completa seguridad que destilaba. Aquel era su reino, y lo gobernaba sin oposición.

Lenora Jordan cruzó los brazos.

—Estaba a punto de enviarle una invitación formal para que visitara mi oficina.

—¿En serio? —dijo Mad Rogan.

—En serio. ¿Cuánto tiempo esperaba estar causando estragos por la ciudad sin control? Debe de haber una razón muy convincente que explique por qué está volando negocios y dejando caer autobuses sobre la gente en público. Estoy ansiosa por escucharla. —Se volvió hacia mí—: ¿Quién es usted?

Lenora Jordan me estaba hablando.

—Ella es una de mis colaboradoras, la señorita Baylor —me presentó Mad Rogan.

—¿Puede su colaboradora hablar por sí misma?

—Sí, puedo —respondí. Vaya, mi boca se había movido y las palabras salieron. No pensé que lo harían—. Encantada de conocerla.

Su mirada me clavó en el sitio.

—Mi oficina ha estado intentando identificar a una joven que lo ha estado acompañando en su reinado de caos. ¿Es usted esa joven?

—Sí.

—¿Qué relación tiene con él?

—Mi empresa matriz me ha encargado convencer a Adam Pierce de que se entregue a su Casa.

Las cejas de Lenora Jordan se alzaron.

—Montgomery International Investigations —aclaró Mad Rogan.

—¿Cuáles son sus cualificaciones para este trabajo? —preguntó la mujer.

—Que soy prescindible —respondí.

Lenora frunció el ceño.

—Es típico de Augustine. Bien, cuéntenme. Todo.

Nos sentamos, y Mad Rogan y yo nos turnamos para explicar la situación. Cuando terminamos, Lenora extendió la mano. Rogan sacó el artefacto y lo colocó en su palma. La fiscal lo estudió durante un largo momento.

—¿Sus expertos han llegado a alguna conclusión? —preguntó.

—Es mágico. Está inerte. Es indestructible —contestó Mad Rogan —. Lo sumergimos en ácido. Lo sometimos al soplete. No pude romperlo.

Las cejas de Lenora se elevaron de nuevo.

—¿Usted personalmente?

Mad Rogan asintió con la cabeza.

Ella giró la joya entre sus manos. Los diamantes captaron la luz, brillando débilmente.

—Esto no encaja con el *modus operandi* de Adam. Es impulsivo e impaciente. El año pasado le prendió fuego a un portero porque lo echó del club. Luego Adam se emborrachó, se drogó y estuvo de fiesta hasta el amanecer tan intensamente que cuando fuimos a buscarlo por la mañana apenas recordaba el incidente. Lo que tenemos aquí es complicado y hecho por etapas. Ha requerido una planificación y preparación cuidadosas. ¿Con qué fin? Señorita Baylor, ¿le ha dicho algo?

—Disfruta prendiendo fuego a las cosas y avergonzando a su Casa, especialmente a su madre —respondí—. No me dio la impresión de que hubiera algo más importante en marcha, pero está claro que sus acciones son parte de algún plan complejo. También me ha estado engañando, porque mientras yo seguía informando de que él y yo nos comunicábamos, la Casa Pierce se quedaba de brazos cruzados.

—El ataque a su familia es lo único que no encaja. —Lenora tamborileó con las uñas sobre el escritorio—. ¿Y no se ha puesto en contacto con usted desde entonces en persona?

—No.

—Alguien lo está controlando —afirmó Lenora—. ¿Por qué? Podría haber reunido las piezas discretamente, pero en su lugar está creando un espectáculo público cada vez más grande. ¿Con qué propósito?

—Es una desestabilización clásica —intervino Mad Rogan—. La gente no se siente segura, las fuerzas del orden parecen incompetentes y la opinión general hacia las Casas se desploma.

Recuerda a la gente lo que podemos hacer si decidimos ignorar la ley. A la mayoría de las personas eso les resulta incómodo.

Era un análisis sorprendente, viniendo de él.

—Nadie está por encima de la ley, Rogan —dijo Lenora—. Ni siquiera usted.

—Eso dicen —respondió él.

Ella suspiró:

—Consultaré con Seguridad Nacional para ver si alguno de los grupos terroristas anti-Casas podría estar involucrado. Pero se necesitaría una personalidad extraordinaria para controlar a Adam Pierce y hacer que siga un plan. Muchos lo han intentado y han fracasado.

—Lenora. —Mad Rogan se inclinó hacia delante—. Necesita esta baratija. Tiene al menos una, posiblemente las otras dos, aunque lo dudo.

—Habría montado otro espectáculo para conseguir la tercera pieza —coincidí con él.

—Vendrá a por ella —dijo Mad Rogan.

—¿Está cuestionando la integridad de mi oficina? —preguntó Lenora. Su voz sonaba divertida, pero sus ojos no lo estaban.

Si me mirara así a mí, probablemente me levantaría de la silla y me escondería. Mad Rogan ni siquiera había parpadeado.

—Intento tener en cuenta todas las posibilidades. Si consigue juntar las tres piezas, se convertirá en una columna de fuego. Si su patrón actual es consistente, lo hará en algún lugar público. Frente a este edificio o frente a la Casa Pierce. En algún lugar que esté muy frecuentado.

—Cuento con que se asegure de que eso no suceda.

—Pero, si ocurre, necesitaremos una evacuación —afirmó Mad Rogan—. Usted y yo sabemos lo difícil que sería.

—Quiere que emita una alerta terrorista. —Lenora se reclinó—. ¿Se da cuenta de que las alarmas no se dan a la ligera? Conlleva mucha responsabilidad y planificación. Tengo que coordinarme con la Oficina de Seguridad Nacional, la Guardia Nacional y el FBI. Sin mencionar que las Casas perderán la cabeza.

—Es su decisión —dijo Mad Rogan—. Pero tenga en cuenta que esto va en serio. Está sucediendo. No quiero que nos cojan desprevenidos.

—Lo pensaré —prometió Lenora Jordan.

Logramos salir sin ser arrestados.

Mad Rogan miró el edificio y negó con la cabeza.

—¿Qué? —le pregunté.

—La próxima vez que veamos esa baratija, Adam Pierce la llevará puesta.

—Creo que ella la cuidará bien.

—No tan bien como cuando está encerrada en uno de mis sótanos.

Cruzamos la calle y el teléfono me sonó. Miré el mensaje: «Llegamos a Austin. Ya estamos registrados en el hotel. Dale las gracias a Rogan por la escolta».

—¿Enviaste una escolta a mi familia?

—Sí. Son un objetivo.

—¿Cómo has sabido que se irían?

—Mi gente los vio cargar maletas, me llamaron y les dije que los siguieran.

Claro.

—Gracias.

—De nada. Tengo planeado mantenerlos como rehenes hasta que te acuestes conmigo.

Tropecé.

Se volvió y me mostró una sonrisa brillante, imposiblemente atractiva:

—Es broma.

Maldita sea.

—Almuerza conmigo —me pidió.

—No.

—Nevada, deberías almorzar conmigo. En algún lugar público donde nos puedan ver fácilmente. También ayudaría si fingieras disfrutarlo. Échate el pelo hacia atrás y sonríe. Quizá incluso podrías sonreír como si yo te gustara.

Me detuve.

—¿Un cebo para el señor Pierce?

—Sí.

No era mala idea. No me importaba ser el cebo si eso conseguía atrapar a Pierce.

—Bern…

—¿Crees que tu primo preferiría sentarse en un coche, vigilarte y arriesgarse a ser frito por ese lunático a medio cocer, o jugar con el nuevo equipo de Bug completamente a salvo en mis instalaciones?

Mi teléfono sonó como si fuera una señal. Contesté.

—Oye —dijo Bern—. ¿Todavía me necesitas? Tengo una invitación de Bug, y hay algunas personas aquí con un Range Rover blindado. Dicen que Mad Rogan les pidió que vinieran a recogerme.

Lo miré. Mad Rogan se acercó a mí, su gran cuerpo demasiado cerca, la mirada en sus ojos demasiado ardiente. Percibí un toque de sándalo y vetiver, mezclado con un aroma un tanto especiado.

Se inclinó, cautivador, sus ojos tan azules. Mi corazón latió más rápido.

Sonrió con una sonrisa lenta y depredadora.

—La resistencia es inútil.

—No vas a convencerme —me mantuve firme y levanté el teléfono a mi oído—. Bern, si quieres ir con ellos, adelante.

—¿Estás segura?

—Sí. —De todos modos, Mad Rogan ya tenía vigilada a mi familia en Austin. Al menos Bern estaría protegido.

Colgué y miré a Mad Rogan:

—Iré a almorzar contigo. Pero no voy a reír como si me gustaras.

Casa Fortunato resultó ser un pequeño restaurante en la intersección de la calle Crawford y la avenida Congress, a pocas manzanas del Tribunal de Justicia. Tenía una pequeña zona al aire libre frente al estadio Minute Maid. El día era caluroso y húmedo, y lo último que quería era sentarme fuera. Por eso cualquiera con sentido común comía bajo tierra, en los túneles de Houston. Habían comenzado como un pasaje subterráneo entre dos cines y con los años se fueron extendiendo hasta conectar prácticamente todo, con

sus propios restaurantes y zonas de descanso. En un día caluroso, el centro parecía casi desierto. Por desgracia, si nos sentábamos bajo tierra, Adam Pierce no tendría ninguna posibilidad de vernos. Era muy improbable que entrara en los túneles, donde podría verse acorralado.

Nos dirigimos a una mesa con brillantes azulejos españoles amarillos, azules y blancos, y Mad Rogan me apartó la silla. Colgué mi bolso de lona en la silla y me senté. El bolso contenía una Baby Desert Eagle, calibre 40SW, con un cargador de doce balas. Después del último encuentro con el grupo de Adam, no quería arriesgarme, así que había mejorado mi potencia de fuego. Me estaba convirtiendo en Harry el Sucio. Mi energía de macho alfa era tan aplastante y despiadada como yo quería que fuera. Al final todo terminaría y podría volver a mi trabajo habitual de seguir a cónyuges infieles y fraudes a aseguradoras. Podría ser menos emocionante, pero raramente requería disparar un arma dentro de los límites de la ciudad.

La familiar sensación de malestar me atenazó la garganta. Había matado a alguien. Realmente no quería pensar en ello. Tarde o temprano tendría que lidiar con eso de una forma u otra.

La camarera apareció con un plato de salsa y otro de nachos aún calientes y tomó nota de nuestras bebidas. Dos tés helados con edulcorante.

Fingí estar absorta en el menú. ¿Qué pedir? Algo que no fuera complicado de comer. Los tacos Baja con gambas tenían buena pinta. Dejé el menú.

—¿Qué opinas de Lenora Jordan? —preguntó Mad Rogan.

—Creo que es increíble. Quiero ser como ella cuando sea mayor.

—¿Quieres ser fiscal del distrito?

—No, quiero… —Me esforcé por expresarlo con palabras—: Quiero estar donde ella se encuentra profesionalmente, pero a mi manera. Quiero estar segura de mí misma y ser respetada por lo que hago. Quiero ganarme una reputación. Quiero que se sepa que la Agencia de Investigación Baylor es importante. Mi padre la fundó, y me gustaría asegurarme de que el nombre sea sinónimo de competencia y calidad. ¿Qué es lo que quieres tú?

Se reclinó. La luz del sol jugaba en su rostro, colándose más allá de un árbol en la esquina. Su piel parecía casi brillar, resaltando las líneas fuertes de su cara, la nariz poderosa y el mentón firme.

Se encogió de hombros:

—No lo he pensado.

La camarera regresó con nuestras bebidas, tomó nota de lo que queríamos —yo pedí tacos Baja, y él, tacos con solomillo de ternera picado—, después desapareció de nuevo.

Su teléfono sonó.

—Disculpa. —Mad Rogan se lo llevó a la oreja—. ¿Sí?

Había un extraño contraste entre el hombre que aplastaba a la gente hasta la inexistencia y el que tenía modales perfectos a la mesa. De alguna manera, el principal furioso y el millonario urbano eran la misma persona, y tenía completo sentido, excepto que la parte mundana hacía que la parte violenta fuera aún más aterradora.

—¿Cuándo? —preguntó al teléfono—. Dile que se encuentre conmigo aquí. —Colgó y me miró—: Lo siento, tengo que ocuparme de unos asuntos. No puede esperar, pero seré breve.

—No hay problema. Me mantendré ocupada dejándome ver y moviendo mi pelo. ¿Quieres que me lo enrede en el dedo mientras me muerdo el labio?

—¿Podrías?

—No, lo siento —sonreí.

—Provocadora —dijo él, y dejé de pensar.

Volví a controlarme. Profesional. Debía mantenerme profesional.

—Entonces, ¿no tienes objetivos?

—Tengo objetivos a corto plazo —afirmó—. No son particularmente desafiantes.

—¿Por qué?

Mad Rogan cogió la rodaja de limón de su vaso y la depositó en su plato de aperitivos, como si fuera algún tipo de insecto ofensivo.

—Bueno, veamos, ¿qué suelen querer los hombres en mi posición?

—¿Más dinero? —Bebí de mi vaso.

—Tengo unos mil doscientos millones.

Me atraganté con el té.

Esperó hasta que controlé mi tos.

—Tengo inversiones y soy dueño de varias corporaciones que generan dinero mayormente sin mi intervención. Hasta cierto punto, más dinero es solo más dinero. Algunos principales se dedican a la investigación, pero eso nunca me ha interesado mucho. Ocasionalmente puedo mejorar un hechizo si quiero lograr un propósito específico, pero la idea de dedicarme a ello me resulta aburrida.

—¿Objetivos profesionales?

Mad Rogan negó con la cabeza.

—Solo soy excelente en una cosa: la destrucción a gran escala. Ya lo he hecho, ya lo he vivido. He alcanzado la cima de esa carrera.

Llegó nuestra comida. Sorprendentemente rápido.

Probé mi taco. Delicioso.

—¿Por qué dejaste el ejército?

—¿Alguna vez te has arrepentido de hipotecar tu negocio?

Ya veía por dónde iba. Una respuesta por otra. Una gamba se salió del taco y cayó en mi plato. Qué movimiento tan elegante.

—Oh, Dios, sí. Deberíamos haberlo vendido tan pronto como supimos que papá estaba enfermo. Habríamos conseguido más dinero y comenzado el tratamiento antes. La terapia experimental estaba funcionando, pero cuando se formalizó la hipoteca mi padre estaba demasiado deteriorado. Yo era muy novata en ese momento, y dirigir el negocio con un nombre consagrado parecía una opción mejor. Si lo hubiéramos vendido, ya lo habría reconstruido bajo un nombre diferente. Pero la retrospectiva es perfecta. Mi madre tuvo un poco más de tiempo con mi padre, y él tuvo un poco más de tiempo con nosotros. Tengo que contentarme con eso. —Me di cuenta de que me miraba de forma extraña—. ¿Qué?

—No era lo que preguntaba, pero supongo que he obtenido mi respuesta de todos modos. —Ladeó la cabeza—. Dejé el ejército porque estábamos ganando la guerra. Cuando empecé, Belice estaba en ruinas y México amenazaba a media docena de naciones en Sudamérica. Teníamos que golpear fuerte para cambiar el curso de la guerra, así que golpeé fuerte.

Eso sí que era el eufemismo del siglo.

—Años después, la coalición había repelido a México y pacificado la región. Al final ni siquiera me desplegaron. Tener mi presencia en el área era suficiente para forzar la retirada del otro bando. Cuando los conflictos comenzaron a disminuir, la cadena de mando de nuestro lado empezó a hablar de entrar en México. Me di cuenta de que yo era un factor en esa decisión y renuncié a mi comisión, porque, por mucho que disfrutara ejerciendo mi magia, era hora de que alguien más reconstruyera lo que yo había destrozado. Incluso si la Iniciativa Mexicana no hubiera sido un problema, me habría ido. El ejército no tiene sentido para mí en tiempos de paz. Soy malo con el papeleo y no puedo enseñar a otros a hacer lo que yo hago. Soy un asesino. Así que me fui.

—Y ahora eres un principal sin causa.

—Sí. La mayoría de las cosas no son un desafío. —Se inclinó hacia delante, centrándose en mí—. Cuando encuentro uno, me dedico a él por completo.

¿Se refería a mí? Porque yo no era un desafío. Era un ser humano. Abrí la boca para decírselo, pero él miró por encima de mi hombro hacia el aparcamiento. Me di la vuelta y miré. Un Ford Escape gris estaba aparcando. Era un vehículo antiguo, de al menos diez o doce años. El hombre que bajó tendría unos veinticinco años, atlético, con hombros anchos y cabello rubio corto. Llevaba una carpeta y vestía un traje negro que le quedaba mal, se lo habría comprado hacía años y lo había guardado en el fondo del armario, envuelto en plástico, sacado solo para funerales, bodas y entrevistas de trabajo.

El hombre se acercó. Mad Rogan se levantó y el hombre le tendió la mano.

—Troy Linman, comandante.

Se estrecharon las manos.

—Siéntate —ofreció Mad Rogan.

Troy se sentó junto a mí.

—Señora.

Un exsoldado. Apostaría cada dólar de mi cartera a ello.

Troy le pasó la carpeta a Mad Rogan, quien la abrió y examinó el contenido.

—¿Eleven Bravo?

—Sí, señor.

Infantería. Algunas especialidades militares se adaptaban bien al mundo civil. Cualquier cosa en la categoría 68 —médica— era buena. O la 91B —mecánico de vehículos con ruedas—. El Eleven Bravo no era una de esas especialidades. Era la columna vertebral del ejército, pero en el mundo civil no había mucho que pudieras hacer con eso.

—¿Por qué te fuiste? —preguntó Mad Rogan.

Troy dudó:

—Se acercaba al momento de reenganche. Mi mujer estaba embarazada de seis meses de nuestro segundo hijo y no quería que me fuera. No dijo nada, pero até cabos. Yo también estaba algo cansado. Quería salir y probar la vida civil. Quería volver a casa todas las noches.

—¿Cómo va todo?

—Nos las arreglamos —afirmó Troy.

Su tono de voz me indicó que no se las arreglaban. Para nada.

Mad Rogan lo atravesó con la mirada.

—La verificación de antecedentes dice que mañana embargarán tu casa, así que lo preguntaré de nuevo, Linman. ¿Cómo va todo?

No podía ver la mano derecha de Troy, pero la izquierda se había cerrado en un puño apretado.

—Trabajo en el turno de noche en una planta de recauchutado de neumáticos y reparto *pizzas* por la tarde. Mi mujer trabaja durante el día mientras cuido a los niños. Es auxiliar administrativa. He estado mandando currículos a todas partes, intentando conseguir cualquier empleo que me permita trabajar durante el día. Todas las ofertas con un sueldo decente exigen un título.

Había escuchado esta historia tantas veces de tanta gente que podía adivinar lo que diría a continuación.

—Intenté trabajar como cobrador en un peaje. Quieren a alguien con estudios. ¿Para qué demonios necesita un trabajador de peajes un título? El ejército me pagaría los estudios universitarios, pero no puedo permitirme tomarme ese tiempo libre. Llevamos dos años intentándolo con todas nuestras fuerzas. Solo nos hundimos cada vez más.

—¿Santino te explicó lo que implica trabajar para mí?

Troy asintió:

—Sí.

—Mis reglas son simples —dijo Mad Rogan—. Estar donde se te diga cuando se te diga. La primera vez que me mientas será tu último día trabajando para mi Casa. Si lo intentas con todas tus fuerzas, pero fallas, no contará en tu contra. Ser perezoso y descuidado te garantizará el despido. Drogarte o emborracharte te garantizará el despido. Estar endeudado te garantizará el despido.

Troy abrió la boca, con expresión estoica.

—Me ocuparé de tu ejecución hipotecaria —continuó Rogan.

—Con todo mi respeto, comandante, vine por un trabajo, no por caridad. Quiero trabajar y mantener a mi familia.

—No es caridad. La Casa Rogan es propietaria de todos los préstamos de sus empleados. Hipoteca, coche, universidad, lo que sea. Cuando alguien más tiene tu préstamo, te conviertes en una brecha de seguridad. No me gustan los riesgos de seguridad, así que cuido de los míos. La gente que trabaja para mí sale herida. Tu seguro médico está cubierto, tu vida no. Tienes familia, así que tenlo en cuenta. Pago bien, así que coge parte de ese dinero y contrata un seguro de vida decente.

Mad Rogan guardó silencio.

Troy tragó saliva:

—¿Estoy dentro?

—Estás contratado.

El rostro de Troy palideció. Dejó de respirar y por un instante pensé que se desmayaría. Podía lidiar con el rechazo. Debía haberse preparado para ello, para poder levantarse de la mesa y marcharse con algo de dignidad. Sin embargo, el alivio de la aceptación le había resultado demasiado abrumador. Toda su vida dependía de las palabras de Mad Rogan, y en ese momento no podía procesarlo.

Extendí la mano y toqué la suya.

—Está bien.

Me miró, aturdido.

—Está bien —repetí—. Te ha contratado. Tu casa está a salvo. Todo está bien. Respira, Troy.

El hombre inspiró profundamente.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Por fin comprendí lo peligroso que era Mad Rogan. La mayoría de las Casas tenían sus ejércitos privados, pero Mad Rogan iba más allá. Para Troy no era solo un trabajo. Era una oportunidad de sentirse útil otra vez, de que apreciaran sus habilidades y de mantener a su familia. Era una nueva vida, y Mad Rogan se la había dado. Eso era lo que hacía. Encontraba exmilitares en su momento más bajo, les daba la oportunidad de importar y los recompensaba por ello. Por fin entendía al hombre que había informado a Rogan después de que el Range Rover explotara. Rogan no solo era su dueño económicamente. Era dueño de sus almas. Lo consideraban dios.

—¿Cuándo empiezo? —preguntó Troy.

Un trueno retumbó en la calle. Salté de mi silla. Venía de detrás de Mad Rogan y hacia la derecha. Él esprintó, saltando la valla. Corrí fuera de la zona de comidas hacia el aparcamiento y lo alcancé en la calle Franklin, con Troy pisándome los talones.

El humo se elevaba desde el Tribunal de Justicia. Una espesa columna de humo surgía del undécimo piso, ascendiendo. Oh, no.

Algo salió disparado por la ventana justo debajo del humo y se precipitó hacia la calle. ¿Qué demonios?

La cosa avanzó por la calle Franklin, corriendo hacia nosotros a cuatro patas con saltos poderosos, medio oculta por los vehículos. Algo rápido y tan grande como una camioneta.

—Empiezas ahora mismo, Linman —dijo Mad Rogan y corrió hacia aquella cosa.

Mientras sacaba mi pistola del bolso, Troy Linman se quitó la chaqueta del traje, la arrojó al suelo y corrió tras Rogan. Los perseguí con el arma en la mano.

La cosa saltó por encima del pequeño sedán que le obstaculizaba el paso y aterrizó en la calle, al descubierto. Con forma de guepardo y cabeza de perro, estaba hecho de metal. Secciones de gruesas tuberías ocupaban el lugar donde deberían estar sus huesos, y un montón de cadenas se enroscaban alrededor del esqueleto metálico. No había nada que lo mantuviera unido, nada excepto magia y la

voluntad de alguien. Nunca había visto nada parecido. Pequeños objetos animados sí, pero aquello, aquello era increíble.

La bestia redujo la velocidad y levantó la cabeza. Una pequeña chispa brillante resplandecía en sus largas fauces.

—¡Tiene el artefacto! —grité.

Mad Rogan se detuvo y adelantó los brazos. La bestia se partió en cuatro secciones. Las tuberías y cadenas se estrellaron contra el suelo y se dispersaron.

—¡Encuentra al animador! —Rogan caminó hacia los restos metálicos con cautela.

Las tuberías y cadenas se movían ante él, deslizándose por el pavimento. Estaba clasificándolas, buscando el artefacto. Troy cogió una tubería suelta que había rodado hasta nuestros pies y la blandió.

Me di la vuelta. Un mago animador debía estar a poca distancia de su creación. A nuestra izquierda había un *parking* de pago, con una barrera y una cabina automatizada. Justo enfrente, al otro lado de la calle La Branch, un edificio de aparcamientos de diez pisos bloqueaba una parte del cielo. Ambos eran una mala idea para una huida rápida. En un momento, la zona estaría repleta de agentes de policía. No había forma de escapar rápidamente a través del edificio o del atestado aparcamiento. Me giré. A nuestra derecha, un solar vacío ocupaba toda la manzana. Solo había dos coches; debía de ser una zona de prohibido aparcar. El animador tampoco se arriesgaría a estacionar allí.

—¿Qué estamos buscando? —preguntó Troy, levantando el tubo como un garrote.

Los tubos de la izquierda temblaron.

Rogan se giró.

Los escombros metálicos volaron hacia él, sujetándolo con una fuerza terrible, intentando aplastarlo. Levanté mi arma. Rogan desapareció tras la jaula de tubos metálicos. Las cadenas se enroscaron alrededor de los tubos y apretaron. El metal chirrió, deslizándose y moviéndose. Disparar no serviría de nada. Podría herirlo por accidente.

Troy corrió hacia el montón de metal en movimiento.

—¡No! No podemos ayudarlo. ¡Tenemos que encontrar al animador!

La jaula metálica se deshizo, como si hubiera explotado desde dentro. Troy se quedó inmóvil en medio de la calle. Vislumbré el rostro furioso de Rogan. Los escombros metálicos lo atraparon de nuevo y apretaron. No le quedarían huesos si no me daba prisa.

—¿Qué estamos buscando? —gritó Troy.

El poder de Rogan era increíble. Para enfrentarse a él se necesitaría a un principal.

—Un coche blindado de alta gama.

Él giró a la izquierda, yo a la derecha, examinando la calle. Un gran Cadillac Escalade negro estaba aparcado en La Branch junto al solar vacío, de cara a nosotros. Había dos personas sentadas, una en el asiento del conductor y otra en el del pasajero.

Los escombros explotaron, rodaron por el pavimento y atraparon a Mad Rogan de nuevo.

A mi alrededor los vehículos viraban, apresurándose para evitar a Mad Rogan y la explosión de magia que lo rodeaba. Cualquiera con medio cerebro se largaría de allí. Especialmente alguien en un Escalade.

—¡Troy! —Alcé el arma y caminé directamente hacia el Escalade.

El conductor no se movió. Me vio acercarme con el arma y no se movió. Habíamos encontrado al animador.

Por el rabillo del ojo vi cómo el metal se fundía, atrapaba a Rogan y se fundía de nuevo. El tiempo se ralentizó, estirándose. Un Escalade blindado significaba un capó reforzado, protección del radiador e insertos RunFlat, tiras de goma incrustadas en los neumáticos. Incluso si disparaba a las ruedas hasta hacerlas pedazos, el vehículo aún podría alejarse a noventa kilómetros por hora. El parabrisas era antibalas. Una bala de un Baby Desert Eagle no lo penetraría. Pero sí agrietaría la capa exterior del cristal. No necesitaba matar al principal del interior. Solo necesitaba obstaculizarle la visión lo suficiente para mantener vivo a Mad Rogan.

El tiempo se reinició. Apreté el gatillo y disparé seis tiros justo frente al rostro del conductor. El arma escupió balas y truenos. El

parabrisas se agrietó, cada bala golpeando el cristal y formando una explosión circular de grietas, como si alguien hubiera cogido un puñado de hielo de la pared de un congelador y lo hubiera presionado contra el parabrisas. Apenas podía ver al conductor.

Disparé seis balas al lado del parabrisas del principal, expulsé el cargador y coloqué el segundo. Me quedaban doce balas.

Troy pasó corriendo junto a mí, saltó sobre el capó y golpeó el parabrisas con el tubo, poniendo todo el peso de su cuerpo. El cristal se agrietó, pero resistió. Lo golpeó de nuevo. El parabrisas se dobló hacia dentro. Otro golpe sólido y lo atravesaría.

El Escalade rugió y retrocedió. Troy se resbaló, rodó por el pavimento, saltó sobre sus pies y persiguió al enorme todoterreno negro. El Escalade dobló la esquina de La Branch, aún marcha atrás, y aceleró por la calle paralela a Franklin. Corrí a través del solar vacío tras él. El Escalade hizo un giro brusco a la derecha hacia Crawford. El conductor estaba rodeando el aparcamiento marcha atrás. Si giraba otra vez a la derecha, lo pondría en rumbo directo de colisión con Mad Rogan.

—¡Troy! —Me giré a la derecha y crucé el aparcamiento corriendo a toda velocidad.

El Escalade giró hacia Franklin. Mad Rogan seguía luchando contra los escombros metálicos.

Exprimí al máximo cada uno de mis músculos. El aire se convirtió en fuego en mis pulmones. Un dolor punzante me atravesó el costado.

El Escalade aceleró directo hacia el montón de metal que rodeaba a Rogan.

Disparé a los neumáticos, en un intento por frenarlo. Cuatro balas perforaron la goma.

El amasijo metálico de tuberías y cadenas se deshizo. Durante medio segundo, Rogan quedó completamente expuesto. El Escalade lo embistió. Se oyó un crujido, un crujido espantoso. Dios.

Rogan salió volando por el pavimento, cayó y quedó inmóvil.

Me lancé entre él y el Escalade y disparé a quemarropa contra la ventanilla trasera. Ocho, siete, seis…

La puerta del pasajero se abrió de golpe. Las tuberías saltaron, transformándose en una bestia, un escudo entre el coche y yo. Seguí disparando.

Un brazo con manga de traje se estiró y agarró algo del suelo. El sol se reflejó en un grueso anillo de oro justo antes de que la puerta se cerrara de golpe.

Última bala. Disparé.

El todoterreno rugió y aceleró por la calle Franklin.

«Rogan».

—¡Suelte el arma! —gritó alguien detrás de mí.

Levanté las manos, bajé lentamente mi pistola y la dejé caer. Algo me mordió por detrás, justo entre los omóplatos. Mi cuerpo se bloqueó, como si me hubiera metido bajo una ducha helada y todos los músculos se hubieran tensado a la vez y se hubieran quedado así, entumecidos, calientes y dolorosamente irritados. Caí de costado. Mi cabeza rebotó contra el pavimento. Tres hombres con uniformes de policía se abalanzaron sobre mí.

Me di cuenta de que me habían disparado con una táser.

Los hombres me levantaron bruscamente. Alguien me forzó las manos a la espalda y sentí el frío metal de las esposas en las muñecas.

Delante podía ver a Lenora Jordan detenida por un montón de metal.

¿Dónde estaba Rogan?

Cuatro personas uniformadas arrastraron a Troy hacia delante. Estaba encorvado, con la piel ensangrentada por la caída sobre el asfalto.

Dios mío, Dios mío, Dios mío. Que Rogan no estuviera muerto.

El montón de metal se estremeció.

Los agentes me soltaron y me desplomé de rodillas con fuerza. Había policías y agentes judiciales por todas partes, y todas las armas apuntaban al montón de metal.

La pila de tuberías y cadenas explotó. Rogan se tambaleó al levantarse. Su expresión era terrible.

—Bajen las armas —ordenó Lenora.

Dos docenas de personas bajaron sus armas a la misma vez. Rogan se volvió hacia ella, su rostro contorsionado por una rabia oscura. Por un segundo, pensé que podría matarla.

—Emite una puta alerta, Lenora —gruñó Mad.

Capítulo 14

—Probablemente tiene dos costillas rotas —me informó la técnica sanitaria—. Tal vez solo sean fisuras, pero la única forma de asegurarse es haciendo una radiografía. Le hemos recolocado el hombro en su sitio, pero se niega a recibir más tratamiento.

La sanitaria miró a Mad Rogan, que estaba sentado en una camilla. Tenía lo que solo podría describirse como una expresión de furia en el rostro. Los servicios de emergencia mantenían las distancias.

—Debería ir al hospital —me insistió la sanitaria—. En serio.

—¿Se lo ha dicho?

—Sí, pero…

Esperé.

Ella se me acercó más.

—Es Mad Rogan. La fiscal del distrito me pidió que hablara con usted. Dijo que podría hacerle entrar en razón.

Si las nubes se abrieran y un arcángel descendiera en todo su esplendor celestial e intentara hacer entrar en razón a Rogan, fracasaría y tendría que recoger su espada llameante y volver al Cielo avergonzado. No tenía ni idea de qué le había hecho pensar a Lenora que yo podría conseguirlo.

Bueno, si ninguno de ellos podía reunir el valor suficiente para explicarle al Azote de México que necesitaba ir al hospital, supongo que tendría que hacer lo que pudiera.

—Muchas gracias. Me ocuparé de ello.

Me acerqué a Mad Rogan. La sanitaria me siguió.

—Tienes las costillas rotas —le informé.

—Ya la he oído —dijo él—. Son fisuras.

Extendí la mano. Mad se quedó mirándola.

—Dame las llaves, Rogan. Te llevaré al hospital.

Me di cuenta del repentino silencio a nuestro alrededor.

—Esto es ridículo —gruñó Mad Rogan.

—Las costillas rotas pueden ser mortales. Te necesito en plenas facultades, así que asegurémonos. ¿Qué parte de ir al hospital te molesta?

Entrecerró los ojos.

—Llevará una eternidad. Llegaré allí, esperaré dos horas, luego alguien me hará una radiografía y me dirá: «Tiene las costillas rotas». Después me darán dos ibuprofenos y me mandarán a casa.

—Es casi el mismo argumento, palabra por palabra, que usó Leon el año pasado después de decidir que sería una gran idea bajar las escaleras en bicicleta.

—Es un argumento perfectamente válido. —Mad Rogan se enderezó—. ¿Qué tiene de malo?

—Leon tiene dieciséis años. Tú casi le doblas la edad.

—¿Estás insinuando que soy un viejo decrépito?

—Estoy insinuando que deberías tener más sentido común. Te ha golpeado un vehículo blindado que iba al menos a cuarenta kilómetros por hora. Antes de eso, fuiste comprimido por media chatarrería de metal. Podrías tener una hemorragia interna. Podrías tener una conmoción cerebral. Se supone que debes tener más sentido común que un adolescente de dieciséis años que quería ser viral en YouTube.

—He estado herido antes. Sé que no es grave.

—Disculpa, ¿acaso eras médico en el ejército?

—He recibido formación.

Asentí con la cabeza.

—¿Sabes quién más ha recibido formación? Todos estos técnicos sanitarios que te rodean. —Señalé a los servicios de emergencia—. Que levante la mano quien no crea que el señor Rogan debería ir al hospital.

Nadie se movió.

—¿Ves? Por favor, déjales hacer su trabajo.

Mad Rogan se inclinó hacia delante. Un músculo de su cara se crispó. Intentó controlarlo, pero era demasiado tarde. Lo había visto. Pronunció cada palabra con una amenaza silenciosa:

—No voy a ir al hospital.

—De acuerdo. ¿Hay algún otro lugar con equipo de rayos X y personal médico donde estarías dispuesto a ir?

—Sí. Puedes llevarme a mi médico de familia. —Metió la mano en el bolsillo, sacó las llaves lentamente y con cuidado, y las puso en mi mano.

—Gracias por tu cooperación.

Tres minutos después, conducía un Audi por las calles atestadas de Houston. Mad Rogan iba en el asiento del copiloto. Su respiración era superficial. Troy se movió en el asiento trasero. Tenía la pierna izquierda rota por el impacto del Escalade durante su última huida. También se había negado a ir al hospital.

Cambié de carril, conduciendo el Audi con precisión en el pequeño espacio entre dos coches. Iba como la seda.

—Quizá debería conducir yo —sugirió Troy.

—Sabe lo que hace —respondió Mad Rogan.

Resoplé.

—¿Qué? —preguntó Mad.

—Suena raro oírte un cumplido.

La radio se encendió.

—Esta es una emisión de emergencia. El secretario de Seguridad Nacional ha recibido pruebas creíbles de un posible ataque terrorista en la ciudad de Houston…

Lenora había lanzado la alerta. Con suerte, el centro y el resto de zonas comerciales empezarían a vaciarse.

—Coge la salida en tres kilómetros —dijo Mad Rogan—. ¿Consiguió Leon bajar las escaleras?

—Sí, lo hizo. Se estrelló con la bicicleta directamente contra la pared y el manillar le rompió las costillas. También se golpeó la cabeza y se provocó una conmoción cerebral seria por su imprudencia.

Por suerte, mi Leon estaba en Austin con mis hermanas y fuera de peligro. Pero la ciudad estaba llena de Leones, Arabellas y Catalinas, y Adam Pierce tenía otra pieza del artefacto. Por lo que sabíamos, podría tener ya las tres. Quemaría la ciudad. Y otro principal también estaba involucrado. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué? Sentía que cuanto más avanzábamos, menos respuestas obtenía.

El médico de familia de Mad Rogan tiene su consulta en un edificio de tres plantas sin letrero. Parecía una oficina perfectamente anodina con ventanas tintadas y su propio aparcamiento privado. Solo había otros tres coches, todos todoterrenos oscuros.

Aparqué e incliné la cabeza para mirar el edificio a través del parabrisas. No había señales de vida.

Mad Rogan salió del coche. Me bajé y le abrí la puerta a Troy.

—Veré si puedo conseguir una camilla o una silla.

Mad Rogan marcó un código en el teclado numérico.

—Creo que puedo arreglármelas —afirmó Troy.

—Está bien, seguro que podemos encontrar algo…

Las puertas dobles tintadas se abrieron. Tres hombres y dos mujeres salieron, empujando dos camillas con eficiencia profesional. Detrás de ellos, los seguía una enorme mujer hispana. No era gorda, sino grande, alta, de al menos un metro ochenta, y de constitución poderosa, con hombros anchos y brazos que parecían fuertes, al descubierto por su uniforme verde oscuro. Llevaba el pelo oscuro recogido hacia atrás. Sus rasgos, como todo en ella, eran grandes: ojos oscuros, nariz fuerte y boca grande y carnosa. Se notaba que sonreía a menudo. Aparentaba unos cuarenta años.

Miró a Mad Rogan.

—¿Qué has hecho?

Él abrió la boca para responder.

Ella se volvió hacia mí:

—¿Qué ha hecho?

—Lo ha atropellado un coche —dije.

La mujer se giró de nuevo hacia Mad Rogan:

—¿Por qué demonios harías algo tan estúpido como eso?

Mad Rogan abrió la boca otra vez para decir algo.

—¿No tienes un ejército de tipos duros para evitar exactamente que algo así te ocurra?

—Yo…

La mujer se volvió hacia mí de nuevo:

—¿Qué tipo de coche era?

—Un Escalade blindado —respondí.

—Bueno, al menos era un buen coche. —Se volvió hacia Mad Rogan—: ¿Quién querría destrozar un bonito coche atropellándote con él?

Mad cogió aire lentamente y luego lo soltó.

—Te dio en las costillas, ¿eh? —La mujer hizo un gesto con la mano—. Subidlos a los dos.

—Yo puedo… —comenzó Mad Rogan.

—Ahí. —Señaló una camilla.

Sentí el impulso inequívoco de hacer lo que ella dijera y hacerlo rápido.

Mad Rogan se tumbó en la camilla. El equipo los llevó a Troy y a él al interior del edificio.

—Soy la doctora Daniela Arias —se presentó la mujer—. Entre. Puede esperar en nuestra sala.

La seguí. No sentía que tuviera otra opción.

La mayoría de las salas de espera que había visitado tenían filas de sillas incómodas, una televisión y, con suerte, una máquina de Coca-Cola. Aquella sala de espera parecía sacada de un hotel de lujo. Un enorme acuario del suelo al techo ocupaba una pared, y pequeños bancos de peces plateados con aletas rojas brillantes nadaban de un lado a otro, entrando y saliendo de un gran coral blanco en el fondo. Sofás mullidos ocupaban la estancia, algunos en la esquina, dispuestos en un semicírculo alrededor de una chimenea, otros frente a una enorme pantalla plana, conectada a un montón de videojuegos. A la izquierda, una nevera de acero inoxidable con puertas de cristal mostraba filas de agua, zumo de naranja y Gatorade por un lado, y fiambre, yogur, ensaladas y recipientes de plástico llenos de verduras y frutas cortadas por el otro. Me animaron a que me sirviera lo que quisiera. Así que cogí un cuenco de frambuesas. Estaban deliciosas.

Iba por mi tercer cuenco —me lo había ganado— cuando Daniela Arias entró en la sala.

—Vivirá —anunció.

Oh, vaya.

—Quiere verte.

Me obligué a dejar las frambuesas y la seguí por el pasillo.

—¿Tiene dolor?

—Le he dado algo que le ayudará durante las próximas seis horas. Pero si se tuerce de manera incorrecta, lo sentirá. Tiene dos costillas fisuradas y el hombro muy magullado.

No estaba muerto. Eso era lo único que importaba.

—¿Y Troy?

—Tiene una pierna rota, una fractura limpia. Lo enviarán a casa con una bonificación. ¿Y cuál es su historia? —me preguntó Daniela —. ¿Estuvo en el ejército?

—No, señora. Mi madre sí.

—¿De qué la rescató entonces?

—No trabajo para Mad Rogan. Solo coincidimos en un trabajo juntos.

—Ya veo.

—¿Él la rescató a usted, señora?

—Sí —dijo la mujer—. Serví durante diez años, seis de ellos en Sudamérica. Luego lo dejé, porque estaba lista para la vida civil. Me fui a trabajar a una clínica. Algunas ofrecen un buen servicio. En la que yo trabajaba solo se preocupaban por el dinero. Cuando estudié Medicina, lo hice para salvar vidas. Así que, si sabía que se necesitaba cierto medicamento, lo recetaba. Si se requería un tratamiento, lo administraba. Incluso cuando sabía que los pacientes no podían pagarlo.

—Y a los dueños no les gustó… —me aventuré a decir.

—No. Todos los médicos perdonaban algunas deudas de pacientes que no podían pagar, pero los dueños decidieron que yo lo hacía demasiadas veces. Hablaron conmigo, luego me amenazaron. Esperaban que cediera, pero no me acobardé. Me pagaban un salario basado en lo que pensaban que generaría. Luego, el seguro se negó a cubrir varias de mis consultas y terminé debiéndole dinero

a la clínica. Normalmente, las clínicas trasladaban esos pagos a los siguientes trimestres; sin embargo, ellos no lo hicieron. Exigieron que cubriera lo que el seguro no había pagado, y cuando no pude hacerme cargo, me llevaron a juicio. Vendí mi casa, saqué todos mis ahorros y luego me declaré en bancarrota. Entonces, Mad Rogan me encontró, pagó mi deuda, me dio la oportunidad de ejercer la medicina y mejoró muchísimo mi vida. Así que, si haces algo para lastimarlo, te meteré una bala en el cerebro. —Me sonrió y abrió la puerta—. Pasa.

Entré y oí el pestillo a mi espalda. Me encontré en lo que parecía una bonita habitación de hotel. Justo frente a la puerta, una gruesa cortina gris enmarcaba una ventana del suelo al techo que ofrecía una vista de Houston. A mi derecha, una cama gigante se apoyaba contra la pared. Era bastante alta, y el marco de metal y plástico en el que descansaba era lo bastante complejo como para servir de cama de hospital, pero parecía más bien una cama de *suite* de lujo, con una manta blanca como la nieve y filas de almohadas.

Más a la derecha, una pequeña cocina se pegaba a la pared. Frente a ella, cerca de la cortina, había un cubículo rectangular de cristal. Me llevó un segundo darme cuenta de que era una ducha con varios chorros, con gotas de agua aún en el interior de sus paredes, y que Mad Rogan estaba allí, descalzo, vistiendo vaqueros y una camiseta blanca lisa, y que su pelo oscuro estaba húmedo.

Mad Rogan acababa de ducharse. Había estado en ese cubículo, desnudo, con agua corriéndole por todo el cuerpo. Probablemente me había perdido encontrarme a un Rogan sin ropa por escasos minutos.

Mi imaginación lo pintó desnudo, la piel dorada húmeda, los duros y suaves músculos ondulando en sus brazos mientras se pasaba la mano por el pelo… El calor me recorrió el cuerpo. Estaba sonrojándome. Lo sabía.

Estábamos encerrados en una habitación juntos. La habitación tenía una cama. ¿Por qué se me aceleraba el corazón?

—… masculino.

¿Qué?

Mad Rogan hizo una mueca.

—No, no vi su rostro. Vi su mano cuando se agachó.

Estaba al teléfono. Eso no era bueno. Yo era observadora. Era una de mis habilidades profesionales, algo que practicaba, pero también algo que me salía de manera natural. Él estaba con el teléfono en la oreja y no me había dado cuenta. Solo vi sus ojos, su mandíbula, la fuerte línea de su cuello y el contorno de su torso musculoso bajo la camiseta. Vi un enorme moretón oscuro que se extendía por el lado izquierdo de su cuello y una docena de pequeños cortes y magulladuras en sus brazos. Pero no había visto el teléfono. La idea de él en la ducha había cortocircuitado cualquier poder de observación que poseía.

Aquello tenía que parar. Estaba interfiriendo activamente con mi capacidad para hacer mi trabajo. Tenía que dejar de pensar en él en la ducha. O en estar en la ducha con él.

—Sí, estoy seguro, Augustine —dijo Mad Rogan al teléfono—. No me acarició suavemente la mejilla con sus dedos callosos, pero vi una mano masculina.

—Llevaba un anillo —dije.

—Espera. —Mad Rogan puso el altavoz—. ¿Qué tipo de anillo?

—Un anillo grueso de oro. Parecía un anillo de graduación.

—¿Por casualidad notó en qué dedo llevaba el anillo? —preguntó Augustine a través del teléfono.

—En el índice.

—¿Está segura? —preguntó Augustine.

—Sí —afirmé—. Me pareció extraño, porque los anillos de graduación normalmente se llevan en el anular de la mano derecha.

—No si es un anillo de la fraternidad Zeta Sigma Mu —dijo Rogan.

—¿Qué tipo de fraternidad es esa? —pregunté.

—De magia. Solo para notables y superiores —dijo Augustine.

—Ese anillo de fraternidad se lleva en el índice porque los antiguos creían que los dedos anulares tenían una vena que iba directamente al corazón —añadió Mad Rogan—. La magia es un arte analítico y debe estar libre de las restricciones del corazón, así que llevas el anillo lo más lejos posible del anular. Lo que técnicamente sería el pulgar, pero los anillos en el pulgar son demasiado poco prácticos.

—Hay ocho Casas de animadores en el país —continuó Augustine —. Posiblemente más. No me gusta. No me gusta que haya más de un principal involucrado en esto. Los riesgos se han disparado. De acuerdo, te llamaré cuando lo tenga.

Mad Rogan colgó el teléfono y me miró.

—Ha encontrado a Mark Emmens, el bisnieto del primer Emmens. Tiene setenta y nueve años y está en pleno uso de sus facultades mentales. Augustine lo traerá personalmente a Montgomery International Investigations.

—Genial.

—Está hechizado.

—¿Qué quieres decir con «hechizado»?

Mad Rogan tiró el teléfono sobre la cama.

—Cada miembro de la familia Emmens está bajo un poderoso hechizo que les impide hablar sobre el artefacto.

—¿Puede hacerse eso?

—Yo personalmente no, pero se puede. Es muy raro y requiere meses de preparación. Al parecer, la familia Emmens considera que es su deber sagrado proteger la ubicación del artefacto.

Fruncí el ceño.

—Entonces, ¿de qué nos sirve?

—Tendrás que romper el hechizo.

—¿Yo?

—Tú.

Lo miré.

—No tengo ni idea de cómo hacerlo. Has usado *Acubens exemplar* conmigo. ¿No puedes hacer algo para romper el hechizo?

—Soy un telépata débil. Mi telepatía es un subproducto de mi capacidad táctil; además, el *Acubens exemplar* me llevó semanas prepararlo. Era un residuo de otro proyecto en el que estuve involucrado. Usarlo me dejó completamente agotado. De nosotros dos, tú tienes muchas más posibilidades.

Estupendo.

—Rogan, no sé cómo. Lo intentaré, pero no sé hacerlo.

Se sentó en la cama.

—Probablemente tendrás que acceder al mismo lugar que cuando me interrogaste después de que tu abuela casi muriera durante el incendio.

Claro. Pan comido.

—¿Nevada?

—No puedo. No estoy segura de qué hice ni cómo lo hice.

—Bien. —Mad Rogan se inclinó hacia delante—. Intentemos resolverlo. Cuando ejerces tu poder, ¿haces algún esfuerzo?

—No realmente.

—¿Qué ocurre cuando tu magia falla?

—No falla.

Hizo una pausa.

—¿Nunca has tenido un falso positivo?

—No.

Me miró fijamente.

—¿Me estás diciendo que todo este tiempo has estado utilizando tu campo pasivo y nunca ha fallado?

—No sé qué significa eso.

Su rostro se volvió inexpresivo.

El silencio se prolongó.

Me sentí estúpida allí de pie.

—¿Rogan?

—Espera. Estoy tratando de condensar treinta años de ser un principal y de teoría mágica en veinte minutos de explicación. Intento ponerlo en palabras que puedas entender.

Negué con la cabeza.

—¿Qué? —me preguntó.

—Me doy cuenta de que soy una ignorante y que es frustrante para ti, pero estaría bien que no insinuaras que soy estúpida.

—No eres estúpida. Estoy tratando de explicar cómo hacer volar un *jet* a alguien que nunca ha visto un avión.

Suspiré y me senté en una silla.

—Bueno, cuando encuentres las palabras que mi yo estúpido pueda entender, me avisas.

—¿Al menos vas a intentar aprender, o te vas a quedar ahí sentada quejándote? No es propio de ti.

—Rogan, no sabes nada sobre cómo soy.

Se deslizó de la cama y se agachó junto a mí. Sin muecas ni ceños fruncidos. Los analgésicos que le habían dado debían de ser realmente potentes. Se centró en mí por completo, de la misma manera que lo hacía cuando me preguntaba algo y esperaba una respuesta. Era casi imposible apartar la mirada. Si alguna vez se enamoraba —lo cual no era posible, dado que seguramente él era un psicópata—, sería con la clase de devoción con la que la gente fantasea.

—Te harás daño en las costillas —le dije.

—¿Qué te pasa, Nevada?

Quería mentir. Tenía un impulso fuerte, casi irresistible, de inventarme cualquier cosa. Pero no había ninguna razón vital para hacerlo. Solo quería proteger mi ego y mi orgullo, y eso no era suficiente para justificar una mentira.

—¿Alguna vez has hecho un trabajo a última hora en el instituto o la universidad?

—Claro —respondió él.

—Y luego alguien lo lee y te dice que está descuidado y que no deberías haber esperado hasta el último minuto, así que te enfadas con esa persona, pero en realidad estás enfadado contigo mismo.

—¿Estás enfadada contigo misma?

—Sí. Es mi magia. Tengo mucha, aparentemente, y es fuerte, pero nunca he hecho nada con ella. Nunca me he puesto a prueba. Leí sobre todos los hechizos y círculos, pero hasta aquel día contigo nunca había dibujado uno en el suelo, y ni siquiera puedo decirte por qué. Nunca se me ocurrió. Simplemente pensé que ser un detector humano de mentiras era mi límite. No me gusta que me restrieguen esto por la cara.

—Vale —asintió Mad—. Lo hemos sacado a la luz. Este es tu momento para enfadarte por tu propia pereza y regodearte en la autocompasión. Solo tienes un instante, porque Adam Pierce podría incendiar Houston en cualquier momento. Tómate unos minutos para tu fiesta de autocompasión. ¿Te van bien cinco?

—Eres un imbécil.

—Sí, pero soy un imbécil muy bien entrenado. Te estoy ofreciendo el uso de mi experiencia. Así que supéralo, pasa este bache y sigamos. ¿Vale?

Si ese hombre se enamoraba alguna vez, no sería un amor apasionado. Sería un ejercicio de frustración y lujuria, y al final su pareja acabaría estrangulándolo.

No podía dejar que Houston ardiera.

—Vale.

Se puso de pie, haciendo una pequeña mueca, y se sentó de nuevo en la cama.

—La magia actúa de dos formas, pasiva y activa. Pensemos en un acuaquinético. Un mago del agua siempre sabe dónde está la fuente más cercana. La pregunta es: ¿cómo?

—Lo siente.

—Sí. Una parte de su magia escanea el entorno independientemente de su voluntad. Si le pides a uno de ellos que se concentre en localizar el agua, la mayoría no puede hacer ese esfuerzo. Ocurre subconscientemente. Eso se llama «campo pasivo». Tampoco pueden desactivarlo. Un acuaquinético en el desierto se cansará mucho más rápido que cualquier otro en su grupo. ¿Por qué?

—¿Porque está constantemente escaneando en busca de agua y no encuentra?

Mad Rogan asintió:

—Es similar a un teléfono móvil. Si lo llevas a una zona donde no hay repetidores, continuamente buscará señal y agotará la batería. Campo pasivo. Si el acuaquinético decide manipular el agua extrayendo humedad del aire o de una fuente de agua, esa manipulación requerirá un esfuerzo activo de su parte. Eso se llama «vector activo». Si nos ceñimos al teléfono móvil, el campo pasivo es el teléfono buscando señal. El vector activo es cuando realmente haces una llamada.

—Así que, cuando puedo decir que la gente miente, ocurre porque están en mi campo pasivo. —Eso significaba que, cuando lo había inmovilizado para preguntarle si era responsable del incendio, había sido la primera vez que había usado activamente mi poder. Uf. No,

un momento. También me había resistido a su hechizo cuando me secuestró. Tal vez podría aprovechar eso.

—Sí. —Mad Rogan se levantó—. Tengo cuarenta y cinco años.

Mi magia hizo clic.

—Mentira.

—Date la vuelta —me pidió.

Me di la vuelta, dándole la espalda.

—Mi madre me odiaba.

Clic.

—Mentira. —Me volví.

Él retrocedió hacia la zona de cocina.

—¿Estás probando el alcance? —pregunté.

—Sí.

—Puedo ahorrarte el esfuerzo. Si puedo verte o si estás lo suficientemente cerca para que te oiga, funciona. Las llamadas telefónicas, transmisiones de televisión y sesiones de Skype no funcionan, así que tiene que haber cierta proximidad física. Funciona mejor si puedo verte y oírte al mismo tiempo. El contacto visual directo es lo más efectivo.

Se acercó y se detuvo a unos treinta centímetros, mirándome directamente a los ojos.

—Haz una pregunta e intenta obligarme a responder.

Me esforcé, concentrándome en él. Algo simple que requiriera sí o no. Sobre algún tema neutral.

—¿Has estado casado alguna vez?

Oh, sí. Esto era totalmente neutral.

Nada.

Esperamos otros diez segundos.

—Probemos otra cosa. —Mad Rogan rebuscó en el cajón de la cocina y sacó un trozo de tiza. Me lo ofreció—. Dibuja un círculo de amplificación.

Cogí la tiza, caminé hacia la parte amplia y despejada de la habitación, me agaché y empecé a dibujar el círculo en el suelo.

—Espera. —Se acercó y se arrodilló detrás de mí—. Este es uno de esos casos en que el tamaño no importa.

Ja, ja.

—Un círculo pequeño perfectamente dibujado tendrá más poder que uno grande y descuidado. Déjame mostrártelo.

Cubrió mi mano con la suya.

Sentí el calor de su mano, la textura de sus dedos, y la excitación me atravesó, una emoción aprensiva, parte esperanza, parte alarma. Su otro brazo me sostenía.

Dios mío. ¿Por qué no podía respirar bien?

—Extiende el brazo. No bloquees el codo. —Su mano se deslizó por mi brazo hasta el codo, desencadenando una reacción que se extendió por mis brazos hasta mi espalda en una oleada de calor estremecedor.

Mi mente intentaba desesperadamente recuperar el control, mientras mi cuerpo gemía en mi cabeza. «Tócame. Otra vez. Tócame más».

—Apoya la tiza. —Estaba justo detrás de mí, hablándome al oído.

El mundo se encogió. De repente fui hipersensible a cada centímetro de espacio entre nosotros. El aire se cargó, como si él fuera una tormenta. La anticipación me atrapó. Mis oídos se desconectaron de todo excepto su voz. Su mano acarició mi brazo. Su rodilla rozó mi muslo y casi salté.

—Es como una brújula. Tu cuerpo es el marco, y tu brazo con la tiza es el lápiz. —El timbre de su voz había cambiado. Respiraba más profundo. Su agarre en mi brazo se amplió, cambiando—. Sujétala con firmeza. Ahora, gira.

Giré sobre mis pies, dibujando un arco casi perfecto en el suelo.

—Bien.

Mi mano chocó contra su pierna. Solté la tiza y miré hacia arriba. Estábamos cara a cara.

Sus ojos, normalmente fríos y despiadados o sarcásticamente divertidos, eran de un azul ardiente, ahogados en una intensa necesidad. Me atraían, prometían cosas que me hacían dar vueltas la cabeza, y no me importaba si eran mentiras.

Se movió hacia delante con rapidez, sus brazos me atraparon y selló mi boca con la suya. Su lengua se deslizó entre mis labios entreabiertos, acariciando, haciéndome abrirlos más para él. Un fuego fantasmal se extendió por mi nuca, deslizándose por mi

garganta como miel cálida, penetrando en mi carne, en mis venas. Mi piel ardía en su estela ardiente. La calidez se deslizó lentamente por todo mi cuerpo.

Su mano estaba en mi pelo, sosteniendo mi nuca. Su otra mano me levantó hacia él, firme contra mi espalda, soportando mi peso sin esfuerzo.

Me besaba como si nada más importara, y se lo permití.

Alguien llamó a la puerta.

—¿Rogan? —Era Daniela.

La realidad me atropelló como un tren. Había besado a Mad Rogan. Me cubrí la cara con las manos.

—¿Qué? —gruñó él.

—No respondes al teléfono. Tengo a Augustine Montgomery en la línea.

—Le devolveré la llamada —dijo Mad Rogan.

—Dice que es urgente.

—Le devolveré la llamada —repitió con voz acerada.

Oí pasos alejándose. Sus brazos aún me rodeaban.

—¿Nevada? —me preguntó—. ¿Estás bien?

Había destrozado mi integridad profesional. Me había puesto en ridículo. Había besado a Mad Rogan. Pero lo peor de todo era que me había dado una pequeña muestra de cómo sería estar con él. Era magia. Sería como una droga adictiva desde el primer momento. Y como cualquier droga me consumiría y me dejaría vacía. Y él me dejaría. No podría tenerlo para siempre. Era un principal, miraba primero por sus propios intereses, y en el momento en que me volviera aburrida o molesta, se marcharía. Solo pensarlo dolía.

—¿Nevada? —repitió.

Debía controlarme. Me quité las manos de la cara, me aparté de él, cogí el teléfono de la cama y se lo entregué.

Tomó el teléfono de mi mano y lo lanzó por encima de su hombro con un gesto despectivo. El móvil golpeó contra la pared y cayó sobre la alfombra. Extendió la mano hacia mí.

—No —le dije.

—¿Por qué no?

—Es poco profesional y peligroso. No ha pasado nada.

—Sí ha pasado.

—No.

—Ha pasado. Yo lo he vivido. Y te ha gustado.

—No.

—Te has derretido. —Una sonrisa masculina y satisfecha rozó sus labios—. Como nieve en primavera.

—No sé de qué hablas.

Nos miramos fijamente.

—Bien —dijo él—. No tenías ni idea de que podría ser así de bueno. Nadie en tu pasado ha sido tan bueno y sabes que nadie en tu futuro será tan bueno como lo que acabas de sentir. Has probado y quieres más. Quieres sexo. Sexo apasionado y sucio. Está flotando por tu cabeza mientras hablamos. Crees que puedes imaginar cómo sería. Créeme, no tienes ni idea. Ni siquiera he empezado. Así que huye de esto, piénsalo bien, finge que no ha ocurrido, no importa. Te lo permitiré por ahora. Cuanto más luches, más irresistible se volverá. Pero un día haré un gesto con mi mano y vendrás corriendo hacia mí.

Mis dedos se cerraron alrededor de algo duro. Se lo lancé a la cara. La tiza le dio justo en la frente.

Mad parpadeó.

Me puse en pie y me fui al baño para recomponerme.

Capítulo 15

El teléfono móvil de Mad Rogan debía de ser irrompible, o tenía un suministro de repuestos idénticos, porque cuando salí del baño, lo sostenía contra su oreja y estaba escuchando. También se había puesto los zapatos. Nos íbamos.

Me hizo una seña y se dirigió a la puerta. Lo seguí y salimos de la habitación hacia el pasillo. Se movía rápido y casi tuve que trotar para no quedarme atrás.

—De acuerdo —dijo Mad Rogan—. Necesito que estés allí en diez minutos. ¿Puedes hacerlo? —Colgó y aceleró el paso—. Era Augustine. Un coche patrulla ha visto a Pierce entrando en la ciudad por la autopista sur. Lo han comunicado por radio hace tres minutos.

—¿Hizo explotar el coche patrulla y luego se rio como un loco?

Empecé a correr.

—Los ignoró, y entonces un vehículo blindado que lo seguía embistió al de la patrulla y lo sacó de la carretera.

Salimos hacia la luz.

Adam no estaba aprovechando la oportunidad para hacer una declaración. Se dirigía a la ciudad por la autopista sur, lo que lo llevaría directamente al centro, y estaba conservando su energía. Estaba a punto de golpear Houston como un meteorito. Aquello se había convertido en una carrera.

—Las llaves —me pidió Rogan extendiendo la mano.

Se las puse en la palma, desbloqueó el Audi y subimos.

—No tiene la tercera pieza. —Dio marcha atrás y pisó el acelerador, el Audi salió disparado del aparcamiento como una bala

—. Montó un gran espectáculo para conseguir la primera y la segunda, así que hará lo mismo para conseguir la tercera. Sabe dónde está. Nosotros no.

La radio se encendió.

—Este es un aviso de emergencia. El secretario de Seguridad Nacional ha recibido pruebas creíbles de un posible ataque terrorista en la ciudad de Houston. El riesgo ha sido elevado de alto a inminente. Evacuen el centro de la ciudad. Repito, evacuen el centro de la ciudad. Si no pueden salir en vehículo, busquen refugio en el sistema de túneles. Las entradas principales están…

Mad Rogan la apagó. Sorteamos el tráfico a una velocidad vertiginosa. Un mar de coches atascaba la vía en dirección contraria. Todos en nuestro carril intentaban girar hacia las calles laterales. La gente huía del centro.

—Mark Emmens tiene una hija —explicó—. Su esposa y su hermana fallecieron, al igual que el marido de la hermana. La hija y su marido están localizados. Según Augustine, no ha ocurrido nada inusual en sus vidas, pero Jesse Emmens, el nieto de Mark, desapareció de su dormitorio en Edimburgo hace tres meses.

—¿El apellido de su nieto es Emmens? ¿Hubo también un hijo?

—No, el yerno de Mark tomó el apellido Emmens. La familia Emmens es respetada y su apellido tiene más reconocimiento. Jesse Emmens estuvo desaparecido durante cuarenta y ocho horas, luego lo dejaron frente al dormitorio ileso, aunque sin memoria de lo ocurrido durante su ausencia. El bloqueo era tan fuerte que tardó veinticuatro horas en recordar su propio nombre.

—¿Jesse conocía la ubicación de los artefactos?

Mad Rogan afirmó con la cabeza.

—También fue hechizado. Alguien lo quebró, así que puede hacerse.

Y dependería de mí hacerlo. Aún no tenía idea de cómo.

—Puedes hacerlo —me animó Rogan—. Esto podría haber sido muy diferente si hubieras recibido la instrucción adecuada.

—Si hubiera recibido la instrucción adecuada, gente como Augustine me obligaría a convertirme en su detector de mentiras personal. —Y, sin importar si tenía éxito o fracasaba, sucedería de

todos modos. Suponiendo que Montgomery International Investigations sobreviviera a lo que Adam estaba a punto de desatar.

—¿Puede Augustine obligarte a hacerlo según los términos de tu contrato?

—Sí.

—Puedo comprar tu contrato.

—No, no puedes. Cualquier venta de nuestra hipoteca requiere mi consentimiento, y no lo daré.

Él sonrió.

—¿No quieres trabajar para mí?

—Ni siquiera voy a dignarme a responder a eso.

—¿Tienes una copia del contrato?

—Lo tengo en el teléfono.

—Léeme la cláusula que te obliga a tomar los casos de Montgomery International Investigations.

Diez minutos después, entramos en el aparcamiento frente al edificio de Montgomery International Investigations con su forma de aleta de tiburón de cristal azul. Un río de coches salía en dirección contraria. La gente se apresuraba a abandonar el edificio con rostros preocupados. Augustine estaba evacuándolo.

La recepcionista de Augustine nos recibió en el vestíbulo. Su maquillaje seguía impecable, la ropa le sentaba perfectamente, pero en esta ocasión su pelo era de color verde malaquita.

—Síganme, por favor. —Se apresuró hacia el ascensor casi corriendo. La seguimos. Pulsó el botón de la planta quince—. Pudimos captar una imagen de Adam Pierce entrando en la ciudad a través de las cámaras a nivel de calle antes de que toda la red se desconectara. Iba en su moto, precedido y seguido por dos BMW X6 negros.

El ascensor sonó indicando una parada. Las puertas se abrieron y la recepcionista se apresuró por el pasillo.

—Las grabaciones indican que los observadores a pie de calle no vieron ni a Pierce ni a los todoterrenos. La policía ha establecido bloqueos en todas las vías principales de acceso al centro.

Alguien estaba ocultando a Adam Pierce. Otro usuario de magia poderoso. Aquello se complicaba cada vez más. Quienesquiera que

fuesen estaban organizados, eran poderosos y planeaban con antelación. Aquello no auguraba nada bueno para Houston. ¿Qué querían? ¿Por qué? ¿Por qué estaba pasando todo aquello? No tenía sentido.

La recepcionista se detuvo ante una puerta y la mantuvo abierta para nosotros. Entramos en una sala amplia. El suelo era negro, no brillaba, aunque tampoco era mate. La misma pintura cubría las paredes. Persianas opacas bloqueaban las ventanas. La única luz provenía de seis tubos de cristal, colocados verticalmente como columnas, del techo al suelo, tres a cada lado de la sala. Cada tubo medía unos treinta centímetros de diámetro y estaba lleno de líquido transparente. Cientos de burbujas flotaban hacia arriba a través del agua, su ascenso lento e hipnótico, retroiluminadas por luces púrpura incrustadas dentro de los tubos, haciendo que toda la instalación brillara con una suave luz lavanda.

En el amplio espacio entre los tubos había una silla. Un anciano estaba sentado en ella, sosteniendo un bastón de madera tallada en su mano izquierda. Vestía traje y su pelo era blanco y fino como el algodón. El paso del tiempo le había marcado el rostro con profundas arrugas, pero sus ojos color avellana me miraban con una inteligencia aguda y alerta. Augustine se hallaba junto al hombre. Al fondo de la sala, cinco personas se sentaban en estaciones de ordenadores bajo una gran pantalla plana. La luz de sus monitores iluminaba parte de la pared detrás de ellos, resaltando remolinos de polvo de tiza. Ahora el extraño color del suelo y las paredes tenía sentido. Era una sala de hechizos, pintada enteramente con pintura de pizarra.

—Señor Emmens —dijo Augustine—, permítame presentarle a Connor Rogan y su asociada.

—Un placer —contestó el señor Emmens.

—Necesito que dibujen un círculo de amplificación —dijo Mad Rogan—, con dos puntos focales a cuarenta y cinco y ciento treinta y cinco grados.

Una mujer se levantó de uno de los terminales, corrió y comenzó a dibujar en el suelo.

—Disculpe. —Augustine sonrió al señor Emmens—. Necesito hablar con mi colega.

Llevó a Mad Rogan aparte. Los seguí, porque no sabía qué otra cosa hacer.

—Eso no va a ayudar y lo sabes —murmuró Augustine—. Fue hechizado por Cesare Costa al nacer. No eres lo suficientemente fuerte para romperlo. Eso requiere un rompedor principal. Hay dos en el país, y ambos están en la Costa Oeste. Solo tenemos unos minutos.

—La señorita Baylor desea renegociar su contrato.

Augustine se giró hacia mí:

—¿Ahora?

—Ahora —respondió Rogan—. Desea que se añada una palabra a la disposición siete. Debería decir: «Montgomery International Investigations NO podrá obligar a la Agencia de Investigación Baylor a asistir…».

—¿Por qué haría eso? Va contra mis intereses. —Augustine frunció el ceño—. ¿De qué va esto?

—Lo harás porque el viento sopla hacia el sur. No importa dónde empiece Adam su fiesta en el centro, este edificio será alcanzado por su fuego, y lo sabes. Tu Casa perderá millones. Una palabra, Augustine. Considera lo que está en juego.

Augustine apretó la mandíbula.

—No seas mezquino —le pidió Rogan.

—Bien. —Augustine cogió una *tablet* del escritorio más cercano. Sus largos dedos bailaron sobre ella. Me la mostró. Ponía «Anexo uno», y mostraba el párrafo con la corrección. Augustine presionó su pulgar en la pantalla, firmó y me tendió la *tablet*—. Ponga su huella.

Añadí la mía a la suya. La pantalla parpadeó.

—Hecho —confirmó Augustine.

—Es tu turno —me dijo Mad Rogan.

Tomé aire profundamente. Augustine me observaba como un halcón.

Mad Rogan me acompañó al círculo.

—Quítate los zapatos.

Me descalcé las deportivas y los calcetines. Me cogió la mano y me ayudó a entrar en el círculo.

—Relájate. Déjate interactuar con él.

Me quedé en el círculo. Era extraño, como si de alguna manera estuviera equilibrándome sobre la superficie de un líquido elástico. Tenía la extraña sensación de que, si saltaba, me impulsaría hacia arriba como un trampolín. El problema era que no tenía idea de cómo saltar.

El señor Emmens me hizo un gesto de asentimiento.

—Antes de empezar, me han advertido que responder una pregunta directa sobre la ubicación del objeto podría matarme. Quiero decirles dónde está, pero si me obligan a revelar la ubicación exacta, moriré antes de poder ayudarlos y nunca lo encontrarán a tiempo. No me importa dar mi vida por la ciudad. Es el deber de mi familia. Solo les pido que no desperdicien mi vida. No quiero morir contestando la pregunta equivocada.

—Entiendo. —Mi magia llenó el círculo como un denso vapor. Notaba la superficie del líquido bajo mis pies. De alguna manera los dos tenían que interactuar.

—Estamos perdiendo el tiempo —dijo Augustine.

—¿Sientes el círculo? —preguntó Mad Rogan, caminando detrás de mí.

—Sí.

Lentamente, rodeó la línea de tiza y se detuvo a mi izquierda.

—¿Sientes tu magia llenándolo?

—Sí.

—¿Sabes qué planea hacer Pierce?

—Quiere quemar la ciudad. —¿Adónde quería llegar?

—El artefacto convirtió a Emmens en un principal. —La voz de Mad Rogan era fría—. Convertirá a Adam Pierce en un dios del fuego. Ahora puede derretir acero. Se derrite a mil quinientos diez grados Celsius. El artefacto duplicará esa cifra. Un incendio doméstico nunca arde a más de seiscientos cuarenta y ocho grados. Adam Pierce arderá a cinco veces eso, quizá más. A mil doscientos cinco, el hormigón perderá su integridad estructural y se convertirá en óxido de calcio, un polvo blanco. A mil quinientos diez grados, el

acero inoxidable dentro de los edificios se derretirá. El centro será una pesadilla de metal fundido, hormigón desmoronándose, llamas y gases nocivos y venenosos. Se convertirá en el infierno en la tierra. Miles de personas morirán.

Tragué saliva. La ansiedad creció dentro de mí.

—Pierce acaba de cruzar la calle Dreyfus —anunció una de las personas en la terminal—. Las cámaras se han apagado. Lo hemos perdido otra vez.

Se mantenía alejado de las calles principales para evitar los bloqueos de Lenora. Incluso con tráfico, solo le llevaría veinte minutos llegar al centro.

—El problema de que haya miles de personas —dijo Mad Rogan— es que no es algo personal.

Cogió la *tablet* de Augustine y la tocó. La gran pantalla plana de la pared cobró vida. Una furgoneta plateada estaba estacionada frente a un edificio ultramoderno: el número 2 de Houston Center, en la esquina de las calles MacKinnley y Fanin. Era un edificio muy distintivo, todo de cristal negro, en pleno centro de la ciudad.

Mad Rogan le devolvió la *tablet* a Augustine y cogió su teléfono.

—¿Bernard?

—¿Sí? —respondió la voz de mi primo a través del teléfono.

—Necesito que salgas del coche y mires hacia el edificio.

No. Mi cuerpo se heló.

La puerta del pasajero de la furgoneta se abrió. Bern salió y se giró hacia el edificio. La cámara se acercó a su rostro.

Todo lo demás desapareció. Solo veía los serios ojos grises de Bern, muy abiertos en la pantalla.

Adam estaba a menos de veinte minutos. Bern moriría.

Y Mad Rogan lo sabía. Lo sabía y lo había hecho aparcar allí.

—¡Sal de ahí! ¡Sal de ahí! —le grité.

—No puede oírte. —Mad Rogan guardó el teléfono.

—¡Bastardo!

Mi magia golpeó el círculo, destrozándolo. Una nube de polvo de tiza se elevó desde el límite del círculo. Augustine dejó caer su *tablet*. El círculo retrocedió, luego una avalancha de energía me inundó.

—Ahí está —murmuró Mad Rogan—. No es miedo ni ira. Es el instinto protector.

—¡Tiene diecinueve años! —Mi magia rugía y mi voz la igualaba.

—Entonces, será mejor que hagas algo para salvarlo.

Mi magia se dirigió hacia él.

—¡A mí no! —Rogan señaló al señor Emmens—. ¡A él!

Me giré. Mi magia atrapó al anciano con fuerza. Él palideció. El círculo me otorgó más energía. Lo miré a los ojos.

—¿Se llama Mark Emmens?

—Sí.

Verdad.

Mi magia se fijó en él. Estaba encerrado en una barrera, como una nuez en su cáscara. Era vieja, gruesa y fuerte. Sentí su vida, temblando en el interior, tanto protegida como atada por la cáscara. Las dos se hallaban conectadas. Si rompía la barrera, la luz de su vida se extinguiría con ella.

—¿Sabe dónde está escondida la tercera pieza del amuleto?

Intentó resistirse. Golpeé el círculo con mi magia. La energía rebotó hacia mí. Agarré la barrera invisible con mi magia y me esforcé por separarla. No necesitaba mucho. Solo una brecha. Una pequeña abertura.

La cáscara resistió.

No tenía tiempo para aquello. Bern moriría.

Comencé a extraer la energía del círculo. Parecía que no se acababa nunca, era como si tirara de una cuerda, esperando sacar solo unos centímetros, aunque seguía y seguía saliendo a pesar de que no paraba de tirar con ambas manos tan rápido como podía. El flujo de energía se ralentizó. Golpeé el círculo otra vez y el flujo se aceleró de nuevo. Lo concentré todo en la cáscara.

Se estremeció.

Más energía.

Me sentía mareada.

Otro temblor.

La cáscara se agrietó. En mi mente, vi la luz derramándose desde su interior. Inserté mi magia en ella como una cuña y la mantuve abierta.

—Sí —dijo el señor Emmens.

Había respondido a mi pregunta. Hice que mi boca se moviera.

—¿Está la tercera pieza en su posesión?

—No.

—¿Está escondida en la propiedad que posee?

—No.

—Ella va a morir —advirtió Augustine—. Está absorbiendo demasiada energía.

—Está bien —dijo Mad Rogan.

Dolía. Dolía como si algo me hubiera apuñalado en el estómago y estuviera intentando sacar el cuchillo centímetro a centímetro. Pero mi cuña mágica resistía.

Debía pensar algo rápido.

El rostro de Bern me miraba desde la cámara. Tenía que salvarlo. Era solo un chico. Tenía toda la vida por delante.

Adam Pierce se dirigía al centro. La pieza tenía que estar allí. En el centro de la ciudad. No estaría en un banco ni en un edificio, la familia Emmens procuraría no volver a usar el mismo tipo de escondite.

—¿Está en alguna propiedad que anteriormente le pertenecía?

—No.

El dolor resultaba insoportable.

—¿Está en una propiedad de algún familiar suyo?

—No.

—¿Está en una propiedad que perteneció a algún familiar suyo?

—Sí.

Ese «sí» casi me hizo tambalear.

—Busquen en los registros —ordenó Augustine.

Los cinco técnicos de los ordenadores teclearon de forma frenética.

—¿Se vendió esa propiedad?

—No.

Si su familiar ya no la poseía, pero no se había vendido, ¿qué demonios podría haber pasado?

El mundo se tambaleó. Estaba a punto de desmayarme. Me aferré a la consciencia, luchando desesperadamente por mantenerme en

pie.

—Frederick Rome —informó uno de los técnicos—. El exmarido de su hija, de su primer matrimonio, poseía un edificio en la calle Caroline. Lo perdió en el acuerdo de divorcio y se le otorgó a su segunda exesposa.

Augustine se volvió hacia mí:

—Pregunta si se perdió en una acción legal.

—¿La propiedad se perdió como resultado de una acción legal o se otorgó como acuerdo?

—No.

Pequeños círculos rojos flotaban ante mis ojos. Mi magia se desvanecía. Apenas me mantenía en pie. Forcé mi cerebro a trabajar a través de la bruma del dolor y el cansancio. Estaba en el centro. No había nada en el centro excepto grandes negocios propiedad de las Casas, edificios gubernamentales y…

Edificios gubernamentales.

—¿Está en terreno municipal?

—Sí. —El señor Emmens cobró vida.

—¿La propiedad fue donada a la ciudad?

—Sí —asintió el señor Emmens.

Los técnicos teclearon tan rápido que el sonido de sus teclas se fundió en un zumbido.

—Patricia Bridges —anunció el técnico del medio—. Casada con William Bridges, apellido de soltera Emmens.

El señor Emmens sonrió.

—William y Patricia Bridges donaron conjuntamente una parcela de terreno a la ciudad de Houston, con la condición de que nunca pudiera ser vendido ni edificado, sino que se usara como lugar de reunión para la gente libre de Texas según lo consideraran conveniente.

El parque Bridge. Justo enfrente del Tribunal de Justicia. Mi magia temblaba bajo la presión. Me quedaba el tiempo justo para una última pregunta:

—¿Está en un monumento que incluye un caballo?

—Sí —respondió el señor Emmens.

La barrera se cerró de golpe, aplastando mi magia.

Mad Rogan me sujetó y me sacó del círculo. La presión y el dolor desaparecieron. Me sentí mareada de nuevo.

Su mirada escudriñó mis ojos.

—Háblame.

—Te odio.

—Bien. —Mad Rogan me soltó—. Estás bien.

Me entregó el teléfono. Lo cogí.

—¡Bernard, sal de ahí! ¡Pierce está a punto de incendiar el centro!

—Lo sé. Me ofrecí voluntario —contestó mi primo—. ¿Lo han conseguido?

Oh, qué insensato.

—¡Sí! Sal de ahí. No te preocupes por la furgoneta, baja a los túneles.

En la pantalla, mi primo corría calle abajo.

Me volví hacia Rogan:

—No vuelvas a pedir nunca a mi familia que se ofrezca voluntaria para nada.

—¿No quieren saber qué es? —preguntó el señor Emmens.

Nos quedamos boquiabiertos mirándolo.

—El hechizo oculta qué hace y dónde está, pero no qué es —explicó el hombre—. Es un diamante verde perfecto de cuarenta quilates. El color es el resultado de la irradiación natural.

—Tengo que irme —me dijo Rogan.

—Voy contigo. —Quería estar hasta el final. Me recuperaría y le daría un puñetazo en la cara a Adam Pierce mientras Rogan extraía la última pieza del artefacto de ese caballo.

—De acuerdo. —Se dio la vuelta y echó a correr.

Me giré hacia Augustine:

—Necesito unas esposas.

Uno de los técnicos informáticos abrió un cajón y me lanzó un par, junto con las llaves.

—¡Gracias! —Las atrapé y perseguí a Rogan por el pasillo.

—¡Nevada! —gritó Augustine.

Me di la vuelta.

—Está agotada. No le queda magia. ¿Qué podría hacerle a Pierce?

—Puede dispararle en la cara —dijo Rogan tras presionar el botón del ascensor.

—Si Rogan no logra detenerlo, morirá —advirtió Augustine.

Las puertas se abrieron.

—Si él falla, entonces moriremos todos —le dije y me metí en el ascensor con Mad Rogan.

Dos carriles de tráfico llenaban la calle Caroline. Los coches en ambas vías miraban hacia el sur, alejándose del centro. Nada se movía. Los vehículos estaban abandonados. Sus dueños debían de haber huido a los túneles.

Mad Rogan tomó la curva de forma brusca. Me agarré a la manilla de la puerta para mantener el equilibrio. El Audi saltó el bordillo y aterrizó en la acera. El lateral del vehículo raspó contra el edificio. Entonces, pisó el acelerador. Salimos a toda velocidad, el Audi chirriando en protesta mientras la piedra arañaba el lado del conductor. Frente a nosotros se alzaba una farola. Me preparé para el impacto. El poste se partió y salió volando.

—Intenta no matarnos —dije entre dientes.

—No te preocupes. No querría decepcionar a Adam.

Ante nosotros, la avenida Congress estaba completamente atascada de coches. Los árboles verdes del parque Bridge se estremecían con la brisa justo más allá del tráfico.

El Audi se detuvo con un chirrido. Salté fuera, con mi Baby Desert Eagle en la mano, y avancé corriendo entre los coches. El parque ocupaba una manzana de la ciudad. Vi la estatua de bronce del *Vaquero a caballo* a través de los árboles. La cabeza del caballo había desaparecido, derretida en un charco de baba metálica enfriándose. Junto al caballo estaba Adam Pierce. El tercer ojo de Shiva descansaba en su frente: tres filas de diamantes sin tallar atravesados por una forma vertical de ojo tachonada de rubíes color sangre. En el medio de la forma del ojo, donde estaría el iris, un enorme diamante verde pálido brillaba al sol, como una gota de luz pura capturada de alguna manera, tallada y colocada entre las otras piedras.

Apunté a Adam Pierce y disparé. Las balas atravesaron el espacio cerca de Adam y cayeron sobre la hierba. Seguí disparando, caminando directamente hacia él. Mi pistola escupía las balas, el sonido demasiado fuerte en mis oídos.

Bum, bum, bum.

Clic.

Me había quedado sin munición.

Bajé el arma. Estábamos cara a cara, Adam y yo. A su alrededor, la hierba se hallaba aplastada. Estaba en un círculo mágico, no uno dibujado con tiza, sino uno creado por el tercer ojo de Shiva.

—Espacio nulo —dijo Adam, su voz sonaba tranquila—. Llegas tarde.

—¿Por qué? ¿Por qué, Adam? Miles de personas morirán. ¿No te importa? ¿No te importa ni un poco?

—Mira a tu alrededor. ¿Ves todo esto? Parece bueno, pero cuando miras más profundo, se ve la podredumbre. Todo está podrido hasta la médula.

—¿De qué estás hablando?

—Del sistema. Su sistema de justicia. Justicia… Menuda broma. No es justicia, es opresión. Es un sistema diseñado para encadenar a los que pueden con los que no pueden. La podredumbre está en todas partes. Está en los políticos, en los empresarios y en los juzgados. No hay forma de repararlo. Solo hay una manera de deshacerse de ello. Voy a purificar el centro.

—Hay gente abajo en los túneles, gente normal y corriente, Adam. No tienen nada que ver con tu rebelión.

—Tienen todo que ver con ella —me llevó la contraria; sus ojos completamente lúcidos—. Nos están arrastrando hacia abajo. Nos impiden tomar lo que es legítimamente nuestro. ¿Sabes? Hemos caído en su materialismo absurdo. Nos han inculcado a la fuerza que el bien es lo que beneficia a la mayoría. Me importa una mierda la mayoría. ¿Por qué debería preocuparme por sus leyes y sus necesidades? Si tengo el poder de obtener y mantener el objeto de mi deseo, entonces debería poder hacerlo.

—¿Y si alguien más fuerte te lo quita?

—Que así sea —dijo Adam, extendiendo los brazos—. Ahora lo estás entendiendo. Estoy iluminando la podredumbre. Soy un luchador por la libertad. Nos estoy liberando. Estoy rompiendo las cadenas.

—¿Como intentaste liberarme de mi familia?

Asintió:

—Pensé que lo entenderías, pero no estabas preparada. O tienes el poder o no lo tienes, Copito. El poder es acción, y hoy elijo actuar. Convertiré este lugar en cenizas, como un bosque en descomposición, y contemplaré cómo la nueva vegetación se alza hacia el sol. Pasaré a la historia.

—¿Así que quieres que este sea tu legado? ¿Quieres ser quien quemó vivas a miles de personas? ¿Familias? ¿Niños? Escúchate. No puedes ser semejante monstruo.

Levantó un dedo hacia sus labios.

—Shhh. Ahorra tu aliento. El viejo mundo está a punto de terminar, y tienes asiento en primera fila.

Habíamos fracasado. Habíamos fracasado estrepitosamente. Todo había terminado. No había nada que pudiéramos hacer.

—Me caías bien, Copito. Siento que no vayas a verlo. ¿Sin rencor?

No había forma de razonar con él.

—Hola, Mad Rogan. —Adam pronunció su nombre lentamente, alargando las sílabas—. Por fin nos encontramos. ¿Qué se siente al quedar en segundo lugar?

—Nevada —dijo Rogan—. Ven aquí.

—Casi me das lástima, tío. —Adam sonrió—. Tuviste la oportunidad de ser invitado a la fiesta, pero tu propio primo te convirtió en un títere. Dios, eso tiene que ser una putada.

Mad Rogan me cogió de la mano y me atrajo hacia él, alejándome de Adam.

Íbamos a morir. Houston ardería. Todo había terminado.

—¿Nada que decir, alteza? ¡Vamos, Azote de México! —gritó Adam —. Mírame cuando te hablo. Estoy a punto de incinerarte.

Rogan lo miró.

—Es tu fiesta. Tú llevas la tiara. Intenta ser un anfitrión amable.

El rostro de Adam enrojeció.

—¡Que te jodan! —Apuntó con su dedo índice en nuestra dirección —. Que te jodan, tío. Que os jodan a los dos.

—Estos jóvenes de hoy en día… —Mad Rogan negó con la cabeza —. No tienen modales. —Se quedó quieto en medio del césped.

Yo también.

Todo parecía tan brillante. Los árboles eran de un verde esmeralda tan vívido, el cielo tan azul. Podía ver cada brizna de hierba a nuestro alrededor.

—No quiero morir —susurré.

Me di cuenta de que estaba llorando. Se suponía que debía ser estoica o fuerte, pero solo podía pensar en cuánto me gustaba estar viva. Apenas había hecho nada con mi vida. Nunca vería crecer a mis hermanas. Nunca me enamoraría ni tendría una familia. Ni siquiera podría despedirme apropiadamente.

Solo había besado a mi madre en la mejilla. Yo…

—Quédate cerca de mí —me pidió Mad Rogan—. Sentirás el límite a nuestro alrededor. Pase lo que pase, no lo cruces. ¿Entiendes, Nevada? No puedes entrar en el espacio nulo, pero puedes salir de él, y si intentas hacerlo mientras estoy activo, te convertirás en una neblina sangrienta.

Tragué saliva.

—Una vez que empiece, puede que no pueda parar —continuó Mad Rogan—. No sabré dónde estás. No te oiré. No te veré. No abandones el círculo. No importa lo que pase, aquí estarás a salvo. ¿Entiendes?

—Sí.

Me atrajo hacia él, mi espalda contra su pecho, y me rodeó con sus brazos. La magia pulsó desde él. El viento agitó la hierba a nuestro alrededor.

—¡No funcionará! —gritó Adam—. Lo que sea que estés haciendo, no funcionará. Lo quemaré.

—Bailemos —dijo Mad Rogan. Su voz sonaba extraña, profunda y distante.

No pasó nada. Sus brazos seguían a mi alrededor. No se movió.

Los segundos pasaban lentos, muy lentos.

Frente a nosotros, una tenue luz anaranjada se elevó desde el círculo de Adam. Se encendió como una llama fantasma y se apagó, luego se encendió de nuevo y se desvaneció una vez más. Adam Pierce abrió la boca. Su voz ya no era la suya. Era la de algo viejo y terrible, el rugido de un volcán que cobraba vida.

—SOY FUEGO. ARDE PARA MÍ.

El viento paró. De repente había desaparecido. Aún podía verlo agitando los árboles y la hierba, pero no sentía nada. Una extraña calma me invadió, como si una pared invisible nos separara del mundo. La sentía a unos sesenta centímetros frente a mí, curvándose en un círculo de unos dos metros de ancho. Se sentía tanta paz, era tan silencioso.

El agarre de Mad Rogan se aflojó. Sus brazos se deslizaron por mis hombros.

Me giré. Sus ojos se volvieron de un antinatural azul turquesa. Su rostro parecía sereno.

—¿Rogan?

Miraba a la distancia. No me veía.

Sus pies abandonaron el suelo. Su cuerpo flotó a treinta centímetros en el aire. Sus brazos se abrieron, sueltos a los costados. La hierba fuera del círculo se aplastó alejándose de él, como si una onda expansiva la atravesara.

En su círculo, las llamas de Adam Pierce aumentaron, girando a su alrededor con más de un metro de altura. Me miraba directamente y sus ojos eran puro fuego. El vello de la nuca se me erizó.

El círculo a mi alrededor latía. No lo oía, aunque lo sentía. Reverberaba a través de mí, haciendo eco en mis huesos, no era doloroso, tampoco agradable. Los árboles a nuestro alrededor se derrumbaron, cercenados desde la raíz. El *Vaquero a caballo* se deslizó hacia un lado y se estrelló.

El círculo latió de nuevo. El Tribunal de Justicia Criminal del Condado de Harris se estremeció. A la derecha, la enorme torre del Juzgado Civil del Condado de Harris se sacudió.

¿Qué estaría haciendo Rogan?

El círculo latió otra vez, como el latido del corazón de un titán.

El Tribunal de Justicia se deslizó hacia delante y se partió. Por una fracción de segundo, sus trozos quedaron suspendidos en el aire, como decidiendo si debían obedecer la gravedad. Cientos de fragmentos de vidrio levitaban, atrapando el sol. Miles de trozos de piedra flotaban, inmóviles. Entre ellos, las entrañas del edificio quedaron expuestas, fracturadas, todos sus cien metros de altura desgarrados y exhibidos. Era como si la enorme estructura se hubiera convertido en cristal y alguna deidad la hubiera golpeado con su martillo.

El gigantesco edificio implosionó. Toneladas de piedra, vidrio, madera y acero se estrellaron contra el suelo. No hizo ningún sonido al caer. Mi cerebro se negaba a aceptar que no había sonido. Seguía esforzándome por oírlo, pero no llegaba.

A la derecha, el Tribunal Civil se balanceó y se hizo añicos. Dos nubes de polvo brotaron, dirigiéndose directamente hacia nosotros, con rocas de piedra volando entre el polvo. Me agaché, con las manos sobre la cabeza.

El dolor nunca llegó. Levanté la cabeza.

Trozos de piedra cubrían el suelo a nuestro alrededor. Ninguno había caído en el círculo. Sobre mí, Mad Rogan levitaba. Su rostro brillaba desde dentro, el turquesa de sus ojos resplandecía como estrellas. Parecía un ángel.

Miré a Adam. El fuego lo había envuelto, convirtiéndose en una columna. Subía más y más alto, girando, tres metros, tres y medio, cuatro metros de altura.

El círculo a mi alrededor latió de nuevo. La fuerza trituró los escombros hasta convertirlos en polvo, empujándolos hacia atrás, barriendo contra sí mismos. Detrás del parque, el Juzgado de Familia del Condado de Harris se desintegró. Al otro lado de la avenida Congress, el Juzgado de Menores se desmoronó, escupiendo una roca del tamaño de un coche. Voló por el aire. Oh, Dios.

No debía abandonar el círculo.

Apreté las manos en puños.

La roca golpeó contra el círculo y rebotó.

El círculo latía sin parar, cada onda empujando los escombros hacia fuera y hacia arriba, triturándolos hasta convertirlos en polvo,

una y otra vez.

Rogan estaba construyendo un muro. Si podía contener el fuego, no se propagaría.

La columna de fuego tenía quince metros de altura y seguía subiendo.

La onda expansiva que Mad Rogan provocaba con los latidos fue derribando más edificios. Sus restos se unieron al muro.

La columna de fuego se elevó otros siete metros.

El muro ganó otros tres.

Seguían creciendo, cada vez más altos: muro, columna, muro, columna.

La columna debía de tener más de treinta metros de altura. No podía distinguir si el muro era más alto.

La columna destelló con luz blanca. Un anillo de fuego explotó hacia fuera, precipitándose hacia mí. Los árboles caídos se desvanecieron, convertidos al instante en cenizas.

Me preparé y contuve la respiración.

El fuego golpeó contra el círculo y lo engulló. Seguía viva. El aire a mi alrededor no estaba más caliente. Ni siquiera podía oler el humo. El aire seguía fresco.

El fuego avanzó hacia el muro. Crucé los dedos y recé para que fuera lo suficientemente alto.

Las llamas golpearon contra la barrera y se quedaron a nueve metros de la cima.

Contuve la respiración. Aún podría atravesarlo.

A mi alrededor rugía un infierno, y en sus profundidades Adam Pierce permanecía de pie, resplandeciendo con luz dorada, envuelto en llamas, con el artefacto robado sobre su cabeza ardiendo como un sol furioso.

La calle se volvió negra y brillante. El pavimento se había derretido hasta convertirse en alquitrán. El *Vaquero a caballo* también se había fundido, su metal se deslizaba hacia el río de asfalto que se movía lentamente. La hierba bajo mis pies permanecía intacta.

El círculo seguía latiendo, compactando el muro.

El fuego golpeaba contra la barrera. La capa exterior de trozos de hormigón se convirtió en polvo blanco.

Que aguantara, por el amor de Dios.

Los minutos pasaban. Me senté. Ya no podía mantenerme en pie. Mi corazón estaba cansado de latir tan rápido. Todo el cuerpo me temblaba por la ansiedad. Me sentía golpeada por todas partes.

El muro comenzó a brillar con una luz fantasmal. El hormigón se había convertido en óxido de calcio, que ahora se derretía y producía el mismo tipo de luz que había iluminado las producciones teatrales antes de que la electricidad se impusiera.

El fuego rugía y rugía, devorando el muro.

Toda esa gente en los túneles. Si el muro se rompía y el fuego arrasaba el centro, se asfixiarían por el humo. Si no se cocían vivos primero.

El muro de la izquierda dejó de brillar. Lo observé. El fuego continuaba ardiendo, pero el hormigón y la piedra del muro ya no brillaban.

Mi mente luchaba por asimilar ese hecho. Estaba demasiado conmocionada para procesarlo. Finalmente, las piezas encajaron en mi cabeza. El muro había dejado de brillar, lo que significaba que tenía que haber un espacio entre el fuego mágico y él. Adam había hecho crecer el pilar de fuego todo lo ancho que había podido. Rogan conseguía contenerlo. El incendio estaba controlado.

El alivio me invadió. Se me escapó un sollozo, después otro. Me di cuenta de que estaba llorando.

Bern no moriría en los túneles. La ciudad no mori… Otra vibración me recorrió. El círculo seguía latiendo.

Los edificios más allá del muro temblaban. Oh, no. Rogan seguía atacando. Y en lugar de que Adam quemara el centro, sería Rogan quien acabara arrasándolo.

Me puse en pie de un salto.

Rogan flotaba a un metro del suelo, su rostro resplandeciente, tan alto que parecía inhumano e inalcanzable.

Si interrumpía lo que Rogan estaba haciendo, el círculo podría colapsar. Ambos seríamos incinerados. Yo moriría. Mataría a Rogan. El pensamiento me atravesó como un escalofrío. No quería que muriera.

Si no encontraba la manera de interrumpirlo, todo el centro se derrumbaría sobre los túneles. En lugar de morir quemados, toda esa gente quedaría enterrada viva.

Nuestras vidas por la de Bern. Por las innumerables vidas de la gente dentro de los túneles, por las vidas de los niños que confiaban en sus padres, por las vidas de aquellos que se amaban, por las vidas de aquellos que no habían hecho nada para merecer morir.

Ni siquiera era una elección.

—¡Rogan!

No respondió.

—¡Rogan! —Agarré sus pies.

No pude moverlo ni un centímetro. Estaba completamente inmóvil.

Golpeé sus piernas con los puños.

—¡Rogan, despierta! ¡Despierta!

Nada.

Tenía que llegar hasta él. Si al menos pudiera alcanzarle la cara. Reuní la poca magia que me quedaba.

El círculo latió de nuevo. Cuando la vibración reverberó a través de mí, empujé contra ella igual que había empujado contra el círculo de amplificación, volcando todo lo que tenía en ese empuje.

Algo se quebró dentro de mí. Mis pies dejaron el suelo y floté hasta rodear a Rogan con mis brazos. No duraría, me dijo mi instinto. Tenía segundos antes de que mi magia se agotara y la gravedad me arrastrara hacia abajo, y no me quedaba poder para hacerlo de nuevo. Aquella era mi única oportunidad. Tenía que despertarlo.

Su expresión era tan serena, sus ojos estaban muy abiertos, sus labios ligeramente separados. No estaba conmigo. Ni siquiera estaba en el mismo planeta.

Cogí aire, cerré los ojos y lo besé. Todos mis deseos, todos mis secretos y todas las veces que lo había observado y pensado en él e imaginado juntos, toda mi gratitud por salvar a mi abuela y por proteger Houston y a su gente, toda mi frustración y rabia por poner a mi primo en peligro y por no tener consideración por la vida humana; vertí todo eso en ese beso. Estaba hecho de claveles y lágrimas, miradas robadas y necesidad desesperada y ardiente. Lo

besé como si lo amara. Lo besé como si fuera el único beso que hubiera importado jamás.

Su boca se abrió a la mía. Sus brazos me rodearon. Me devolvió el beso. Aquella vez no hubo magia. Ni fuego fantasma, ni presión aterciopelada. Solo un hombre que sabía a la gloria del cielo y al pecado del infierno juntos.

Mis pies tocaron el suelo y abrí los ojos. Me estaba mirando. Sus iris seguían siendo turquesa. Su piel aún brillaba. Pero por fin estaba conmigo. El círculo continuaba activo, y ríos de alquitrán y fuego fluían a nuestro alrededor mientras Adam ardía en su propio odio.

—Tienes que parar —le susurré—. Has ganado, pero estás destruyendo la ciudad.

—Bésame otra vez y lo haré.

Una hora después, Adam por fin se detuvo y cayó al suelo. Rogan mantuvo el círculo. Todo estaba demasiado caliente. Me senté con él allí dentro y observé cómo el asfalto se solidificaba lentamente. En algún momento me quedé dormida, recostada contra Mad Rogan.

Cuando desperté, los ojos y la piel de Rogan habían dejado de brillar. Cuando me desperté, los ojos y la piel de Rogan habían dejado de brillar. Un helicóptero había sobrevolado la zona dos veces. Entonces apareció una grieta en el muro. No la oímos, pero la vimos formarse. Un torrente de agua irrumpió, evaporándose al instante al tocar el suelo abrasado por Adam. Sin embargo, el agua seguía llegando. Los acuaquinéticos debían de haberse conectado con el Buffalo Bayou para el suministro de agua.

El mundo se convirtió en vapor. Pasó otra hora antes de que el agua comenzara a permanecer, y otra hora más antes de que decidiéramos que no nos herviríamos vivos al tocarla. Rogan soltó el poder que lo conectaba al círculo. El agua inundó la zona, llegándome a los tobillos. Estaba muy caliente, pero no me quemaba.

Vadeamos hacia Adam Pierce. Yacía bocarriba. Su círculo debió de haberse derrumbado en algún momento, porque el agua bañaba su cabello y su pecho desnudo. No parecía haber sufrido daños. El artefacto seguía en su cabeza.

Mad Rogan lo retiró y me lo pasó.

—Sostén esto un segundo. —Se inclinó sobre el cuerpo inmóvil de Adam y lo sacudió por los hombros—. Eh, amigo.

Adam abrió los ojos.

—Hola —dijo con voz ronca.

—Siéntate. —Rogan lo ayudó a incorporarse, con una sonrisa en los labios—. ¿Estás bien? ¿Todo funciona como debe?

Adam lo miró confundido.

—Claro.

—¿Sabes quién eres?

—Adam Pierce.

—¿Sabes qué ha pasado?

—Sí. —Adam se puso en pie—. Lo quemé todo.

—¿Y no estás herido? ¿Nada roto?

—No.

—Oh, fantástico. —Mad Rogan le asestó un puñetazo brutal en la mandíbula. Adam cayó de rodillas, con la boca ensangrentada—. ¿Qué tal ahora, Adam? ¿Te duele algo?

Adam se levantó de golpe y le lanzó un puñetazo de vuelta. Mad Rogan le propinó un golpe en el estómago con la mano izquierda mientras que con la derecha le asestaba un gancho en la cara. Adam se desplomó.

—Toma un poco más. —Rogan lo golpeó otra vez, con fuerza, su puño como un martillo.

Adam se cubrió la cara con los brazos.

—Pedazo de mierda llorica —gruñó Rogan. Otro puñetazo—. No matamos civiles. No nos exhibimos en público asustando a la gente. —Más puñetazos—. No abusamos de nuestro poder, maldito imbécil. Eres una vergüenza.

—¡Rogan! Ya basta. —Lo agarré y lo aparté.

Adam rodó hasta ponerse a gatas. Le di una patada con todas mis fuerzas en el estómago. Cayó y se hizo un ovillo.

—Casi matas a mi abuela. Usaste niños para entregar una bomba en mi casa. —Le di otra patada—. ¡Coquetea conmigo ahora, hijo de puta! ¡A ver si te impresiono!

Detrás de mí, Mad Rogan se reía.

Adam se tambaleó al levantarse. Lancé un puñetazo, girando el cuerpo como mi madre me había enseñado. Mi golpe conectó con su estómago. Adam exhaló bruscamente y se desplomó. Le di otra patada.

—Ahora desearías llevar camisa, ¿eh? ¿Necesitas algo para limpiarte la sangre?

Mad Rogan me cogió de los brazos y me alejó unos pasos de Adam.

—Venga, ya es suficiente. Tienes que dejar algo de él para entregarlo a su Casa.

—¡Suéltame!

—Nevada, aún estás bajo contrato.

Me aparté de Rogan y me fui hacia Adam. Él levantó las manos a la defensiva.

—Levántate —gruñí—. O haré que Rogan te golpee y luego arrastraré tu cuerpo hasta tu familia tirándote del pelo.

Adam se puso en pie.

—Manos al frente, muñecas juntas —ordené.

Extendió las manos. Le coloqué las esposas y lo llevamos a través de la calle inundada hasta el hueco en la pared.

Atravesamos, primero Mad Rogan, luego yo arrastrando a Adam. La calle exterior estaba llena de gente. Había personas con cámaras. Vi a Lenora Jordan. A su lado estaba una mujer alta y estirada con expresión altiva. Christina Pierce, la madre de Adam. Perfecto.

Arrastré a Adam frente a ella y le di una patada en la parte posterior de la rodilla. Cayó de rodillas. Saqué las llaves de mi bolsillo y las dejé caer junto a él.

—Adam Pierce, entregado vivo a su Casa, como se solicitó. Montgomery International Investigations esperará un pronto pago.

Me miró fijamente. Si hubiera sido una cobra escupidora, mi cara estaría goteando veneno.

Me di la vuelta y me alejé del muro y de la multitud, caminando calle abajo entre los escombros. La mayor parte del centro seguía en pie. Apenas podía creerlo.

Una figura familiar se abrió paso entre la multitud y corrió hacia mí. Abrí los brazos y estreché a Bern con todas mis fuerzas.

Di un sorbo a mi sidra Angry Orchard y golpeé suavemente una llave inglesa contra mi pierna. Las puertas del garaje estaban abiertas y el taller de la abuela Frida estaba inundado por la brillante luz matinal. Los grandes ventiladores industriales creaban una brisa refrescante.

Había pasado una semana desde que Adam Pierce había intentado convertir el centro de la ciudad en un páramo calcinado. Sabía que Montgomery International Investigations había recibido un pago de la Casa Pierce porque habían descontado nuestros honorarios a la deuda del préstamo. Augustine no me había devuelto la llamada para confirmar la recepción del papeleo. Probablemente seguía molesto porque Mad Rogan lo había superado en nuestro contrato. Había hablado con su secretaria, Lina, quien me transmitió un mensaje: el tercer ojo de Shiva había sido devuelto a India, donde pertenecía. El profesor Itou tenía razón. Robar los tesoros de otra nación nunca acababa bien.

Había recibido varias peticiones de entrevistas, todas las cuales rechacé. Un par de personas se mostraron persistentes y las remití a Montgomery International Investigations y sus abogados. Dejaron de llamar. No buscaba la fama ni quería conseguir clientes participando en programas de entrevistas. Prefería que la Agencia de Investigación Baylor fuera sinónimo de profesionalidad discreta.

Hubo una investigación formal. No tenía ni idea de cómo había ido porque no me habían pedido testificar. Los testimonios de la Casa Rogan, la Casa Montgomery, la Casa Pierce y Lenora Jordan debieron de ser suficientes. Aún no sabía quién estaba detrás de toda esa gente que ayudaba a Adam. Lo único que sabía era que lo habían encerrado en Ice Box, una prisión subterránea de máxima seguridad en algún lugar de Alaska, diseñada para retener a usuarios de magia. Estaba a la espera de juicio. Probablemente tendría que testificar en ese procedimiento, a menos que se declarara culpable.

Habían encontrado a Gavin Waller. Las noticias informaron de que Adam Pierce lo había escondido en una habitación de motel con

comida y drogas para una semana. Gavin pasó la semana aterrorizado, pensando que las autoridades lo encontrarían y lo ejecutarían en el acto. Veinticuatro horas después de los sucesos del centro, Mad Rogan lo había llevado a la comisaría. El detective encargado del caso del incendio especuló públicamente que la única razón por la que Gavin había sobrevivido era que Adam había estado ocupado con sus planes apocalípticos y simplemente se había olvidado del chico.

No había tenido noticias de Rogan. En general, eso era algo muy bueno.

Era sábado y estaba ayudando a mi abuela con su último proyecto. Una de las Casas había encargado un tanque flotante a otro de los talleres de vehículos blindados. El tanque ni flotaba ni funcionaba muy bien como tanque. Habían invertido mucho dinero en él y finalmente acabaron vendiéndolo como chatarra. La abuela Frida lo había comprado y lo estábamos desarmando para conseguir piezas de repuesto. Había ido a casa a buscar un sándwich y llevaba diez minutos fuera. Di un sorbo a mi sidra. Probablemente se había distraído.

Alguien entró por la puerta del garaje. Entrecerré los ojos contra la luz. Era Mad Rogan.

Llevaba un traje oscuro que le quedaba como un guante, desde los anchos hombros y el poderoso pecho hasta el vientre plano y las largas piernas.

Guau. Una visita del dragón. Eso nunca era buena señal.

Se dirigió hacia mí. El vehículo de orugas a su izquierda se apartó de su camino, como empujado por una mano invisible. El Humvee a su derecha se deslizó por el suelo. Alcé las cejas.

Siguió avanzando, sus ojos azules fijos en mí. Retrocedí por puro instinto. Mi espalda chocó contra la pared.

El tanque flotante de varias toneladas voló hacia la pared. Así que ese era el secreto para hacerlo funcionar. Solo necesitabas a Mad Rogan para moverlo.

Rogan se acercó y se detuvo a apenas cinco centímetros de mí. La anticipación me recorrió, convirtiéndose en una excitación vertiginosa mezclada con alarma.

—Hola —dije—. ¿Piensas volver a poner todo esto como estaba?

Sus ojos eran tan azules. Podría mirarlos eternamente. Me tendió la mano.

—Es hora de irnos.

—¿Ir adónde?

—A donde queramos. Elige un lugar del planeta.

Guau.

—No —respondí.

Se inclinó ligeramente hacia delante. Casi nos tocábamos.

—Te di una semana con tu familia. Ahora es el momento de que vengas conmigo. No seas testaruda, Nevada. Ese beso me dijo todo lo que necesitaba saber. Los dos sabemos cómo acaba esto.

Negué con la cabeza.

—¿Cómo imaginaste este encuentro? ¿Planeabas entrar aquí, cogerme y llevarme contigo como si fueras un oficial y yo una obrera de fábrica en una película antigua?

Sonrió. Estaba insoportablemente guapo.

—¿Te gustaría que te llevara?

—La respuesta es no, Rogan.

Parpadeó.

—No —repetí.

—¿Por qué no?

—Es una larga explicación y no te va a gustar.

—Soy todo oídos.

Respiré hondo.

—No tienes ningún respeto por la vida humana —comencé—. Salvaste la ciudad, pero no creo que lo hicieras porque realmente te importara toda esa gente. Creo que lo hiciste porque Adam Pierce te sacó de quicio. Contratas a soldados desesperados, pero tampoco lo haces para salvarlos. Lo haces porque te ofrecen lealtad incondicional. Rescataste a tu primo, pero vivías contento ignorando la existencia de toda esa rama de tu familia. Si hubieras intervenido antes en la vida de Gavin, quizá nunca habría conocido a Adam Pierce. No crees que las reglas se te apliquen a ti. Si quieres algo, lo compras. Si no puedes comprarlo, lo tomas. No pareces sentirte mal

por las cosas y solo muestras gratitud cuando necesitas superar algún obstáculo. Creo que podrías ser un psicópata.

»No puedo estar contigo, por mucho que te desee, porque no tienes empatía, Rogan. No hablo de magia. Hablo de la capacidad humana de empatizar. Yo solo te importaría mientras te fuera útil, e incluso entonces sería más un objeto que una amante o una compañera. El abismo entre nosotros, tanto financiero como social, es demasiado grande. Me usarías y, cuando terminaras conmigo, me despedirías como a una sirvienta y tendría que volver a recoger los pedazos de mi vida, y no estoy segura de que quedara algo de ella o de mí llegado ese momento. Así que no, no me iré contigo. Quiero estar con alguien que, si no me ama, al menos se preocupe sinceramente por mí. Tú no eres ese hombre.

—Bonito discurso —dijo él.

—Es el único que tengo.

—Sé lo que está pasando en realidad. Tienes miedo de entrar en mi mundo. Miedo de no poder manejarlo. Es mejor esconderte aquí y ser un pez grande en un estanque muy pequeño.

—Si así es como lo ves, perfecto. —Alcé la barbilla—. No tengo nada que demostrarte, Rogan.

—Pero yo sí tengo algo que demostrarte a ti. Te prometo que ganaré, y cuando termine, no caminarás, correrás para saltar a mi cama.

—Creo que será mejor que esperes sentado… —le respondí.

Su fachada de hombre civilizado había desaparecido. El dragón me enfrentaba, con los dientes al descubierto, las garras fuera, respirando fuego.

—No solo te acostarás conmigo. Estarás obsesionada. Me suplicarás que te toque y, cuando llegue ese momento, recordaremos lo que pasó hoy aquí.

—Ni en un millón de años. —Señalé la puerta—. La salida está por…

Me sujetó. Su boca atrapó la mía. Su enorme cuerpo me enjauló. Su pecho aplastó mis senos. Sus brazos me atrajeron hacia él, uno a través de mi espalda, el otro sosteniendo mi trasero. Su magia me inundó en una oleada embriagadora. Mi cuerpo se rindió. Mis

músculos se volvieron cálidos y dóciles. Los pezones se me endurecieron, mis pechos listos para ser apretados, listos para sus dedos y su boca. Un dolor ansioso me ardió entre las piernas. Mi lengua lamió la suya. Dios, lo deseaba. Lo deseaba tanto.

Me soltó, giró sobre sus talones y salió, riendo entre dientes.

¡Aaargh!

—¡Eso es! ¡Sigue… caminando! —le grité.

Tiré la llave inglesa.

—Menudo beso —dijo la abuela Frida desde la puerta detrás de mí.

Di un respingo.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—El suficiente. Ese hombre va en serio.

Todas mis palabras intentaron salir a la vez.

—¡No! ¿Qué…? ¡Es un imbécil! ¡Que se vaya al infierno!

—Ah, el amor en la juventud es tan apasionado… —dijo la abuela —. Voy a comprarte una suscripción a la revista *Novias*. Deberías empezar a buscar vestidos.

Agité los brazos y me alejé de ella antes de decir algo de lo que me arrepentiría.

Epílogo

Aparcó el coche, se bajó y miró la casa. Era la típica vivienda suburbana, una casa tradicional hecha en serie sobre un cuadrado de césped cortado. Una más del montón en cualquier urbanización. Caminó hasta la puerta y comprobó el pomo. Abierto. Tom había dicho que lo estaría.

Había dejado a Thomas Waller con Daniela. A esas alturas, probablemente ya estaría sedado. Su hijo adolescente había sido arrestado y acusado de asesinato. Su esposa había desaparecido. Luego había recibido un correo electrónico de ella, y su contenido había destruido los últimos vestigios de entereza que a Thomas le quedaban. Le temblaban las manos cuando habían hablado.

Atravesó la casa hasta la cocina. Un portátil nuevo lo esperaba en la isla de la cocina, con la caja todavía cerca. Tom había seguido al pie de la letra las instrucciones del correo de su esposa.

Comprobó la hora. 18:59. Puso su teléfono a grabar y lo colocó en la mesa tras él.

El reloj en la pantalla parpadeó. 19:00. Un icono azul destelló, indicando una llamada entrante. Tocó el icono.

El rostro de Kelly Waller llenó la pantalla.

—Hola, Connor.

Rogan ocultó su furia.

—¿Por qué? —preguntó él.

—Porque te odio. Quería que lo supieras. Te odio tanto. Si pudiera ponerte las manos encima, te cogería por el pelo y te golpearía la

cara contra esta isla hasta convertirla cubrirla de sangre. Te quemaría. Te empalaría. Descargaría mi rabia durante días.

Eso no le decía nada. Hacía diez años, cuando se había puesto en contacto con ella a través de su madre y le había ofrecido un fondo universitario para Gavin, ella lo había rechazado. Dejó muy claro que no quería nada que llevara el apellido Rogan. En ese momento se preguntó si era orgullo. Ahora se daba cuenta de que había sido odio, pero seguía sin entenderlo.

—¿Por qué?

—Porque te querían y te alababan. Porque eres mágico y yo no, y nunca seré lo suficientemente buena. Quiero destruirte. Quiero hacerte pedazos con mis propias manos, pero me falta la fuerza, así que busqué a algunas personas que son mucho más poderosas que yo. Sacrifiqué a mi hijo por mi venganza. Pero me fallaste, Connor.

El rostro de ella tembló por un momento, distorsionado por la ira.

—Sabíamos que Adam era impredecible. Necesitábamos un seguro adicional, ¿y quién mejor que tú? El Azote. El Huracán. Sabíamos que existía la posibilidad de que detuvieras a Adam, pero contábamos con que destruyeras Houston en el proceso. Lo estabas haciendo. Vi los edificios temblar, luego te detuviste. ¿Cómo es que te detuviste, Connor? Nunca pudiste detener tu magia en el estado superior, no desde que eras niño. Una vez que empiezas el ascenso, continúas hasta que todo tu poder se agota. Ni siquiera tu madre podía alcanzarte. ¿Qué hiciste? ¿Qué pasó? ¿Es alguna habilidad reciente?

Él no respondió.

—¿Cómo es que entre tú y Adam no pudisteis hacer algo tan simple? No importa. Contábamos con ello, y tanto tú como Adam nos habéis decepcionado. Buscaremos un camino diferente.

«Nosotros». Ahí estaba, la fuerza secreta que impulsaba todo aquel plan. Ella lo sabía. Todo lo que tenía que hacer era encontrarla y arrancarle ese conocimiento.

—Quería decirte esto: no tienes idea de lo que se avecina. Es grande. No puedes detenerlo por más que lo intentes. Acabará contigo. Cuando estés muriendo y destrozado, quiero que recuerdes

este momento y mi rostro. Recuérdame, Connor. Esto es solo el principio.

El portátil se oscureció.

Se quedó de pie, mirándolo. Hacía un mes no tenía objetivos, solo pequeñas tareas molestas que lo habían mantenido ocupado, en lugar de desafiarlo. Ahora tenía dos.

Tenía que aplastar a quienquiera que estuviera detrás de su primo y Adam Pierce. Había luchado por aquel país y la seguridad de su gente porque creía en él y en ellos. El sistema no era perfecto, pero era mejor que la mayoría de lo que había visto fuera de él. Aquella ciudad le pertenecía. Pronto se darían cuenta de qué clase de enemigo era él. Ese era su primer objetivo. En cuanto al segundo…

Cerró los ojos por un momento prolongado y evocó un recuerdo. Nada existía en el ascenso. Era un lugar de magia y poder, tranquilo pero completamente vacío. Entraba en él para acceder a la cima de su poder, pero allí no había alegría ni tristeza. Ni frío ni calor, solo serenidad. Era una prisión y un palacio a la vez.

Y entonces la había sentido. Ella era cálida y radiante, y había atravesado la aridez del ascenso para alcanzarlo. Lo había besado y, mientras compartía todos sus miedos y deseos con él, se había sentido vivo. Había abandonado la fría serenidad por ella, y el mundo a su alrededor floreció. Se sentía como un adicto que, tras años de abusar de un narcótico, de alguna manera se encontraba sobrio, deambulaba por su casa, abría la puerta principal y contemplaba un hermoso día de primavera.

Deseaba a Nevada Baylor. La deseaba más de lo que había deseado a nadie en mucho tiempo, y la conseguiría. Ella aún no se había dado cuenta.

Sobre los autores

ILONA ANDREWS es el seudónimo del equipo formado por un matrimonio de escritores. Ilona es rusa y Gordon es un ex sargento de comunicaciones del Ejército de EE. UU. Contrariamente a lo que se cree, Gordon nunca fue un oficial de inteligencia con licencia para matar, e Ilona nunca fue la misteriosa espía rusa que lo sedujo. Se conocieron en la universidad, en clase de Escritura, donde Ilona sacó mejor nota. (Gordon todavía está dolido por eso). Son coautores de cuatro series superventas del *New York Times* y del *USA Today*.